

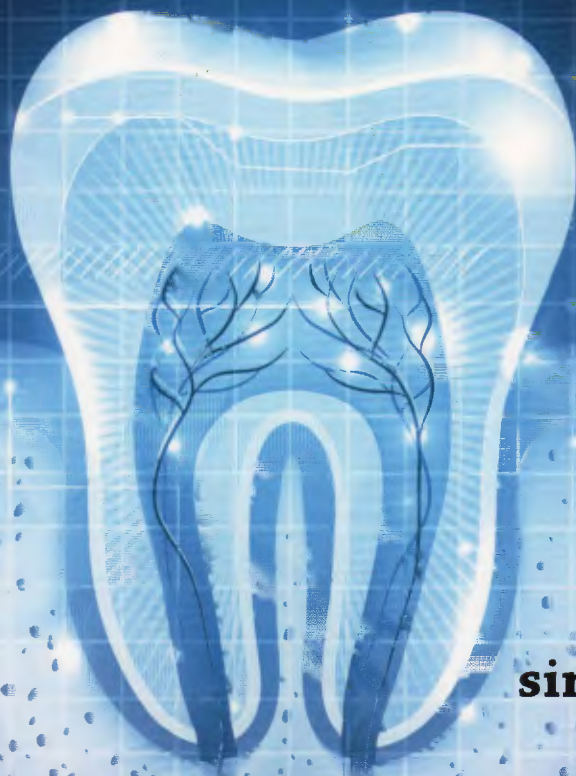
Dr. Christian Beyer

Descodificación dental

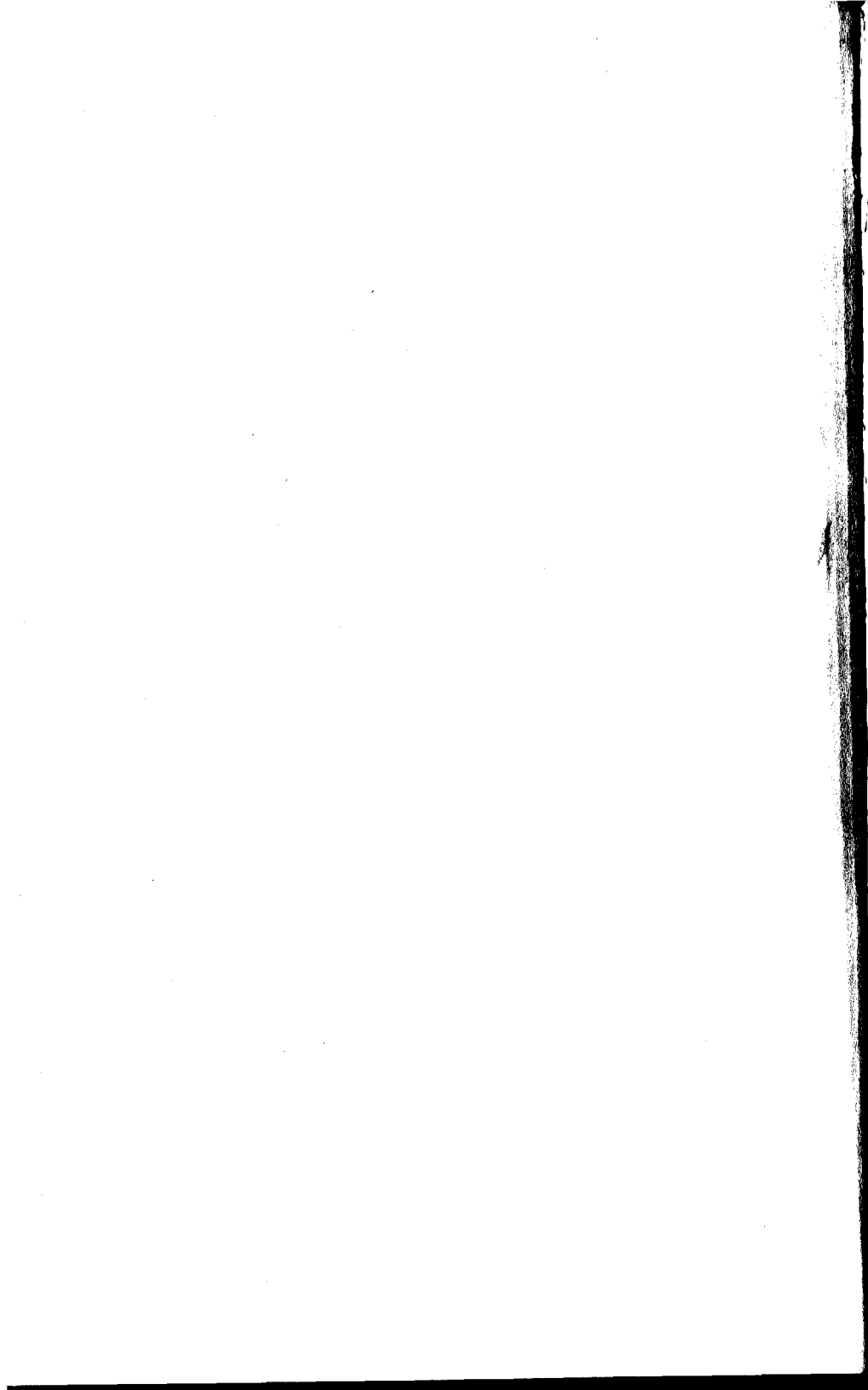
Nuestra infancia a través de los dientes de leche. Caries, dolores, malposiciones, ausencias.

Manual de usuario

Prólogo de Enric Corbera



sincronía
EDITORIAL



DESCODIFICACIÓN DENTAL

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: Les dents de lait
© EDITIONS CHARIOT D'OR
© 2011 Dr. Christian BEYER
© 2014 Sincronía JNG editorial, S.L.

Coordinación editorial: Tere Balfagón
Diseño de cubierta: Violeta Cabal
Traducción: Natural Enric

Primera edición: abril de 2014
ISBN: 978-84-942163-1-2
Depósito legal: B 7101-2014

Edita: Sincronía editorial
Casanova, 82
08011 Barcelona

Fotocomposición: Violeta Cabal
Impresión y encuadernación: ULZAMA

DR. CHRISTIAN BEYER

DESCODIFICACIÓN DENTAL

Nuestra infancia a través de los dientes de leche.
Caries, dolores, malposiciones, ausencias.

Manual del usuario

PRÓLOGO DE ENRIC CORBERA



www.sincroniaeditorial.com



Prólogo

Cuando hablamos de los dientes, la mayoría de las veces se hace desde una perspectiva higiénica, colocación de prótesis o implantes dentales, o desde una perspectiva estética, anunciando sonrisas, pero a muy poca gente se le ocurre pensar que los dientes, su posición, sus problemas y sus enfermedades nos están dando una información muy valiosa sobre los conflictos que la persona arrastra de sus ancestros y los conflictos que esta va teniendo a lo largo de su vida.

Nosotros, desde la bioneuroemoción, venimos trabajando en el significado de los síntomas físicos y mentales, buscando su procedencia en aprendizajes que heredamos de nuestros ancestros y los programas aprendidos y heredados de nuestros padres, con una relevancia muy importante en los estados emocionales de estos cuando nosotros estábamos en el vientre de nuestra madre hasta los primeros años de nuestra vida. Somos plenamente conscientes de la importancia que tienen los dientes, su posición, si estos salen correctamente o no, si se amontonan o están separados, si hay muchas caries, si el esmalte es delgado, etc. Por eso nos respaldamos en su estudio con Christian Beyer, erudito en la materia, considerado uno de los expertos más importantes en el mundo en la materia.

La ciencia ya está demostrando que heredamos los traumas de nuestros ancestros y que estos se nos muestran en nuestra vida cotidiana con conductas disfuncionales, adicciones, enfermedades, síntomas físicos y mentales. Esto refuerza el estudio del árbol genealógico.

gico, buscar en él los traumas y los secretos que esconde y que tarde o temprano se reflejan en los miembros del clan. Cómo se iban a quedar al margen los dientes, con la importancia que tienen... ellos son como los fusibles del cuerpo, sus raíces, con sus conexiones nerviosas, transmiten información y, lo que es más, reciben información de este inconsciente colectivo familiar que es el árbol genealógico.

Nosotros, en Bioneuromeción estudiamos el árbol genealógico de nuestros clientes o consultantes, Beyer estudia los dientes y encuentra en ellos la explicación a nuestros problemas intra o interpersonales, la explicación a nuestros síntomas físicos y mentales a través de la imagen radiológica de nuestros dientes (ortopantomografía).

Alguien dijo: «¿Cómo es posible que solamente tenga caries en dos dientes del maxilar superior del lado derecho? ¿Es que no como con toda la boca?».

Esta reflexión, llena de sentido común, nos debería de hacer pensar. Un servidor ha mejorado su esmalte dental, se ha curado de varias caries —pequeñas, eso sí—, pero me las he curado, es más, cuando mi dentista ve una caries pequeñita me dice: «Te la dejo, porque tú ya sabes cómo curarla».

Conocer tu estado dental, conocer cómo están dispuestos tus dientes, conocer si te falta alguna pieza y cuál es esta, conocer la importancia de un implante, etc., te permite tomar conciencia de tus programas heredados y de tus programas actuales y buscar soluciones mentales y sobre todo emocionales para revertir y mejorar tus dientes. Yo he visto cómo los dientes se reposicionaban solos cuando las personas tomaban conciencia de por qué tenían ciertos problemas en sus bocas. La boca está viva, la boca transmite y recibe información, los dientes no solamente están allí para poder masticar, también nos indican nuestra situación emocional.

Vemos que nuestros hijos tienen problemas dentales, que tienen caries en sus dientes de leche, que sus dientes nacen torcidos, mal posicionados o que se deshacen. ¿Qué quiere decir esto? Es mala suerte, mala herencia o simplemente muestran estados emo-

cionales de sus padres y, sobre todo, programas heredados de sus madres, sus problemas emocionales.

Con la biodescodificación dental que propone el maestro Beyer, con una dilatada experiencia en este campo, campo que es su vida, aprendemos a conocer y a descifrar este enigma dental, nos ayuda a conocernos a nosotros mismos, a tomar conciencia y a desbloquear estos aprendizajes heredados que tanto nos hacen sufrir, en nosotros mismos o viendo a nuestros hijos con sus problemas dentales.

Por eso considero que la biodescodificación dental que propone el Dr. Christian Beyer se complementa perfectamente con lo que enseñamos en bioneuroemoción. En ambas se estudia lo mismo y cada una de ellas por separado, él lo ve reflejado en los dientes y nosotros en nuestro cuerpo y en nuestra mente.

Es una obra que sirve tanto para la persona neófito en los temas dentales como para el profesional dentista. El profesional podrá orientar a los padres, les podrá ayudar hacer una introspección emocional, a tomar conciencia de que sus hijos heredan problemas del inconsciente familiar, y de esta manera toda manipulación que se haga en la boca tendrá un sentido lógico y fluirá fácilmente, porque los bloqueos emocionales habrán sido eliminados o reducidos.

El lector podrá tomar conciencia de muchos aspectos de su vida, quizás encuentre respuestas, soluciones a lo que él considera problemas incomprensibles o insolubles. Quiero decirle que hoy en día ya hay información científica que estudia cómo heredamos los problemas o los traumas de nuestros antepasados. Nosotros mismos hemos desarrollado la fundamentación teórica de la bioneuroemoción, y no hace mucho, en una universidad de Montreal (Canadá), han descubierto cómo y de qué manera heredamos los traumas de nuestros ancestros, llamándole epigenética conductual. Información extraída de discovermagazine.com, número de mayo (2013).

En este mismo documento al que hago referencia, se puede leer:

«La terrible infancia de tus antecesores o sus aventuras excelentes pueden cambiar tu personalidad, transmitiéndote ansiedad o capacidad de adaptación mediante la alteración de la expresión epigenética de los genes del cerebro».

En el mismo documento habla de la herencia posnatal, publicando un artículo histórico: «La programación epigenética de la conducta maternal» (*Epigenetic programming by maternal behavior*). En él se dicen cosas como: «Sin ningún cambio en su código genético, las crías de ratas, sin embargo, adquirieron fijadores genéticos debido únicamente a su educación».

Es más: «El tiempo, en otras palabras, importa. Si sus padres ganaron la lotería o quebraron cuando usted tenía dos años de edad, probablemente afectará al epigenoma de su cerebro y a sus tendencias emocionales en consecuencia, de manera mucho más fuerte que cualquier fortuna que se encontrase durante la edad adulta».

La bioneuroemoción busca soluciones analizando los conflictos subyacentes y los estados emocionales que hay detrás de todo síntoma o enfermedad. Christian Beyer, con su biodescodificación dental, hace lo mismo, y lo hace de una forma magistral, siempre acompañado de algo más. Este plus viene determinado por su conocimiento y aplicación espiritual al estudio dental, así como la aplicación de la mitología griega en la comprensión de la estructura dental que pueda presentar su cliente.

El lector en general, los padres en particular, y los dentistas en su profesión, pueden encontrar en este libro muchas respuestas. Los dentistas podrán dejar de hacer manipulaciones con un sentido mecánico para hacerlas con pleno sentido emocional, orientando a los padres y eliminando bloqueos emocionales que permitirán que sus trabajos sean excelentes y que los padres recuperen el equilibrio emocional. El lector podrá tomar conciencia y despertar a otra forma de ver y entender la vida, lo cual le ayudará a sanarse.

A todos les deseo una aventura en la exploración de sus dientes.

Enric Corbera

Querido amigo:

Tiene por fin entre sus manos la respuesta a su petición bajo la forma de la presente y extensa carta, la cual deseo responda a todas sus expectativas. Ruego al cielo que me sea concedido el tiempo necesario para llevarla a cabo, guardándome de perder la agilidad de esos dedos que guían mi pluma y por medio de la cual puedo transmitirle el fruto de mi trabajo. Y si no fuera el caso, sé que el cielo será tan bueno como para encontrar una diestra mano apta para seguir con esta tarea. Me bastará entonces guardar despierto mi espíritu y mi facultad de transmitir por medio de mi voz lo que es hoy tan solo silencio en mi memoria.

Recuérdelo, tiempo atrás me pedía usted entender los dientes de su boca, convencido de que no servían solo para comer ni tampoco para dar fe de su humor a través de su sonrisa. Me contaba sus sinsabores dentales, mencionando el cuidado que prestaba a sus dientes, depositando con frecuencia entre las manos del hombre del arte esas perlas que llamaba sus «ladrillos de luz». En cierto momento usted puso en tela de juicio el talento de este hombre yendo hasta encontrar ciertos escritos que le animaban en esta actitud. Sin embargo, y convenimos en ello, esta explicación no le pareció propia. Fue tan solo una ayuda provisional dirigida a aliviar su rebelión ante lo que le parecía una injusticia. Tenía gran esmero en el cuidado de su alimentación y de su higiene y, sin embargo, a pesar de ello, sus dientes seguían desconchándose... ¡Gracias a Dios! Desde entonces, ya lo sabe... pues ha aprendido a comprender que le contaban su propia historia, y sobre todo la que hasta ahora le había sido ocultada. Sí, la que se había escondido a sí mismo en el afán de diferir la plenitud de una cita ineluctable, divina. Y así se ahondaban, se esculpían, se escenificaban los agujeros energéticos de sus dientes. Agujeros vivos de historia.

Puede entender entonces lo extenso de mi contestación puesto que por lo pronto, sépalo, me ha inducido a buscar en lo desconocido unas respuestas que hoy, aunque tanto inacabadas como incompletas, me parecen testimonio de cierta verdad que tengo el honor de poder compartir por medio de las presentes cartas. Se encontrará seguramente impresionado, como me sucedió a mí, al descubrir sus pormenores, al tiempo de conocer que la perennidad de sus dientes depende más de su responsabilidad que de la de ese hombre de dedos hábiles que llamamos dentista. Puede que se encuentre también decepcionado, y me hago cargo del riesgo de mis afirmaciones. Yo sé —¡y a qué precio!— que es más fácil encontrar un responsable exterior causante de nuestros sufrimientos, para así poder dar forma a nuestro rencor y deshacernos de nuestra responsabilidad frente al Creador por no haber sabido cuidar lo que había depositado entre nuestras manos... puesto, y así habíamos convenido, que nuestro cuerpo nos ha sido prestado, haciendo de nuestra alma un inquilino muy amable en este edificio biológico erigido por nuestras células vivas. ¡Qué delicado sería, en el día de nuestra partida, pagar las facturas por el adecentamiento del lugar! Ya que, y estará de acuerdo conmigo, el precio por tanta belleza y perfección funcional debe estar a la altura y más allá de nuestros medios financieros...

Antes de continuar, debo prevenirle de que tendrá tan solo aquí una pequeña parte de la respuesta total a sus preguntas. Primero, y guardando en mente la imagen anterior, porque tan solo he visitado «el comedor» de nuestra vivienda, no estando legitimado para adentrarme más allá. Y después, y para no impacientarle, porque he decidido fragmentar mi respuesta en once cartas distintas. Tranquilícese, mientras está leyendo la primera, la segunda se ha puesto ya en marcha hacia sus manos donde sus ojos tendrán el placer de tomar contacto, mucho antes de que su memoria olvide el contenido de la presente. La imagen y el sentido de sus dientes se construirán sin problemas y, lo espero, con toda claridad.

Referiré a menudo a los informantes. Existen los que, antes que yo, han desbrozado el terreno dejando sus trabajos por escrito. Indi-

caré los mismos con el fin de que pueda sumergirse en las mismas lecturas que me procuraron mucho placer. Existen, y lo comprenderá, puesto que hemos hablado largo y tendido sobre el tema, los que prefieren quedar en el anonimato. Pero sus informaciones son de una precisión extrema y de conformidad con la esencia de este trabajo. En este sentido, la duda no es ya posible, aun recordando con compasión los principios de sus cuestionamientos. Nuestros intercambios anteriores fueron testigos previos y habíamos decidido, lo recordará, no volver sobre este tema, el cual, durante un tiempo, nos llevó al final de la noche.

El fruto de este largo trabajo le será entregado en las páginas siguientes en letra de imprenta. Me he permitido entrecruzarlas con reflexiones y comentarios, algunas veces recordatorios manuscritos, con el fin, aunque de lejos, querido amigo, de que tengamos los dos el sentimiento agradable de una conversación en voz alta, como solíamos hacerlo a menudo antes de mi partida por estas tierras lejanas. No sé si el tiempo nos dará la ocasión de volvernos a ver, pero sepa que he tenido mucho placer en darle existencia aquí, en esta mesa que me sirve de escritorio, con el propósito de que durase este calor humano que solo el encuentro puede hallar.

Me permito sugerirle que guarde para sí el fruto de mis investigaciones, pues, y ya lo hemos experimentado, ciertas personas están al acecho de las cosechas ajenas, siendo demasiado torpes como para tener las suyas propias y, lo que es peor, cultivarlas en ellos mismos. Sin embargo, a sabiendas, y de conformidad con lo que me parece ser una ley, ocurrirá una vez más en cuanto aparezca esta verdad que le transmito, que una copia desperdigada vea la luz. Parece ser, y eso según uno de mis informantes, que ello permite a cada uno separar el grano de la hojarasca. Sin embargo, ¡cuánto pesar! Le agradezco, una vez más, su presencia, a la cual otrora fui confrontado, con el fin de ayudarme a no abandonar este maravilloso trabajo cuyos frutos le entrego con la presente. Por nada en el mundo me hubiera perdido la lectura de este libro de vida que inscriben los dientes en el ser humano.

Debo aquí, una vez más y a pesar de su última súplica a no hacerlo de nuevo, agradecerle haberme aconsejado e impulsado en la realización de la presente compilación del trabajo de una gran parte de mi vida. Accedí finalmente a su petición de redactarlo con el propósito, tal y cómo me lo decía, de que no se haya llevado a cabo en vano. Puedo, a la larga, reconocer que sería de provecho para nuestros sucesores no tener que andar de nuevo el camino y ofrecer a uno de ellos, el más dotado, espero, continuar su cultivo. ¡Tantas ramificaciones están a la espera de crecimiento! Pero, ya lo sabe, he tenido que sobrepasar el dolor de esas piedras lanzadas, las que llevaban grabadas la palabra «charlatán», como también he tenido que aprender a cerrar los ojos frente a esas miradas llenas de desprecio en el seno de mi propia familia profesional y entregar más peso y valor a cultivar la lealtad hacia mí mismo que a la de una casta. He acabado por comprender que era más duro, por lo tanto seguramente más noble, permanecer fiel al propio corazón más que obedecer a mi mente agazapada detrás de sus miedos. En cuanto a los que se niegan a la evidencia por pura ignorancia... de esos ya habíamos convenido no hablar nunca más.

Le dejo ahora descubrir esta primera misiva y, mientras efectúe este viaje al corazón de lo viviente, crea usted en mi constancia en poner las siguientes por escrito.

Su fiel y anegado servidor...

Primera carta

4 de octubre de 2009

He aquí, querido amigo, el principio del viaje. Espero que encuentre interesante seguir la aparición de los dientes paralelamente a la evolución del sistema nervioso y de la conciencia del ser humano, conciencia que, por medio de las palabras, sabe nombrar lo que vive en las profundidades de nuestra estructura y que espera de nosotros nuestra presencia en el momento de levantar el vuelo. Tendremos tiempo de volver sobre esto a lo largo de estas páginas. Y si me pregunto todavía hoy día por medio de qué magia se operan estos vínculos, no me queda más remedio que reconocer que existen, y ello por la repetida observación de sus correspondencias exactas. Sé, por propia experiencia, que el ser humano prefiere la visión medida y sospesada de las cosas para poder darle crédito. Sin embargo, y no soy el único en afirmarlo, la medicina de la experiencia es una medicina con carta de nobleza. Así que –y usted bien lo sabe por haber participado en ello en numerosas ocasiones– poder describir la vida de los humanos al mirar algunas perlas de luz en una boca, con la precisión de lo que usted llamó la «biodescodificación dental», tan solo puede llevarse a cabo dentro del contexto de una realidad como mucho biológica...

Desde que nos vimos por última vez, sepa que he estado inmerso con valentía en numerosos escritos, yendo al encuentro de estudios sobre el funcionamiento del córtex humano. Esta maravillosa máquina –que hubiera deleitado a H. G. Wells– tiene, sin embargo, un

hándicap, el de no poder ser explorada en su funcionamiento sin la ayuda de ella misma. Cómo explorar el modo de pensar sino por medio del pensamiento mismo. Le confieso que este es el único punto con el cual sigo tropezando todavía hoy en día. Sin embargo, y a pesar de mis vacilaciones, no puedo dejar de comunicarle el conjunto de mis trabajos. Sé que usted, que tan bien conoce mi integridad intelectual, tendrá a bien recibir estas páginas con la confianza total que se suele otorgar a un amigo que camina a su lado desde hace mucho ya. Le entrego los datos sobre obras interesantes relativas al tema en Post-scriptum, con el fin de que, si le parece bien, pueda descubrir lo que no hubiera mencionado, por omisión o, sencillamente, por permanecer centrado sobre lo que nos interesa aquí, a saber: los dientes. Pero lo dejo a su aprecio...

La problemática principal de la biodescodificación dental ha sido entender la posición ocupada por el órgano dental, lugar biológico y lugar simbólico. Aunque estos dos términos parecen oponerse, me apareció claramente que el segundo había nacido de las necesidades del primero. La virtud simbólica es una manifestación del funcionamiento del cerebro cortical, pero, además, de la esfera mental. A partir del momento en que nuestro córtex se lanza a la conquista del mundo por medio de las palabras, se crea un registro de correspondencias entre estas y la realidad experimentada desde la noche de los tiempos, la de nuestra dimensión animal, castigada sin verbo y almacenada en su unidad básica, la célula biológica. Porque cuando la esfera mental enuncia una palabra, esta palabra tiene un sentido. El sentido de una palabra es ciertamente el que le concede su autor. Pero aparece una información mucho más fina y sutil que le está vinculada. Porque si una palabra tiene un significado, tiene el mismo significado que el del objeto que le está vinculado. Por lo tanto, la simbología es una ley natural que vincula un objeto real a una palabra y a un significado. Y aquí se colocan los dientes. Aquí, en el registro de las correspondencias. La palabra «hogar» es un ejemplo magnífico de ello. Desde un

punto de vista concreto, el hogar que el animal conoce es ese lugar donde arde un fuego, donde uno se calienta y que le permite alimentarse. Pero para la esfera mental el hogar es un concepto. Este concepto se vuelve entonces una verdadera fórmula matemática, un algoritmo. Esta función matemática, dedicada a dar a luz a una realidad concreta para informar a la biología, toma en cuenta varios parámetros, que son el hombre, la mujer y la casa, y los parámetros complementarios, pero importantes, que son los hijos. Estos últimos se ven, algunas veces, sustituidos por otros parámetros tales como animales o plantas. Estos dos parámetros aleatorios revelan, sin embargo, la necesidad humana de adornar su hogar con la razón de volver ahí después de una jornada de caza. Asimismo, un sufrimiento emocional ligado al concepto del hogar puede sobrevenir si uno de sus parámetros está bajo sufrimiento. Pero la fórmula matemática es compleja, porque el parámetro «mujer» puede representar un problema para la mujer en sí si no se siente verdaderamente mujer, pues la fórmula se aplica tanto a la relación transitiva al mundo como a la relación reflexiva a uno mismo. Volveremos sobre ello más adelante.

Nuestra cavidad bucal es un orificio de entrada a todo lo indispensable para nuestra biología. Lo «indispensable» para la supervivencia se llama «necesidad». El agua, la comida y el aire entran por la boca para asegurar la supervivencia de nuestro cuerpo. Para el animal de la categoría de los mamíferos, la boca se ve equipada de dientes, que tienen la finalidad de arrancar o desmenuzar la comida para luego triturarla y llevarla así al estómago. Para numerosos animales la boca y los dientes son herramientas de predación. Los dientes infligen muerte fuera, pero llevan vida dentro.

Querido amigo, no me atrevo a imaginar el terror bajándole por la espalda, debo confesarle que he tenido dificultad en dejar eso por escrito. Pero, sin embargo, si observamos simplemente la naturaleza, debemos recordar esta verdad. Los dientes hincados en el cuello de una gacela no tienen más propósito que... ¡matarla! Nosotros, los

humanos, vemos eso como infligir la muerte. Si fuésemos animales no lo veríamos más chocante que el acto que llevamos a cabo cuando hincamos los dientes en una barra de pan para quitarle un pedazo, pues los dientes atrapan la vida. Pero usted bien sabe que el hombre observa a los animales a través de sus emociones humanas, de su visión humana. Me imagino, con chispa, que los animales que observan cómo vivimos deben decirse entre ellos que somos ¡verdaderos salvajes! Los humanos matan el cuerpo con sus manos y su espíritu con palabras. El humano siempre mata con sus dientes, pero hablando y, sin embargo, siempre para hacerse con un poco de vida.

La diferencia básica entre el animal y el hombre está representada por la función verbal. Somos los únicos animales dotados de un lenguaje completo y articulado. Los animales tienen un lenguaje sonoro, pero el hombre es capaz de asociar todos los sonidos y crear mundos solo con palabras. Se necesitan varias cosas para llevar a cabo esta hazaña, pero la más importante se encuentra en las áreas corticales específicas dedicadas al tratamiento del sonido, del lenguaje. La boca se vuelve entonces el orificio por el cual saldrán estas palabras para actuar en el mundo. Así la boca se encuentra en el lugar estratégico de la supervivencia y la existencia. Porque nuestro cuerpo debe vivir y, en cambio, el espíritu, el mental, existe por sí solo. Existe hablando. Las palabras que salen de nuestra boca manifiestan nuestra existencia sobre la tierra. Las palabras nos otorgan vida, manifiestan nuestra vida al mundo. Por lo demás, el mismo bebé, cuando llega al mundo, da su primer grito para decir que está vivo. Hay que convencerse de ello al observar a las personas que asisten a la llegada al mundo de un niño que no llora, y los esfuerzos y subterfugios desplegados con el fin de arrancarle su primer grito.

La articulación del lenguaje se realiza a nivel de la articulación temporomandibular, donde el maxilar inferior articula con el cráneo, vía el hueso temporal, que se revela como el hueso del lenguaje, atravesado por el conducto auditivo, que permite oír. Lleva

una cara articulada y está ligado a la mandíbula, herramienta básica del lenguaje. Este hueso protege las áreas corticales del lenguaje, las áreas de Broca y de Wernicke (ver *La biodescodificación dental. Tomo 2. Las enfermedades bucales y las palabras para nombrarlas*, Editorial Chariot d'Or, 2009). Pero estas áreas corticales solo serán efectivas a partir de los 18 meses, y de ahí en adelante el recién nacido tendrá que colocar algunos dientes en su boca.

No puedo acallar mi pesar ante el uso penoso que ciertos seres humanos hacen del verbo. De la misma manera me quedé espantado al ver cómo el verbo se convertía en una zarpa más en la pata del predador humano, o en un colmillo más en su boca. Las palabras ya solo se utilizan para dominar, despreciar o atrapar algo que permita la supervivencia. Las mismas personas que se pasman ante las escrituras de la Tradición, utilizan las palabras desde una dimensión animal de conquista y provecho. ¿Cómo pretender, pues, tener una conciencia evolucionada o despierta sin entender que las palabras están para compartir y no para comerciar? La verdadera vida creativa de las palabras, el Verbo verdadero, solo está aquí para dar, no para recibir ni para manipular, vender o imponerse. Pero usted y yo hemos tratado el tema tantas veces que no voy a seguir con él aquí. Note simplemente que el mismo pesar me sigue invadiendo ante esta manifestación, y debo confesar que esta pesadumbre me parece incurable.

El niño, al venir al mundo, presenta, en condiciones normales de desarrollo, una boca desprovista de dientes. Los primeros brotes empezaron su mineralización en la vigésimocuarta semana del embarazo, pero el primer diente irrumpirá en la boca a partir del sexto mes después del nacimiento. Es imposible pretender que, por entonces, sus dientes estén ligados a cualquier dimensión mental. El recién nacido tan solo vive y sobrevive gracias al sistema endocrino que le mantiene en equilibrio. Pero, por lo pronto, ya es parte de la especie humana. Como animal está sometido al

peligroso estrés con el que se encontrará a lo largo de su existencia, más o menos ocurrente, más o menos consciente, es decir, el abandono. De conformidad con su impulso gregario, el reciente ser humano tiene la necesidad de sentirse vinculado al mundo y, para ello, percibe...

Cuando los primeros dientes aparecen en su cavidad bucal tiene aproximadamente seis meses. El reloj biológico es fiable, ipero no es exacto! Por esta razón, y según las leyes matemáticas y los estudios estadísticos, a partir de los seis meses una diferencia de algunas semanas o de un mes no es significativa de ningún problema; el límite para inquietarse es a partir de los quince meses. Dicho de otra manera, tan solo pasados los quince meses será conveniente investigar para verificar la presencia de gérmenes dentales. La ausencia de un gran número de estos es muy rara; ocurre a menudo dentro de un cuadro más amplio de anomalía genética, de síndromes médicos o de trastornos de todo el sistema. La agenesia parcial de dientes temporales es también rara. La agenesia es la ausencia de génesis, y si no hay gérmenes, no hay dientes.

Pero «raro» no significa 'nunca', y le presentaré ciertos casos de anomalías de dientes temporales. He recopilado, a tal efecto, unos documentos radiológicos que tendré el placer de poner a su disposición con mis explicaciones correspondientes. Hablando del tema de las agenesias pasé un día maravilloso con una de nuestras amigas, la doctora Madeleine Schoch-Bellocq. Ambos quedamos sorprendidos al ver confirmadas mis hipótesis sobre las observaciones de las familias de los niños portadores de agenesia. Tal como le comenté, la experiencia, amigo mío, es la madre de la ciencia. Así que se lo repito: ninguna de mis alegaciones se ahorró la confrontación con la experiencia. Echo pestes ante los que no se toman ya la molestia de someter sus hipótesis a la prueba de la realidad, a la experiencia. Y qué decir de los que rechazan mis trabajos sin ni siquiera tomarse el tiempo de leerlos, de estudiarlos, de prestarles tan solo una onza

de su inteligencia. Ya me ve malhumorado, amigo mío, pero hay cóleras sanas, y mi pesar no es menor por ello.

A los seis meses los incisivos centrales inferiores se posicionan en la boca. La fase de dentición empieza, término que debe diferenciarse de dentadura, pues revela una dinámica. La dentición es la fase en la que aparece la dentadura, la dentadura es la situación estática de los dientes una vez posicionados. El niño experimentará tres años de dentición, más otros tres años de dentadura. Y todo volverá a empezar. La llegada de los dientes 71 y 81 es muy significativa. El hecho de que estos dientes sigan un ritmo normal, respetando el tiempo mencionado como norma general, es una información gregaria. El niño, al que llamaremos de momento «animal», puesto que está desprovisto del funcionamiento verbal, recibe de su biotopo una información que le llega dentro de la música de la «madre». Dicho de otra manera, un individuo de su entorno se muestra a él en su papel de madre. Es conveniente comprender aquí que esta señal ha sido captada, más que explicitada por medio de las palabras. Hay una señal signifiante, y no forzosamente significada por palabras. Esas son normas de comportamiento y afectivas por parte de un individuo externo para el cual su papel de madre en relación al niño es claro, estable y completo.

El sistema vivo que representa este recién nacido es puramente biológico, instintivo. Convendría entender que este sistema no está en absoluto dotado de pensamiento reflexivo, ni siquiera de pensamiento a secas. Las palabras existen en su entorno sonoro, pero no son significantes en su córtex analítico. De la música de estas palabras se comprende el tono general, la carga emocional que impregna las palabras, y es esta misma la que actúa. Pero creer que el córtex de un recién nacido «entiende» lo que le dicen... ¡no! Por lo tanto, es fundamental hablar para que el biotopo se convierta en «verbal». Veremos más adelante que el biotopo es el mundo en el cual el niño se manifestará, y para ello utilizará lo que encuentre ahí. Por lo tanto, una ausencia de lenguaje verbal exterior actuará disminuyendo la expansión transversal del pala-

dar y ocasionará un atasco dental. El paladar ojival es una marca constante de esta ausencia verbal.

Recuerdo con mucho gusto nuestras experiencias sobre la comunicación con los animales... habíamos sido adiestrados sobre los trabajos de Pavlov, pero lo que habíamos iniciado era otra cosa diferente. Recuerdo igualmente nuestra toma de conciencia de que detrás de nuestras palabras se escondía un valor puramente vibracional, de naturaleza emocional, sobre cuyo término no llegamos a un acuerdo, pero a la espera de encontrar otro que le sustituyera habíamos convenido quedarnos con él. ¿Se acuerda de nuestra capacidad para hacer que nos obedeciera un perro sin abrir la boca? Fue tan sorprendente que no pudimos dormir en toda la noche. Descubrir que los animales captan nuestra intención vehiculada por una carga emocional fue un maravilloso momento en nuestro avance. ¡Oh, amigo mío, qué buenos momentos pasados al encuentro de las dimensiones escondidas de la Vida! Ciertamente, lo esencial solo es visible a los ojos del corazón, y nosotros habíamos descubierto que lo esencial tan solo era audible para los oídos del corazón. ¡Qué extraña necesidad de llamar «corazón» a lo que es emocional, límbico... Este nivel del cerebro es tan poco conocido... Y llamarle «corazón»... ¡Qué error anatómico!

El individuo que se muestra al recién nacido como «madre» bien puede no ser su madre. Si el individuo vibra emocionalmente como madre, el niño recibe entonces esa presencia informativa como tal y se vincula a ella. Por esto parece aberrante oír que en ciertos hogares de adopción se les prohibió a las cuidadoras establecer cualquier vinculación emocional con los niños a su cargo. Así fue... y es muy posible que siga todavía en la práctica.

Podemos entonces empezar a entrever que las condiciones exteriores del niño no son las más determinantes. Observar un teatro y decirse que todo está en orden no es lo que suele hacer nuestra biología. No ve ni oye a esa edad, por lo tanto no debe cuestionar

lo que se ha hecho, sino prestar atención a cómo se hizo. No un «cómo», analizando un protocolo, sino un «como» que giraría hacia un estado de ser, hacia el estado emocional de la persona que actúa. Más que el acto en sí, o la naturaleza misma del acto, es el corazón detrás del acto el que debe percibirse, pues es la música que impregna el acto la que recibe la biología sorda y ciega del recién nacido.

Por todo ello, una perfecta extraña movida por el amor materno será mejor recibida que una madre encerrada en sus miedos de no hacer las cosas lo mejor posible. Pero eso no es el sùmmum de lo que nos enseñan los dientes. Volveremos más tarde sobre esto, cuando los molares temporales se posicionen. Los miedos a no hacer las cosas bien son muchísimos, y desgraciadamente se cultivan para que se vendan obras elaboradas explicando cómo ser una buena madre. Se cultivan también por la ausencia de transmisión de esa sabiduría instintiva que toda mujer que se hace madre tendría que recibir de su propia relación con la suya, quien también la hubiera recibido de... etc.

No puedo acallar aquí mi profunda tristeza, amigo mío, ya lo hemos comentado muchas veces... ¡qué doloroso fue que nos volviésemos inaudibles en el empleo de este lenguaje! Pues, cuando una mujer se siente con derecho a conquistar el mundo exterior, el territorio de caza, los altos niveles del mundo profesional, dígame... ¿quién la sustituye en el seno familiar? La mujer es como la tierra, asegura el equilibrio natural del mundo, y después de tantos siglos de desprecio frente a los hombres, siglos de rencor guardado en secreto, pensó que salir y compararse a los hombres iba a resolver sus sufrimientos. Si el hombre hubiese podido darse cuenta del lugar fundamental que ocupa la mujer en el seno de la creación tal vez no hubiésemos llegado a escribir sobre los dientes. Pues estando las cosas en el lugar que deben ocupar en la armoniosa música del corazón, los dientes se habrían quedado como piedras luminosas, en el lugar justo y asignado, y nosotros sin la necesidad de buscar el porqué de tanto desorden en la

boca de nuestros pacientes. Entonces... ¿tiene sentido este dolor? Pero este pesar tiene un sentido. La mujer tuvo más interés en enseñar a sus hijas a independizarse que en ser espontánea a la hora de transmitirles el comportamiento de «madre». ¿Cómo una mujer, estresada y cansada por su propia cacería, puede también ser madre en su reino? Lo seguiría siendo, sin ninguna duda, si el hombre la hubiese considerado, si la hubiera devuelto el eco de su gloria. ¡Cuánta tristeza! Infinita. Solo nos queda ahora trabajar para devolver el equilibrio a estas bocas y a estos corazones, lo que no nos incumbe solo a unos cuantos, sino a todos.

La fase de erupción de los dientes 71 y 81 se corresponde con la imagen siguiente: una balsa navega en el océano. Acaba de caer del cielo. Un barco se acerca y le lanza un cabo. Este barco se está identificando a la balsa así: como madre. Aquí están las informaciones que captan los incisivos centrales inferiores. Imaginémosnos ahora que se atrasan y que en lugar de aparecer a los seis meses lo hacen al año. ¿Qué sentido tendría?

La lectura más sencilla y la más común es buscar en la historia familiar cuál es el niño que obtuvo, tan solo al año en su biotopo, una estabilidad del individuo como madre. Este tipo de situación es relativamente corriente desde que la mujer procrea y trabaja. La ley permite 16 semanas de baja por maternidad, pero esto no soluciona el problema de encontrar una niñera para permitir a la madre vuelva a su puesto de trabajo. Y encontrar una niñera es tarea muy ardua. Un niño que nace hoy tiene todas las posibilidades de tener una abuela que ha pasado por ese tipo de estrés. Pero la ley biológica llama a memorias más antiguas. Tendremos, pues, que explorar más atrás en el árbol genealógico de las vivencias pasadas.

La segunda lectura referente a este retraso en la aparición de los dientes nos lleva a buscar al niño abandonado, dejado en adopción, que esperó la edad marcada por sus incisivos centrales inferiores temporales para ser adoptado. Este tipo de información es muy delicada, pero la señal mostrada por los dientes del niño nos in-

dica que el individuo «madre» tiene un estrés que la vuelve muda en el biotopo del niño. Pero, desde luego, el niño que presenta hoy un retraso en la irrupción de sus incisivos centrales inferiores no está abandonado; sin embargo, algo hace que esté vinculado a una memoria que su madre le ha transmitido. El simple hecho de valorar anticipadamente si todo estará bien, con el miedo subyacente a que se tuerzan las cosas, crea el estrés anticipado e informa a la biología del recién nacido.

Nos enfrentamos otra vez, querido amigo, a lo inexplicable. Sin embargo, lo que ambos hemos comprendido es que lo circunstancial no es informativo. Tan solo lo es el sentir de la madre en este teatro. Así que observar desde fuera sin los ojos del corazón no serviría para nada, pues tan solo los ojos del corazón permiten ver lo que se ha sentido. Las emociones, ambos lo sabemos, se estampan químicamente, y el lenguaje del cuerpo se basa en los elementos químicos. El ser humano en sí, como por casualidad, utiliza las letras para simbolizar los elementos químicos. Uno de nuestros contemporáneos llegó a escribir que el feto hará de la voz de su padre una primera experiencia gustativa, probando a través de la placenta los efectos de esta voz en la madre. Este gusto es químico, químicamente inscrito, biológicamente significado. Tendremos la oportunidad de volver sobre el tema durante el estudio de los incisivos laterales superiores, pues por el momento no hemos terminado con los incisivos inferiores de nuestro pequeñísimo ser.

La estampa química de una vivencia es algo que se conoce perfectamente. Se ha reconocido que los intercambios informativos no necesitan del análisis del córtex. Por la misma razón, unos eucaliptos pueden emitir una sustancia química, volátil, que informará a los eucaliptos vecinos de que un predador acaba de llegar. Los árboles vecinos segregan entonces una sustancia particular con el fin de alejar al predador herbívoro. Este intercambio informativo es puramente químico. La química es poderosa en nuestra bio-

logía. El mismo código de ADN está confeccionado a partir de cuatro bases enumeradas A, C, G y T. Queda por explorar y dilucidar el alcance de acción y de impregnación de esta química, así como su capacidad de diálogo con nuestras células y lo viviente. Pero las emociones informan al sistema biológico y lo impulsan a reaccionar por medio de los sistemas simpáticos y parasimpáticos que realizan la adaptación funcional de nuestros órganos, y por lo tanto del conjunto de nuestra biología, cableados desde el sistema límbico, centro emocional.

Pero volvamos a los dientes 71 y 81. Fuera de los retrasos de aparición, estos dos dientes pueden perfectamente existir al nacer (hablamos entonces de dientes neonatales) o bien aparecer a las pocas semanas. La velocidad de aparición de estos dientes indica un enorme estrés vinculado a la madre, como si se tuviera que ir muy deprisa, muy deprisa, antes de separarse. Por lo pronto, la primera información memorizada que deberá buscarse en la genealogía es una madre fallecida durante el parto o a consecuencia de este. La biodescodificación dental nos enseñó que en el adulto un diente puede llevar una memoria. Se trata del segundo molar inferior izquierdo, el diente n.º 37, en cuya radiografía se muestran dos raíces muy próximas entre sí, en paralelo, pero no juntas. El diente neonatal no significa que la madre del niño murió durante o por el parto, sino que hubo una información durante el embarazo que dejó una señal emocional que se corresponde con esta memoria. Una mujer que tiene miedo a estar separada de su hijo (por la razón que sea), y que tiene en su genealogía esta triste memoria, puede provocar la aparición de incisivos neonatales, porque una emoción de separación tiene una emoción correspondiente, y cuanto más dure, más intenta la memoria biológica remediarlo. El niño, con su diente neonatal, tiene en la boca la memoria de su madre, del encuentro con un sufrimiento que señala: «Voy a darte a luz y te voy a dejar, así que voy a ligarte a mí lo más rápidamente posible para que no me olvides».

Los dientes que aparecen durante las primeras semanas cuentan lo mismo, salvo que la separación no se debe en este caso a la muerte de la madre. Hubo separación, pero de otra manera. Bien se sabe que muchas madres solteras han tenido que abandonar a sus hijos en contra de su voluntad. Algunas han podido tener a sus hijos durante cierto tiempo, el necesario para que pudieran reponeerse del parto y reaparecer en el mundo sin que se notara, y luego los han tenido que dejar, se separaron de ellos definitivamente. Los dientes precoces dicen claramente: «Soy tu madre, soy yo tu madre, no te olvido». Claro, porque en sentido inverso, «no me olvides», serían otros los dientes de leche que se mostrarían primero. Los iremos viendo.

Sin embargo existe un caso que puede producir el efecto aparentemente inverso. La separación por destete. La separación asociada a este momento preciso que es el destete. Un niño portador de una memoria de separación por destete, o durante el destete, tendrá retraso en la aparición de sus dientes, y así, por medio de este retraso, intentará evitar la separación. Efectivamente, la observación de los animales nos muestra que la hembra deja de amamantar cuando aparecen los dientes de leche. Un retraso en la dentición puede, por lo tanto, encontrar un eco de una memoria parecida. Para un mismo efecto pueden existir varias causas. Pero una madre que lleva esta memoria en su genealogía la dejará expresarse tan solo si ella misma tiene miedo a estar separada de su hijo (cesando el amamantamiento), por temor a que otra persona ajena no sepa cuidar a su hijo, por miedo a que otra mujer ocupe su lugar de madre. Estresada de esta manera no se mostrará a su hijo como una madre serena, se anticipará a la separación, se sentirá ya separada. Al desear que su hijo no lo viva de esta manera, se lo hace sentir anticipadamente, pues el cerebro adulto es una máquina que viaja en el tiempo y que es capaz de hacer existir, para el sistema biológico, lo que todavía no existe en la realidad, sino tan solo en su anticipación. Una memoria que se podría buscar en el árbol genealógico sería la de un apego entre un niño

y una niñera. Existen numerosos casos que revelan un apego de tipo «madre» con una niñera. Son muchas las personas que llevan rasgos de un abandono vivenciado en relación a una niñera y no en relación al individuo a quien se ha llamado «madre».

Puesto que le he descrito todas las manifestaciones posibles de las memorias de sufrimiento de los niños de un árbol genealógico, no puedo sino sentir con certeza la extensión del panel de memorias disponibles. De esa manera quedo íntimamente convencido de no poder, ni aquí, ni nunca, dar la vuelta al abanico de los posibles escenarios. Así que podrá comprender que la importancia de este trabajo no es presentar todos los casos de sufrimiento humano que han podido existir, sino, por medio de ciertos casos, hacerle percibir lo que actúa sobre los dientes humanos. Siento profundamente que acceder al sentir de cada uno de nuestros dientes es la manera adecuada de comprender el mensaje. Ambos hemos pasado largos periodos trabajando en lo que se conoce como la «introspección consciente de nuestro cuerpo». Hemos trabajado durante largos años ese viaje interior por medio del cual podíamos llevar nuestra conciencia a la percepción de nuestras diferentes partes biológicas, y aunque me demostró a menudo sus dificultades ante mi aparente facilidad en vivenciarlo, quedo sin embargo convencido de que este medio estaba a disposición de cualquier ser humano. Recuerde esta frase reencontrada en un libro, y a la cual he otorgado mucho valor: «Si un hombre puede hacer algo, cualquier otro también puede».

Debo también recordarle lo que yo decía a menudo: ¿Cómo un hombre, un ser humano de sexo masculino, puede permitirse hablar de lo que siente una mujer? Los vínculos que se tejen entre una madre y un hijo no pueden percibirse por parte de un hombre. De la misma manera que los que se tejen entre un padre y un hijo no pueden ser percibidos por una mujer. Lo que he lamentado tanto tiempo es este abismo de incomprensión que existe entre un padre y una madre, cada uno cree que su versión es la única que puede ser acuñada con la palabra «justa». ¿Por qué no podemos comprender

la visión del otro de la vida, observándola desde nuestro punto de vista, con acogimiento y apertura a otra posibilidad? ¿Por qué nuestras percepciones deben ser más justas que las del otro? Percepciones que son en sí mismas un error, puesto que no ponemos palabras a nuestras percepciones, sino a nuestros sentidos elaborados a partir de estas mismas percepciones. Como nos lo demuestra el sistema nervioso central, las percepciones generan informaciones de tipo «sentimiento» que se transformarán en imágenes y luego en palabras. Empleando así una ruta orientada de abajo arriba, nuestras percepciones engendran palabras procedentes del filtro «emocional», puesto que ahí reside el nombre en uso para hablar de los sentimientos. ¿Cómo pretender entonces que las palabras que utilizo para describir la vida sean las únicas válidas? ¿Cómo seguir queriendo aniquilar al inoportuno que viene a oponerse a las palabras que emplazo sobre la manifestación de la vida sin aceptar que tengo la suerte de oír una versión simplemente distinta de la misma vida? Si observamos el sistema biológico en sí, este mismo nos apremia en aceptar la diferencia, y hasta nos ofrece esta misma diferencia como riqueza al abordar la vida. Sin embargo, bien lo sabe usted, amigo mío, por haberlo visto manifestarse en contra nuestra, el ser humano es rauda en apropiarse de las palabras y llevarlas luego en alto, como estandartes de su gloria. El ser humano es también veloz en usar su bestialidad para ver subsistir solamente su verdad, una verdad muy limitada a los ojos de la Vida, esta Vida que debe su riqueza más a las diferencias y a su mezcolanza que a la lucha entre ellas.

Voy a presentarle ahora, querido amigo, el primer caso de malposición dental bajo el criterio de la biodescodificación biológica y su visión revolucionaria de las cosas y de las manifestaciones del cuerpo humano. Ambos sabemos que la posición de un diente sobre el arco, en la boca, es el resultado de la expresión de un código genético. Hay un gen que codifica la forma del diente, otro su posición y otro el número. Por lo tanto, la malposición que aparece después de la aparición del diente, y solo hablaré de ella de ahora en adelante, es el resultado de una codificación genética. Eso, si lo hay y si consi-

deramos estos genes bajo su aspecto de portadores de informaciones propicias a la vida, tendremos forzosamente que interesarnos en la malposición dental. Y digo bien, «interesarnos». El interés que se mostró a nuestros ojos no es el que se espera encontrar para facilitar lo existencial en su encuentro con el nivel material, ni tampoco el que pudiera facilitar la acción en el mundo. Pues, para entender el interés que voy a presentarle, deberá entenderlo bajo la única acepción de la esfera mental del ser humano, y no bajo su dimensión puramente biológica animal. Sin embargo, modificando el aspecto físico, y en particular las posiciones dentales, la biología encuentra la forma de preparar el mental para abordar la existencia. Pero, si me lo permite, volveré sobre ello más adelante e insistiré en ello a lo largo de mis escritos relativos a los dientes definitivos.

Estos dos incisivos inferiores temporales, izquierdo y derecho, respectivamente los dientes 71 y 81, pueden presentar un ángulo posicional sobre el arco. Normalmente se presentan con los bordes juntos y alineados, pero pueden formar una V invertida, punta hacia la lengua, hacia el interior de la boca. La explicación comúnmente admitida y empleada en el mundo profesional de los dentistas es la que argumenta una acción mecánica del «chupete», ese artefacto destinado a sustituir el pulgar que el niño suele ponerse en la boca. Muchos son los que utilizan este artefacto, pretextando que será más fácil hacerlo desaparecer que el pulgar cuando llegue el momento. Podemos hasta «maravillarnos» viendo cómo se venden chupetes fisiológicos.. como si fuese algo más fisiológico que la biología en sí y, por lo tanto que el pulgar del hombrecito. Una acción mecánica obedece a unas leyes físicas. De la misma manera, una ley anuncia unos efectos a partir de una causa, y por el mero hecho de llamarse ley no tiene más remedio que ser operativa. Sin embargo, si lo contrario llegase a demostrarse, esta ley ya no sería tal, sino sencillamente una fuerte probabilidad de acción. Por lo pronto, necesidad habría de demostrar la acción mecánica sobre las bases de principios físicos.

He observado largo tiempo ese utensilio llamado «chupete» en la búsqueda de las leyes físicas que definían su acción mecánica. Estudié el artefacto bajo todos sus aspectos con el fin de identificar las áreas de apoyo y de transferencia de fuerzas, pero nunca he podido descubrir su funcionamiento, ¡sin lugar a duda alquímico! Pues, para que el objeto ejercite la fuerza mecánica aplicada exactamente en los dos ángulos mesiales de los dos dientes en cuestión se necesita mucho más que un azar malicioso, ¡se necesita magia! Hasta proponiéndoselo no se lograría. Así que abandoné largo tiempo atrás esta equivocación de juicio sobre el susodicho objeto y dejé que los niños que lo necesitaban lo utilizasen a su antojo.

Para entender el interés que tiene el sistema viviente para «angular» los dientes de una forma u otra, diferente a la norma observada por parte de la facultad, debemos presentar al niño de una manera particular. Cuando la mujer está embarazada, su cuerpo prepara un cuerpo nuevo que deberá integrarse en el mundo. Sí, sí, la fraseología ha sido escogida a propósito. Una mujer embarazada es el lugar donde se prepara un cuerpo nuevo. Ese cuerpo, pues tal es el papel de la biología maternal, debe estar perfectamente adaptado al mundo en el que vendrá a tomar su lugar. La madre preadapta el cuerpo, la biología. El recién nacido estará perfectamente adaptado desde el punto de vista de la forma, pero también, funcionalmente, al biotopo al cual está destinado. Desde este mismo punto de vista se entiende el fundamento del ADN mitocondrial, que tan solo una madre puede transmitir a sus hijos y que solo sus hijas podrán transmitir a su descendencia. Verdadera cocinera de la célula biológica, con sus recetas de cocina adaptadas a los productos del lugar donde se desempeña. Pero si para un animal el biotopo se describe tan solo por parte de las percepciones físicas, para el ser humano es totalmente distinto. Lo descriptivo del biotopo exterior no se limita al mundo vegetal y animal. El mundo en el cual se va a encontrar el ser humano no es solo concreto, material, climático y alimenticio. En este mundo

terrestre que irá descubriendo se mueven tantos mundos como seres humanos. Sin embargo, en la relación humana, los sentimientos son fundamentales, mucho más de lo que lo son las palabras, a menudo ausentes, dentro de estas mismas relaciones humanas. ¿Quién puede pretender saber siempre expresar lo que estaba viviendo en cuanto a la interpretación de la interferencia de su mundo con el de otro? Sin embargo, aun en ausencia de estas palabras, nuestro sistema viviente está informado de las emociones resentidas después del encuentro y del compartir la existencia. Con todo ello, lo que informa al recién nacido sobre el mundo en el cual deberá tomar lugar no lo hará bajo la dirección de la objetividad visual, sonora, táctil, gustativa u olorosa. Bajo esta forma de ver las cosas, los seres humanos serían todos idénticos en formas y funciones dentro de un mismo biotopo natural, como lo son los animales nacidos en un mismo lugar. Aceptando como accidentales los casos raros de mutaciones aleatorias de la biología animal, nos parece que nada del biotopo es, o ha sido, modificado, pues es obvio que la percepción ultrasensible de los sistemas vivos puede, a espaldas nuestras, percibir ciertas modificaciones dadas e intentar prepararse para ellas, adaptarse incluso, por medio de una mutación aleatoria y accidental.

Para ser sincero, no sé cómo ni qué pensar para poder transmitir esta lucha que enfrenta forma y función. Hemos mantenido muchos debates sobre el tema de la forma que dirige una función y de la función necesaria que implica una forma adecuada, pero nos hemos encontrado a menudo afectados por el vértigo de nuestros cerebros ante tal enigma que, sin embargo, aparece muy claro para otras mentes. Oponer forma y función en dos conjuntos diferentes, pero unidos por unos efectos de reciprocidad, no nos permitió nunca encontrarnos con certezas al final de nuestras digresiones. Incluso hemos intentado proponer un modelo de superposición parcial de los conjuntos forma y función, una modelización que permitiera conceder cierta libertad al cambio de función sin que la forma en sí tuviese

que alterarse. Hemos admitido que una forma llamada «básica» permitiría ciertas coordenadas de adaptabilidad a la función, pero que, a partir de cierto umbral, la función traspasaría las posibilidades de la forma, decayendo entonces esta última o bien encontrando la manera de mutar. Una función que someta al conjunto a un apremio prolongado llevará a modificar la forma adecuada a la cual está ligada y de la que depende. De la misma manera, si el ser humano debe adaptarse, tendrá cierto margen de maniobra, ante todo funcional, pero si la función se mantiene alejada de su norma básica, deberá entonces influir ella misma sobre la forma e impulsarla a cambiar para que la función necesaria se vuelva norma en relación con esta nueva forma. Es así cómo podemos aprehender mejor los cambios de las posiciones dentales. Una nueva forma ligada a un apremio en relación a la forma básica. La modificación del emplazamiento de un diente permite aflojar el estrés asociado si la forma no cambiase. La forma nueva posición dental describe una nueva norma en la cual la adaptación no es ya necesaria.

La angulación de los incisivos centrales inferiores, que se interpretará de la misma manera en una dentadura definitiva, nos informa de que el niño nacido tiene un papel muy particular en el seno de la familia que viene a descubrir. Porque si los padres «quieren» o «desean» un hijo, este mismo deberá integrarse en el mundo venidero, pero solo vendrá si tiene un rol para él solo y que solo él podrá desempeñar. Resumiendo, no depende tan solo de la «voluntad» de sus padres. Vendrá si el equilibrio natural del clan y de la familia le concede un sitio. No venimos gratuitamente al mundo, venimos a tomar un lugar y a tener un papel. Y mucho antes que el lugar y el papel que nuestra alma ha querido tener y desempeñar, está lo que la biología obliga y espera. Estas esperas de la biología son parte de lo que se llama el inconsciente, y cuando sepamos nombrar este inconsciente ya no estaremos sometidos a él sin saberlo.

La V hacia adentro informa de que el niño debe traer a su padre de vuelta a casa o, para ser preciso, el hombre al hogar. La

presencia de esta posición informa en dos niveles. El primero es que existe en la genealogía un padre que un día se fue y no volvió. Dejó atrás a uno o varios niños pequeños y a una mujer-madre que sufrió por ello y no lo pudo contar. La situación emocional no se transfirió nunca al mundo de las palabras, y por lo tanto se quedó, como se suele decir, inacabada. El segundo nivel revelado es que la madre del niño afectado tiene aquí un miedo inconsciente (no se ha verbalizado, ni interior ni exteriormente) a que su marido se vaya un día y no vuelva nunca, y es la concomitancia de estos niveles la que llevará a la biología del niño a reposicionar los dos incisivos centrales inferiores. El uno no funciona sin el otro, por lo tanto, no porque esta historia tuvo lugar en la genealogía toda la descendencia será portadora de esta malposición dental, puesto que hace falta un recordatorio en la madre embarazada por medio de un sentimiento. Así y todo, no todos los niños no la van a tener simplemente porque eso ocurrió una vez en la historia de la familia.

La misma noción de «padre desaparecido» puede también referirse a un padre fallecido. Los escenarios son múltiples, como el caso complejo de un niño nacido durante la guerra cuyo padre se va y vuelve cinco o seis años más tarde, en el mejor de los casos, de los campos de prisioneros. El hombre que vuelve ya no es el que se marchó. Por lo tanto, el que se marchó, nunca volvió. Pero un escenario sorprendente es el de los cubanos, que presentan muchísimos casos de esta modificación de posición. Sumergiéndose en la historia de este pueblo sabemos que muchos fueron los hombres que dejaron la isla de Cuba por el continente americano, recibieron ahí la nacionalidad americana y volvieron a Cuba en busca de los suyos. Pero el periplo era muy peligroso, y muchos fueron los que no volvieron nunca, incluyendo a los que, aun salvando la vida, prefirieron empezar de cero.

Finalmente, el sentimiento de la mujer, siendo ya madre, es lo que determina esta memoria, pues la posición de los incisivos pondrá la esfera mental en relación lógica con un padre con posibilidad

de irse. El niño portador de esta posición dental tiene un área mental inconsciente que trata la información procedente de la pareja a través de esta posibilidad permanente de la partida del padre y de su vuelta. Al menor estrés en su existencia, estará confrontado a esta eventualidad que su sistema determina como la mayor información a vigilar. Por lo tanto, los dientes en esta posición van a poner en marcha una gran cantidad de comportamientos «ad hoc» para hacer volver al padre al hogar, pues si padre y hombre se designan desde el exterior, tienen también su correspondencia interior, el masculino del individuo en sí. Este masculino es una dinámica de vida. Es la que se exterioriza, que va hacia fuera. Notable es el hecho de comprobar (en el sentido literal de la palabra) la regularidad con que estos niños sufren de una concreción cósmica de lo masculino. El momento más frecuente en que se produce esta conservación interna de lo masculino es durante los exámenes, en los interrogatorios escolares escritos u orales. La memorización de las lecciones se hace de una forma «femenina», de fuera hacia dentro. La lectura toma las informaciones del exterior y las lleva al interior. La memorización se hace de forma centrípeta, propia de lo femenino en cuanto a su dinámica. Luego, durante la interrogación, hay que sacar lo que se ha memorizado, y aquí interviene lo masculino, movimiento centrífugo. Pero el estrés que provoca la situación del examen, claramente identificada como una exteriorización de las cosas, podrá provocar la situación perfecta, que es la de mantener el masculino inmóvil dentro de sí. Y tenemos aquí el accidente de la hoja en blanco, no como consecuencia de no saberse la lección, sino para mantener una supervivencia asegurada por la inmovilización de la vida dentro de sí.

Estamos aquí, amigo mío, asistiendo a una magnífica facultad del sistema mental representada por la simbolización de las cosas. Es sorprendente, y maravilloso a la vez, ver cómo nuestro sistema de atribución de significado considera como iguales hombre y masculino, pues el hombre desaparecido por su partida dentro de la his-

toria de la familiar era ciertamente un padre, pero desapareció en su función de hombre. El que se fue a la guerra o al trabajo estaba entonces dentro de su plena expresión de hombre-guerrero, de combatiente. Obedecía al requerimiento de la nación, para la cual, ante todo, era un hombre. Es el padre de sus hijos, y sus hijos hablarán de él llamándole «padre», pero dentro de este escenario preciso, él es un HOMBRE, y la memoria inconsciente no se dejará engañar. Es así como el niño, en su estado escolar, estará también dentro del marco de expresión de lo que más tarde se llamará «hombre»: un masculino desplegado en pos de la conquista, en atrapar... de la misma manera que un cazador que se fue a las vastas praderas para cazar y atrapar al mamut, el niño lo hará en las vastas praderas del espíritu, en el territorio de caza que es la escuela, para alcanzar unas notas. «Qué» hacemos importa poco, el «cómo» lo llevamos a cabo, es decir, la dinámica de vida comprometida, es lo que determina el modo reaccional.

Efectivamente, el acto de simbolización no es una decisión voluntaria de un erudito literario y filósofo, sino una particularidad innata de nuestro sistema mental para dar sentido, para otorgar un significado a las cosas y a las palabras, puesto que por medio de esta comunidad de significación entre palabra y objeto u acto, el sistema entiende su valor, su sentido, el significado. Tendremos la ocasión de volver sobre el tema muchas veces, puesto que la esfera bucal está en la interfase del mundo concreto de la biología con el mundo virtual del espíritu que se manifiesta a través de las palabras. Nada sorprendente, pues, ver expresarse los desórdenes de comunicación verbal en el diente, y todavía menos encontrar vinculados a nuestros dientes unos léxicos de palabras muy precisos, pues nuestro sistema mental, procedente de la vida, quiere ante todo: ¡el orden! Y este orden de las cosas, cuando hablo de palabras, se organiza de una manera ancestral ya presente en la naturaleza: la arborescencia... una raíz etimológica que da multitud de frutos a lo largo de muchas ramas, y nuestro sistema mental, que entiende conscientemente el sentido de una palabra, sacará primero el sentido, significante mayor, sentido

que tomará de su raíz etimológica, aunque que nos sea aparentemente desconocida.

Tenemos aquí al niño portador de sus dos incisivos centrales inferiores. Con pocos meses su sistema cortical no es todavía funcional en el sentido adulto del término. Tiene ya sus zonas motrices funcionales, con más o menos precisión y agilidad, pero la mayoría de sus movimientos son instintivos, por no decir todos. Las manos pasan y vuelven a pasar ante sus ojos, que no ven todavía el mundo con claridad y cuyos objetos no sabe coger. Su boca se hace con tetinas y pezones solamente por puro instinto. Su sistema vivo se mantiene en vida tan solo por medio del sistema endocrino. Es únicamente el resultado de la información química de sus hormonas, y sus células están vivas gracias a ellas. Eso durará unos cuantos meses. Sin embargo está en relación con el mundo porque el mundo se vincula a él, este mundo se percibe aun siendo mudo. El descubrimiento de su mundo se hace por el contacto que este mundo tiene con él, según el movimiento de ida hacia él. No puede ir hacia el mundo. La percepción de este mundo se memoriza, como en todo aprendizaje, por medio de sentidos básicos, pero fundamentales, repartidos en dos grandes catálogos: los datos que están asociados al peligro de muerte y los asociados a las posibilidades de supervivencia. En cada estímulo del mundo hacia él, su cuerpo responde por medio de una producción endocrina que apunta a mantener su sistema vivo en equilibrio, indispensable para su necesaria adaptación al mundo, mundo totalmente concreto donde ninguna dimensión mental, o sea, simbolizada, existe de momento. Descubre los elementos básicos de lo que se llama «vida»: tierra, agua, y aire. Más adelante irá descubriendo el fuego y la luz. Pero antes, otros dientes van a suceder a los primeros.

Hasta aquí nuestra primera carta, que termina con estos primerizos dientes de leche. Me atrevo a creer en su interés apasionado, que testimoniaría así la amplitud de las respuestas que aporto a sus pre-

guntas. Le aseguro mi diligencia en dirigirle mi próxima misiva, prometiendo ponerme con su redacción en cuanto amanezca.

Sinceramente suyo.

Segunda carta

6 de diciembre de 2009

Henos aquí, amigo mío, en este día especial de san Nicolás, iniciándonos con los incisivos superiores. Un día estupendo para hablar del padre. Le dejo ir al descubrimiento de los dientes, le dejo que se reconozca a sí mismo. ¡Cuánto tiempo desde mi última misiva! Pero debe entender la importancia de este trabajo, que no debo apresurar aun estando a la espera del final de este viaje.

A la edad de siete meses hacen su aparición los dos incisivos de leche superiores. Un nuevo participante se aproxima a la balsa flotando en el océano. Un nuevo cabo debe ser lanzado, el que le envía el navío «padre». Estos dos dientes que se acomodan en la boca acompañan este instante notable del encuentro entre padre e hijo. En biología animal se habla de «período de impregnación». En biología humana ninguna búsqueda efectuada encontró el límite a esta cuestión. Según la especie animal el período de impregnación puede ser muy corto y temprano en el tiempo. Este período, para la mayoría de los animales, parece depender de la apertura del sistema visual y auditivo, que le relacionará, en ese mismo instante, con la presencia exterior del otro, con el cual establecerá su modelo parental. Estamos ante un hombrecito. Es a menudo demasiado limitado querer traspasar al ser humano lo que observamos en los animales; sin embargo, puede ser fuente de inspiración, puesto que Konrad sacó de los animales, la siguiente

observación: «En un momento preciso de su vida, el cachorro se identifica con otro ser vivo, sea cual sea, y tiende a irle siguiendo todo el tiempo, y la naturaleza (lo innato) le indica *sigue*, y es la cultura (lo adquirido) la que le dice *a quién*». Veremos, a lo largo del estudio de los dientes definitivos, la implicación que tiene todo eso para el ser humano.

El feto ha vivenciado, en el útero, alrededor del séptimo mes del embarazo, la apertura del sistema auditivo. Ha sido sometido a los estímulos vocales del entorno puesto que el útero es permeable a la palabra externa y, consecuentemente, a todo lo que, fonéticamente hablando, son los tonos, los ritmos, los acentos que caracterizan a la palabra. Si dentro de una colonia de pájaros un recién nacido es capaz de reconocer el sonido que emiten sus padres, lo está haciendo por medio de una frecuencia sonora y de una modulación de amplitud. El ser humano dispone de una información extra en cuanto a los sonidos percibidos, la que su madre le transmite por medio de su propia percepción del sonido que la envuelve. El valor del sonido, su sentido, su significado, y por lo tanto su importancia, serán los elementos facilitados y determinados por la madre.

Ya sabe, amigo mío, por haberlo descubierto con anterioridad a mi lado, que la madre posee el sentido del mundo que el pequeño irá descubriendo. Si las células grises son fundamentales en nuestro córtex, las células blancas parecen serlo por igual. Es como si permitiesen las asociaciones futuras a nivel de la sustancia gris, como si las asociaciones neuronales fuesen permitidas por la «voluntad» de la sustancia blanca. Ya se lo dije, pero vuelvo a insistir sobre este punto fundamental: la «madre» preadapta al pequeño a su integración en el mundo al cual se predispone a venir. Lo he anunciado a menudo: el niño, durante muchos años, tan solo verá del mundo lo que su madre le preparó para ver. Necesitará todo un período y una dinámica de individualización para poder quitarse estas gafas predefinidas que la «madre» coloca sobre nuestro sistema perceptivo

del mundo y que las células blancas parecen haber memorizado. La «madre» determina el sentido de lo que ella percibe del mundo, y sobre todo esa voz que más adelante el niño identificará como la de su padre. El hombre que dirige la palabra a esta mujer, que será la madre, puede o no estar asociado a un valor de «padre». Ya lo sabe, numerosas son las mujeres que no se sumergen en su interioridad como para asegurarse que dan a este hombre una dimensión de «padre». Por lo tanto, la voz oída no pone en marcha este «gusto» propio a «padre». Pues, se lo vuelvo a repetir en total convencimiento, la emoción se acompaña de una estampilla química, la cual impregnará el líquido amniótico que el niño absorbe con abundancia. La estimulación sensorial auditiva se registra, pues, dentro de una sincronidad con la estampilla gustativa. Y yo he de preguntarle: «¿Será, en estas condiciones, el niño libre para determinar quién es su padre o quién será su padre?»

Numerosos son los autores que anuncian que la madre es la que tiene el poder de abrir una puerta con el fin de que pueda entrar el «padre» en el biotopo del niño. Y aunque existen, con toda seguridad, algunos hombres que ni saben ser «padre» ni quieren serlo, aun deseándolo, no pueden traspasar el límite cerrado que la madre determina. Y si un límite se ha implantado, habrá sido a espaldas de esta madre. Nos hemos dado cuenta muchísimas veces de que el inconsciente tiene más potencial en manifestar su contenido que la voluntad en desvelar sus planes, que no podemos juzgar una realidad si tan solo nos acogemos a lo que el ser humano quiere o ha querido, anhela o ha anhelado, desea o ha deseado ver realizarse. Sí, amigo mío, nuestro inconsciente es mucho más poderoso que nuestra voluntad. Y, como dice Grodeck, «eso» actúa con mucho más poder que «yo».

Madre es la que se presenta al niño como nodriza y protectora en el espacio interior. Este interior es ante todo, y en primer lugar, el espacio interior de sus brazos, en los cuales el recién nacido experimentará el estado de abandonarse. Abandonarse es el paso

ineludible para poder vivenciar el recibir. El espacio interior es el interior del cuerpo que la madre protege mientras el sistema inmunitario del niño no es operativo, lo que tardará un año. La protección está asegurada por la lactancia, lo que debería justificar el acto en sí.

El padre tiene un rol alimenticio en cuanto al córtex, lo que deberá realizar por medio de las palabras. El Verbo alimenta al espíritu. La madre nutre el cuerpo materialmente, y el padre nutre el espíritu con algo a lo que llamaríamos «virtual», puesto que las palabras pertenecen a esta dimensión. Pero ocurre, observando y comprendiendo los dientes, que para tener acceso al espíritu del niño, y sobre todo para volverse estructurante, el alimento del padre espera la autorización de la madre, siendo el nombre del apellido el medio más esperado por parte del inconsciente biológico. Transportando lo que se llama «la identidad», los incisivos de leche centrales superiores van a reaccionar profundamente a todos los problemas y conflictos relacionados con esta etapa de la vida: recibir el apellido del padre. El padre ha sido anunciado como portador de la estructura que nos asegura la verticalidad, y para ello primero tenemos los huesos. La estructura ósea es la que nos otorga nuestra verticalidad. La interacción estrecha de padre y madre sobre el devenir del niño se observa por medio de esta estructura ósea que el padre da y la madre nutre. En cuanto al espíritu, la madre da la estructura y el padre la nutre. De esta forma podemos entender el gran valor de la sustancia blanca del cerebro: está estructurando. También entendemos que el niño se estructurará entre un padre y una madre. Salido de la tierra, podrá desarrollarse, verticalizarse para tomar su lugar en el cielo, en el reino aéreo, ese cielo donde, y desde siempre, mora el Padre. Desde la antigüedad el ser humano ha contemplado este cielo como el reino de sus Dioses, el lugar de sus fuerzas superiores, de sus instancias coléricas y de un poder que aterrorizaba tanto como fascinaba. Cuando el ser humano intenta ganar en potencial, se eleva, por encima de los demás, de las leyes, por encima de Dios, puesto que por medio de este potencial

Llegará al poder. Volveremos sobre esta noción a lo largo del estudio de los molares definitivos.

Ya lo ve, amigo mío, habíamos acertado cuando convenimos de la fuerza inconsciente de la unión por medio de la alianza llamada casamiento, instante que otorga a la pareja un solo apellido. Habíamos intentado entonces explicar a las mujeres con las que nos habíamos reunido que en el momento de casarse no debían tomar el apellido del hombre que iba a ser el marido, sino que, de una forma maravillosa, lo iban a recibir. ¿Cómo puede una mujer no darse cuenta de que el apellido de un hombre es lo más valioso y que dándole en el momento del acto del matrimonio, compartía con ella su más valioso tesoro? Él recibió su apellido de su padre, y gracias a ese apellido el hombre será inmortal. El señor X existirá siempre que un hijo varón se llame X. Aunque cambie el nombre de pila, el señor X siempre estará vivo en la faz de la Tierra. Nuestros dientes sirven de ancla corporal a la noción de identidad de nuestro cerebro. Miles de años después de la muerte se encontrarán trazas vivas de ADN en un molar. El órgano dental se presenta, pues, como el primer sarcófago de la humanidad que guarda viva e intacta nuestra identidad.

La noción de identidad no es un concepto moderno elaborado por una humanidad que se aburre. Existe en la Biblia, en la historia de Jacob y de su lucha con el ángel que algunos identifican con Dios. Jacob lucha toda la noche para que el ángel le revele su nombre. «¡No pararé hasta que digas mi nombre!» Y el ángel le contesta: «Ya no te llamarás Jacob. Tu nombre será Israel». Esta parábola nos revela la importancia del conflicto de identidad. Imagínese, amigo mío, cuál sería el desastre si los fundamentos de identidad no fuesen estables, adquiridos...

La primera anomalía que pueden manifestar estos dientes es la presencia de un diastema interincisal. Un diastema es un espacio libre entre dos dientes que deberían tocarse al nivel del punto

llamado justamente «de contacto», situado en la tercera parte de la altura de la corona, partiendo del borde incisivo. La determinación de un diastema interincisal no puede hacerse durante el período de erupción. Para poder confirmar la existencia de un diastema hay que esperar a la toma de posición de la totalidad del bloque incisivo, esto ocurre entre los diez y los doce meses de vida. De la misma manera, a partir de los cinco años pueden aparecer unos diastemas interincisales que no pueden interpretarse como signos de sufrimiento de adaptación, pues la biología procede en ese momento a crear unos espacios llamados «simiescos» que son una anticipación del tamaño mayor de los incisivos definitivos que aparecerán en sustitución de los dientes de leche. Pero si entre los doce meses y los cinco años los espacios interincisales quedan abiertos, podemos considerarlos como una manifestación del inconsciente biológico cuya lectura es: «pareja de padres sintiéndose como separada». El sentimiento de separación no es forzosamente un divorcio auténtico, sino la ausencia de una relación auténtica. La pareja puede perfectamente compartir la casa, la mesa, la cama y el tiempo, pero algo está impidiendo la relación verdadera y total. Este impedimento es lo que suele conocerse como «una unión desacertada». Este desierto encontrará otro medio de mostrarse en la dentadura definitiva, por medio de un espacio, un alejamiento de los ápex (puntas de las raíces) de los incisivos centrales superiores, aunque las coronas se toquen (volveremos sobre este fenómeno durante el estudio de los incisivos definitivos). El diastema interincisal de los dientes de leche señala, más particularmente, un conflicto en la relación de los padres, conflicto que podrá ser precisado por una tumefacción de la encía entre los dos dientes, una especie de hiperplasia gingival de la papila interdental. Esta patología, que no representa un peligro pero que impide acercamiento de los dos dientes, indica que un individuo se interpone en la unión, en la relación de los padres. Normalmente esta interposición es obra (sabemos que inconsciente) de una suegra que estima que su nuera no se merece a su hijo o que su yerno

no es digno de su hija. Más raramente la de un suegro que juzga equivocadamente a su yerno, desestimándole como marido de su hija. Pero si un suegro juzga mal, se mantiene apartado desde el punto de vista de la relación, mientras que la suegra se mostrará a menudo invasora, intentando explicar a su nuera cómo se hacen las cosas. Las tensiones cargan a la pareja, la mujer no entiende cómo el hombre puede permitir esas desvalorizaciones permanentes. La pareja se encuentra, por lo tanto, separada por una «carne» objetivada por la hiperplasia gingival.

Este espacio interdental entre los dos incisivos centrales superiores reacciona a todo lo que se encuentra entre los dos miembros de la pareja. El ejemplo que hemos visto anteriormente hace referencia a lo que se llama «la loba dominante», que tiene efectos profundos en biología. Pero todos los escenarios son posibles, y establecer una lista de los mismos no sería posible aquí, ya que se necesitaría un libro completo. Por lo tanto, el área anatómica de los hemimaxiliares derecho e izquierdo, los cuales, más adelante, se asociarán al árbol materno y al paterno respectivamente, y los dos incisivos centrales a los dos elementos reunidos por la pareja. Si cualquier conflicto no formulado en palabras, pero tratado a este nivel de la esfera de lo viviente, se mantiene activo en la pareja, esta zona reaccionará. Por ejemplo: suele observarse un frenillo del labio superior con una inserción baja en la encía y a menudo asociado a esta hiperplasia gingival de la cual hemos hablado. Este frenillo hipertrofiado señala la prohibición inconsciente, proveniente de ambos clanes, de la unión de la pareja. La intervención médica que consiste en seccionar este frenillo para permitir la aproximación de los dos dientes funciona muy bien y da muy buenos resultados. Hoy en día se practica a menudo con láser, por lo tanto no es dolorosa y la cicatrización se produce en el acto. Pero no se consigue siempre asumir este conflicto por medio de la palabra y podrá manifestarse más adelante sobre los dos incisivos centrales definitivos o provocando la reinsertión baja del frenillo, incluso después de la intervención. La recidiva es

rara, lo que confirma que el conflicto suele evolucionar espontáneamente. La prohibición proveniente de uno de los dos árboles puede solucionarse a corto plazo, basta con darse cuenta de que lo conseguido no es tan malo como se pensaba para que el conflicto se extinga espontáneamente. En el caso de que se produzca una solución espontánea, es obvio que el frenillo retomará su sitio por sí solo. Pero esperar, dejar pasar un poco de tiempo, es una actitud que pocas personas suelen tomar. Siempre tenemos que intervenir, lo más rápidamente posible. Mientras que nuestros dientes se mueven a lo largo de nuestra vida, obligamos a estos niños a aguantar una intervención siendo pequeños que, aun considerando el progreso de las técnicas aplicables, sigue siendo un prueba «traumática» para que dos dientes monísimos se aproximen, pues ¡la sonrisa es importante en el escaparate familiar!

Estoy temblando ante la idea de transmitirle todos los datos que me ha proporcionado el estudio de los dientes. Constatar los vínculos mantenidos entre la esfera mental, la dimensión psíquica del ser humano y el órgano dental, vía la simbología y la necesidad innata del cerebro de realizar unos anclajes corporales, me llevó a la comprensión del ser humano en su globalidad, revelándome unas funciones de reciprocidad hasta ahora insospechadas. Estas famosas funciones de reciprocidad mantenidas por el sistema dual... No sabría hablarle aquí de todo ello, pues el lugar de estas informaciones se halla en el estudio de los dientes definitivos, pero le doy cita anticipada en unas de mis próximas misivas, donde le hablaré largo y tendido sobre el tema.

De la misma forma le serán presentadas las funciones del «clan» y de la «familia» a los que «padre» y «madre» nos hacen pertenecer. Y de estas leyes biológicas, de esta necesidad de equilibrio de lo viviente en sí, ambos entenderemos con claridad, como tocados de repente por cierta lucidez, lo bien fundado de estas tradiciones, al mismo tiempo que el error lamentable de no haberse transmitido su significado. Pero de la misma manera fue fantástico ver cómo es-

tos dientes me revelaban sus secretos, recordándome estos principios básicos por los cuales nuestro sistema viviente se siente estructurado, reconfortado y, de alguna manera, apaciguado. No necesitamos más para que nuestra esfera mental se eleve entonces con serenidad en las esferas del espíritu así desprovistas de nubarrones.

La otra problemática que pueden manifestar estos dos dientes es, como en todos los dientes de leche, el problema del tiempo de aparición. Vamos, pues, a acercarnos a las dos posibilidades, tal y como hicimos con los incisivos inferiores.

En primer lugar, veamos el retraso en la erupción. Esta tardanza dice claramente que ningún navío de tipo «padre» se está acercando a la balsa, que ningún individuo del mundo exterior se ha identificado como «padre». A sabiendas del papel fundamental que la madre tiene en esta identificación, no sirve para nada mirar si existe un padre próximo al niño, pues el mensaje es de naturaleza inconsciente, por lo tanto dependiente de las leyes biológicas. La madre detiene el rol, la misión de abrir una puerta a este mundo en el cual ella y su hijo han vivido durante nueve meses. Le corresponde solamente a ella designar quién es el padre en ese mundo exterior. Y lo que sabe la cabeza, la biología puede, no solo ignorarlo, sino estar en total desacuerdo con ello.

La primera ley biológica referente a padre es que el que quiere ser padre debe ser primeramente un hombre. En sentido arcaico, sería conveniente apreciar la dimensión del individuo como cazador. Cualquier merma de sus capacidades como cazador será un impedimento para que el niño le pueda considerar como «padre». Afectado por una enfermedad, herido, y por lo tanto impedido, no podrá ser aceptado «biológicamente» como padre. Lo único que va a encontrar la biología de la madre estará en su propio árbol, priorizando a su padre, o en el árbol de su marido (si están casados), y será, por lo tanto, el padre de él. Una situación así en una pareja puede conllevar un retraso en la aparición de los incisivos superiores, que pertenecen totalmente al padre en ese tiempo determinado.

El primer rol de padre es de dar un apellido. Aquí también un retraso en la aparición de los dientes 51 y 61, los incisivos centrales superiores temporales derecho e izquierdo, respectivamente, puede estar relacionado con un conflicto con el apellido. Y aquí también, el pasado genealógico es un agravante para la expresión biológica del conflicto. Debemos entonces volver a encontrar las memorias de sufrimiento vinculadas al apellido, a un apellido que no ha sido transmitido o que se ha transmitido con retraso. Numerosos son los casos en los que un niño recibirá a la edad de un año el nombre del marido de su madre, quien reconocerá al niño aunque no sea su padre biológico. Existen esas memorias de hombres que se fueron a la guerra habiendo tenido un niño sin estar casados y que luego reconocerán al niño a su regreso. En estos casos, el niño recibe a menudo primero el apellido de su madre, y más adelante la situación se regulariza con el regreso del hombre, con el casamiento y el reconocimiento del niño. Tampoco hay que olvidar a los niños abandonados que están a la espera de ser adoptados. Recibir el apellido de un padre es el elemento esencial que permitirá entrar en la existencia y, según los sufrimientos registrados en el árbol, el menor estrés relacionado con esta actuación tendrá una repercusión en la biología del recién nacido. Podemos así entender mucho mejor sus consecuencias, más allá de la voluntad de las parejas no casadas y para las cuales el apellido del niño es un tema de discusión, sea cual fuera la solución encontrada. El simple hecho de debatir sobre el apellido que llevará el niño, hace que este se quede sin apellido durante el tiempo que duren las «negociaciones». Lejos de juzgar los comportamientos, los dientes nos permiten, por lo menos, darnos cuenta de que los efectos de nuestras decisiones tienen un alcance mucho más importante que nuestra simple comodidad personal en la vida o nuestra satisfacción psíquica. Nuestros anhelos de vivir nuestra vida en plena libertad se enfrentan mucho más profundamente a nuestras leyes biológicas que las soluciones ilusorias, aunque cómodas, que aportamos a nuestros propios sufrimientos.

Aprovecho estos ejemplos claros y sencillos para insistirle sobre un punto fundamental: no es lo que se hace, sino cómo se ha vivenciado interiormente, lo que determina el impulso biológico que deberá, o no, expresarse. Recordará, seguramente, a ese hombre que nos indicó que son numerosísimas las personas que han vivido situaciones que afectaban a toda la población sin que se expresasen sus efectos a nivel de los dientes. Creo recordar que se trataba de su hija, una niña de origen africano cuyo país había sido dirigido por un dictador. Esta niña tenía una agenesia de ciertos dientes relacionados con la memoria de esos déspotas. El hombre argumentaba que todos los niños de ese país deberían verse afectados por esta anomalía relacionada con el nombre. Pues no, amigo mío, porque el escenario no determina las memorias biológicas, sino cómo un individuo determinado sentirá ese escenario. El sentir es lo que informa a la biología, pues la biología no se molesta por lo que no se valoriza a través del conducto emocional. Recuerde estos descubrimientos hechos sobre las equivalencias entre los significados de registros tales como «suerte de sobrevivir», «placeres», «bien» y sus opuestos correspondientes: «peligro de muerte», «pesares», «mal» y de la nueva comprensión sobre el valor llamado emocional e incluso moral. Lo emocional no es una parte molesta del ser humano. Lo que es molesto en lo emocional es la dificultad en hablarlo. ¡Pero lo emocional vive muy bien en soledad! Está comunicando constantemente las informaciones provenientes del mundo exterior a nuestras células biológicas, dándoles significado. Y justamente ese significado es el que, la mayoría las veces, se nos escapa.

Uno de mis informantes me ha hecho comprender que poseemos en nuestro sistema mental el poder de modificar el valor de nuestra experiencia del mundo. Porque si lo emocional es una antena radar, la determinación del valor de equilibrio alrededor del cual se comparan «peligro de muerte» y «suerte de sobrevivir» nos pertenece por completo. Parece que es este valor el que la madre gestiona para nosotros, mientras el padre es el que nos permite modificar sus memorias. Puesto que el mundo cambia continuamente, se debería

intervenir en la memoria para permitir al ser humano evolucionar de acuerdo con su entorno. Todo ello porque el ser humano siempre ha estado migrando. La migración permite que el hombre no determine «quién» es según la manifestación de lo «que» hace. La adaptación hace necesario el abandono de ciertas acciones para que se pueda conformar un nuevo biotopo en el cual el hombre ha decidido integrarse. La integración en sí es una búsqueda de equilibrio, y no de dominación. Pero, al mismo tiempo, y aquí la dificultad es enorme, el «qué» no es determinante del «quién», tan solo es una sustancial información descriptiva, informativa pero no restrictiva.

El caso de un diente neonatal, es decir, de un diente presente en la boca del niño antes de su nacimiento, es opuesto al anterior: rápidamente hay que memorizar algo del «padre», so pena de no tener esta oportunidad más adelante. En el caso del diente neonatal, el único instante de presencia paterna se ha producido durante el período de gestación. Una vez fuera, no había nadie. La madre parece transportar una memoria transgeneracional donde «haber esperado» llevó al desastre. Las historias de hombres que han tenido un niño la víspera de una movilización militar y mueren en combate son numerosas en los pueblos occidentales, después de los episodios de las dos grandes guerras.

Sin que sea neonatal, un incisivo central superior de leche puede aparecer antes de lo *normal*. El principio expresado es el mismo, informándonos de un riesgo de desaparición del padre posterior al nacimiento. Pero si debemos ir en busca de la noción de muerte en primer lugar, no deberemos por eso olvidarnos de esos hombres que abandonan a la mujer al día siguiente de nacer el niño. Los diez años de práctica de biodescodificación dental han podido demostrarme la enorme variedad de modos de enfocar la vida. ¡El ser humano es tan rico en imaginación...!

De conformidad a las leyes del inconsciente, no debemos olvidar en absoluto que el padre muerto o desaparecido, que encontramos preferentemente en los dientes de leche de un niño, es el

propio padre de su madre. El famoso conflicto de incesto inconsciente es mucho más que una simple complejidad de facultades o de mentes torturadas. La noción de vinculación al padre es una dinámica fundamental del ser humano, y querer evitarla es concederle poder total. En estas condiciones, mucho antes de buscar si el padre de un niño se marchó en el momento o poco después del nacimiento, convendría ir en busca de la partida (a menudo la muerte) del abuelo materno del niño.

Ya lo ve, querido amigo, hasta qué punto los dientes son más ricos en información de lo que nos han dejado entrever. Es cierto que los estudios de morfopsicología, que asocian los dientes y sus formas a ciertas predisposiciones de comportamiento o a determinados aspectos psíquicos, nos han alejado un poco de la limitación material, por no decir materialista, del órgano dental. Pero la biodescodificación dental que se reveló a mis ojos nos abre unos horizontes mucho más amplios, hasta infinitos, me atrevería a decir. Sí, entre nosotros, puedo atreverme a emplear esta palabra. Pero si otras personas distintas de usted leyese estas líneas, yo acabaría, sin lugar a duda, en el psiquiátrico. Con toda seguridad mi bisabuelo hubiese temido que me ganase la ira de la Inquisición. Debemos agradecer al tiempo haber transcurrido lo suficiente como para mantenernos alejados de tal práctica. ¿Puede, pues, imaginar que nuestra estructura dental, hecha de cristal, encierre tantas informaciones? De hecho, lo confieso, la estructura dental está en resonancia con otro lugar de la memoria. El inconsciente psíquico revela la existencia de esferas del espíritu que nuestra conciencia despierta tiene todavía muchas dificultades en reconocer. Sin embargo, no se puede negar que el diente reacciona a cierto estrés de la conciencia. Cuanto más repriman nuestros contemporáneos las cosas que niegan, más facilitarán que, por medios imprevistos, reaparezcan fortalecidas en otros lugares.

Los incisivos centrales superiores nos obligan, por medio de los trastornos de sus cronologías eruptivas, a poner en claro y en palabras la responsabilidad que incumbe a la madre al designar «algo

del padre» al hijo. Me emocio profundamente ante esta responsabilidad que tiene la mujer en sus manos, pero me quedo todavía más estupefacto al comprobar que ninguna mujer se siente honrada por tal responsabilidad, pues esta misma responsabilidad le ha sido entregada por las leyes de la vida. Así que ya puede comprender, querido amigo, que dude en este punto entre reír y llorar frente al camino escogido por la mujer para conquistar algo de consideración. La vida le dio más de lo que jamás podrá obtener por medio de sus conquistas desesperadas. Nosotros, los hombres, no somos nada si la mujer no lo quiere. Le tengo en vilo, pero cuando consideremos los molares... ¡tantas verdades saldrán a la luz! ¡Imagínese el poder natural que les ha sido entregado al designarnos como «padres» para nuestros hijos! No me atrevo a imaginar el peso de tal responsabilidad, y doy por ello las gracias al cielo por haberme hecho hombre, macho.

Una disposición particular de los incisivos centrales superiores de leche se caracteriza por un ángulo hacia adentro de los dos dientes. Vistos por debajo, boca abierta y cabeza hacia atrás, los dos dientes forman una V con la punta dirigida hacia el paladar. Esta posición, lejos de ser inducida por una costumbre de comportamiento con efecto mecánico, traduce un mensaje del inconsciente. En el acercamiento psicogenealógico de los trastornos de la biología, las malposiciones dentales ofrecen informaciones muy valiosas sobre lo que se llama el proyecto-sentido. El proyecto-sentido transporta unos datos que abren camino al niño que dedicará su existencia a su realización. Enraizado en unos sufrimientos emocionales que no han sido evacuados, el proyecto-sentido espera del niño que él mismo resuelva esos sufrimientos. Aquí, la posición particular de los incisivos hace referencia a una memoria transgeneracional (citada más adelante), reactivada en esta ocasión por un inconsciente de la entidad «pareja de padres». Un inconsciente de la pareja señala que una información puramente emocional actúa a espaldas de los padres, porque ninguno de ellos se atreve a sentirla, y mu-

cho menos a hablar de ella. Hemos tenido la oportunidad de tratar el hecho de que la madre preadapta el niño al biotopo en el cual tomará lugar al nacer. La descripción del biotopo, para el animal humano, tiene en cuenta la atmósfera emocional, la que describe el mundo particular de la relación humana verbal que solo el ser humano va a encontrar. El animal se topa con la naturaleza en la que nace y para la cual ha sido preparado por su genética. Tiene la forma adecuada y los instintos necesarios para la supervivencia. El resto, lo aprenderá al lado de los adultos, impregnándose de sus comportamientos y jugando con sus hermanos. Pero el ser humano deberá, esencialmente, adaptarse al mundo de los demás. El «otro» es un mundo entero al cual es necesario adaptarse. Sin embargo, la relación humana, aunque verbal, está acompañada de una estampilla emocional que informa a la estructura sobre el aspecto «peligroso» o «favorable», el aspecto de «pesar» o de «placer». Y más que adaptarse a ello, algunas veces hay que sobrevivirlo. Cuando una estampilla emocional no encuentra resolución ni equilibrio en o por el verbo, describirá, para el pequeño ser en camino, un estado del biotopo que parecerá permanente, como un elemento ineludible en el decorado de la vida futura. Por lo tanto, la biología preadapta al niño a su relación humana, a su encuentro con el otro, con los otros y, sobre todo, a la pareja que forman sus padres. Las malposiciones dentales revelan el programa con el que el niño ha sido equipado para integrarse a su mundo, y aquí, en el seno de la pareja que forman sus padres, que le garantizan su supervivencia. Este programa conduce a un modo particular de comportarse que irá inscribiéndose profundamente en su mundo relacional, puesto que tiene lugar en su inconsciente psíquico y, por lo tanto, está fuera del alcance de la atención mientras no se articula en palabras. La esfera psíquica del niño está bajo la dependencia casi morfogenética de las esferas psíquicas de los adultos que le rodean, de los padres en particular... Esto explica que al expresarse en palabras se llega a las esferas cognitivas de los adultos, dándoles acceso a una gestión clara de un determinado

problema que permanecía en silencio e inconsciente, por ello hará que el niño se sienta aliviado.

El proyecto-sentido llevado por esta V con la punta dirigida hacia el paladar señala que el niño es portador de la perennidad del matrimonio. La memoria transgeneracional relacionada es la de una madre que un día se marchó y no volvió, dejando tras ella a unos niños de corta edad. La memoria de sufrimiento no es tanto la del hombre sino la de uno de esos niños que se quedó sin madre. Y si observamos el pasado de nuestra sociedad, cuando una madre se marchaba se trataba, en la mayoría de los casos, de un fallecimiento. Porque la muerte se anuncia a menudo como una partida. Numerosos son los que todavía hablan de un fallecimiento empleando la frase «él o ella se fue». Garantizar la perennidad del matrimonio sería como encerrar a la madre dentro de casa, y este es el papel que tiene el niño portador de esta posición dental.

He podido observar esta posición dental en numerosos poblados «en vías de desarrollo». Una definición con un halo de consideración para unos poblados totalmente desconsiderados por parte del los gobiernos de los países ricos. Pero usted lo sabe tan bien como yo, querido amigo, cuando el ser humano se empeña en encontrar palabras de compasión, es porque su comportamiento carece de ella, y a través del lenguaje intenta absolver su culpabilidad. Y no me atrevo a imaginar lo que el empleo de esta simple palabra, «poblado», podría indignar a algunos, a esos mismos a los que gustaría leer una palabra más erudita, como «etnia», por ejemplo.

Me cuestioné durante mucho tiempo sobre la posición así descrita de los incisivos superiores en un gran número de individuos de estos poblados. Me pregunté, como siempre, si no habría cometido un error sobre el sentido de esta posición. Pero acabé por entender que no cuando observé que la mortandad de las parturientas era muy elevada, de la misma manera que la mortandad de las mujeres. El número de niños sin madres es muy alto, por no decir común. Por lo tanto, el signo que nos muestran estos dientes es que, contraria-

mente a lo que podríamos esperar de un acontecimiento habitual, ningún niño parece estar preparado por su genética para vivir de forma serena la desaparición de su madre, aun cuando esto, de elevado conflicto, es un hecho vivido por un gran número de ellos. ¡Hay sufrimientos a los que ningún corazón se acostumbra!

Sé muy bien que he presentado anteriormente la V hacia dentro de los incisivos inferiores y que también he abordado la preadaptación, pero volver a tocar el tema aquí me da la oportunidad de emplear otras palabras, otro encadenamiento y, tal vez, encontrar unas explicaciones más justas. Así que, querido amigo, no abrigue dudas sobre mi estado mental, de la misma manera que yo no dudo del suyo.

Cuando hemos evocado el ángulo similar de los incisivos centrales inferiores, hemos hablado del niño que tiene como misión hacer volver al hombre a casa. Hemos explicado entonces que este programa podía actuar, en el futuro, sobre la dinámica masculina, centrífuga. Aquí las consecuencias se darán sobre la dinámica femenina, centrípeta. La naturaleza introspectiva de la conciencia, deseable para conquistar la conciencia elevada, será aquí forzada. No porque la interiorización sea problemática, sino porque nada de lo que encuentre en su interior tendrá fácil acceso a la toma de conciencia. Lo que está dentro no puede salir. Ahora bien, la toma de conciencia se hace con un movimiento desde el interior, *ánima*, hacia el exterior, *ánimus*, o, también, de abajo arriba. ¿Podríamos descubrir así ciertas perturbaciones asociadas a las conexiones del hipotálamo? Tan solo el estudio de un número suficiente de casos nos ofrecería una probabilidad satisfactoria de poder determinarlo. El hipotálamo recibe desde abajo, desde el interior del organismo, las informaciones sobre los estados de carencia, entre otras cosas. Se espera entonces que el sistema, a nivel del córtex motor, ponga en marcha un movimiento hacia algo que será la respuesta. Por ejemplo, la sensación de sed, captada por el hipotálamo, provocaría, a nivel de la voluntad, el deseo de beber.

Tendremos mucho tiempo para observar los efectos de las malposiciones de los incisivos centrales superiores definitivos sobre las conexiones cerebro derecho-cerebro izquierdo, por lo tanto sobre la estructura del cuerpo calloso. Pero aquí, en la dentición de leche, los efectos parecen no tener lugar entre el derecho y el izquierdo sino, aunque parezca imposible, entre arriba y abajo, lo que llevado a una tercera dimensión nos habla también de fuera y dentro respectivamente. Esto se entiende fácilmente puesto que a la edad en que observamos al niño, a los siete u ocho meses, los dientes se refieren exclusivamente a los dos individuos que son el padre y la madre, puesto que el cerebro cortical no tiene todavía existencia verbal. El «yo» no ha nacido puesto que el verbo no se ha instalado, los dientes no se han asociado todavía a este personaje. Los dientes de arriba son anclaje de padre y los de abajo, anclaje de madre, por el momento.

Esta bipartición de los individuos es fundamental para poder entender el sentido de los dientes de leche. El vínculo de tipo triada (padre-madre-niño) deberá esperar unos cuantos años más. Por el momento, el recién nacido recibe del mundo unas emanaciones desde dos emisores básicos puesto que tiene sus dientes en su lugar: madre y padre. A partir de ahora, él tejerá vínculos, los del primer nivel, los que la biología le permite, por medio de sus sentidos biológicos. Estos vínculos son fundamentales para ofrecer a su crecimiento y a su desarrollo un entorno tranquilo, una atmósfera propicia.

Hemos llegado, amigo mío, al final de esta primera fase de la dentición. Los cuatro incisivos centrales están emplazados en la boca y, en el posicionamiento de las estructuras relacionales, los dos protagonistas principales de la vida del niño están presentes en su mundo circundante. De una forma u otra, lo están. Recuerde que le había presentado la imagen de una balsa sobre el océano que se veía abordada por dos navíos. De ahora en adelante, la balsa también deberá lanzar cabos para amarrarse a las entidades padre y madre. Esta

fase inicia el gran juego de las ataduras, si se pueden llamar así, siendo un tanto lastimoso. Recuérdelo, amigo mío, si el padre biológico (o la madre) está ausente en el ambiente del niño, el absoluto biológico se desentiende de ello. Me sentí aliviado por esta noción de absoluto biológico, esta dimensión nuestra que sobre todas las cosas desea vivir y quien, por vía de necesidad, se acomoda con cualquier representante que haga la función de madre o de padre. Es del todo obvio que, mucho más adelante, solo nuestro mental depositará sobre ese pasado un juicio de disfunción cuando el padre biológico (o la madre) falló o se ausentó. Y cuando la vida ha sido mantenida, el mental volverá patógena esta experiencia pasada.

Es conveniente ahora que le enuncie, aquí y ahora, algunos datos importantes que me han sido transmitidos. El primero concierne a la protección inmunitaria asegurada por la madre durante el primer año. La designación de un padre y el rol concebido por ese padre ofrecerán a la biología un soporte para la puesta en marcha del sistema inmunitario propio del niño. La eficiencia biológica de cualquier órgano del cuerpo está relacionada con su correspondencia simbólica en la esfera mental. Esta misma, tomando vida por medio de las palabras, utiliza el vector simbólico para vincularse a la estructura biológica. De esta manera, y sin ninguna duda, se establece una correspondencia entre el sistema inmunitario responsable de la protección de la entidad biológica, frente a los agentes exteriores y del padre, responsable él, de la protección del niño frente a los peligros del mundo exterior.

La segunda información, que me parece importante transmitirle, es el vínculo del alma entre madre e hijo. Ciertos sabios nos hablan de una unión entre las dos almas a lo largo de los seis primeros años de la vida. Se indica, pues, que el alma necesita la apertura de la estructura exteriorizada en cuerpo físico del chakra n.º 2, estructura objetivada por las gónadas. A partir de ese día, el alma puede vincularse a su vehículo corporal. Hasta entonces se nos dice que el alma del niño está pegada a la de la madre. Sin duda encontramos aquí la razón de que la elección del nombre de pila

recaiga sobre la madre, el nombre de pila conlleva el impulso del futuro. Tendremos la oportunidad, con seguridad, de volver sobre estas nociones durante el estudio de los dientes vinculados a estas estructuras energéticas, dientes que son, en este caso, los primeros molares definitivos.

Le dejo ahora proseguir con su descubrimiento sobre los dientes de leche, deseándole poder memorizar el conjunto de lo que acaba de escribirse.

Vuestro sincero y devoto servidor.

Tercera carta

23 de marzo de 2010

Llegó, hace pocos días, la primavera. El cielo ha dejado su huella en el ritmo de la tierra y en este segundo día de esta tierna estación, febril retomo la pluma para escribirle sobre los incisivos laterales. Tal como estamos en la Tierra ligados al cielo, lo mismo que nuestro joven amigo, que tejerá ahora sus vínculos con el padre. De la misma manera que nuestra Tierra está unida al Sol, nuestro niño está unido al padre. Pero... ¡juzgue usted mismo!

A la edad de ocho meses, los incisivos laterales hacen irrupción. No hay una cronología propiamente dicha sobre ello. Se dice que a los ocho meses, los «incisivos» laterales se posicionan. Lo que se hace evidente, observando la dinámica dental, paralelamente con el desarrollo de la actividad cortical del niño, es que de ahora en adelante entrará en su primera fase vinculativa. La biología, como cúmulo de células, está en relación con la música silenciosa del mundo endocrino que la envuelve. Algo extraño propio del ser humano se manifiesta si prestamos atención a los estudios etnológicos y, por lo tanto, a los estudios comparados con el mundo animal, todas las fases vinculativas se suceden, se interpenetran, se modulan las unas sobre las otras, pudiendo tejerse con el entorno cambiante. Así, sucesivamente, las fases vinculadas tendrán, en el ser humano, la capacidad de tejerse con unos personajes diferentes, de la misma manera que el conjunto

de los dientes nos lo revelará a medida que lo vayamos explorando. La antropología nos describe un biotopo y una biocenosis, esta última es el teatro donde el conjunto de los vínculos por venir se irán tejiendo. Pero, por el momento, el niño, viviendo en su dimensión puramente animal, y por lo tanto biológica, se vincula al biotopo, al mundo concreto y real, se podría decir incluso que es un mundo donde los personajes son meramente objetos, unos «qué» mucho antes que unos «quién». Con la ayuda del soporte de los estudios que hizo Konrad sobre los vínculos que el animal teje con el mundo, la consideración que los dientes nos permiten tener sobre el ser humano y su dimensión propiamente mental es de ir descubriendo su complejidad bajo la guía simplificada de los dientes.

Cuando nace, el niño tiene una primera impregnación hormonal ocho días después de venir al mundo. Las glándulas endocrinas responsables, las gónadas, producen sus hormonas desde octavo día hasta el vigésimo primero. Habrá que esperar a la edad de seis años para que se vuelva a reproducir. Sin embargo, esta primera impregnación es fundamental puesto que permitirá al cuerpo biológico vincularse a los sistemas hormonales de los miembros de su etnia. La primera intención de este sistema es la de colocar al animal (niño, pero entidad puramente biológica) en sus dos grupos básicos, que son el clan y la familia. Tendremos muchas ocasiones de volver sobre estas nociones a lo largo de las diferentes obras dedicadas a cada una de las familias dentales.

Mi querido amigo, en este punto tengo que compartir algo que me altera. Ambos, en el pasado, y en las preciadas ocasiones en las que nos hemos encontrado, hemos compartido nuestras opiniones sobre el texto sagrado de la Biblia. Con ello descubrimos un significado que nos sorprendió en extremo y que luego nos trastornó. ¿Debo recordarle que leer este texto de nuevo cambió por completo la visión que teníamos de nosotros mismos? Un informante que tengo en gran estima me hizo tocar con el dedo mi conciencia, el

nivel de este texto no ha sido escrito para nuestra dimensión animal. Se parece a una descripción de nuestro espíritu. Los manuales de Medicina describen nuestra arquitectura celular y las relaciones entre los diferentes órganos de nuestro cuerpo biológico, pero la estructura de nuestro espíritu parece haber sido descrita por medio de este texto. Cuando menciona la circuncisión, en el octavo día, este acto dirigido a quitar lo que está en rededor, me quedé anonadado al escuchar a mi informante decirme que estas palabras hablaban del efecto de las hormonas sobre nuestro espíritu, este nivel del ser humano, propia y únicamente humano, que recibe en este momento la energía para abrirse, al mismo tiempo que los efectos de estas hormonas abren nuestra estructura viva a la relación con los miembros del grupo. Hemos venido solos, pero nos vemos pronto vinculados a los nuestros. El acto en sí, mantenido como ritual en ciertas etnias, otorga la pertenencia al grupo. Nuestras hormonas actúan de la misma manera, nos hacen pertenecer a nuestro clan y a nuestra familia, situándonos en equilibrio entre estas entidades vivientes, en un lugar necesario para que se mantenga su función eficiente e equilibrada. Sí, ¡nuestras hormonas nos circuncidan! Y eso es una ley. Mucho más adelante estas hormonas trazarán el camino evolutivo del ser humano de donde solo la conciencia interiorizada sabrá sacarnos para poder proseguir con la evolución de la propia conciencia de nosotros mismos.

Pero a los ocho meses, amigo mío, ¿se cree que se trate solo de biología? La fontanela ampliamente abierta manifiesta que algo de la estructura viva está en relación con el cielo. El bautismo temprano es un acto de pertenencia señalado en la estructura inconsciente en ese momento, igual que la circuncisión. El espíritu está vinculado a su familia del cielo, el cuerpo a su mundo terrestre. A menudo me preguntaba usted lo que podía pasarles a los niños que no recibían por medio de un ritual significativo el signo de pertenencia a una familia del espíritu. Sigo sin tener la respuesta, pero estoy convencido de que una contestación se hará oír en usted al final de la lectura de estas letras sobre todos los dientes del ser humano.

Así conectado a su manada humana por su lenguaje hormonal, el hombrecito pertenece a un grupo. La aparición de sus primeros incisivos centrales nos informa de que dos personajes principales se muestran a él, como lo hemos visto en los capítulos anteriores. La toma de posición de los incisivos laterales abre el baile de la primera fase de los lazos que he llamado «biológica» puesto que utiliza la vía de los sentidos biológicos. He tenido poca materia de estudio para poder verificar con certeza si detrás del padre no se escondía el jefe del clan y si detrás de la madre no se erguía el pilar de la familia, padre y madre, siendo la unión entre estos dos y el recién llegado. Pero basándome en una ley hormonal, estos personajes me parecen actuar por el cauce hormonal. El jefe del clan y el pilar de la familia (que serían en una manada de lobos el macho alfa y la hembra alfa, llamados «dominantes») se caracterizan por su potencial hormonal, el cual somete a sus leyes al conjunto de la manada, tanto en dirección como en equilibrio (ver el estudio de los incisivos definitivos para más precisión).

En cuanto el individuo, que se muestra como padre, se detecta en el biotopo, el niño utilizará dos de sus sentidos biológicos para vincularse a él: la vista y el oído. Para entender este vínculo utilizado hay que recordar forzosamente que madre es el símbolo de Tierra y padre de cielo. En el cielo, las informaciones se vehiculan por medio de ondas, por vibración, por lo sutil. La luz y el sonido son ondas vibratorias. Aunque la luz sea una onda corpuscular, se capta por el ojo como onda luminosa. No nos extenderemos aquí sobre la doble naturaleza de la luz, siendo la noción del símbolo, algunas veces peliaguda. No es que los símbolos sean aleatorios, sino que numerosos son los que refutan el valor del símbolo. Sin embargo, C. G. Jung estudió el fenómeno largo y tendido, y bastaría leer sus escritos sobre el tema para entender su valor fundamental a la vez que su acción ineludible sobre nuestra psique. El conjunto de la investigación llevada a cabo bajo la denominación de «biodescodificación dental» admite este dato como un parámetro básico sin el cual ninguna descodificación tendría sentido ni realidad.

El posicionamiento del incisivo lateral superior derecho, que se produce hacia los ocho meses, señala la utilización del canal visual para tejer los vínculos de naturaleza biológica con el padre. Esta fecha de irrupción coincide con la apertura funcional del área cortical de la visión, situada en la región occipital. La visión del bebé reacciona al principio a los colores vivos y a fuertes luminosidades. Las formas no tienen existencia visual, ni tampoco noción de significado informativo: él ve, pero no sabe lo que ve. Por otra parte, las formas vistas no se memorizan. El área cortical de la visión en el adulto es fundamental para su relación con el mundo. Si existe una zona temporal en el lado izquierdo dedicada al lenguaje, existe otra en el lado derecho dedicada al estudio de las formas. La fisonomía de las caras, por ejemplo, se analiza en la zona temporal derecha. Queda, claro está, la posibilidad de utilizar indistintamente una u otra zona para una función u otra, sobre todo la verbal, si la zona espontáneamente dedicada a tal mecanismo se viese dañada (leer las obras citadas en la bibliografía sobre el cerebro y las neuronas). Si el ojo ve, sin ver nítidamente y sin precisión en el bebé, a los ocho meses las formas se vuelven importantes. Y esa es la razón por la que el bebé a menudo sonrío a todo el mundo hasta los ocho meses. Luego, la vista deberá tener una memoria para saber si la cara es amiga o enemiga. Pues la vista es un sistema fundamental en el animal humano para poder prever y, por lo tanto, prevenir el peligro, al mismo tiempo que se descubre la identificación de las caras dentro de la capacidad de considerar el futuro de una situación, a conceptualizarla, lo que es un modo puramente gráfico.

Es importante comprender que el sistema deberá, de ahora en adelante, utilizar las informaciones visuales para establecer su catálogo primordial de los peligros de morir y de las posibilidades de sobrevivir. Para crear esta base de datos —puramente adquirida, por cierto—, los sentidos biológicos servirán de vínculos de contacto y de descubrimiento del mundo dando, además y cada vez, un valor a cada uno de los registros. Sabemos todos que es impor-

tante decirle a un niño que no debe tocar el fuego porque quema, mientras no se ha hecho la experiencia de los sentidos, la noción sigue siendo abstracta, ¡aunque muy eficaz en la mayoría de los casos! Pero el que haya experimentado la quemadura por el fuego ya no tendrá la necesidad de obedecer la orden de no tocar, ni de creer lo que le dicen sin saber muy bien de qué le habla el adulto. ¡La experiencia produce certeza! Hablamos aquí, ciertamente, de la experiencias vivenciadas por medio de los sentidos biológicos, por lo tanto de lo que se denomina «lo adquirido». El jovencito aprenderá del comportamiento observado a los mayores, la reacción que pertenece a la manada frente a un elemento del mundo exterior cuya experiencia debería ser registrada como salvadora y consecuentemente memorizada. Todos los animales no tienen miedo al león. Pero la biología vincula unos principios innatos de peligros, de memorias, sobrepasando estas últimas la noción de experiencia. Los dientes definitivos nos ofrecerán, con el estudio de la forma de sus raíces, un catálogo elocuente de las memorias innatas transmitidas a un individuo. Volveremos a ello a lo largo del estudio de los dientes definitivos, tema de los seis próximos capítulos.

La fecha de erupción del pequeño incisivo lateral superior derecho (n.º 52) puede sufrir ciertas variantes interesantes. La primera singularidad es que puede irrumpir antes que el incisivo central. Esta particularidad nos informa sobre el aspecto preponderante de la vista con una memoria de sufrimiento en relación a la vista. Lo más evidente es una memoria de un padre que dejaremos de ver durante un tiempo muy largo. Encontramos aquí las nociones del padre que muere prematuramente, como lo habíamos descubierto en el incisivo central. El hecho mismo de que un acontecimiento pueda tener unos efectos diferentes es interesante para poder comprender el modo de funcionamiento de las memorias «biológicas». La biología no memoriza los acontecimientos sino los sentimientos, los cuales, almacenados por ejemplo en uno de los dientes, podrán, sin embargo, ser restituidos en el seno de un

acontecimiento. Por ejemplo, en el acontecimiento *muerte del padre*, la biología que lo restituye en el diente 52 explica que en el libro «muerte del padre» la privación de poder ver al padre fue el mayor sufrimiento. *¡Y eso no se vuelve nunca a revivir!* Este diente puede, también, por su prontitud en aparecer en la boca, revelar el estrés de la madre embarazada que ve a su marido marchar y que siempre tiene miedo a no verlo regresar nunca. Entonces, la información asignada es que hay que poner en marcha una memoria visual del padre, pues verlo significa que sigue vivo.

El área cortical de la visión, situada en la región occipital y asociada al diente 52 por medio de unas memorias de sufrimiento, puede también hablarnos de comportamientos paranoides. Tales comportamientos están, en efecto, vinculados a la carencia de un padre protector, no por su eficacia, sino por su ausencia. La noción de padre no protector puede no estar relacionada a unas deficientes de capacidades protectoras, sino a una ausencia del protector en sí. Y en el presente caso, por su situación de alejamiento, su partida, tan solo por razones profesionales. Veremos también más adelante la panoplia de las carencias de padre protector que vehiculan los dientes. La precisión del órgano dental, particularmente por la forma de su raíz o por la elección del diente evocador de este problema preciso, ofrece la notoria precisión de la puesta en palabras para que esta sea lo más exacta y más precisa posible.

Ya lo ve, querido amigo, la belleza del órgano dental expresada en su perfección... el diente, estructura cristalina, es una verdadera enciclopedia de la memoria. Habíamos explorado juntos, otrora, los misterios de los cráneos de cristal de la tradición maya. Recordará, seguramente, nuestro embelesamiento ante esta leyenda que los vuelve depositarios de la memoria de la humanidad... ¡de la memoria total del tiempo de la humanidad! Sí, amigo mío, del tiempo pasado y futuro, como una base de datos supraluminosa, palabra tan querida del difunto profesor Régis Dutheil, que la menciona en su trabajo. Una estructura capaz de acceder y de relacionarse a una dimensión

cuántica, a un espacio-tiempo donde la velocidad más lenta es la de la luz. Ambos sabemos que la técnica actual intenta reemplazar los discos duros magnéticos de los ordenadores por unas estructuras cristalinas capaces de almacenar infinidad de información. El diente, puro cristal, hidroxapatita, tiene las mismas virtudes. Más extraño todavía, el diente, generador de un campo electromagnético, entra en relación funcional con el campo electromagnético del córtex. Una tarde intenté darle conocimiento sobre mi intuición que emplazaba nuestros dientes en el gran esquema de la psique. Como un rasgo visible en este mundo invisible que Jung exploró. Como un acceso codificado a la estructura tanto psíquica como espiritual... como revelador de esta gran trama matemática del pensamiento humano. Como la construcción acabada, pero viva y, por lo tanto, sujeta a transformaciones por planes llevados por la matemática del espíritu, estas famosas matrices morfogénicas.

Sepa que no le guardo rencor por su mímica dubitativa. Entiendo perfectamente que un espíritu pragmático como el suyo, más o menos indeciso, no pueda maravillarse con simples hipótesis. Pero, ya verá, si hace muchos años no me hubiera dejado maravillado por mis hipótesis en cuanto a una realidad distinta del órgano dental, dígame, amigo mío, ¿qué haría yo hoy día? Así y todo, y lo reconozco, se necesitan mil espíritus pragmáticos para evitar los desenfrenos de un solo espíritu maravillado por las hipótesis ofreciéndole apoyo y equilibrio. Agradezco aquí ese pragmatismo que le otorgo sin ningún desprecio, ya lo sabe, ni en sentido peyorativo, pues usted fue mi oportuno amparo.

Un diente 52 posicionado precozmente puede informar a los padres de un sobre-estrés del sentido biológico de la visión, pero también de un estrés de la zona occipital. Las compresiones sufridas en el momento del alumbramiento pueden ocasionar ciertas compresiones óseas. El buen funcionamiento de los movimientos relacionados con los huesos del cráneo debería ser comprobado en cada recién nacido. Desafortunadamente las leyes restringen

estas prácticas prohibiendo a los osteópatas el acceso a los recién nacidos. Sin embargo, una manifestación cronológica de la erupción del diente 52 que se adelanta a los dientes centrales debería ser tenida en cuenta como una señal por parte de los huesos craneales. No solo porque este diente llega adelantado, y por lo tanto demuestra una tensión acrecentada en el área cortical de la visión, sino también porque la ausencia de los dientes centrales puede señalar por sí misma una presión en la hoz¹ del cerebro, estructura mediana. A lo largo de mi pasado como facultativo, han sido muchísimos los niños con retraso en la erupción dental que han sido ayudados por osteópatas cuya práctica dinamizó el impulso dental. Sin embargo, no cualquier retraso puede solucionarse por medio de la osteopatía: los dientes me enseñaron pacientemente que por un efecto manifestado existen muchas causas, y le pertenece al hombre del arte remontar la cadena de los fenómenos con el fin de adecuar el tratamiento individualizado. El recurso de la osteopatía permanece, pues, claramente indicado en la mayoría de los retrasos de las erupciones dentales. El posicionamiento prematuro del diente 52 es uno de los raros casos de precocidad eruptiva que tiene la misma señal terapéutica.

Ahora bien, el caso de un retraso en la erupción del diente 52, aunque la osteopatía seguirá siendo aconsejable, nos dará cuenta de otra memoria transgeneracional. Si de antemano nos cuenta la urgencia de un lazo visual con el padre, el retraso nos habla, por supuesto, de una espera a que acontezca este vínculo visual. La ausencia del padre sigue, en este caso, subyacente en la memoria, pero aquí parece ser más necesario todavía esclarecer quién se designa como padre. Recordemos el papel fundamental que tiene la madre para significar la «parte de padre» a su hijo. Así que si

N del E.: A la hoz del cerebro se le suele llamar *falx cerebri*, que es una membrana vertical formada por el repliegue de las meninges situada en el interior del cráneo que separa el hemisferio cerebral derecho del izquierdo. El nombre le viene por su forma curvada parecida a una hoz.

el diente 51 (incisivo central superior derecho de leche) señala la existencia de un padre, el biotopo, y el diente 52 tarda en aparecer, mientras el padre biológico, por lo tanto el oficial, está presente, es el signo más importante de un inconsciente de la madre que hubiera designado como padre a otro hombre, dado este caso, entra el abuelo en el punto de mira. Y si el abuelo está lejos, ausente geográficamente sin estar muerto, el niño no puede establecer un vínculo biológico con él... La falta de sincronización entre los dientes 51 y 52 es el mayor signo de un error de significado del padre por parte del inconsciente de la madre. Sé que esta información puede ser culpabilizante, pero ¡por favor!, el niño implora verdad, autenticidad, transparencia. La biodescodificación dental no sustituye al arte dental, es algo que debe ser bien entendido, sino que exige implicación hasta lo más profundo del inconsciente para ser tan verdadero como auténtico, por no decir íntegro. A menudo, antes de querer saber, es bueno hacerse preguntas sobre la realidad de esta demanda y sobre nuestra capacidad para entender lo que va a ser expresado.

Me permito aquí, querido amigo, recordarle cuán numerosos son los que hacen preguntas para saber, y debo decir que encuentro este comportamiento a menudo razonable, pero también me he dado cuenta de que ciertas personas preguntan sin querer oír la respuesta. Así que, recuerde, amigo mío, escoger muy bien entre aquellos a quienes divulgará los frutos de mi trabajo. Todos tienen derecho a saber, pero no todos están preparados para oír, por lo pronto... ¿nos corresponde escoger a los que vienen a hacer preguntas? Dejo la elección en sus manos. Pero, sin embargo, me toca, y a usted también, escoger la parte de verdad que pondremos en estas palabras. Doy gracias a la sabiduría de los antepasados que decían que se debía siempre hablar con la verdad por delante, pero no siempre decir toda la verdad... y en cuanto a decidir qué parte de la verdad no es posible decir, ambos habíamos establecido un consenso sobre el hecho de que nuestro juicio no era de ningún auxilio, consintiendo así que

tanto nuestro saber como nuestro intelecto eran incapaces de tomar esta decisión.

Si los remedios homeopáticos, fitoterapéuticos o químicos son vectores de equilibrio para el cuerpo, y consecuentemente permiten recobrar la salud, las palabras son a su vez vectores de equilibrio para el espíritu. Una parcela del pensamiento en estado de sufrimiento queda a la espera de unas palabras para sanar. Nuestro saber no es algo que debemos regurgitar tal cual y de cualquier manera, sino dentro del conjunto de lo que llamamos «biodescodificación dental», hemos tenido, y lo recordará, que identificar este espacio interior que es capaz de indicarnos los trozos de este saber que podían ser oídos por parte de aquellos que acudían a nosotros.

El posicionamiento del incisivo lateral superior izquierdo (diente n.º 62) mostrará el uso que se hará del sentido del oído para tejer vínculos de nivel biológico con el arquetipo paterno. Una vez más, el sentido del oído era operacional antes de llegar a este momento, puesto que el oído se abre en el séptimo mes dentro del útero. Pero lo que señala el posicionamiento del diente pertenece a una dinámica nueva. La biología animal manifiesta la vida por medio de la reacción. Reaccionar ante un estímulo es un acto de vida, podríamos incluso decir que es una prueba de vida. El cuerpo lo manifiesta con claridad. Pero la dimensión específica del ser humano, que es su dimensión cortical —mental, para ser más exacto—, se desarrollará más adelante. El posicionamiento de los dientes, la cronología de erupción, nos permite observar el desarrollo de este nivel del ser humano, el desarrollo de su espíritu. Cuando el órgano dental toma lugar es como una señal visible que nos indica que la dimensión espiritual del niño entra en relación, pero sobre todo estructurándose a partir del estímulo producido por el mundo exterior. Los sonidos existen desde siempre en el mundo del niño. Su sistema es sensible a estos sonidos y reacciona desde el principio, pero su esfera mental no puede ser sensible a ellos de la misma manera que su cuerpo. La aparición del diente en la boca señala

la apertura de esta dinámica. Más todavía, podríamos decir que la vida de la esfera biológica, material, encarnada, manifestada, estará desde ahora en adelante y para siempre vinculada a la esfera espiritual, sutil, virtual, no manifestada. Vinculada y sobre todo como lazo de reciprocidad, subyacente a todo sistema dual. Una dualidad es un sistema compuesto por dos partes que funciona en reciprocidad. La dualidad fundamental del ser humano, compuesta de un cuerpo y de un espíritu, toma forma poco a poco. El límite, que no separa sino que individualiza, se manifiesta lentamente. El neocórtex se desarrolla y paulatinamente entra en funcionamiento.

La voz del padre es una manifestación fundamental que nuestro cerebro espera y que nuestra estructura pide. La voz paterna actuará sobre la verticalidad del niño como una plomada sirve de referente para levantar una casa. Esta voz es tanto una nota de acorde para nuestra propia voz como otra sirviendo de luz para iluminar nuestro cielo. La primera experiencia que tiene el niño de la voz de su padre, como nos indicó Cyrulnik, es el gusto que tiene. La importancia de la voz se evocó y explicitó ampliamente en la estructuras de la boca en el segundo capítulo. Cuando el hombre habla a la mujer embarazada, la voz actúa provocando emociones. Cada emoción provoca a su vez la secreción de un sello químico bajo la forma de una proteína, la cual se encontrará de nuevo en el líquido amniótico que absorberá el feto. Así es como el niño probará el gusto de la voz de su padre. En el séptimo mes sus tímpanos transmiten las vibraciones sonoras percibidas a nivel del sistema cortical. El sentido de las palabras, de los sonidos, ciertamente no existe, pero los sonidos son captados y serán indudablemente asociados a las experiencias simultáneas del gusto. Si, más adelante, la lengua hablada se llama materna, se debe notar que la escucha de los sonidos se cripta también por el entorno materno, puesto que sonidos y humores han sido asociados ya en el útero. Además de una lengua materna, ¿tendremos también un oído materno?

Cuando el diente 62 se posiciona, el sonido de la voz paterna servirá indudablemente como vínculo a partir de ahora, pero tam-

bién como referente. De la misma manera que se graba un disco de vinilo capaz de reproducir el sonido grabado, el oído se formateará bajo la influencia de la voz paterna. Una frecuencia fundamental impregnará la estructura. Pero si los dos incisivos laterales se posicionan casi simultáneamente, revelarán también los lazos futuros entre palabras e imágenes que constituirán la actividad de la conciencia futura. La percepción del mundo circundante por parte del sistema mental, esta maravillosa estructura representada por la actividad del neo-córtex, pasará a la elaboración de imágenes, verdaderos hologramas, de los cuales el ser humano saca unas determinadas informaciones. No es cuestión aquí de incensar la dimensión mental, la cual, bajo aspectos diferentes, será algún día un obstáculo a lo viviente, sino devolverle realmente, o por lo menos concederle, el lugar fundamental que ocupa en nuestra dimensión de animal humano. Nuestro neo-córtex representa para nuestra especie animal llamada «humana» un sistema perfecto de supervivencia. Si la madre preadapta al humano para que este se integre en el mundo que le rodea, el neo-córtex ofrece al animal humano la capacidad de adaptarse a cualquier cambio que sobrevenga en el biotopo. La esfera mental ofrece al ser humano una capacidad de sobre-adaptación tanto como de re-adaptación. Concederle, por lo menos, el mérito de habernos permitido en el pasado la migración en la superficie de la Tierra.

Si observamos al recién nacido como una entidad viviente saliendo se de su Tierra (el útero) al nacer, como una estructura todavía impregnada de arcilla, ya que esta misma deberá verticalizarse. La verticalización que opera la biología para alcanzar la postura bípeda es algo fundamental. Pero cuando estudiamos los dientes, parte involucrada en la adquisición de esta postura, vemos que nos permiten observar la verticalización del espíritu que tiende a unirse con el cielo. La dificultad en comprender los dientes y su significado cuando deseamos extraer de ello una biodescodificación es que hay que considerarlos permanentemente bajo este doble aspecto de elementos dedicados por igual tanto a

la supervivencia biológica como a la vida del espíritu. Posicionados en la orilla de la boca, permiten hacerse con los alimentos. El orificio bucal representa el lugar de entrada de todo lo que llamamos «respuestas a las necesidades del cuerpo»: comer, beber y respirar. Los dientes están, consecuentemente, implicados en la gestión de estas necesidades. Pero el diente no reaccionará a este nivel de estrés, puesto que estará un día asociado a otra dimensión viviente del ser humano que es su entidad cortical, su dimensión mental expresada en tan diminuta palabra, pero tan enorme en su sentido: «**iyó!**». Y ese «yo» existe, y existe tan solo en la actividad verbal. «**Yo**» es una entidad verbal, una palabra que levanta el vuelo en un mundo de letras, en un universo de sonidos. La transición desde el mundo del nacimiento, la Tierra, mundo concreto, material, hacia el mundo del devenir, el cielo, mundo virtual, verbal, necesita de una pareja parental compuesta por los dos arquetipos. Y en el supuesto de que existiese esta pareja, conclusión lógica en la existencia de un niño, debería, además, ser eficiente en la dinámica de crecimiento de su hijo. La madre no **hace** tan solo un niño... lo acoge en su seno. Y el padre espera que ese niño le sea transmitido, confiado, más que entregado. Es gracias a las terminaciones de los sentidos biológicos de la vista y del oído que la estructura inconsciente del niño encontrará el sentido padre de la misma manera que el padre nutre a su hijo por medio de esos vehículos que son la luz y el verbo.

Imágenes y palabras mantendrán, a lo largo de nuestra vida, una relación muy estrecha y fundamental en nuestra actividad espiritual. Las imágenes se utilizan en primer lugar para generar los sonidos, y después estos mismos generarán a su vez unas imágenes, utilizando para ello los caminos de nuestra estructura cortical. El cerebro está compuesto de dos hemisferios separados anatómicamente, pero relacionados entre ellos por setecientos millones de fibras nerviosas que constituyen el cuerpo calloso. Este sistema está en la base de la correspondencia posible entre palabras e imágenes y viceversa.

Querido amigo, este sistema está bajo la impronta dejada por la pareja parental y los vínculos por ella manifestados. ¿Tiene el niño algún que otro fracaso escolar? Mirad el estado de la pareja... porque con esta visión tendrá una reseña del funcionamiento de su cuerpo calloso. Lo que el niño manifiesta no es más que el eco de lo que resiente. Y todo ello, por supuesto, sin que nadie se dé cuenta de ello. La biodescodificación dental me ha llevado a una gran responsabilidad que fue muy difícil aceptar, y con el tiempo todavía más abrazar. Los vínculos que establecen los sistemas hormonales son los primeros en tomar posición, como los cimientos de una futura estructura. Luego los sentidos biológicos levantan las paredes maestras. Estos vínculos no pueden construir más allá de lo que permiten los cimientos. Hemos hablado largo y tendido sobre los casamientos poco acertados, hemos confrontado nuestras ideas a estas manifestaciones de la vida que van más allá de nuestras propias voluntades. Y un buen día (¿o fue una noche?), tuvimos que rendirnos ante lo todopoderoso viviente que se esconde bajo nuestro inconsciente. Si el clan o la familia emite un juicio sobre una unión desacertada de la pareja parental, el niño pagará el precio. Estamos entonces en una sincronidad divertida, expresada en este pasaje de la Biblia: «Los padres comieron uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen dentera».

La voz del padre debe generar lo que se llama el temor. El temor es una mezcla curiosa, por lo menos alquímica, de respeto y miedo aliñada con confianza. Esta particularidad de la voz es propia de la responsabilidad del hombre y no depende del valor que la madre le confiere. Esta voz, en el conjunto del biotopo sonoro, es particular. La madre debe reconocerla como tal, pero no puede darle su carácter imponente. La voz es imponente o no lo es. La madre dictaminará tan solo su propia reacción al niño.

Durante la fase in útero, a partir del séptimo mes, el feto será sensible a los estímulos sonoros. En el conjunto del biotopo sonoro, una voz destacará, la del macho dominante, representando al padre. El padre, digamos «biológico», se ve designado como sig-

nificante por medio de la reacción de la madre. Pero también está el jefe del clan. El clan es ese grupo humano al cual el niño pertenece por vía consanguínea. El clan es una estructura jerarquizada dirigida por un individuo en equivalencia significativa al padre. Este individuo, dentro de la ley biológica, es un varón, además de ser miembro del clan paterno. Cuando el niño nazca, su memoria reconocerá esta voz, y a partir del octavo mes se verá asociada a una imagen, a una cara. La voz es un elemento determinante en la memoria del biotopo fundamental, biotopo de la venida al mundo, pero anterior a la vida. La voz del padre nos llevará al mundo, nos enseñará el mundo. Nuestra voz nos relacionará con el mundo y nos hará descubrirlo.

Ocurre algunas veces que un niño presenta en su boca un segundo incisivo lateral superior izquierdo, llamado supernumerario. El significado es interesante. Señala una memoria bajo sufrimiento en relación a un idioma perdido, olvidado o prohibido. El caso es muy corriente en Francia, donde se prohibió en numerosas regiones el uso del dialecto en la escuela. Bretón, alsaciano, vasco, catalán. En otros casos es simplemente la pérdida de uso del dialecto, que puede convertirse en sufrimiento. Este dialecto que hablaba el abuelo y que desapareció con él. El niño, con su diente supernumerario, tiene necesidad —por supuesto, inconsciente— de volver a oír esta melodía. El idioma hablado, y a fortiori un dialecto, es un elemento de identificación muy importante. Este caso de idioma perdido se encuentra también algunas veces presente en las familias emigradas, las cuales, en la búsqueda de un medio de integración para su descendencia, van a prohibir el uso de su lengua natal. Esfuerzo loable, buena intención, pero de efecto desastroso.

Amigo mío, no puedo silenciar aquí una coincidencia como poco perturbadora entre lo que acabamos de ver y un pasaje de la Biblia. Usted ya conoce mi apego al valor de esos escritos, no tanto por su relación con lo que se hace con ellos, sino por lo que son cuando se

llega a leerlos con una intención distinta a la de descubrir en ellos un código moral de vida en el seno de la comunidad humana. Lo sabe usted por haberme escuchado afirmarlo, que cuando el hombre busca en estos textos sagrados un código de existencia, transfiere al plan encarnado unos textos dedicados al espíritu. La traducción que se realiza entonces, no en las palabras, sino en el sentido de los mismos, se aparta del carácter sagrado conferido al verbo. Recuerde las informaciones fundamentales que hemos encontrado en este compendio relativo a la arquitectura y la dinámica viviente del espíritu, pero no tratando de la materia. El pasaje que parece relatar perfectamente esta cronología eruptiva de los incisivos laterales superiores se encuentra en la historia de Moisés. Ve primeramente el matorral ardiendo y luego oye la voz. Muchos contemporáneos se lanzan a la aventura de la comprensión del espíritu con ayuda de los progresos de la técnica. Hemos podido buscar y encontrar en la Biblia, y eso gracias a uno de mis informadores, numerosos secretos relativos al espíritu humano. Tal como el finado Schwaller de Lubicz lo había practicado en el templo de Luxor, descubriendo que en esta arquitectura se escondía la anatomía secreta del espíritu humano. El templo del hombre lo hemos descubierto en su boca, con unos dientes como piedras de construcción, dándonos su lectura acceso a los planes del Arquitecto.

Ver y oír, mirar y comprender, observar e interpretar. Vista y palabras estarán relacionadas hasta nuestro fin dentro de nuestra aproximación mental al mundo, a la vida y a sus protagonistas. Obviamente, cada aspecto descrito anteriormente merece un libro aparte, pero muchas obras han visto ya la luz sobre el tema y no cabe en las intenciones que tenemos aquí darnos un rodeo por ellas resumiéndolas. La descripción de la cronología eruptiva de los dientes de leche se plantea en paralelo al desarrollo neurológico del niño, por no decir psicoafectivo. De forma muy precoz, el ambiente sonoro se activa sobre las estructuras de la audición y sus componentes neuronales. Las voces no están hechas solamente de

palabras, sino que cada palabra está soportada por una entonación, un acento tónico, una acentuación verbal. Este método forja y moldea las estructuras futuras propias a la relación verbal, preparando el lecho de la futura lengua materna en las impresiones neuronales. Sigue abierto el debate sobre el lenguaje que deberá ser utilizado para entrar en contacto con el bebé. En las familias con doble lengua materna, todo ha sido dicho como también su contrario. Pero la neurología nos enseña que el sistema puede también ser formateado al principio de la vida y según el soporte biológico, no hay que escoger un idioma ya que el sistema puede acoger varios idiomas. El origen de las lenguas nos muestra esta posibilidad puesto que tienen un fondo común: las raíces indoeuropeas. Algo en nosotros conoce «todas» las lenguas provenientes de la misma raíz, pero si nos remontamos en la historia, la raíz sumeria es única para todas las lenguas.

Los dientes me han enseñado que más que el «qué» hacemos, es el «como» lo hacemos lo que vale. Utilizar una lengua u otra no tiene importancia. La cuestión a la cual responde la biología, la cuestión que nos lleva a una respuesta y que la célula memoriza es el sufrimiento eventual durante el paso de un idioma a otro. Cuando un idioma se ve fuertemente asociado a una identidad, el «quién» se agarra a ello. Sin embargo, el «quién» es una construcción mental, y este «quién» toma vida mientras habla durante la apertura del orificio bucal que representa entonces, para esta entidad mental, el orificio de la venida al mundo, y el diente su portavoz.

¡Portavoz! Querido amigo, ¿lo está oyendo? Una vez más el texto bíblico nos ha alcanzado mientras dedicábamos a los dientes una mirada sorprendida... Moisés y Aarón... El guía que oye lo divino y su hermano llevando el verbo al pueblo. Si hacemos el trabajo necesario para sacar una observación humanista de este texto, si nos otorgamos el derecho a descubrir en él una lectura neurológica, entonces ¡Aarón es un neuropéptido! Moisés es la intuición interior, la escucha del silencio en su forma pura. Corazón inaudible para las neuronas,

pero discursivo para las células, este pueblo interior que seguimos informando permanentemente con la ayuda de esta mama enorme que es nuestro cerebro, como solía verlo Hipócrates.

Vista y voz... estos vectores permanentes del alimento del espíritu, del mental humano, alimento destinado al crecimiento de su inteligencia de adaptación, cognitiva e intelectual. Esta esfera del ser humano recibe su alimento virtual por medio de estos dos vínculos biológicos. Pero esta esfera puede también mantenerse en un mundo puramente estresado para sobrevivir donde adaptarse es obra de supervivencia. Si embargo, la tradición es una guía, una senda para el devenir del ser, y no para la supervivencia del ser humano en su animalidad. Nuestra esfera espiritual puede, de la misma manera, encontrarse obligada más allá de su potencial. Nuestro cuerpo llegado al mundo se anima, vive sin necesidad de la inteligencia del neo-córtex. Esta estructura se basta a sí misma, pero es de donde procede nuestro mental. Un día «quién» da a luz a «qué», pero ¿podemos decir así que lo libera?

El estudio posterior de los incisivos definitivos nos mostrará que la transferencia de obediencia es largo, incluso improbable para la mayoría. Si durante la fase de lactancia los incisivos trazan los vínculos biológicos, vínculos que el cuerpo ata al mundo, los incisivos definitivos nos demostrarán que deberían ser dedicadas a la pura vida del espíritu. Sin embargo, las caries, las afecciones periodontales, todas estas afecciones de los incisivos definitivos, nos revelan que nuestra capacidad de inteligencia permanece... ¡estúpida, en el sentido animal! La balanza entre biología y espíritu sigue siendo una obra de decisión y de voluntad. Tal es el camino de la conciencia. Por lo tanto, es necesario aquí poner término a una noción que se extiende con demasiada facilidad: la pérdida de un diente no puede traducirse como cerrar una puerta a la conciencia. Por supuesto que el corolario según el cual la extracción de un diente no puede considerarse válida para resolver un sufrimiento de la conciencia, a lo sumo conseguirá una sedación de los episo-

dios dolorosos y así la vida saldrá ganando, pero tan solo la vida del cuerpo biológico. ¿Debemos preguntarnos todavía si es preferible actuar para la vida del cuerpo o la del espíritu? Sería como emplazar la dualidad del ser humano en el marco de un duelo... El espíritu no puede alzar el vuelo sin la participación de su cuerpo, que le proporciona su energía de vida. La conciencia podría entonces compararse a una rampa de lanzamiento indicando la dirección a seguir durante la elevación, y la conciencia tiene por misión indicar la dirección que debe ser tomada.

Querido amigo, sé que algunas veces me podría reprochar ser repetitivo... Pero ya lo sabe, gracias a mis confidencias, yo sé que estas repeticiones son importantes. Las nuevas informaciones recibidas, distintas del pensamiento común, no pueden tomar vida en nuestro sistema si no se recuerdan regularmente. El espíritu, y aquí hablo tanto del mío como del de otros, manifiesta una extraña facilidad para olvidar hasta lo más importante, sobre todo lo más importante, debería decir. Sin embargo, trato aquí de la parte del espíritu que no está afectada por la supervivencia del cuerpo biológico, esta porción del espíritu que solo se dedica al espíritu en sí... La esfera de la conciencia motivada por el conocimiento y no por el saber. Así que puedo afirmar con la fuerza de la certeza lo que mis informadores han permitido construir en mí: la conciencia, esta dimensión del espíritu procedente del espíritu mismo, no está apegada al cuerpo, por lo menos a su integridad tanto funcional como anatómica. Ciertamente sabemos que algunas funciones son necesarias, y si me veo obligado a insistir es para que no me acusen de haber dicho cosas que no pensaba. Pero decir que un diente extraído impide cierto futuro al espíritu del ser humano es una necedad tanto filosófica como médica. Tan solo puedo reconocer ahí una tendencia a hablar desde el registro del miedo, el cual suele atraer a bastantes animales.

Le dejo descubrir la continuación del estudio sobre los incisivos laterales inferiores, recordándole que en esta etapa de su desarrollo el niño no parece haber contactado todavía consigo mismo, los

dientes superiores estando relacionados con el padre y los inferiores con la madre. Conservad, pues, vuestra mente afilada por la curiosidad para así captar el sentido en su totalidad, sentido que no fallaré en materializar en palabras en la próxima misiva que le haré llegar...

Suyo atentamente.



Cuarta carta

4 de abril de 2010

Querido e insaciable amigo, he aquí mi cuarta misiva narrándole las aventuras de los incisivos laterales inferiores. Nos llevan un paso más adelante en la conquista del mundo de nuestra joven, muy joven personita digna de vida. Los primeros vínculos con este universo inmenso que le rodea empiezan a inscribir su historia en sus memorias. A lo innato de su herencia deberá ahora escribir lo que ha adquirido, en todo caso tan solo podrá esbozar las primeras líneas en su experiencia del mundo.

La aparición de los incisivos laterales inferiores abre la relación con la Tierra, conjunto concreto, material, en equilibrio (para no emplear el término contrario) con lo virtual y lo sutil del cielo. Demasiado opuestos en su naturaleza, cielo y Tierra en la boca del ser humano tienden hacia un solo objetivo: un encuentro equilibrado. A la edad de nuestro niño, 10 meses aproximadamente, el cielo y la Tierra ocupan respectivamente su maxilar superior y su maxilar inferior. Toma su lugar en el mundo. El sistema biológico recibe por parte del mundo exterior todo lo que necesita para sobrevivir, pero también las informaciones que le harán tomar posición en el gran teatro de la vida. Por lo pronto, el gran juego de la relación humana ha empezado ya. Pero parece que, en lo que concierne los dientes, lo esencial queda por colocar entre cielo y Tierra. La filosofía oriental nos ofrece una buena manera de poder

estudiar este reto. La aportación del I-Ching como medio de estudio con intención de encontrarle algún sentido distinto de la única supervivencia ha sido fundamental. Cada trigramma, compuesto de tres trazos, sigue retomando constantemente la imagen original del trazo central metido entre los otros dos, de la misma manera que el ser humano entre Tierra y cielo.

Los vínculos biológicos utilizados para ligarse a la Tierra son los que refieren a lo concreto, a la materia: el tacto y el gusto, reforzados por el olfato. Gusto y olfato están diferenciados en su función, pero se complementan en cuanto a la información se refiere. El feto pierde gran parte de sus terminaciones gustativas en el momento de nacer. Si el gusto y el olfato se confunden en medio acuático, existe una diferencia en medio aéreo. El ser humano puede diferenciar entre 40 y 400 olores según su sensibilidad y práctica. Existen narices cuya extrema sensibilidad se utiliza en el mundo de los perfumes y de los vinos. Los nervios dedicados a los olores se conectan al bulbo olfativo situado en el córtex frontal, por encima de las fosas nasales. El animal humano ha dejado de lado la importancia de los olores en su sistema de protección frente a los predadores. De esta forma, el bulbo olfativo ve reducida su proporción en relación a los demás mamíferos. Al sentido del olor, que previene del peligro, el sistema humano prefiere la vista, y así se empecina en prever. Sin embargo, mantenemos una referencia importante en cuanto a los olores, sobre todo cuando descubrimos un nuevo alimento. Pero, sorprendentemente, en cuanto al peligro se refiere, oler un nuevo plato se asocia más al placer que a un riesgo eventual. El riesgo alimentario en el humano está tomado en cuenta por las papilas gustativas de la lengua, las cuales, si las utilizamos también la mayoría de las veces para estimular el placer, son nuestra última barrera de protección frente a la intoxicación. Por lo tanto, las papilas caliciformes que forman la V lingual en la base de la lengua (al fondo de la boca) son la última protección. Responsables de la detección del gusto amargo, provocan el rechazo del alimento por regurgitación. El gusto amargo es

el punto común de todos los venenos vegetales, y de esta manera, gracias a estas papilas, estamos protegidos contra los riesgos alimentarios mortales. Esta protección es tan fundamental que las papilas caliciformes se reactivan cada 300 mili segundos, frente a las 800 para todas las demás.

El comportamiento de este sentido gusto-olfato es muy importante. Cuando el ser humano comenzó sus migraciones sobre la faz de la tierra tuvo que reaprender cuáles eran los alimentos comestibles en el nuevo biotopo al que había llegado. Esta memoria nos permite comprender los efectos sorprendentes de ciertos tratamientos en sujetos portadores de injertos renales. El tratamiento con ciclosporina provoca en estos sujetos dos manifestaciones asociadas: una pérdida del gusto y una hiperplasia gingival. Sin embargo, las disfunciones renales están ligadas a unas memorias de exilio, y por lo tanto de migración. La pérdida del gusto ocasionada por la ciclosporina se acompaña de una hiperplasia gingival para suplir la pérdida de esta defensa. La encía se comporta de esta manera para sobre-desarrollar sus capacidades protectoras debido a la pérdida del gusto.

La Tierra es para el ser humano su fuente de supervivencia. Le ofrece alimento, bebida y aire. El elemento aire sigue siendo el más emblemático. Emanación de la Tierra, el aire está, sin embargo, en el cielo. Pero más allá de este aspecto, el aire es el medio en el cual, más adelante, el espíritu del niño existirá por medio de la palabra. Existimos sobre la tierra gracias a nuestro cuerpo y en el cielo gracias a nuestro verbo. De la misma manera, nuestra relación humana basada en la comunicación se hace con dificultad si es únicamente por medio del verbo ya que nuestro cuerpo comunica mucho mejor que nuestras palabras. Vamos incluso a utilizar el cuerpo, observándolo, para saber si las palabras mienten. Y si alguna vez el cuerpo se expresa por medio de dolencias, puede que sea para reemplazar por medio de su verdad las mentiras o las ignorancias del espíritu. El recién nacido conquista el espacio aéreo al inspirar su primera bocanada de aire. Lo hace porque su

estructura biológica se lo permite. Pero también utilizará el aire para hacerse oír. Los gritos del niño no podrían darse sin el aire. Asimismo, en la luna, por ejemplo, no hay sonidos. Pero por el momento nuestro niño tiene tan solo 10 meses. Necesita del tacto.

El incisivo lateral inferior derecho nos ofrece la observación del este vínculo biológico al mundo: el tacto. La piel del ser humano es ciertamente una envoltura, un límite entre él y lo exterior, pero es también el lazo privilegiado que le une al mundo. El sentido del tacto es el sentido más desarrollado en el hombre, y será el primer vector informativo sobre la supervivencia. La madre tiene en su mano el calmante perfecto para las angustias del niño. Tocar al niño es lo que permite a este último sentirse vinculado. No dispone del habla. No tiene la capacidad de interpretar un gesto, una mirada o una palabra, pero «tocar» es algo que él conoce dentro de sí. La observación de las capacidades y de las libertades que se toman las «nuevas madres» en las maternidades en relación a tocar a sus hijos nos dicen mucho sobre este vínculo y la diversidad de sus posibles manifestaciones. Frente al tacto, no somos todos iguales. Observar a los niños en su descubrimiento del mundo nos permite comprender también la importancia de este sentido. Pero una particularidad del ser humano es llevarse a la boca todo lo que toca... la fase oral. Si dejamos que los dientes nos enseñen, comprenderemos que la fase oral son las primicias del vínculo futuro que tendrá el niño con el mundo por medio de la palabra.

La boca permite a la estructura biológica sobrevivir al ser la entrada de todas las respuestas a las necesidades vitales. Pero la boca será también la puerta de salida del verbo, de las palabras, de lo que da vida al espíritu. Asimismo, la fase oral es ciertamente un momento anticipado al aprendizaje de la vinculación al mundo, una fase escuela de esta dinámica futura del ser humano que existirá por medio de la palabra, que se relacionará con el mundo por su verbo, que sabrá llegar a los otros por la palabra para nutrirse de ello... ¿Existe un vínculo entre la fase oral y la futura capacidad

de la expresión verbal? Para responder a esta pregunta necesitaríamos años de observación. Dejando que nos contesten los dientes, puede que tengamos una hipótesis plausible. Pero ninguna hipótesis puede ser utilizada sin la confirmación de la experiencia.

Ya puede ver, querido amigo, con qué protección cuido de mis trabajos. Las certezas que me atrevo a transmitirle han estado en el origen de las hipótesis. Pero me he otorgado el derecho de convertirlas en enseñanza después de haberlas confrontado con la realidad de la experiencia que numerosos pacientes me han ofrecido. Sin embargo, me gustaría dejar que los dientes me plantearan nuevas preguntas y abrir así mi espíritu a un punto de vista distinto. Lo que realmente nos ha atraído, y de lo que nos hemos ocupado más allá del órgano dental, ha sido esta dimensión del ser humano tan singular que es su espíritu. Y si para poder entender nuestro cerebro tan solo disponemos de este mismo cerebro para llevar a cabo esta aventura, he encontrado en los dientes del ser humano un terreno de aproximación y de observación fuera de lo común. Ciertamente, ambos hemos a menudo discutido duramente sobre la veracidad de mis alegaciones mientras eran meras hipótesis. Pero usted dejó a menudo de enfrentarse cuando, con la misma sorpresa que yo, asistía a las confirmaciones de la biología que nos ofrecían los que se cruzaban en el camino de nuestra búsqueda.

En cuanto a saber si existe una norma para el tacto, un protocolo estricto para lo que se debería ofrecer al niño con el fin de que obtuviese la serenidad necesaria para su desarrollo, no podemos adelantar ninguna respuesta afirmativa. Teniendo en cuenta la etnopsicología, nos vemos obligados a dejar al tacto una gama sin límites de posibilidades y de necesidades. Por lo tanto, y de la misma manera en que lo hemos planteado en otros aspectos del ser humano, más que el gesto es el corazón detrás del gesto el que importa, y si le pidiésemos a un inglés que nos describiera el comportamiento de los latinos diría, sin mentir, que los tocamientos son la norma en este pueblo.

El incisivo lateral inferior derecho, el diente n.º 82, puede presentar ciertas manifestaciones fuera de norma. El retraso en la irrupción es el más corriente. Este retraso se valorará en función de los demás incisivos laterales, particularmente en relación al posicionamiento de los laterales superiores. Por lo tanto, tan solo podremos hacer una lectura si todos los incisivos están posicionados. El retraso de este diente señala un conflicto en relación a un aspecto del tacto que es la protección. El sentido de protección que puede emitir el tacto depende más del que toca que del niño que lo experimenta. El tacto al niño por parte de su madre se somete a una gran cantidad de parámetros que encontramos en los escritos de Boris Cyrulnik (ver bibliografía). Lo único que nos importa aquí es comprender que el retraso en la irrupción de un diente 82 señala un estrés relacionado con el tacto. Este vínculo con mundo, y esencialmente con la madre, está afectado aquí por una memoria conflictiva.

Existen en los dientes definitivos una señal que explica esta posibilidad: las megapulpas. Cuando los molares definitivos se posicionan en la boca, sobre el arco, la pulpa del diente es grande, pero va disminuyendo con el tiempo. Excepto en ciertos casos donde esta pulpa queda enorme. Un síntoma próximo es la taurodoncia, una malformación de los dientes que presenta dos tercios de su altura en corona y un tercio en raíces. Un diente así conlleva una pulpa gigantesca cuyas puntas se parecen a unos cuernos. El significado de estas dos manifestaciones es la de revelar un sentimiento de peligro de muerte en el seno de la propia familia, y hace referencia a unos niños causantes de accidentes domésticos. La pulpa disminuirá de volumen en cuanto la edad del niño (muerto en la genealogía) se haya superado. Está claro que durante el posicionamiento del diente 82 la observación de los molares definitivos será imposible. Una gran ventaja sería poder tener acceso a las radiografías panorámicas familiares para poder recopilar ahí una eventual taurodoncia.

Este ejemplo es el que expresa mejor que una manifestación dental no explica un hecho, no describe una acción, sino que ha-

bla de memorias inconscientes y de sentimientos activos subyacentes en una acción.

Otra manifestación observada es la presencia de un doble diente 82 (llamado «diente supernumerario»). Encontramos esta duplicidad del diente de leche montado sobre un diente 72, incisivo de leche, lateral inferior izquierdo. Un diente doble 82, o supernumerario, habla de una necesidad de doble protección por medio del tacto. Se debe ir en busca de una memoria de entorno familiar precario, inseguro y frágil. Antes de ir a buscar historias terribles, debemos recordar que el entorno familiar está bajo la influencia del medio exterior. Asimismo, una venida al mundo en un período de guerra o de desórdenes civiles bastará para vehicular un medio familiar inseguro, estando la familia misma inmersa en un modo inseguro. El diente duplicado puede también referir a la presencia de una abuela que acoge al niño porque la madre no puede hacer frente a la situación. Se sufre la carencia del tacto de la madre, pero no ha sido borrado, ya que la abuela no reemplaza definitivamente a la madre, sino que durante cierto tiempo la abuela habrá permitido cierta seguridad al niño mientras la madre se recuperaba. Estamos aquí ante las depresiones posparto, que ocasionan comportamientos alterados de la madre durante cierto tiempo. Pensamos también en los niños que han sido educados en el campo durante la guerra mientras que los padres sobrevivían a los peligros de una ciudad ocupada por el enemigo.

El tacto, considerando el diente al cual está vinculado, nos muestra la importancia del efecto protector transmitido. Utilizando la piel como receptor, el tacto posee su transposición biológica en la dermis. La dermis, envoltura protectora del cuerpo, fabrica la epidermis, vestigio de caparazón. La producción de la epidermis se ve regulada a nivel de la dermis por medio de una célula llamada K por los queratinocitos cuyo ciclo es de 28 días. Un desajuste en esta célula acentúa la fabricación de epidermis, pasando el ciclo a 3 días, y provoca la aparición de placas de descamación, características de la psoriasis. Esta enfermedad, más o menos in-

capacitante según su extensión, está asociada a conflictos de separaciones. La separación es un sufrimiento que la piel sentirá si en esta separación el tacto era primordial.

Déjeme que le entretenga sobre la letra K. Ya lo sabe, por haberme escuchado tanto y tantas veces, me gusta vincular elementos entre ellos por medio de las claras vías de la simbología. El potasio, cuyo símbolo químico es la letra K, lleva el número atómico 19. K es la primera letra de su nombre germánico Kalium. La palabra «potasio» viene por su parte de potass (de la palabra inglesa pot ashes (pote de cenizas) a la cual se ha añadido el sufijo «io»). El potasio de la pared celular permite exteriorizar los productos del líquido intracelular, y el sodio, por su parte, permite interiorizarlos. El 19 en los arcanos del tarot de Marsella nos anuncia el Sol. Estamos, pues, con el padre. Sin embargo, si miramos el diente 82, estamos con derecho a encontrar un diente ligado a la madre. Pues no, querido amigo, puesto que antes del año es la madre la que asegura la protección. El sistema inmunitario del lactante funciona con los anticuerpos que la madre le proporciona. Hay que esperar un año para que se despierte y entre en funcionamiento el sistema inmunitario autónomo del organismo, como si la biología nos ofreciera un año para presentarnos al padre. Más extraño todavía es el devenir de este diente 82 reemplazado por un 42 como diente definitivo, el cual estará totalmente dedicado a la protección frente al mundo exterior. Sí, estamos ahora en un período de la vida en la que los dientes inferiores son explicativos por parte de la madre, pero se liberarán de ellos en cuanto se alcanzen los tres años, aunque siguen siendo portadores de memorias. Habiendo mencionado la psoriasis, ¿qué pensar del hecho de que el sol calma a la mayoría de los sujetos afectados?

Resulta, pues, que la biología espera más del tacto que del placer, y el diente 82 nos propone observar la resurgencia tanto de las memorias activas como de las informaciones esenciales que la biología del niño no recibe, a pesar de los actos efectuados a priori.

La resurgencia de las memorias, que hace que entre varios niños solo uno exprese un conflicto de protección, no depende de un eventual cambio de madre, sino de lo que ha ocurrido durante los 18 meses anteriores al nacimiento del niño. Entendemos entonces las variaciones de la expresión dentro de los hermanos, y lo que debemos de admitir de una vez por todas es que no somos todos iguales al nacer ya que no tenemos todos el mismo acceso al depósito de memorias. Nuestra particularidad dependerá de haber heredado ciertos aspectos más que otros.

Unas manos se posan sobre la piel del niño transmitiéndole sin palabras la presencia del individuo madre como protector, lenguaje mudo, pero lenguaje del cuerpo. Un discurso silencioso, pero que proviene del estado de ser de la madre, puede decir muchísimo sin que lo sepa. Unas manos que se atreven a tocar y otras que no o que no saben. Tantas diferencias que harán de nosotros unos individuos específicos, únicos. Un pasado ha escrito en las memorias unos actos, unos estados que la conciencia no puede filtrar. Unas memorias que se grabarán en nosotros sin el control de la memoria consciente, la que forja los recuerdos. Sin embargo, nuestras células recuerdan. ¿Cómo podemos reprochar algo a la persona que durante toda su vida buscará, sin darse cuenta, lo que le ha faltado al nacer, esas cosas que habrá echado tanto de menos cuando no podía saberlo? Las primeras experiencias de vida están grabadas en lo más profundo, ciertamente, con las huellas de imágenes y palabras que los incisivos laterales posicionados certifican, pero sin la conciencia activa del significado de estas palabras o de estas imágenes. Simples huellas vibratorias sin ningún significado inteligente. La conciencia reflexiva, este estado de conciencia de tener conciencia, no está disponible todavía para el niño. Los sistemas están abiertos, pero carecen de control y seguimiento. Tan solo los mayores, los adultos, deberían saber lo que hacen, y sin embargo...

Otra manifestación posible de este diente es un posicionamiento precoz. La precocidad se observa en el ritmo relativo a los de-

más incisivos. Si el diente 82 se posiciona antes que los centrales, por ejemplo, podemos entonces hablar de precocidad. Esta señal nos habla de una necesidad de protección. Será bueno buscar en los niños muertos cuando eran pequeñitos, de pocos meses. La muerte súbita del lactante puede dejar memorias así, y si se manifiesta una enfermedad cualquiera que haya podido poner fin prematuramente a la vida de un lactante, escogerá manifestarse por un 82 precoz si, asociado a la muerte, se designa al tacto como medio de posible salvación. Hemos visto el caso de las megapulpas en los dientes definitivos que recordarían a unos niños fallecidos por accidentes domésticos. Una vez más, no es el acto en sí lo que se memoriza, sino el sentimiento de los que han asistido a él. Por lo tanto, en la megapulpa, lo que se transmite es la culpabilidad de uno de los padres, madre o padre, que no ha sabido proteger a su hijo. En el caso que hemos visto aquí, el sufrimiento queda asociado a la noción de tacto, como si la madre pudiese resumir su sufrimiento con la frase repetitiva de que no debía haber dejado a su hijo, haberse alejado de él. La dinámica del diente 82 no cuenta el sufrimiento de separación en sí, sino una asociación entre tacto y muerte, en el que la protección no pudo ser expresada.

Por el lado izquierdo, el incisivo inferior lateral lleva el n.º 72, donde el 7 designa el hemi-maxilar inferior izquierdo y el 2 se corresponde con el hecho de que el incisivo lateral es el segundo diente. Este diente deciduo (otro nombre para un diente de leche) nos permite explorar el último sentido biológico, que es el gusto-olfato. Durante la fase intrauterina, la boca presenta dos veces más terminaciones gustativas que después del nacimiento, pues numerosas son las que se atrofian y desaparecen. El gusto parece entonces apoyarse sobre el olfato, el cual utiliza el aspecto volátil de las moléculas. Si el tacto existe a partir de la decimoquinta semana de embarazo, el gusto se desarrolla en el tercer mes y, al contrario de las ideas recibidas, el bulbo olfativo también funciona, puesto que el gusto está operativo desde el quinto mes de gestación. Gusto y olfato si no se confunden a nivel de los

receptores, sí lo son a nivel del sentido informativo y determinan el sabor. Tampoco somos iguales frente a este sentido biológico, puesto que la determinación de las capacidades olfativas se establece genéticamente. Cada olor tiene un área cortical de identificación y si este área no está codificada, el olor quedará en el aire como un soplo sin determinar. Lo mismo sucede con el gusto...

Esto crea unos comportamientos muy diferentes frente a los alimentos, y la memoria arcaica del envenenamiento puede volver al individuo neofóbico.

La primera función biológica fundamental del gusto-olfato es permitir al lactante reconocer a su madre. Luego el gusto se asociará a la elección de los alimentos que el niño autoriza a penetrar en él, con todas las modificaciones del objetivo básico, que es evitar el envenenamiento, hacia una finalidad más humana: el placer gustativo, pasando por una utilización identificativa de las costumbres alimenticias. Pero lo que es seguro es que el sentido del gusto asociado al del olfato tiene una misión importante en nosotros: la identificación de nuestro nido.

Podríamos encontrar aquí una razón para abordar con gran interés el ADN mitocondrial. Sin embargo, no me siento ni legítimamente ni científicamente capaz de hacerlo. A lo sumo, querido amigo, me podría permitir algún que otro comentario recogido por intuición durante la observación de los dientes, deciduos primero y luego definitivos. Porque si existen dos series de dientes muy distintos, no hay discontinuidad en la memorización de las experiencias de vida. Así que entra en mi lógica vincular los datos asociados a los dientes deciduos con los que muestran los dientes definitivos, y si estos últimos no le son familiares todavía, a sabiendas de que los escritos que le informaran sobre los mismos están por llegar, le ruego que me otorgue el favor de sus creencias y el favor de su confianza para dar la bienvenida a las relaciones por venir.

El ADN mitocondrial parece ser la adaptación previa al mundo en el cual el niño tomará lugar. El gusto y el olfato son dos sentidos bio-

lógicos profundamente asociados a la supervivencia alimenticia y, consecuentemente, a nuestra integración en el seno del biotopo y al acceso sereno y seguro de sus recursos. La codificación genética de las gamas de olores, y nuestra reacción frente a los sabores, nos permiten acceder con un mínimo riesgo a los productos de la naturaleza. La madre es esta fuente de supervivencia alimenticia tanto como lo es la Tierra para el adulto. La madre nos ofrece una experiencia previa de este mundo. Sin embargo, una función fundamental propia del ser humano, por no llamarla hipertrofiada, está asegurada por lo emocional. Hemos adquirido la libertad de escoger en función de nuestro placer y no en función de nuestra necesidad de supervivencia. El ser humano le añade al agua fácilmente un sabor agradable.

Si el ADN mitocondrial nos indica un medio de referencia, el gusto y el olfato nos mantienen vivos ahí con el fin de evitar indigestiones indeseables. El hecho común a todos los recién nacidos es manifestar el mismo reflejo buco-facial frente a lo amargo, lo que llamamos un «rictus». Una mímica de disgusto. Sin embargo, lo amargo es el punto que tienen en común todos los tóxicos vegetales. Hemos hablado de ello en el pasado. Por lo tanto, si el ADN mitocondrial nos indica nuestro medio preferente de supervivencia, el sentido del gusto nos lleva de nuevo hacia nuestra madre, este primer nido que hemos frecuentado y que nos ha mantenido vivos de la misma manera que nos permitió crecer. El diente 72 se verá reemplazado por el 32, el diente definitivo que le seguirá. Este diente 32 hace referencia a la acogida, como centro de acogida, hogar de acogida, nido acogedor. Todas estas funciones asociadas al rol de la madre, lugar donde retorna el que busca su oasis, no por placer sino por supervivencia...

Aquí me permito también recordarle que ciertos humanos no van equipados con la enzima necesaria para la digestión de la leche de vaca, no por ser esta leche nociva para el ser humano, sino porque en virtud del ADN mitocondrial y de su linaje materno no descendemos todos de seres humanos que han tenido vacas en su entorno. Si un individuo se muestra reactivo a la leche de vaca, cuando posee el gen codificante para esta enzima, tan solo entonces podremos permitir-

nos tejer un vínculo entre esta manifestación y la memoria emocional de su madre. Aquí quiero, querido amigo, recordar que nuestro trabajo de lectura piscoemocional de los dientes es mucho más que eso: es una comprensión pisco-neuro-endocrino-inmunológica, con un tinte de etnopsicología y de antropología. Todas estas facetas de observaciones del ser humano que me indujo usted a explorar y a conocer con el fin de permanecer «bio-lógico» en mis lecturas dentales.

El diente 72 puede presentarse por duplicado, como hemos indicado en el estudio de su homólogo colateral. Mucho más frecuentemente esta extrañeza, por no decir anomalía, revela las necesidades memorizadas, en términos de supervivencia, por medio de los elementos de la biología en cuanto a un doble hogar de acogida. Por supuesto, esta memoria habla de cierta forma de abandono. Pero lejos de designar el porqué del abandono, lo que harán otros dientes, este diente supernumerario indica la necesidad de un doble hogar de acogida para sobrevivir. Niño dado a luz por la madre y acogido por la tía, o por los abuelos, o nacido en una tierra y acogido por una familia de otra, de otro país. Este último caso nos propone imaginar que un diente supernumerario ofrece un segundo registro para la supervivencia en cuanto a la memoria de gustos y olores, registro virgen o bien descrito anteriormente. Y si nos permitimos imaginar sin restricción alguna sino la de la razón, en la opción del registro descrito con anterioridad, podríamos encontrar la resurgencia de memorias arcaicas dejadas por una abuela lejana que migró sobre la faz de la tierra. El diente supernumerario indicaría entonces la resurgencia de antiguas memorias del ADN mitocondrial a punto para integrar al recién nacido en su nuevo biotopo de adopción, el cual no sería más que un retorno a la fuente.

El niño portador de un diente supernumerario es o bien un niño emigrante adoptado en un país lejano, o bien un niño llamado a migrar en un futuro lejano. De cualquier forma, la observación hecha sobre estas extrañezas dentales nos permite mirar al

niño de una manera diferente y reaccionar, si fuera el caso, frente a sus comportamientos de forma emocionalmente adaptada más a lo que él es que a lo que quisiéramos que fuese.

Un posicionamiento tardío de este diente 72, con las mismas precauciones de determinación del retraso sufrido que las que indicamos en su homólogo del lado contrario, nos habla de la situación opuesta: la espera del hogar definitivo. Tenemos entonces que recorrer la genealogía a la búsqueda del niño que esperó cierto tiempo antes de que se estableciera su hogar definitivo. No es improbable encontrar, en este caso, unos problemas vinculados a la casa, o bien a la tierra definitiva... Para que una memoria así surja en nuestro recuerdo basta con que la madre se encuentre, durante los 18 meses anteriores al nacimiento, en un estado de no saber dónde estará su casa definitiva. Las amenazas de desalojo, por ejemplo... Pero, paralelamente, deberíamos considerar las dudas de la madre sobre el hogar en el que va a vivir. «¿Voy a formar hogar con tal o tal otro?». El hogar es un concepto en el pensamiento humano (cuando en realidad no es más que un objeto considerando la palabra básica material) que se calcula con diferentes parámetros de los cuales «casa» es uno de los esenciales. Una pregunta como esta, bastante estresante, puede despertar memorias de sufrimiento mucho más reales.

La pregunta «¿dónde vamos a vivir?» puede parecer anodina para algunos, por no decir a muchos. Pero, para ciertos linajes, la supervivencia pura y dura se añadiría a esta pregunta. Particularmente al principio del invierno cada ser humano debería tener su guarida para abrigarse del frío. La casa es arcaicamente cosa del constructor, asociada en nuestra memoria ancestral al hombre, y saber quién será el cazador que cuidará de la mujer puede resultar muy estresante. Como lo sería la incertidumbre en escoger el lugar apropiado para la caverna. Bien diferente del lugar disponible para el recién nacido por venir, la cuestión aquí es la incertidumbre de la casa como refugio. La determinación de las condiciones de vida que rodean a la mujer que va a tener un niño,

su percepción de la realidad y su alcance actúan sobre la tranquilidad emocional, nos obliga a reconocer que estamos sometidos o sujetos a este parámetro de formas muy diferentes. Por lo pronto, aflora aquí que más que lo «que pasa» es el «cómo se pasa» lo que actúa sobre la biología.

Me ha preguntado a menudo el resultado que podía tener una modificación a nivel del número o del posicionamiento de un diente sobre el inconsciente del ser humano. Primeramente, debemos admitir que el inconsciente, si se ve modificado, lo será a nivel de la psique. El inconsciente psíquico debe considerarse entonces como una esfera más o menos autónoma en relación a la actividad de vida que se desarrolla a nivel celular, material, autónoma en sus capacidades dinámicas, pero en ningún caso separada. El funcionamiento en reciprocidad es aquí, desde luego, innegable, y como ya sabemos, una modificación hormonal conlleva una modificación en la manera de pensar. Pero el diente refiere mucho más al conjunto de los datos disponibles para el pensamiento, o mejor, a una gama de datos estudiados por el pensamiento, dentro de una intención de cambio, de una búsqueda de una solución de adaptación. Como si fuese el acceso a una librería, un estante con libros, el diente garantiza o impide el acceso a ciertos de ellos juzgados o comprobados como peligrosos. Asimismo, la ausencia de un diente por agenesia puede considerarse como un libro que está bajo llave, inaccesible al sistema del pensamiento. En consecuencia, el tratamiento de ciertos datos bajo un aspecto determinado ya no existe. La intención es entonces evitar sufrir a causa de un pensamiento sin solución posible, sin esperanza, sin cambio posible, evitando incluso una situación de peligro provocada por cierta estructura de pensamiento.

Sufrimos menos por no saber ciertas cosas existentes que por conocerlas y no poderlas cambiar. Así está hecho el ser humano. El diente, considerado bajo este ángulo, se revela como la interfase entre la psique y el medio celular. Si existe una tradición que nos hable de tres cuerdas vinculando lo manifestado con lo no manifestado, el cuerpo

con el alma, cuerdas llamadas de plata, oro y luz, el diente relaciona y ofrece su enraizamiento en el cuerpo a la estructura inmaterial del pensamiento, el espíritu.

No se preocupe, querido amigo, por este misterio... ¡tendremos tantas ocasiones de volver sobre este aspecto! Nos sumergiremos en las profundidades con los dientes definitivos, así que no le digo más para no invadir su reflexión con elementos inútiles a este nivel. Inútiles porque el niño, a esta edad del posicionamiento de sus dientes, no tiene todavía la actividad consciente de su propio pensamiento.

No estudiaremos el caso de las agenesias en los dientes de leche. Estos casos existen, pero tan solo acompañan los síndromes generales afectando la estructura y la integridad biológica profunda. Sería vano querer estudiarlos todos. Las agenesias, en cambio, se estudian en los dientes definitivos, los cuales son capaces de manifestarlas sin por ello estar acompañados de síndromes generales.

Nuestro jovencito tiene de ahora en adelante sus ocho incisivos en la boca que nos revelan la actividad total de su fase de vinculación biológica al mundo, a la biocenosis.

Antes de continuar con el estudio de los primeros molares, le ofreceré, en mi próxima carta, información sobre algunas generalidades de los incisivos y de los dientes de leche, contestando a las preguntas que imagino tiene usted presentes en su mente. De aquí hasta entonces, le ruego acepte, querido compañero de ruta, mi amistoso saludo y mis ánimos de que asimile lo mejor posible todas estas novedades.

Suyo atentamente.

Quinta carta

10 de mayo de 2010

Ya tiene usted en sus manos la carta que le prometí sobre las generalidades de la boca del niño. Querido amigo, he depositado en ella las respuestas a las preguntas habituales que tienen las madres en cuanto a la salud de sus hijos. Me es imposible responder a todas las preguntas por escrito, pero si asimila el significado general de los dientes, probablemente le será más fácil encontrar respuestas a las preguntas a las cuales no me he anticipado.

Una señal relativamente constante en el posicionamiento de los incisivos es el dolor. En todos los casos, la ausencia de palabras por parte del niño y sus lloros se interpretan como una manifestación de dolor. Este período puede dar lugar a unas expresiones corporales que aumentan la angustia del espectador adulto, quien preferiría una formulación hablada más que imaginar lo que el llanto puede significar. La hipersalivación es una señal bastante constante de la fase de irrupción de los primeros dientes de leche. Esta manifestación no debe engendrar temor, pues este reflejo es puramente biológico y... ilógico! Fuera de las modificaciones biológicas del tejido gingival, que puede perfectamente ocasionar una sensación, además del dolor en el sentido que suele percibir un adulto, y sin minimizar el hecho de que un lactante puede perfectamente sufrir en su carne, la decodificación dental intenta aportar un nuevo parámetro de comprensión. La influencia que

tiene el cerebro humano sobre el objeto que observa no es ninguna broma ni tampoco ninguna idea sin fundamento alguno. La física cuántica pone de relieve la influencia del experimentador sobre las trayectorias de los electrones durante las colisiones de las partículas. Los etólogos han notado también que el hecho de nombrar a un animal tenía influencia sobre su comportamiento. Decimos que el cerebro de un ser humano observando a un recién nacido que le es próximo como pariente, tanto por su biología como por su lado emocional, inducirá un comportamiento particular en este organismo vivo. Sabemos muy bien que los estados de temor o angustia de la madre se transmiten al hijo. Ciertos veterinarios saben, de la misma manera, que un animal doméstico es capaz de manifestar en su biología las consecuencias de las perturbaciones emocionales de su dueño y de hacer una enfermedad en su lugar. La biodescodificación dental explica que el dolor dental, durante la fase de irrupción, es la consecuencia de la angustia materna. El inconsciente vehicula que un diente duele mucho cuando crece, cuando llega y cuando se va. Resumiendo: un diente parece estar aquí tan solo para hacer daño. Se supone que una madre debe proteger y curar a su hijo, o por lo menos mantener su salud equilibrada. Sin embargo, cuando un niño llora y nos imaginamos que es a causa de la salida de los dientes, ¿qué podemos hacer sino intentar calmar de cualquier manera ese dolor amplificado por nuestra imaginación y nuestro inconsciente? Sepan que el fracaso de estos intentos pone a la madre en una percepción de desvalorización de sí misma. El niño, con sus dientes posicionándose, está supuestamente abordando la fase del destete, por lo tanto en el momento de entrar en la fase de separación de su madre, hasta ahora única fuente de su supervivencia. Si la madre, en este momento preciso, duda de sí misma bajo el pretexto de no poder llegar a entender a su hijo, y todavía menos de conseguir calmarlo, el niño se encuentra de repente en un mundo sin madre. Precisamente los primeros dientes en posicionarse son los incisivos centrales inferiores, dientes en relación con la madre en la biocenosis,

por lo tanto este individuo desaparece bajo sus dudas y sus temores de estar a la altura. Los dientes empiezan con la percepción de la madre y, de repente, el emisor exterior desaparece. El dolor eruptivo se ve mantenido por el fracaso en los cuidados. Un remedio homeopático muy conocido es la chamomilla, identificado con la necesidad del niño de ser acunado, llevado en brazos, el acto que certifica que la madre sigue estando ahí. Más extraña todavía es la visión siguiente del mismo teatro: una mujer ya madre necesita alguna vez sentirse útil, ¿y qué mejor que cuidar de un niño sufriendo para sentirse indispensable?

Querido amigo, se lo imagina usted, puesto que me conoce lo suficiente como para saber que no estoy haciendo un juicio a las madres, y sabe también con la misma certeza que tan solo estoy poniendo palabras sobre un inconsciente que actúa a nuestras espaldas. Pero debe entender mi temor a decir en voz alta lo que los dientes me han enseñado sobre el ser humano. Así que, se lo ruego, cuide bien en escoger debidamente a los que informará sobre mis trabajos, pues su capacidad en acoger mis afirmaciones, a sabiendas de mi buen corazón, no será la misma para todos los demás.

El temor fundamental del ser humano a no estar a la altura de las circunstancias tiene como extraña consecuencia el efecto de hacer perder el poder de acción que la naturaleza le ha otorgado. La disposición mental del ser humano hacia sí mismo, la imagen que levanta de sí mismo en su cerebro derecho, actúa sobre su biología imponiéndole un bozal, volviéndola más inactiva y en el peor de los casos muda. La desvalorización no es una enfermedad biológica, sino mental, es una disposición mental capaz de modificar el funcionamiento biológico imponiendo silencio a su música hormonal, música que, precisamente, canta a pesar nuestro, de padres a hijos, de mujer a hombre, de ser humano a ser humano. Y entonces la madre desaparece bajo su temor a no ser lo suficientemente madre.

Aprovecho las ventajas de mi intervención en estos escritos para hablarle de la gingivitis gravídica en apoyo a estas líneas. La gin-

gingivitis gravídica, o gingivitis de la mujer embarazada, es la consecuencia del mismo mecanismo de desvalorización de ella misma que tiene la mujer. La mujer embarazada, tiene (por fin) con esta apariencia la mirada considerada del mundo fijada en ella. Porque volverse madre es lo que da valor a la mujer. Aunque, una vez más, esta no sea mi opinión, la observación de esta patología no tiene apelación. Los primeros signos de la gingivitis se dan en cuanto los demás saben que ella está en estado. Esta gingivitis, aún soportada por una modificación hormonal, y puesto que no es constante, necesitará de otro parámetro. Asimismo, veremos con agrado que ciertas mujeres embarazadas no presentan este síntoma. Existen mujeres que no están reducidas a encontrarse embarazadas para tener un motivo de valoración. Y aquí debo emitir una hipótesis según la cual intentaría relacionar los dolores dentales del bebé con las mujeres que han manifestado una gingivitis gravídica.

Una manifestación bien poco agradable relativa a todos los incisivos es lo que se llama la caries del biberón. En cuanto aparecen en la boca, los incisivos se ven afectados por una caries rápida que parece fundir los ocho dientes y que se extenderá a los demás dientes en cuanto aparezcan en la boca. El principio de esta caries generalizada toma lugar alrededor del doceavo mes, en cuanto los ocho incisivos se han posicionado. Estableciendo una correlación entre una alimentación nocturna a petición, si no es en permanencia, en la boca por medio de un biberón con líquido muy (o demasiado) azucarado, esta dinámica de caries puede conducir al niño a la pérdida total de su dentición decidua. Por supuesto que la biodescodificación dental no niega en ningún momento la presencia de bacterias en el tejido cariado. Pero la biodescodificación dental es la respuesta que me fue impuesta en cuanto al no respetar esta ley bacteriana de nuestros dientes. Para demostrarlo pongamos un ejemplo: numerosos son los dientes que, en contacto con un diente vecino destruido por una caries, no se han vistos afectados por la misma. Numerosos también han sido los pacientes que, cepillán-

dose concienzudamente, con una higiene perfecta, se han visto afectados por las caries. De la misma manera, numerosos son los niños con limpiezas aleatorias y mínimas que presentan una dentición desprovista de caries. Numerosos son los niños golosos sin caries y numerosos han sido los que, privados de golosinas, presentaban muchas caries. Por lo tanto, es la no observancia de esta ley anunciada sobre las caries y las bacterias con fondo azucarado lo que me llevó a considerar ciertas preguntas que han encontrado en la biodescodificación dental la fuente de sus respuestas. La manifestación más obvia que me encaminó a buscar otra explicación que la de los microbios en cuanto a la dinámica de las caries fue su simetría. Cuando un individuo presentaba en su boca dos caries, simétricamente repartidas sobre su arco dental, por ejemplo, oclusal en el molar superior derecho y oclusal en el mismo molar superior izquierdo, la causa de la caries se entendía, para mí, perfectamente: no podía limitarse a un ataque ciego de las bacterias.

La caries llamada «del biberón» transformará los dientes en una blonda desprovista de belleza. Rompiendo todos los puntos de contacto entre los dientes del miso arco, expresa la falta de vínculo en base a lo que hemos expuesto anteriormente sobre los dientes deciduos. El aspecto desestructurado del tejido dental resultante de esta caries refleja lo no estructurado en la psique del hombrecillo y que la dinámica de los vínculos intenta establecer. La ausencia de lazos sentimentales, pues se trata aquí del sentimiento, no puede llevar a acusar a la pareja de padres. Ciertamente es bueno verificar que las reglas mínimas de higiene bucal se han respetado, pero acusar no sirve de nada en el devenir del niño. Las leyes de la biodescodificación dental nos llevaron a poner un interrogante no solo sobre lo que está viviendo el niño, sino sobre los 18 meses anteriores a su nacimiento. Por lo tanto, si la caries del biberón expresa un sufrimiento, empieza por hablar del de la madre.

En los 18 meses anteriores al nacimiento, la biología explora la biocenosis y saca los determinantes a través del emocional. Cuan-

do una mujer lleva un niño, la biología debe adaptar previamente el nuevo cuerpo a su lugar en el mundo. La biocenosis representa el conjunto de las condiciones de vida añadiéndole el biotopo y sus ocupantes. La relación humana es el reto de todo ser humano, el teatro en el cual se vivenciarán los mayores sufrimientos. Cada «otro» representa un nuevo mundo al cual habrá que adaptarse. Los dientes son capaces, bajo el punto de vista de la biodescodificación, de ofrecernos unas programaciones comportamentales previas cuyo objetivo es también el de preadaptarnos a lo que vamos a encontrar, a aquellos con quienes nos vamos a encontrar. El recién nacido, o por lo menos el niño de 10 a 12 meses, no tiene todavía una relación verbal con el mundo. Las palabras no son más que sonidos acompañados de una atmósfera emocional. El sistema vivo necesita vínculos, tanto por parte del mundo como por su propia parte hacia el mundo. El adulto estará permanentemente evaluando, a menudo inconscientemente, sus lazos con dos grandes grupos, que son la «familia» y el «clan». Una futura madre puede sentirse perdida y aislada en relación a estos dos grupos. Prepara, pues, el futuro ser vivo para integrarse en este mundo sin lazos. Ella sufre esta carencia de lazos y prepara al niño venidero para ser hipersensible a esta carencia. Por lo tanto, si la caries del biberón tiene algo que enseñarnos es la extrema importancia que confiere la estructura biológica a los lazos con los demás. Más que cualquier otro niño, aquel que presenta una caries del biberón está necesitado de estos vínculos.

Recuerdo haberle entretenido sobre este caso, encontrado a lo largo de mi práctica a un niño aquejado de esta afección. Recuerdo sus ojos llenos de tristeza, con un vacío presente en su mirada. No quiero decir con eso que sea un punto común a todos los niños afectados por esta caries, pero esto cuadra perfectamente en el marco de la carencia de lazos tejidos con el entorno. Sus padres trabajaban mucho para asegurar la supervivencia de su numerosa familia, y comprendo perfectamente que pensaban que el niño podría muy bien crecer solito en medio de sus hermanos. Pero convencerse de que la vida no

nos necesita para existir nos llevaría rápidamente a omitir llevar a cabo lo que nos incumbe cumplir de cara a la vida. Ciertas situaciones engendradas por el medio socioprofesional nos abruma tanto que nos olvidamos de lo esencial. Hablar, mirar, tocar y abrazar a este pequeño ser para decirle que no está solo, que sus padres están aquí. Una educación automatizada, por defecto, priva de la relación de su pizca de humanidad. Como en esos grandes almacenes donde hacemos nuestras compras sin encontrar algo humano, sin tramar conversación alguna, sin cruzar ninguna mirada... La máquina puede cumplir con la tarea del ser humano, pero no puede ser humana, y por lo tanto no podrá sustituirle.

Un punto común entre nuestros pequeños portadores de caries del biberón es la presencia en sus camas de un biberón lleno de un líquido azucarado. Su objetivo es permitir al niño servirse solo si llegara a despertarse. Desafortunadamente, todo lo que se debería poner en su cama es la presencia humana. Pero hay que ir a trabajar a la mañana siguiente, y eso cada día, y hay que encontrar un medio para descansar y poder dormir de un tirón. Esta técnica funciona con este propósito, pero no en lo que la vida espera de ello. Es fundamental cuidar de estos niños, pues en cuanto empiezan el cole la expresión oral por medio de estos dientes se volverá difícil. Tendrán tendencia a quedarse arrinconados sin mezclarse con los demás, que a su vez podrían mofarse de ellos. Luego, durante el aprendizaje de los sonidos, la ausencia de incisivos va a complicar las cosas, empeorándolas. La ausencia de vínculos, sentida como sufrimientos, encerrará al niño en un ciclo sin fin de carencia de lazos.

Otra manifestación frecuente es un retraso en la erupción de todos los dientes. El niño se queda sin ningún diente en la boca hasta el año, incluso más. Se admite que el límite de edad a partir del cual se deberá someter el niño a examen es de 15 meses. Antes de esta edad no hay que inquietarse, pero después será conveniente comprobar que los gérmenes están presentes. La ausencia de

dientes de leche es excepcional y no figura en los cuadros complejos de las enfermedades sistémicas o amplios síndromes. Pero, refiriéndonos a los 6 meses, cuando los incisivos centrales inferiores deberían aparecer, se puede empezar a proponer ciertas lecturas y unas biodescodificaciones a partir de los 8 meses.

El significado de todo ello se ve vinculado a las memorias de abandono, pero no por voluntad de la madre. Hablamos entonces fácilmente de sufrimiento por separación de un niño al que le han quitado a su madre. Basándonos en el hecho de que el posicionamiento de los dientes sobre el arco anuncia el destete, este será el momento en el que podremos separar al niño de su madre, puesto que podrá encontrar alimento en otra parte. Hacer durar la lactancia puede ser una solución para evitar esta separación. La madre, si sufre por anticipación del momento en el que se va a encontrar separada de su hijo, aunque solo sea por su vuelta al trabajo, proyectará inconscientemente este miedo y reactivará memorias mucho más dolorosas del árbol genealógico, dentro del árbol materno o paterno. Estar separado no tiene en cuenta el cómo, sino el puro sufrimiento de la separación.

Conocer por qué un niño ha sido separado de su madre dentro de la historia familiar puede aportarnos elementos importantes. Pero la biología en sí no se preocupa por los «cómo» ni tampoco por los «por qué». Solo se preocupa de aportar soluciones a unos sufrimientos, sobre todo intentando evitarlos. No pasaremos, por lo tanto, revista a los diferentes escenarios posibles, siendo la humanidad tan fecunda en extraños comportamientos. Pero tomamos el caso de un niño separado de su madre y que pasa de hogar en hogar. El posicionamiento de los dientes esperará el momento en el que el antepasado fue finalmente acogido en una familia de manera definitiva. Entonces los vínculos podrán abrirse y memorizarse. La memoria biológica tiene una memoria temporal, un comportamiento crono-biológico maravillosamente preciso.

El posicionamiento de los dientes de leche tiene la virtud de informarnos sobre las memorias de un árbol, pero también so-

bre el estado emocional de la madre que dio a luz al niño. Pues dentro de un estado emocional confuso, doloroso y no expresado, la biología no tiene motivos para ir en busca de una solución dentro de las memorias genealógicas. La biología tan solo reacciona a unos estímulos para intentar sobrevivir. Su adaptación a la vida es una búsqueda de supervivencia, no de apariencia o de perfeccionamiento del individuo. En consecuencia, mucho más que aprenderse todas las memorias vivenciadas dentro de su árbol, sería mucho más ventajoso, a todos los niveles del ser humano, aprender a vivir sus propias emociones, ponerlas en palabras y no concederles todo el poder. A menudo lo que llamamos emoción es solo una reacción emocional a la percepción de una emoción primera. Deberíamos aprender a tomar conciencia de la misma, aceptarla y darle otra vía de transformación diferente del medio celular, pues la emoción primera, la emoción de entrada en nuestro sistema, es informativa para nuestra estructura viviente. Por medio de esta emoción nuestras células, sordas y ciegas, perciben el entorno, y en relación a esta emoción de entrada reaccionarán si nuestra conciencia no ofrece una gestión verbal a estos desórdenes del corazón.

Ya lo ve, amigo mío, no he olvidado estas maravillas que los dientes nos han propuesto descubrir. Hemos pasado tantos momentos buscando la forma de ayudar al ser humano con la salud de su boca... Hemos buscado tanto la medicina absoluta, la que tendría que silenciar nuestros desórdenes celulares, orgánicos y funcionales... Pero recuerdo este instante en el cual ambos hemos entendido que existía una vía real para la salud: aprender a permanecer en equilibrio, más que encontrar el remedio perfecto al desequilibrio. La lectura hecha por parte de la biodescodificación dental que he elaborado no debe ser una rueda de repuesto para reparar, sino una enseñanza para salvaguardar intacta la integridad, no del órgano dental, sino de nuestra conciencia evolutiva. Todas estas comprensiones de los dientes tienden más a enseñar cómo vivir y ser que a reparar,

pues para reparar nuestros dientes están sobre la Tierra, desde hace mucho, nuestros colegas los dentistas, hombres de arte, joyeros de nuestras bocas, orfebres de nuestros dientes. Lo que pertenece a cada uno de nosotros es el deber de la conciencia que vive en nosotros... y eso ningún orfebre, ningún joyero sabría hacerlo en nuestro lugar.

Una anomalía que se manifiesta a nivel de los incisivos, aunque pueda instalarse más tarde —es decir, al mismo tiempo que los molares de leche—, es una inversión de la relación entre los incisivos llamada clase III en ortodoncia. Normalmente, cuando los dientes se posicionan en oclusión (cuando se cierra la boca), los incisivos superiores recubren los inferiores. Ocurre que se produce lo contrario determinando la prognacia o clase III (para más información consultar *Tome II du Décodage Dentaire, les maladies de la bouche et les mots pour le dire*, Chariot d'Or, 2009). La noción de prognacia, que ha estudiado la biodescodificación dental desde hace mucho tiempo, hace aparecer dos constantes: la primera es la conminación inconsciente que pesa sobre el niño de no avergonzar a su padre, la segunda es una memoria conflictiva referente a una herencia profesional en el clan.

La noción de herencia profesional es, dentro de ciertos linajes, una tradición del clan. Por ejemplo, la más conocida es que un hijo de viticultor lo será también de mayor, como su propio padre, que también lo fue después de su propio padre, quien a su vez seguía a las generaciones anteriores. Pero otras profesiones manifiestan esta tradición por igual. Cualquier tradición transporta una suma considerable de parámetros tales como la lealtad del clan, la fidelidad en cuanto a los modales, el hecho de honrar a los antepasados haciendo que perdure su obra, etc. Cuando un hijo se niega a seguir la obra familiar puede sentir el sufrimiento de avergonzar a su padre, pero igualmente, más allá del padre, se verá afectado todo el linaje por su decisión. Sin embargo, uno de los diez mandamientos es el de honrar a su padre y a su madre. El peso inconsciente de esta conminación, aunque supuestamente

rechazada bajo la justificación de ateísmo, actúa de forma muy importante sobre nuestra biología. La experiencia me lo ha confirmado. Muy lejos de afectar tan solo a los número uno de un linaje, sería conveniente conocer el primer eslabón de esta memoria para poder saber quién estará afectado por la misma... ¡lo que muy a menudo es totalmente imposible!

Este imposible no tiene realmente importancia puesto que el sufrimiento —dirija el recuerdo de esta memoria y el miedo— del niño de que su padre se avergüence de él. El sufrimiento de vergüenza, la emoción pura, tiene la facultad de afectar selectivamente al ángulo goníaco de la mandíbula, el ángulo de unión entre la rama horizontal y la vertical del maxilar inferior. Es aquí, desafortunadamente, donde se encuentran las células de crecimiento óseo que fijan materia ósea y hacen que la mandíbula se adelante, y en este caso claro de prognacia hace crecer la mandíbula mucho más de que lo hace el maxilar superior. El estrés inconsciente de avergonzar al padre es un estrés que el niño puede expresar en palabras, y que esperará que, a su vez, su padre exprese en palabras sobre los teatros dentro de los cuales el niño podría avergonzarle. No somos todos sensibles a los mismos actos, aunque algunos de ellos sean muy corrientes. Sorprendentemente, y de manera muy extraña, si confiamos únicamente en lo que se cuenta en el mundo de las comunicaciones de toda índole, la homosexualidad queda como una importante fuente de vergüenza.

El ser humano manifiesta fácilmente tal cobardía intelectual que dirá lo que debe ser dicho por respeto a los demás, pero raramente se atreverá a expresar lo que es verdadero en su foro interno. Sin embargo, un niño espera la verdad por parte de su padre... Negársela, escondérsela, es llevarle a no poder confiar en él, lo que perjudicará su futuro desarrollo.

La expresión en palabras, si se hace precozmente, es un cambio radical de la visión que tiene el padre de su hijo, un cambio radical

del vínculo de confianza que puede comprometerle y de honestidad en cuanto a lo que se dice en su foro interno, permitiendo invertir rápidamente el crecimiento del maxilar. La experiencia lo ha mostrado y demostrado. El padre puede entonces volver a reencontrarse con sus miedos de haber avergonzado a su propio padre, y tomar sobre él el acto del hombre quien, en el clan, avergonzó, etc. No se necesita más para liberar a la biología de un niño de un programa activo.

Otra afección, notablemente más importante, que se manifiesta en esta zona del bloque incisivo es la fisura palatina llamada «labio leporino». A las 7 semanas «in-útero» los brotes laterales del maxilar superior se unen sobre la línea mediana y se fusionan. A veces esta unión no ocurre y aparece entonces una fisura llamada «fisura labio-palatina». El estudio de varios casos ha esclarecido los datos genealógicos necesarios a su manifestación, así como la emoción fundamental de la madre embarazada que la desencadena. Una vez más, la madre no es culpable para nada, pues, y ya lo veremos, su emoción, aunque suya, es solo el resultado de un inconsciente colectivo en el cual tiene su papel el colectivo. Y si la medicina clasifica esta manifestación dentro de las malformaciones, hemos explicado largo y tendido en el capítulo II de la biodescodificación dental que, de hecho, es una perfecta malformación de preadaptación.

En la memoria genealógica, los datos que se vuelven a encontrar inevitablemente en la historia de nuestro hombrecito afectado de un labio leporino revelan una incompatibilidad en cuatro niveles dentro de los dos árboles que se fusionan por medio del padre y la madre. Podemos encontrar ciertas buenas razones de alianzas desacertadas acerca de nuestra apertura de conciencia o de lo que algunos llaman tolerancia. Pero, aunque estos mismos preconicen la tolerancia, no se dan cuenta de que esta misma puede resultar de un juicio de valores. Cuando deberíamos poner término a este proceso de valorización y de juicio de valores, nos limitamos a negarlos hablando de tolerancia... y si nuestro intelecto puede

manifestar cierta tolerancia, nuestras emociones despiertan dentro de nosotros las incompatibilidades seculares memorizadas en el inconsciente colectivo que no va cambiar sus datos en algunas generaciones por una minoría de conciencias recientemente abiertas a las diferencias, por muy acogedoras que sean.

Los cuatro niveles de incompatibilidad son los siguientes: la clase social, el origen étnico, la religión y la procedencia geográfica. La emoción fundamental de la madre, cuando está embarazada, es sentirse bajo sentencia de que un retorno hacia atrás no es ya posible. Eso basta para desencadenar un fisura palatina, ni más ni menos. No daré más explicaciones aquí sobre la noción de los orígenes sociales, fáciles de entender, aunque refutados por un gran número de personas. No se trata, de ninguna manera, de adaptar estas nociones al gusto del día, sino, de hecho, anunciar que nuestra memoria celular no ha tachado tan fácilmente de su banco de datos historias tan molestas de incompatibilidad social como lo ha hecho de la relación humana, nuestra visión mental.

El origen étnico, lejos de hablar de racismo, hace referencia a la definición de una etnia: grupo de seres humanos que tienen en común una lengua y una cultura. La incompatibilidad étnica se entiende entonces muy fácilmente aunque no se acepte tan bien como freno a la unión trans-étnica. Pero este ejemplo nos muestra perfectamente que, lejos de lo que está hecho, es el ambiente emocional que rodea el acto lo que importa. Tener el consentimiento de toda la manada para una unión trans-étnica es lo que permite vivirla en paz. Y sin embargo, ¿quién se preocupa hoy en día de tener la bendición del jefe del clan para fundar un hogar?

La religión, tercera incompatibilidad, es ciertamente el punto con más reacción a nivel de nuestros egos. Dentro del tema de la liberización de costumbres y de comportamientos religiosos, ¿quién va a aceptar que existe algo en nosotros que es mucho más sensible al tema que nuestro ego? Y, sin embargo... Es inútil enunciar aquí las religiones que son incompatibles, pues todas lo son en lo absoluto. Les dejo juzgar por sí mismos.

En cambio, la incompatibilidad geográfica es un estudio interesante, pues parece referirse a unas memorias dignas de la antropología. Hace ya varias decenas de miles de años el ser humano migró en la superficie del globo, favorecido por una situación climática que permitía, por ejemplo, atravesar el estrecho de Bering a pie... Sin embargo, no debemos olvidar que nuestros lejanos ancestros migraban empujados por la necesidad de conquistar nuevos territorios de caza con el fin de sobrevivir. Y no debemos tampoco olvidar que si se marchaban ino era para volver a casa si el lugar no llegaba a gustarles! Había que seguir adelante, costara lo que costara, y más cuando se embarcaban en frágiles botes a merced de los vientos y de las corrientes. La vuelta atrás era imposible. El punto sorprendente que revelaron ciertos estudios llevados a cabo fue descubrir que la biología había memorizado el haber atravesado una falla sísmica o una posterior de choque tectónico. Resumiendo: el encuentro con otra persona perteneciente a otro continente no era otrora posible, y tampoco la reproducción entre las especies.

Nos queda la emoción de la madre embarazada, necesaria para poner en marcha la expresión de estas memorias: la vuelta atrás imposible. Está claro que la noción de desplazamiento geográfico no debe considerarse aquí. En cambio, el embarazo parece estar asociado en la madre a una dirección que se tomó y cuya vuelta atrás es imposible. ¿Unión obligada con el padre del niño? En cambio, puede que, embarazada de este hombre, la mujer tenga que seguirle a su tierra natal, con vuelta atrás imposible o, por lo menos, sentida como tal.

La biodescodificación de esta afección no permitirá ciertamente a los dos maxilares soldarse, pero la toma de conciencia de lo que lo ha desencadenado cambiará las relaciones entre madre e hijo, y sobre todo permitirá quitar la culpa a la madre. En cambio, al ser esta afección visible in-útero desde la octava semana, me quedo con la esperanza tenaz de que la expresión por medio de las palabras de este instante preciso pueda llevar la biología a fusionar los dos brotes.

¿Soy yo digno de ser tachado de optimismo obsesivo o ilusorio? Querido amigo, ya lo sabe usted, son mis hipótesis las que me han llevado tan lejos. Solo espero una cosa con gran excitación, la confirmación biológica de mis teorías. Desafortunadamente no tengo legitimidad alguna para entrar en gabinetes médicos buscando estos casos, y todavía menos proponer una entrevista a los padres para hablarles de mis hipótesis... Entonces, ¿debo resignarme a haber trabajado en vano? No, claro está, pues una cosa es segura, aquel que lea estas líneas y sepa que su árbol contiene y ha expresado esta anomalía podrá ganar en atención consciente para modular las expresiones instintivas de la biología. Y si la fisura palatina es hereditaria, entonces los que saben que la tienen en su código genético, podrán leer estas líneas con el fin de ahorrarse tal experiencia. A Dios gracias, la técnica quirúrgica ha hecho tantos progresos que las huellas futuras en estos niños han sido minimizadas. Quedan las huellas inconscientes asentadas en el emocional, estas mimas que cada uno de nosotros lleva auestas sin necesidad de tales manifestaciones corporales pero a las cuales deberemos enfrentarnos tarde o temprano.

El último estudio sobre los incisivos de leche ofrecido aquí hace referencia a las caries localizadas en uno u otro de estos dientes. Fuera de la caries del biberón, que hemos visto anteriormente, los dientes deciduos pueden estar localmente afectados por las caries. Pero si lo son y según la memoria de mi única experiencia profesional, es que la edad del niño es mayor de 3 años. Imaginemos, sin embargo, no habiendo podido acceder a todo el mundo, que un niño menor de 3 años esté afectado por unas caries sobre uno de sus dientes de leche.

La caries, afección de los tejidos dentales ocasiona la dislocación del conjunto cristalino, y para encontrarle un significado digno de la biodescodificación dental no debe ser considerada como el resultado de errores alimenticios o de hábitos higiénicos, sino como una reacción de la propia vida a un estrés sentido profundamente por la estructura de la naturaleza. Para cualquier individuo

mayor de 3 años, la caries es un fracaso de adaptación verbal al mundo. Volveremos ampliamente sobre esta noción a lo largo del estudio de los dientes definitivos, pero vamos, por lo pronto, a explorar la noción y la dinámica de adaptación.

La adaptación es el mayor desafío del animal humano. Si no se hubiera sentido libre de migrar a lo ancho de la superficie de la tierra, el animal humano no habría tenido que desarrollar su inteligencia adaptativa, puesto que la madre lo había adaptado perfectamente al biotopo al cual venía. Pero el ser humano tiene la facultad de poderse desplazar, aunque haya nacido en África, puede encontrarse un buen día en las altas mesetas del Altái. Los datos antropológicos anuncian distancias de migración en el seno de la misma generación de nuestros lejanos antepasados de 60 a 100 kilómetros. La adaptación al biotopo y a sus modificaciones se hace por medio de las manos, capaces de moldear el entorno y de construir lo que es necesario para la supervivencia del individuo. Las manos son unas herramientas de adaptación al mundo en concreto, a la naturaleza. Esta adaptación no es la que pone en peligro los dientes. El diente estará sometido al estrés generado por el encuentro con el otro, este otro distinto de mí, mundo completo y desconocido con el cual debo intentar encontrar un equilibrio para asegurar mi supervivencia. Tal es la apuesta de la relación humana, mucho antes de compartir hay que intercambiar. Dar en cantidad suficiente para poder recibir lo que se ha identificado como carencia en nosotros, pero disponible en este otro. Pero también intercambio en cantidad adecuada, lo que permite la supervivencia, pues la relación humana se basa en un programa arcaico de supervivencia a través del cual el otro es instantánea y regularmente valorado como predador y como presa. Para ello nuestro sistema compara. La comparación es la función primera de la inteligencia adaptativa del animal humano que utiliza para sobrevivir el sistema perfecto con el cual la naturaleza lo ha equipado: el neo-córtex.

La comparación estudia la relación de poder para resolver la ecuación de supervivencia. O bien el otro es identificado como

más poderoso, en cuyo caso puede ser el predador, o bien se identifica como menos poderoso, y en este caso puede ser la presa. Pero una presa no es más que una fuente de alimento, de aportación de lo que me falta para permanecer vivo. Por lo tanto, y gracias a la simbólica, «como si», una tabla gigantesca de conceptos puede designar el alimento, los recursos para nuestras carencias. Y el más grandioso de los alimentos virtuales, conceptuales, es... ¡el amor! No obstante, no está solo en faltarnos cruelmente: consideración, respeto, servicio, reconocimiento, presencia, ternura... tantas cosas virtuales, pero reales, para nuestra aproximación mental al mundo y a la vida que se vuelven presas para cazar. La relación humana es mucho más caza antes de ser don y compartir.

Si la comparación determina al otro como más poderoso, y mi supervivencia me pide adaptación, entonces debo dejar que algo entre en mí para cambiarme, para modificar lo que soy y poder permanecer vivo en el mundo de este otro. Vivo o necesario, sobreviviente o inútil. ¡Ojala pudiese quedar vivo! Conocemos todos este mecanismo que, un día u otro, parece ser el único recurso y que se presenta como la única salida. La biología también conoce este mecanismo: la hipófisis estimulará la corticosuprarrenal, la cual inundará el organismo con cortisol. Este producto tiene como efecto apagar el sistema inmunitario con el fin de dejar entrar algo de «no-yo» en su interior. Poco importa, pues hay que cambiar este «yo», lo que soy, con el fin de adaptarnos a ese otro que no puedo cambiar. Y cuanto más inadaptados estemos a la situación, más pediremos ser cambiados en lo más profundo, lo que tan solo los virus son capaces de llevar a cabo integrando unas nuevas secuencias de ADN en nuestro código celular.

Sí, amigo mío, me atrevo a hablar así... Considerar el virus bajo esta forma es algo atrevido, lo reconozco. Pero no lo hago a la ligera y sin haber atravesado una prueba a la altura del riesgo que he tomado. La modificación de los datos del ADN se lleva a cabo durante la fase de réplica, incluyendo el virus en el recodo del ARN mensajero, los

datos que conlleva. Ciertamente esto tiene como primer efecto modificar el funcionamiento celular, y visto desde el exterior es lo que nos hace caer enfermos. Si bien este mecanismo intenta transformarnos a petición expresa no de nuestra voluntad sino de nuestro sufrimiento, entonces sí, eso tiene sentido. Las mutaciones se hacen, y si nos tomáramos la molestia de considerar lo que ha cambiado sé que encontraríamos unas relaciones sensatas entre el resultado del virus y la búsqueda de una solución de cambio interior de lo que somos, un vínculo perfecto con la situación tal, que nuestro descifrado emocional informa de ello a nuestro medio celular... Usted, que me conoce, puede comprenderme, pero yo comprendo de antemano a los que me fastigarían con ejemplos de muertes sobrevenidas después de tales modificaciones virales. Y no puedo culparles. Pero usted, quien conoce muy bien mi historia, también sabe que no me atrevería jamás a hablar así sin haberlo experimentado, sin haber pasado esta hipótesis por el crisol de mi atañor celular.

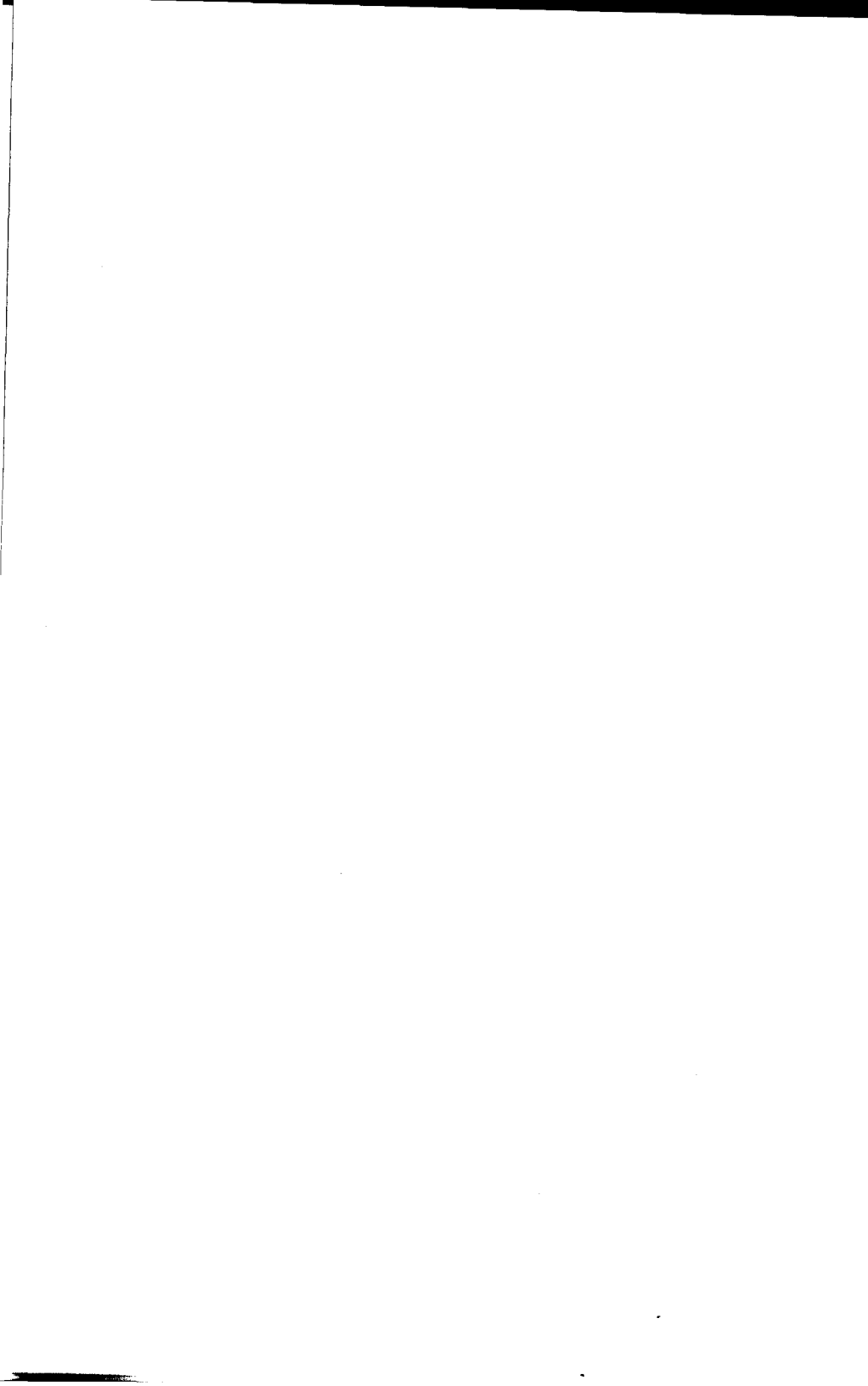
Intentar cambiarse a uno mismo por medio de palabras o pensamientos es lo que hacemos, algunos con frecuencia y otros más accidentalmente. Pero si una caries aparece en la cara mesial de un incisivo lateral es que el niño siente que algo de él, de las palabras que utiliza para identificarse o de la imagen que se ha construido en él como identificación, debe ser modificado. La sensación de fracaso, según el sufrimiento engendrado, provocará caries en un intento biofísico de solución. Sobre estos mecanismos volveremos más adelante. Aquí lo importante es poder hacer la diferencia expresada por una caries mesial sobre un incisivo lateral y una caries distal sobre un incisivo central. (Siendo mesial la cara del diente girado hacia el centro de la boca, hacia el diente anterior a él, y distal la cara girada hacia el diente siguiente, hacia la parte posterior de la boca).

Intentar cambiar al otro tan solo puede llevarse a cabo dentro de una noción de poderío suficiente. Pero convencerse de que solo el otro debe cambiar, aplicando un juicio, invertirá el proceso. La

caries que afecta a una cara distal del incisivo central anuncia que el niño está a la espera de que el otro cambie... La falta de relación o el sufrimiento relacional le ha sido atribuida. Si no cambia, no podemos hacer nada... Mucho más tarde, y sobre ciertos dientes, la caries distal anuncia una valoración de poder de uno mismo superior a la del otro, lo que engendra un conflicto en la dinámica relacional. Volveremos sobre ello en el momento oportuno.

Sé que usted encontrará todo eso insuficiente en cantidad y en detalles. Pero, amigo mío, debemos todavía intercambiar numerosas misivas, y prometo contarle todo sobre mis descubrimientos. Déjeme, si puede, decidir qué cantidad tengo que transmitirle y el ritmo en el cual se dará. No es que desestime su capacidad intelectual, pero darle poco a poco estas informaciones va a permitir que se instalen en el orden correcto dentro de su memoria sedienta de conocimientos. Considere las caries con las cuales se topará bajo un punto de vista amenizado por unas nuevas nociones y estoy seguro de que podrá captarlas bajo una comprensión distinta. Le prometo realizar, antes de terminar con nuestros intercambios, la lectura de las caries de los dientes deciduos. Espero, de momento, que tenga la posibilidad de contemplarlas de otra manera para poder encontrarles sentido. Cada caries tiene algo que decir... y antes de que desespere le habré proporcionado las palabras exactas.

Suyo atentamente.



Sexta carta

15 de junio de 2010

Nueva misiva, nuevos dientes, nuevos horizontes. Querido amigo mío, entramos, de ahora en adelante, en el mundo del sentimiento, en el tumulto de la emoción. Las primeras muelas nos abren las puertas de este mundo, y nos corresponde franquear el umbral de esta morada que llamamos corazón. Me agrada recordar esa frase del poeta que llama al corazón «un oasis donde las caravanas del pensamiento no llegarán nunca...». Ojalá esta carta pueda ser merecedora de su humilde punto de vista.

El joven objeto de nuestro tema de estudio, director de orquesta de la presente obra, tiene ahora un año, doce meses. Tiene en su boca ocho incisivos y se va familiarizando con la posición sentada. Deambula todavía torpemente a lo largo y ancho de una mesita, alrededor de la cual se agarran con mucho empeño sus manitas. Sus piernas le soportan, pero se tambalean a menudo. La posición vertical y el andar adquirido están en relación directa al número de dientes, según los estudios, que tiene en la boca. Raros son los niños que andarán si tienen retraso en la aparición de los incisivos, y todavía menos sin la presencia del diente que nos interesa ahora: el primer molar decidido, el diente n.º 4. Aunque raros sean los que no se ponen en pie sin los dientes, existen de todas formas. La noción de «raro» proviene del estudio estadístico que no deja para nada pronosticar las excepciones ni tampoco los límites de lo posible.

Los molares, de leche o definitivos, son los dientes que sirven de soporte a la musculatura, tanto para la masticación como para la estatura. Para ponerse de pie se necesita un punto de apoyo en la boca. Conocemos todos el reflejo que nos hace apretar los dientes cuando realizamos un acto de fuerza. Es normal: buscamos optimizar la potencia muscular con el hecho de cerrar los dientes. No solo sabemos eso, sino que se aprovecha por parte de los jugadores de fútbol americano, cuyos aparatos para protección están también previstos para asegurar un cierre óptimo. Sin lugar a duda lo ponen en práctica nuestros jugadores profesionales de rugby. Pero ese no es el tema del presente capítulo... nuestro jovencito está todavía muy lejos de los campos de deportes.

El niño, esta cosita en plena maduración interior y exterior, se estructura a espaldas del mundo exterior y construye sus bases para erigirse en su futuro.

Y es cuando se utilizan los dientes como un espejo en el cual la biodescodificación dental describe lo que ocurre en el secreto mundo virtual de lo mental.

Desestimamos dramáticamente todas estas dinámicas que se desarrollan en cada momento en el niño y que predeterminan tanto sus actuaciones futuras como su capacidad futura para enfrentarse al mundo, condicionando su devenir. Tantas decisiones se toman para equilibrar la existencia de los mayores, bajo el pretexto de que si no pueden asegurar el día a día, el niño no tendrá futuro... y nadie negará esta evidencia. Por lo tanto, esta reflexión es la de unos humanos encerrados en un mundo animal... pues ¡no estamos solos! ¡No estamos nunca solos! De hecho, tan solo estamos encerrados en la soledad a la cual nos hemos condenado o confinado. Las generaciones pasadas podían apoyarse en los abuelos. Hoy estamos tan deslocalizados que hemos conseguido aislarnos de esas mentes fundamentales que son la familia y el clan. Somos muchos, según se dice, los que lo hemos deseado, pero no existe civilización alguna capaz de crecer y desarrollarse sin sus antepasados y ninguna digna de recor-

dar que no manifieste en los escritos que lo atestiguan actos de gratitud y de honor hacia sus ancestros. En cuanto a nosotros, ¿qué nos aguardará en el futuro nuestra forma de vivir? Abuelos encerrados en residencias y niños aparcados en guarderías, sacrificados en el altar de la productividad, del más y siempre más. ¿Cuándo vamos a dar preferencia a la calidad y no a la cantidad, al compartir y no a la conquista? He aquí, amigo mío, lo que la reflexión sobre los dientes ha despertado en mí. Perdón por esta parrafada, pero mi corazón encuentra en estas páginas el lugar y la oportunidad de desahogarse.

A los doce meses aparece el primer molar de leche en la boca del niño. Ese diente n.º 4 señala el principio de una nueva dinámica: la memorización de los vínculos afectivos que, de hecho, existen desde el inicio de la división celular in-útero. Pero la estructura cortical energética está a la espera de una evolución particular para que los datos puedan llegar a memorizarse. Para entender mejor lo que está ocurriendo, debemos comprender la diferencia entre un vínculo transitivo y otro reflexivo de nosotros hacia el mundo. El vínculo transitivo utiliza lo exterior como estimulante y revelador de nuestra propia existencia; el vínculo reflexivo, nuestro sistema cortical para indicarse a sí mismo la propia existencia. Los vínculos biológicos investigados anteriormente nos muestran el poder del vínculo transitivo hacia el mundo exterior. Los sentidos transportan las informaciones provenientes del entorno para estimular nuestros centros nerviosos y hacer aflorar las informaciones tanto del mundo como del lugar que ocupamos en el mismo. Las informaciones acareadas por los sentidos biológicos tienen como primera función elaborar dos catálogos: uno referente a los peligros de muerte y otro a las posibilidades de supervivencia. Estos catálogos son en parte innatos y existe la posibilidad de poder ser escritos nuevamente y de ser modificados por parte de lo adquirido. Sobre estos dos catálogos fundamentales para nuestro sistema viviente se escribirán dos nuevos tomos titulados informaciones sobre pesares y placeres y una multitud

de elecciones futuras se van a hacer sobre estas memorias. De hecho, si no prestamos atención, TODAS nuestras elecciones futuras TAN SOLO podrán realizarse sobre estas memorias catalogadas en nosotros, intentando escapar al pesar para dirigirse todas ellas hacia el placer.

Partiendo de este principio, la biología encuentra en el cumplimiento de estas elecciones un recurso fenomenal en cuanto a producir serotonina y dopamina, endorfinas fundamentales para mantener el sistema en condiciones óptimas tanto para la reacción como para la acción. Si la supervivencia se encuentra al final de la gestión de las necesidades, también el placer está al final de las ganas y los deseos. Pero, sin ánimo de diabolizarlas, estas dos dinámicas son muy necesarias tanto a nivel operacional de nuestra biología como de nuestros pensamientos. Sencillamente, podemos decir que no somos dueños de ellas y les dejamos mandar sobre nosotros, lo que es una enorme diferencia básica.

Pero volvamos a los vínculos llamados afectivos. Segundo nivel relacional después del biológico de los incisivos, los molares de leche nos permiten descubrir nuevos personajes de nuestro biotopo: papá y mamá. Si padre y madre se han instalado e identificado ahora por medio del soporte de los vínculos biológicos, nuestro emocional se va a encargar de identificar a otros. (*Les recuerdo que todo diente deciduo de la serie de cincuenta se encuentra arriba y a la derecha en la boca del niño, a SU derecha. Los sesenta arriba a la izquierda, los setenta abajo a la izquierda y los ochenta abajo a la derecha*). Los dientes 54 y 64 sirven de soporte a la exploración de los vínculos entretejidos con lo referente a papá, mientras que los dientes 74 y 84 sirven para esclarecer los vínculos entretejidos con lo referente a mamá. Es como si sobre lo básico, lo vital representado por padre y madre, fuésemos a añadir las informaciones relativas a los valores afectivos.

Esta dinámica invisible que acontece es una estructuración del sistema límbico, sede de las memorias emocionales. Este nivel de nuestro sistema nervioso central es fundamental, pues soporta la

estructura activa del córtex localizado por encima de él —de hecho, alrededor de él—. La fase esencial que acompaña esta estructura es la del juego y del mimo, dos actividades que van a nutrir el sistema límbico y transmitirle las memorias necesarias y suficientes como para permitirle enfrentarse a las situaciones difíciles del futuro. Como unos oasis saludables en los cuales su memoria vendrá a regenerarse con toda seguridad y confianza cuando las condiciones exteriores así se lo pidan. Encontraremos allí muchos más recursos que en la facultad de haber podido empezar a contar o a leer a los tres años. Ciertamente no nos van a tildar de geniales o precoces, pero estaremos en el momento adecuado y en la disposición oportuna para poder dejar tiempo al tiempo.

Los estudios llevados a cabo por parte de la etología han demostrado lo fundamental de la fase del juego al privar a uno de los elementos de una camada de la presencia de sus hermanos y, por lo tanto, de la oportunidad de poder jugar. De adulto, el animal fue un padre cazador, un predador incapaz y un mal reproductor. Lo que demuestra la importancia biológica de la fase y actividad del juego. No han podido sin embargo influenciar los hacedores de leyes, y mucho menos los padres, sordos a sus consejos y que creen que cuanto más precoz sea el niño en inteligencia artificial, más oportunidades de éxito tendrá en la jungla profesional. Consecuentemente parece que la estructuración de los horarios escolares alemanes e ingleses se acerca más y es más respetuosa con la dinámica natural del cerebro de lo que lo son los modelos franceses y españoles. Como lo desmostó el estudio del cerebro, es importante convenir más horas al sueño antes de medianoche a un cerebro en la etapa de aprendizaje para que pueda así ordenar correctamente en su memoria las informaciones aprendidas a lo largo del día. ¡Son tan pocos los que lo saben y tan pocos los que lo aplican! Como indica el I-Ching: «Tienen oídos, pero no escucharán».

El sistema límbico aparece también hoy como el soporte funcional de la memoria. Cualquier deficiencia de este sistema conlleva-

rá una perturbación de la misma. Por lo tanto podemos atrevernos a afirmar, sin ningún riesgo, que la enfermedad de Alzheimer es una consecuencia de un estrés emocional que no ha sido ni gestionado ni solucionado y que en lugar de haberse exteriorizado por medio del habla se enquistó y busca en el olvido la manera de aliviarse. Pero no es ese el tema de nuestro interés.

Papá es responsable de la actividad del juego. Su misión es enseñar por medio del juego cuáles son las normas de la vida, enseñar que reír es mucho mejor remedio para el estrés mental que cualquier medicamento. Papá es también fuente de seguridad por el amor que hace sentir a su hijo. El amor del cual él es fuente tiene una singularidad, un perfume inolvidable: ¡el perdón! El perdón es este recurso que respalda al padre y que le permite decir a su hijo: «Tú has hecho eso, pero yo te pido que no lo hagas más, pues no es bueno para ti y tampoco está bien. Yo, tu papá, te perdono porque antes de empezar a regañarte ya te había perdonado. Y también porque mucho antes de que me comprendieras ya te quería...».

Papá da acceso al perdón que evitará a su vez que tan solo el olvido pueda borrar de la memoria los elementos dolorosos que hemos ido cosechando a lo largo del camino de nuestra existencia. El olvido borra las palabras y la imágenes de la conciencia cortical, pero no borra para nada los datos grabados en la estructura límbica. Sin embargo creemos firmemente en la virtud del olvido, y eso solo es una ilusión. El hecho de olvidar nos priva de la atención necesaria frente a los elementos que despertarán nuestra memoria, pues quedamos sometidos sin remedio a nuestra memoria. Sin embargo... ¡nos parece tan difícil perdonar! Y más difícil todavía perdonarnos. El estudio del primer premolar superior derecho, como diente definitivo, nos permitirá explorar más detenidamente la dinámica del perdón.

Papá y su encuentro van a permitir dar un valor afectivo a las palabras e imágenes que hasta ahora nos vinculaban al padre. Mímicas (cara) y entonaciones (voz) van a ser las señales que nuestro

sistema aprenderá para poder determinar si el otro amenaza o es amistoso, si está contento o enfadado, si tiene buenas o malas intenciones. Nuestro sistema extrapolará las señales del mundo con el fin de prever el valor antes de verse confrontado más de cerca. Anticiparse es lo que mejor permite la supervivencia en comparación a deber reaccionar a una información sensorial. Nuestro sistema aprende a una velocidad y cadencia continuas.

El diente 54 representa el aprendizaje y la memorización de las informaciones visuales provenientes de una cara, una expresión, una mímica. Pero, al mismo tiempo, el 54 se corresponde a esta zona de la memoria que aprende a hacer feliz al otro, a satisfacerlo, a volverlo benevolente. Si el otro no dice una palabra que revele su humor o sus intenciones, deberemos adivinarlas. El diente 54 corresponde a este aprendizaje de los códigos, que no son verbales, pero sí muy individuales, los códigos comportamentales. Este diente presenta como única patología corriente la afección por caries. Pero la caries, aquí también, solo se producirá como norma casi general tan solo después de los 3 años, pues necesitará la existencia de una relación verbal con el mundo y la identificación de la identidad cortical, el nacimiento del «yo», esta dimensión del ser humano que toma vida por medio de la palabra. Volveremos a ello más adelante, puesto que deberemos esperar algunos meses más antes de que nuestro hombrecito llegue a esta edad fundamental. Asimismo, encontrarán el significado de estas caries al final de la obra, puesto que debemos dejar que se haga la mutación energética que se produce en la boca en el momento de la edificación de la entidad cortical, es decir, a la edad de tres años.

Vamos a estudiar tres posiciones de la caries: la caries oclusal, que toca la parte superior del diente, la cara que mastica; la caries mesial, que toca la parte delantera del diente, en contacto con la que la precede en el arco, y la caries distal, en la parte trasera del diente, en contacto de la que la sigue en el arco. Tenemos aquí tres tipos de caries básicas de los molares de leche. La actividad de estas caries se presenta en dos fases que se suelen seguir rápida-

mente. La primera es una fase de dislocación de los cristales que se vuelven solubles: el agujero se va cavando. La segunda es una reacción de la dentina subyacente, la cual intenta endurecerse y «cicatrizarse». La dentina es la capa de tejido dental situada bajo el esmalte. Más tierna porque está menos mineralizada (en un 65% y un 95% para el esmalte), aparece como una esponja natural, llena de agujeros o pequeños canales que contienen un líquido fisiológico. Cuando la dentina reacciona a la presencia de una caries, está capacitada para tapar sus canales con el fin de crear una zona estanca y dura para contrarrestar la caries. Esta dentina, llamada de reacción o de cicatrización, tiene un color más oscuro. El estudio por medio de la biodescodificación de la actividad de la caries ha permitido entender que la fase de dislocación de los cristales del esmalte se corresponde con la fase del conflicto de relación, la misma durante la cual intentamos encontrar las palabras de adaptación. La fase activa de la caries, la que cava el esmalte más la dentina, se corresponde a la actividad relacional, que pide adaptación pero que no la encuentra, bien porque las palabras del pensamiento no son las adecuadas a la situación, bien porque las palabras utilizadas para actuar sobre el otro no producen la adaptación deseada. Lo que llamamos «adaptación» es también una búsqueda de equilibrio entre los dos sistemas que se encuentran relacionados, dos individuos relacionados. El equilibrio intenta restaurar una dinámica de intercambio propicia a la vida, de resolver un desequilibrio de fuerzas, de poderes, con el fin de borrar la relación presa-depredador, lo que, en el caso de una caries, revela que el individuo se siente en una posición de presa, y por lo tanto en peligro. Pero, en virtud de la simbología dada al sufrimiento que hace daño, se vuelve dolor, y el dolor es una señal de afección corporal que obliga a la biología a reparar la zona afectada, lastimada. El diente es lo que repara el mental donde las palabras duelen, donde las palabras no curan el daño, donde no existen palabras para cambiar las cosas, lo que viene a ser lo mismo.

Pero volvamos a nuestro diente 54. Cuando hacemos referencia al funcionamiento de ciertas neuronas específicas llamadas «neuronas espejo», aprendemos que el niño es ante todo un espejo que intenta reflejar lo que tiene delante. Sus ojos ven y los músculos de su cara reproducen. Pero cuando el diente 54 aparece en la boca descubre que es también capaz de reproducir en el espejo que es el otro, una sonrisa, si es que él sonríe, tristeza si él llora. El diente 54 nos indica la apertura de una dinámica que actúa sobre el otro, cuando hasta ahora lo hacía tan solo ser. De ahora en adelante aprende que puede actuar sobre el mundo por medio de códigos precisos. Este primer molar permite también reconocer los códigos del otro asociándoles unos valores específicos, bien dentro del catálogo de las penas, bien en el de los placeres. Sus neuronas espejo, que le permitían reproducir la imagen del otro, le permitirán ahora actuar sobre el estado del otro, y ello con una meta fundamental: entrar en relación con el otro, interactuando con él. De ahora en adelante entiende que puede hacer reír y llorar, que puede dar origen a unas mímicas en el rostro del otro, resumiendo que ha adquirido un poder de acción sobre el otro. La relación empieza por compartir cierto estado de ser por medio de comunicaciones emocionales. Esta etapa es una preparación al entramado que veremos ahora con los molares n.º 5: el bien y el mal, superpuestos de forma respectiva al placer y a la pena. Entendemos el deber de coherencia que se nos pide a nosotros, los padres, como modelos y educadores, pues mucho antes de las palabras que explican e intentan enseñar, somos unos modelos en imágenes que informan y preestructuran el sistema mental para que, más adelante, las palabras y las imágenes tengan una coherencia informativa.

En paralelo a este molar superior derecho se posiciona el molar superior izquierdo, el diente n.º 64. De conformidad al conjunto del funcionamiento del pensamiento humano, la palabra se superpone a la imagen. Las relaciones entre las imágenes y las palabras son permanentes, y lo serán a lo largo de nuestra vida. La

imagen de un rostro expresa un estado, y las palabras que se asocian a estas imágenes no se comprenden todavía en el significado de la palabra misma, pero preparan el vaivén fundamental entre imagen y palabra. Si un rostro puede tener multitudes de expresiones diferentes, la voz puede modularse y estar impregnada de entonaciones distintas que revelaran también unos estados muy diferentes. Si el entramado de estas entonaciones, como aprendizaje, espera al 64, el oído ha sido ya preparado para ello desde la vida intrauterina. Los acentos y las modulaciones han sido captados desde el despertar del sentido auditivo y el mismo sistema ha sido asimismo preparado para encontrarlos de nuevo más adelante y darles significado.

El diente 64 es, a esta edad, un reflejo de nuestro vínculo con papá. El niño tiene más o menos trece meses y aprende el valor que tiene una palabra, siempre dentro de los mismos catálogos de pena y placer. Esta etapa es un momento importante por ser precursor de lo que será más tarde el repertorio de la moral, del bien y del mal. Las pequeñas palabras sencillas que son un «sí» o un «no» van a tener unas frecuencias sonoras en correlación a los efectos visuales. Un rostro que dice «no» no tiene la misma expresión que un otro que dice «sí», y una mímica puede significar una prohibición o un permiso, el contento o la desaprobación.

Considerando el aspecto anatómico de estos dientes 54 y 64, que son molares, podemos interrogarnos sobre su función nutritiva. Un molar sirve para triturar los alimentos, para reducirlos en subunidades asimilables por el estómago. La trituración mezcla los alimentos con la amilasa, una enzima digestiva presente en la saliva como preparación para los jugos gástricos que acabarán por disociar el alimento en nutrientes. Si establecemos una correspondencia de la actividad digestiva, propia del tubo digestivo, con la dinámica de aprendizaje propio del cerebro, veremos que existe una correspondencia entre la fase de masticación y la de la explicación. Explicar es un verbo cuya raíz etimológica es «plegar», del latino *plectere*, *plexus*, que dio nacimiento a otros numerosos

verbos tales como: emplear, desplegar, explotar, aplicar, replicar, suplicar, complicar... y a ciertas palabras importantes para la actividad del cerebro tales como múltiple, multiplicación, complejo, perplejo...

Si nuestra infancia es una preparación para nuestro futuro, y si las palabras están relacionadas por una raíz etimológica, podemos pensar, y con razón, que el nutrirse emocionalmente es mucho más que trivial y el juego mucho más que perder el tiempo. Si los alimentos brutos existen fuera para que puedan ser integrados por nuestras células y así poder construir nuestro cuerpo, ¿podemos aceptar que nuestro cerebro es también un sistema que se extiende, crece y se estructura gracias a unas informaciones sutiles y fundamentales que le vienen de fuera? El primer molar está en relación con este alimento del sistema límbico llamado, a veces de forma peyorativa, «sistema emocional». Las emociones no son solo debilidad o sensiblería. Las emociones son informaciones vitales que captamos y a las cuales reacciona nuestro sistema. El corazón, órgano fundamental de supervivencia del cuerpo, está envuelto en un pericardio capaz de reaccionar a lo que se siente como un ataque hacia él mismo, lo que se llama una emoción dolorosa, un sufrimiento. (Leer *Vive le péricarde libre, ostéopathie bioénergétique cellulaire*, Montserrat Gascon, Ed. Altess, 2006.)

Para que un día seamos capaces de sentir la emoción de la música, la belleza de un cuadro, debemos entrenar y ejercitar este sistema límbico. Sobre él descansa y se apoya el pensamiento cortical, la esfera mental, la emanación matemática de la vida, como lo es la música o la pintura. El diente n.º 4, tanto de leche como definitivo, se muestra como el diente pivote de nuestro equilibrio interior, diente del centro de equilibrio alrededor del cual la vida podrá desplegarse. Pero sin un punto de equilibrio tanto lo normal como la normalidad equilibrada se vuelven precarios. La voz y las imágenes transmiten mucho más que un medio educativo o de dominio: son un lenguaje de vida.

Nuestro encuentro emocional con el individuo «papá» tiene como finalidad establecer los cimientos sobre los cuales se expandirá nuestro sistema analítico, mental, nuestra facultad de conceptualizar para así poder relacionarnos con la vida en su conjunto. Hasta nuestras destrezas intelectuales van a depender en parte del equilibrio de esta base emocional. Nadie puede levantar una torre sobre la arena. Se necesita un ambiente afectivo sano y tranquilo para que la esfera mental se expanda en toda confianza y, además, con ganas. La conciencia tan solo puede anhelar el cielo si la Tierra le anima a ello y lo lleva hacia él. Nuestra dinámica de verticalidad necesita unos soportes, como la coherencia, una voz, una luz...

El valor fundamental del sonido, de la voz y su música nos han sido perfectamente explicados y puestos de manifiesto en la obra del Dr. Thomas, cuyos trabajos figuran en la bibliografía. El poder sanador de la música de Mozart es como un camino para comprender lo que el sonido provoca en nuestro sistema. Los fracasos escolares no se deben al azar, sino que parecen reflejar unas zonas de sufrimiento de nuestro sistema neuronal, que es una prolongación de nuestro sistema límbico. ¿Y si multiplicar estuviese vinculado a explicar? ¿Y si multiplicar fuese el despertar de un sufrimiento por suplicios? ¿Qué sabemos de los vínculos entre ciertas palabras y su correspondiente raíz etimológica? No mucho, pues acordamos al sistema de la inteligencia un funcionamiento lineal que no tiene, pues el cerebro no piensa en dos dimensiones, sino en tres.

Le he dejado solo descubriendo este montón de datos, pero no me olvido de usted, amigo mío. Permítame unas palabras... me gusta considerar el espíritu humano como un sistema en expansión, como una esfera creciendo, llevándose por medio de las palabras nuestra conciencia hacia las cimas del pensamiento, por medio del verbo hacia las altas esferas del espíritu. A esta dimensión mental, esta manifestación propia del humano espiritual, me gusta considerarla

como un cuerpo de pleno derecho, pidiendo alimento, enseñanza y estructuración. En efecto, la ignorancia es el mayor de los males. Pero nuestras primeras palabras abren camino a las siguientes. Para que las palabras arranquen el vuelo hay que construir un sistema equilibrado, libre de sufrimiento. Un hilo solo puede desenrollarse si no tiene nudos y un sufrimiento sin resolver es un nudo a lo largo del hilo del pensamiento, un lastre para el despegue del espíritu.

No existe, creo, estructura normativa o ideal para nuestro espíritu, tanto para su estructuración como para su despliegue. Hay lo que nos ha sido dado, mostrado, transmitido, propuesto, y de todo ello, o bien nos quedamos sus prisioneros, reproduciendo, sin saberlo, una enseñanza que ni hemos visto venir ni tampoco escribirse, o bien lo entendemos y palpamos su entramado límbico, emocional y aceptamos volver a pasar por la carga de sufrimiento para poder así abrir la puerta al cambio. La fuerza de nuestro espíritu es poseer la libertad de cambiar, de evolucionar, de mutar. El cuerpo es lo que es debido a la memoria genética que expresa nuestro fenotipo. El espíritu no tiene límites, y tampoco influencias. Su único modelo es lo absoluto, lo universal. Pero para poder tener acceso y vivir esta libertad debemos deshacernos del dominio de nuestra animalidad sobre nuestro pensamiento. Quienes somos debe trascender el servicio que prestamos a lo que somos, y solo entonces podremos entender bajo una nueva luz que lo femenino parirá con dolor. Solo el individuo fracasado en cuanto a su adaptación siente la necesidad de explorar lo desconocido. El individuo sobre-adaptado no tiene ninguna necesidad de volverse hacia el ser. No es culpable de ello, ni más ni menos que otro, simplemente lo ha conseguido.

Este primer molar no es más que un signo visible del mundo invisible. ¿Por qué este mismo? Porque su estructura es propicia a interactuar con esta esfera del espíritu, trama morfogenética vibratoria, campo morfogenético electromagnético. En sí misma no es nada. Tan solo un espejo en el cual podemos aproximarnos a lo invisible. Tan solo es la materia más densa del cuerpo en la cual se refleja lo más sutil del ser humano. Está sujeta por lo que se crea, en el mo-

mento y en secreto, en la estructura del espíritu. Me atrevo a pensar que existe una concordancia geométrica, espacial, entre el campo de este diente y la esfera espiritual y emocional. Pero puede que nunca tengamos prueba de ello, y así es como son cada uno de nuestros dientes: un puente sobre lo infinito...

Algunas veces, amigo mío, tengo un pensamiento extraño sobre nuestro espíritu. Ahora que lo presento y que lo presentaré a lo largo de estas cartas, como una emanación de nuestra estructura cortical, un fenómeno surgiendo de la estructura biológica neuronal, una seta virtual creciendo sobre el terruño de nuestras células, me aparece algunas veces de diferente manera. Imagínese una esfera virtual, la cual bajaría sobre el ser humano, pegándose a él a medida que se realiza su desarrollo físico y psíquico... Como una esfera absoluta pero de la cual tan solo captamos lo que nuestras experiencias nos permiten captar, ya que nuestras emociones nos impiden la comunión total con este absoluto. Como si fuese un depósito universal de cuya parte más grande nos priva nuestra existencia... Como si existiese un espíritu que intentase apropiarse de un cuerpo... Como si Dios intentase encontrar al hombre cuando el hombre recorre el mundo en la búsqueda de ese mismo Dios.

Frente a estos dos molares de leche del maxilar superior, veremos aparecer dos molares de leche inferiores, dientes 74 y 84, primer molar inferior izquierdo y primer molar inferior derecho. En respuesta a papá, mamá toma lugar en la biocenosis del niño. Los actos que se han llevado a cabo tiempo atrás con el fin de arrobar el cuerpo biológico para su consecuente plenitud estarán rodeados de un aura emocional que la estructura del niño podrá ahora aprender y sentir en conciencia. La conciencia es aquí lo propio del ser humano: la conciencia de tener conciencia, como algo que puede recordar haber sentido aunque la fuente se haya secado. Una capacidad propia del ser humano es la de llevar al recuerdo un sentimiento y poderlo gozar de nuevo. Cuando el lobo ha terminado de cazar, la cierva superviviente no va al psicólogo

para hablar de ello y liberarse de su estrés. El único estrés será biológico, con superproducción de adrenalina, noradrenalina y dopamina, que le habrán permitido reaccionar. El único rastro que le quedará un tiempo serán las sustancias bioquímicas cuyo ciclo de degradación hará que se difumine cualquier memoria de ello. No lo recordará a la manera humana, pues su instinto habrá aprendido y atesorado, o no, nuevas informaciones. Solo hay una manera, cuando se es cierva, de reaccionar frente al lobo depredador: ¡huir!

Pero aquí estamos explorando los dientes de un hombrecito. La aparición de los dientes número 4 nos demuestra que su estructura recordará y que su futuro relacional estará impregnado de estas memorias. De ahora en adelante podrá recordar, no conscientemente, puesto que la conciencia que llamamos así está hecha de palabras y de imágenes, pero existe otro nivel de conciencia: el del sentimiento. Ser consciente de lo que uno siente es un desafío muy distinto que colocar unas pocas palabras sobre una vivencia. De hecho, mientras que durante el año ha ido descubriendo los diferentes gustos de los alimentos, también irá descubriendo los diferentes gustos de la emoción. Desafortunadamente no es siempre fácil, ¡ni gustoso! Sin embargo, conocemos todos el poder que tiene un olor para recordarnos buenos momentos. La magdalena de Proust. Sentir un olor y sentir bienestar, tenemos aquí el valor emocional de una experiencia. Los sentimientos se calcan sobre los vínculos biológicos. Placeres y penas nos sobrepasan en conciencia puesto que su escuela empieza sin palabra alguna para controlar, para razonar, para corregir. Colores, sonidos, gustos, olores y tactos, todos estos sentidos estarán de ahora en adelante en correlación con un valor emocional, llamado sentimental y también afectivo. En el caso de ciertas experiencias podemos recordar todo el conjunto del cuadro y ponerle palabras, pero la mayoría no son más que memorias oscuras y a menudo totalmente inconscientes. ¿Cómo, pues, ponerles remedio cuando no son más que sufrimiento?

Mamá es una fuente de amor, como lo es papá, pero como respuesta al valor del perdón de papá, mamá ofrece la clemencia, capacidad de acortar el castigo. Todos conocemos el reflejo del niño castigado por su padre que corre a llorar en las faldas de su madre. Y conocemos todos, también, el poder que solo tiene mamá para poder influir en el castigo con una sola mirada hacia el padre. Sí, mamá reduce el castigo, pero tiene incluso el poder de mermar el dolor físico. Cuando el niño se cae y se hace daño, es en los brazos de mamá donde encuentra refugio. Estos brazos, testimonios de acogida y fuente de una dulzura inigualable, abren la farmacia interior para dispensar los remedios que curan el cuerpo y el corazón. En los brazos de mamá pronto se secan las lágrimas.

En la intimidad de la biología viviente, la reducción del castigo se hace bajo los efectos de la serotonina, endorfina sedante y anélgica. El dolor físico se acorta bajo los efectos de esta hormona y las bombas de serotonina que nos fueron entregadas al nacer. Parece que no todos estamos equipados con las mismas bombas de serotonina, muy eficaces en unos y muy perezosas en otros. De ahí nuestras capacidades distintas en manifestar la resiliencia de la cual habla Cyrulnik (ver la lista de obras en la bibliografía).

Para despertar estas bombas, para hacerlas funcionar, mamá se entrega, con su dulzura, manifestando la acogida frente a nuestro sufrimiento o sencillamente a nuestro dolor. Segura de sí misma, serena en cuanto a las virtudes de la biología, del cuerpo y de la vida, sabe impregnarnos de su estado de ser. De esta manera mamá nos prepara a que nos abandonemos...

Abandonarse... Amigo mío, no hay vía más grande y real para ir al encuentro del ser, del femenino interior, de la Eva idónea que dará a luz al Adán que todos estamos llamados a devenir... Ninguna experiencia del espíritu puede llevarse a cabo sin la complicidad de la biología viviente, verdadero y honorable laboratorio del espíritu. Mamá es mucho más que la simple presencia para el bienestar del niño. Es la primera experiencia de una vía mucho más celeste que

nos incita a creer en la misericordia si nuestra célula , y en consecuencia nuestro sistema límbico, la ha experimentado de antemano. Sí, lo adivina usted, vuelvo a colocar las enseñanzas de la tradición en la explicación de nuestro desarrollo, pues sigo pensando que este libro es mucho más que un simple trabajo de moral. Es un libro espiritual, proviene del espíritu, no existencial, del cuerpo...

Las experiencias de encuentro con la realidad concreta del mundo, con este símbolo de madre que es la Tierra, utilizando los sentidos biológicos del tacto y del gusto (olfato incluido), van a duplicarse con valores emocionales y afectivos, tal como lo han vivenciado los sentidos vinculándose al mundo virtual, con este símbolo del padre que es el cielo. El ser humano busca seguridad, estabilidad, normas tranquilizadoras. Los alimentos son parte de la panoplia que encierra multitud de cosas y que proporciona consuelo, seguridad, estado necesario para la regeneración de la energía vital de uno mismo. Además, mamá es parte de esta panoplia. Podemos comer dentro de diferentes estados de ser. Podemos comer deprisa, porque hay que volver al trabajo y es una pérdida de tiempo, pero el cuerpo lo necesita, pero también podemos comer compartiendo algo más que una comida. Podemos sentarnos en una mesa donde hay un sitio libre para nosotros y que nos ofrece la vida en el seno de una comunidad. Podemos alegrarnos de estar juntos y de compartir el pan. Podemos regenerar nuestro corazón al mismo tiempo que nuestras células se regeneran con los elementos que les son vitales: los nutrientes. Podemos querer esta atmósfera de seguridad amorosa en la mesa donde mamá, como una luna llena, ilumina con la claridad y la ternura de su presencia a los seres humanos que han vuelto al hogar. Reproduciremos más adelante, y sin saberlo, un hogar parecido a la huella que dejó nuestra primera mesa... Lo reproduciremos idéntico para sentirnos nosotros mismos, o bien diferente para ser alguien distinto. Estas extrañas nociones nos serán propuestas por el grupo de molares definitivos que revelarán estas memorias de manada que son el clan y la familia.

Más importante todavía es la huella dejada en los dientes número 4 del maxilar inferior, dientes 74 y 84, por el aprendizaje de la atmósfera emocional en el momento en que nuestra boca recibe el alimento. Porque detrás de estos dientes de leche se encuentran los gérmenes de los dientes definitivos que serán las imágenes accesibles y signos que hablarán de nuestra capacidad para amar. La relación humana en el seno de un grupo como la familia se aprende. Será más difícil en adelante modificar estas huellas si no las confrontamos con esta fuerza que es la conciencia y con la ayuda de lo que se llama introspección. No se trata de la búsqueda o del encuentro de lo que ya sabemos, sino de lo que se ha marcado, a veces sin palabras. Pues si mamá nos enseña «cómo» se come y el estado emocional del cual podemos nutrirnos también, debemos entender que nos está preparando para explorar este camino interior en nuestro seno propio hacia lo que se llama el femenino del ser, hacia esta fuente de vida depositada y asequible en nosotros y hacia la cual, como el nómada el oasis, podemos dirigirnos para tener acceso a nuestro devenir. Estos dos molares representan las memorias de este preciso lugar, la mesa, dentro de su dimensión emocional. Como un ambiente asociado a un tiempo determinado, el de la comida.

Habíamos descubierto, y usted lo recordará, querido compañero de ruta, que nuestros intestinos pueden impregnarse del ambiente que acompaña a una comida y que por muy bueno que sea un plato, si se ve absorbido en un ambiente perjudicial, nuestro tránsito intestinal podrá verse afectado por ello. Descubrimos que ingerir alimentos a la vez que nuestros oídos registran palabras asociaba la calidad emocional de estas palabras a la naturaleza de los alimentos en cuestión. Y que, siendo así, podíamos hacer entender a nuestros intestinos que lo que habíamos absorbido era «asqueroso» y que se veían obligados a evacuar lo más rápido posible estas «toxinas». Así entendimos, en el espacio de un rayo, que callar en la mesa no era respeto a los dirigentes sino... ¡un acto beneficioso para nuestra tri-

pa! ¡Qué lástima que no nos hayan informado de que podíamos hablar comiendo, pero solo de cosas buenas y bellas, ¡pues comer en un silencio amenazante tampoco nutre en demasía! Pero más aún, comer poniendo conciencia en la boca, estando presente en el acto de comer, en los alimentos que se nos ofrecen, añade a la calidad nutritiva un perfume delicioso al alimento de nuestro corazón.

Las caries que pueden afectar a estos dos molares se estudiarán al final de la obra, respetando el tiempo necesario a la edificación de la identidad cortical, la cual colocará nuevos vínculos dentales sobre nuevos ejes relacionales. Por el momento, a los 14 meses aproximadamente, el niño aprende sin pausa, incansablemente. Pero aprende, sin saberlo, unas informaciones cuya importancia desconoce. Todavía peor: nosotros, padres adultos, hacemos que aprendan nuestros hijos cosas que se nos escapan; podemos aprender lo que debemos comer, pero sobre todo cómo comemos... El olor y el gusto de un alimento debería interesar a nuestro sistema solo si existe una intención de supervivencia; el amargo, por ejemplo, debe detectarse porque se identifica con un tóxico vegetal. Pero podemos ingerir un alimento totalmente adaptado a nuestra supervivencia celular dentro de un ambiente tóxico para nuestro corazón. ¿Qué hará entonces nuestro sistema de memoria? Asociará, gracias a su cálculo y la huella dejada, un gusto sentimental a un gusto o perfume real del alimento. ¡Hay tantos alimentos que creemos que no nos gustan! Tenemos todos un gusto y un olor propios a nuestra infancia, un perfume de despreocupación, un olor a felicidad, un sabor a risas...

Madre y mamá, que los dientes del maxilar inferior nos ofrecen recobrar por las huellas que han dejado en nosotros, en lo más profundo de nuestra estructura viviente, bajo la forma de huellas depositadas ahí, a espaldas nuestras, en los meandros silenciosos de nuestro inconsciente, han elaborado unos determinantes fundamentales para nuestro futuro. Nuestro futuro hogar, nuestra futura vida de pareja, nuestra futura manera de regenerarnos, de

recobrar el equilibrio perdido. Madre y mamá forjan en nosotros unos vínculos que tendrán que ver con la fuerza y la calidad del afecto que nos ha sido dispensado para crear este vínculo. Pero estos afectos, todos ellos necesarios para nuestro equilibrio futuro, no deben ni pueden llevar el peso del encarcelamiento. Un vínculo afectivo tan solo puede ser llevadero de un acontecer si nos deja libres de ir y de volver. No hacia el otro, sino en nosotros mismos, hacia las huellas que ese «otro» ha dejado, como fuente bienhechora y regeneradora que nos desaltera el corazón con un néctar de vida, un elixir de lo esencial.

Gustos y olores han sido las rubricas más sólidas del ambiente primordial del medio de vida: el útero, esta Tierra que nos acogió, cobijó, alimentó, oxigenó; en resumen, que nos permitió la vida y se vuelven identificantes positivas en medios favorables a esta sensación de vida que iremos a buscar más adelante. A través de estas sensaciones hemos experimentado la relación con el otro, ese otro tan distinto que nuestra madre encontraba en su mundo exterior, cuando nos llevaba dentro: nuestro padre. El que veía como era, digno de serlo, capaz de ello. Ese otro a quien entregó un día el fruto de sus entrañas como lo menciona el Texto, ese otro a quien no dudará en confiar a su hijo para que lo lleve al mundo, hacia el mundo. Y lo hará con fe, una fe sin retorno, una fe en una memoria que sabrá recordar a su hijo dónde y cómo podrá a su vez regenerarse. Porque madre y mamá dan consistencia a la familia, al grupo tanto como al concepto. Y si cabe en el poder de madre designar el sentido de padre a su hijo, cabe en el poder de padre recordar a su hijo el rol de madre. Primeramente situados alrededor del niño en su biocenosis, estos dos individuos preparan sin darse cuenta al niño para que este redescubra estos puntos cruciales en sí mismo y no en la horizontalidad del encuentro humano, sino en la verticalidad del devenir del hombre, del Adán, del ser humano, sin distinción alguna entre hombre y mujer.

Situados abajo, la Tierra nos alumbró al mundo y nos erige hacia el cielo. La dinámica natural es que el cielo espere a la Tie-

rra, la ampare bajo su protección y la guíe hacia la inmensidad del Universo. Descripción astronómica del planeta Tierra en el espacio, idéntica a la de los movimientos del maxilar inferior situado bajo el correspondiente maxilar superior. La Tierra es un lugar lleno de experiencia de la vida que los sentidos del tacto y del gusto-olfato nos permite encontrar. La memoria de esta experiencia servirá para poderla encontrar de nuevo, crearla nuevamente si es necesario, y para poner en el lugar adecuado lo que fue bueno para nosotros, implícito lo que nos ha llevado a nuestra venida al mundo y por lo tanto propicio a la vida.

Pero el pequeño humano va a entender muy rápido que él también debe tejer sus lazos favorables y propicios a su propia supervivencia y utilizará las respuestas de su mundo para determinar lo que debe hacerse, lo que puede y su contrario. Agradar, gustar, contentar son las señales positivas. No desencadenar la cólera de sus dioses es lo que el inconsciente intenta hacer y lo que va a aprender. Cada uno de nosotros ha recibido indicaciones sobre los códigos que apuntan a gustar a los demás y, sobre todo, a estos dos individuos fundamentales. Nuestro medio implanta sus códigos y nosotros los anotamos en una memoria inconsciente que, sin embargo, actuará con fuerza. Sobre estos cuatro primeros molares algo empieza a verticalizarse, a ponerse en pie, a aprender a ir hacia el otro... pues la posición bípeda del ser humano, que libera sus manos para poder actuar sobre el mundo, le abre el camino de la relación con los demás, del ir hacia algo, *d'agressos*, raíz etimológica de agresión. Hay muy poca diferencia entre ir hacia el otro y agredirle, si no es en la respuesta que se recibe por su parte.

Ir hacia el otro, en esta edad de la vida, es sentir que el otro nos acoge, que el grupo nos incluye. El estrés fundamental del ser humano, que es de natural gregario, nos empuja muy temprano a memorizar los códigos que nos permiten integrarnos en el grupo. El valor emocional que, de hecho, es una onda portadora de información, es lo único asequible en el momento, puesto que no tenemos todavía acceso a las palabras. Hemos visto con los mo-

lares superiores que nuestro sistema memoriza los códigos transportados por la vista y el oído, acogiéndose a los signos positivos de aceptación por parte del otro o del grupo. Pero a esta edad, solamente dos individuos son imprescindibles: padre y madre. Papá y mamá son tan solo nuestros instructores de señales, códigos, referentes exteriores que nos enseñan lo que es pena o placer. Por lo tanto, ir hacia el otro se lleva a cabo sin moverse, pero enviando señales que actúan sobre el otro, quien a su vez nos contesta por medio de una risa, sonrisa o mirada severa. Este aprendizaje nos forja para nuestro futuro y queda memorizado. El sistema límbico se hará cargo de ello.

Los primeros molares deciduos serán reemplazados por los primeros molares definitivos vinculados al corazón. Debemos entender con eso que es el referente exterior por medio del cual nuestro sufrimiento es accesible, espejo en el cual se discierne lo invisible. Los dientes número 4 definitivos son unos pivotes de equilibrio de nuestra articulación temporo-mandibular, dientes sobre los cuales nuestra oclusión se equilibra, como una vía del medio. En relación al espacio del corazón, lo están también con el timo, que tiene un papel muy importante en la adquisición de las defensas inmunitarias. Desde la edad de un año, este sistema debe entrar en funcionamiento. Los anticuerpos de la madre han actuado hasta ahora, pero de aquí en adelante deberemos aprender a salvaguardar nuestro territorio corporal. La seguridad que confiere un sentimiento emocional sereno, en el seno del grupo familiar, permitirá a este sistema desarrollarse con eficacia. El amor no tiene solo virtudes emocionales, soporta por igual el crecimiento armonioso del sistema.

El tacto es aquí el sentido más importante para poder soportar este desarrollo. Expresado por nuestra piel, el tacto facilita sin palabras el estado de protección y de estabilidad que nuestra biología busca para no estar permanentemente pendiente de los peligros circundantes. Si el sistema percibe un peligro, necesita reaccionar, y a la edad de un año solo los mayores pueden hacerlo por nosotros.

Los lazos afectivos transfieren a nuestra biología la energía necesaria para mantenerlo íntegro. A través de madre el sistema sigue salvaguardándose. Los lazos afectivos hacen que nuestro inconsciente biológico no se sienta solo, abandonado, y saque fuerzas de esta presencia para conseguir la seguridad que no puede todavía asumir él solito. El tacto de la mano de mamá facilita este espacio donde el sistema vivo puede regenerarse. El estado de abandono es la base de la reestructuración y de la regeneración. Un olor hace lo mismo: tranquiliza, colocándonos en territorio conocido memorizado como saludable y protector. La casa de nuestra infancia ha inundado nuestra memoria de sus olores beneficiosos, pero, claro, de olores asociados a las penas también.

La problemática básica que estos primeros molares pueden presentar es una permanencia sobre el arco a pesar de la llegada de los premolares definitivos. Claro, que estamos entonces en presencia de un niño de diez a once años y las explicaciones estarán asociadas a esta edad. La edad de los cambios profundos, la edad en la cual tenemos que enfrentarnos al riesgo de crecer, de dejar este espacio de seguridad que es la infancia, con el miedo de que lo que habíamos adquirido por derecho propio desaparezca bajo el pretexto de crecer. Por esta razón, y a menudo referencia a los hermanos mayores, el niño, comparando, creará que lo que tenía antes como niño no lo tendrá nunca más cuando sea mayor. La permanencia de los dientes de leche sobre un arco es testimonio de un miedo, no de crecer, sino al final de lo que estaba, a priori, reservado al niño, al niño pequeño. El ejemplo clásico para el 84 y 74 está en relación con los mimos, como si creciendo debieran desaparecer. Existe una forma de pensar que pretende que los mimos deben finalizar a cierta edad. Nada mejor para que los dientes de leche se nieguen a desaparecer si el fin es inexorable y total. Para los dientes 54 y 64 vamos a privilegiar las actividades que solo el niño pequeño puede desarrollar y no el niño más mayor. Jugar sin preocuparse de los deberes, pasar el tiempo con papá o mamá, tan solo con ellos, sin hacer nada más que estar. Resumiendo, acom-

pañar al niño durante su crecimiento enseñándole que su edad le permitirá algo nuevo sin tener que despedirse de lo que existía antes. Es a él a quien corresponde la posibilidad de descubrir lo que todavía necesita y al adulto acompañarle en este paso que es ser un niño mayor con necesidades distintas. Al adulto incumbe verle crecer, sin olvidarse de que todavía es su hijo... Hasta con un cuerpo que crece existe, arropado en él, un corazón que duda frente a la existencia. Una presencia tranquilizadora, serena y amante valdrá mucho más que unos largos discursos explicativos.

Para terminar con estos primeros molares de leche, debemos recordar que el niño no entiende las palabras a los doce meses, pero que está en armonía con el ambiente emocional. Cogido está en la que generan sus padres, los mayores, en su mundo. Este estado actúa en él como un diapasón que lo pone en resonancia. No puede todavía gestionar todo eso: está gestionado por él. Es receptor viviente que capta todo lo que vibra a su alrededor. Está informado por la atmósfera emocional instaurada por los mayores y se ve sometido a ella. Tomándose por el único mundo existente, creyéndolo todo, el niño pequeño intentará asociar lo que resiente a él mismo, como si fuese él la causa, su fuente. Papá está enfadado, será por su culpa. Mamá llora, otra vez por su culpa. ¡Lo mismo con las risas! Como si papá y mamá fuesen sus prolongaciones, como si los dientes se lo permitieran. Como si papá y mamá fuesen unas marionetas de cuyos hilos tirase él, cuando en realidad es todo lo contrario. Explicar no sirve de nada. Pero no alimentar esta confusión por medio a una confusión parecida en los padres es muy factible y debe llevarse a cabo. No hacer del niño el centro del mundo, sino un ser más en el mundo. Mamá tiene más poder sobre su hijo del que tiene papá. Mamá ha podido, como madre que es, proyectar sobre su hijo en su útero su sensación de estar viva, de sentirse por fin viva durante el embarazo, cuando en realidad era la vida del feto lo que sentía. No se debe alimentar y mantener esta confusión para poder dejar el niño desplegar sus propias emociones y no quedar prisionero dentro de

un papel de pantalla sobre la cual se proyectarán las emociones de mamá. Compartir con él lo mejor y protegerle de lo no tan bueno. A su edad es lo que necesita, a sabiendas de que no hay errores, de que no existe escuela sino el niño en sí y sus dientes para avisarnos de sus problemas.

Aquí tiene, amigo mío, lo que había que decir sobre estos dientecitos. Debemos recordar que papá y mamá pueden ser unos individuos distintos de padre y madre, pero lo que cuenta es que el niño reciba un alimento de amor en su entorno, en su familia. Proyectar sobre él nuestros sufrimientos de mayores no le concierne y no le ayuda para nada. Y si los padres actúan, no nos olvidemos de que los abuelos también actúan sobre él, puesto que en las manadas clan y familia son partes interesadas. Debemos pronto considerar a los individuos externos, que podrían ser las canguros, las maestras, los profesores y las niñeras. Todas esas personas pueden codearse con nuestro hombrecito ocho horas al día van a poder actuar sobre él, modificar sus manera de vincularse y crear conflictos de los cuales saldrá con alguna que otras caries, y no porque alguna de estas personas cometa errores, sino simplemente porque el cambio no se ha hecho dentro de un ambiente sereno.

Pueda usted tomar paciencia hasta mi próxima misiva que empezaré desde mañana mismo. Le llegará en breve y le contará las aventuras del canino, diente fundamental por excelencia, tan fundamental como lo es la piedra angular en el arco del cantero.

Suyo atentamente.



Séptima carta

24 de julio de 2010

Ya hemos llegado, querido amigo, a la edad de dieciocho meses, y nos volvemos a encontrar con nuestro pequeño paciente y sus dientes ofreciéndonos seguir su desarrollo en el secreto de su espíritu. A esta edad, sus dientes fundamentales irrumpirán en la cavidad bucal, señalando un momento único en el seno de la creación: la dinámica del verbo.

Me permito recordarle que el niño ha tejido unos vínculos biológicos y emocionales con el mundo que le rodea, y que estos mismos le relacionan con los diferentes actores de su biocenosis dando valor a las informaciones transportadas por sus sentidos. De ahora en adelante el pequeño «animal» entrará en la notable especie humana aprendiendo el lenguaje verbal y descubriendo que los sonidos modulables y modulados por su órgano vocal actúan sobre el mundo y los demás. Descubrirá que la botella de agua al final de su mano extendida va a empezar a moverse por medio de un simple sonido. Aprenderá de igual manera que la experiencia de cada elemento dentro de su mundo responde a un engranaje preciso de sonidos y que si un sonido no ocupa el lugar adecuado, le fallará la diana. En los registros de los vínculos biológicos clasificados en dos catálogos «peligro de morir» y «posibilidad de sobrevivir», se sobreponen los de la información racional que conllevan la «pena» y el «placer». A partir de ahora, sobre estas memorias adquiridas en base a unas experiencias concretas, se irá añadiendo una memoria verbal.

Cada palabra podrá ser asociada a un valor emocional. Así pues, y a sus espaldas, él podrá dirigirse hacia sus «posibilidades de supervivencia» gracias a la herramienta verbal. El verbo se vuelve entonces herramienta de relación con su biocenosis dentro de una óptica reducida, pero necesaria para proveer a sus carencias y garantizar así el acceso a los placeres.

Querido amigo, el lenguaje verbal, este verbo que han elevado todas las tradiciones al rango de divino, se presenta como una zarpa más, una mano extra para conseguir fuera con lo que nos falta dentro. Un verdadero colmillo extra en la boca del predador animal. Un colmillo del espíritu que se muestra al mundo real por medio del canino. Hemos bromeado repetidas veces sobre este diente, emblema del número 3. Este 3 pegado a su piel, sea cual sea la visión matemática empleada para acercarnos a él... 3 es por lo tanto su número en la serie dental. Tercer diente después del incisivo central, pero también diente de los 18, edad de su irrupción. 18, edad que volverán a tomar las muelas del juicio, pero esta vez empleando los años como unidad de acción. 18 que hemos dividido en 3 veces 6 o en 2 veces 9; 18, que reducido lleva al 9 y otra vez a la serie del 3. Podemos ver este 3 como representante, por fin, del acto procreador, acto que partiendo del 2, que forma la pareja parental, hace nacer el 3, manifestación primera del uno dividido.

Schwaller de Lubicz lo ha definido perfectamente: «En cuanto la unidad del ser animado se divide de una manera u otra, se necesita un medio de intercambio o de comunicación. Puede primeramente ser táctil, pero en cuanto aparece en él la conciencia, por lo tanto la inteligencia (aunque primitiva), nace la necesidad de la transmisión del sentimiento, de la observación y más adelante del pensamiento. Así, el tacto, el ruido, el sonido, el sonido modulado y finalmente el sonido articulado y la palabra son las manifestaciones de la complejidad de la conciencia y signifiante de que existe separación de un ser en dos y tres partes de sí mismo, de donde la necesidad de comunicar entre estas partes.» (Le Miracle Egyptien, 1963, Flammarion).

Los caninos de leche se ubican entre los incisivos laterales, que acompañan los vínculos biológicos tejidos con el mundo, y los primeros premolares, dientes que acompañan asimismo el tejer de los lazos emocionales. En este preciso instante de la dinámica dental, dentro del sistema cortical, se abren unas áreas dedicadas al lenguaje. Se reconoce hoy día que al esquema clásico de las áreas de Broca y de Wernicke se añade otra llamada de Geshwind, situada a nivel del lóbulo parietal inferior. Gracias a la imagen cerebral se ha podido demostrar que el córtex parietal inferior está, por medio de unos haces de fibras nerviosas, conectado a la vez a la área de Broca y a la de Wernicke. El lóbulo parietal inferior del hemisferio izquierdo ocupa un lugar clave en el cerebro, en la intersección del córtex auditivo, visual y somatosensorial. Además, las neuronas de esta zona tienen la particularidad de ser «multiplurales», es decir, que son capaces de tratar simultáneamente estímulos de diferentes naturalezas (auditivos, visuales, sensomotores, etc.). Estas características hacen, pues, del lóbulo parietal inferior un candidato ideal para aprehender las múltiples propiedades de una palabra: sonido, aspecto visual, función propia, nombre, etc. Esta zona del córtex es una de las últimas estructuras del cerebro que se ha desarrollado durante la evolución, siendo que podría existir bajo su forma rudimentaria en el cerebro de otros primates, lo que indicaría que el lenguaje hubiera podido evolucionar gracias a los cambios sobrevenidos en las redes neuronales preexistentes. Es, por lo pronto, una de las últimas estructuras que maduran en el niño, y se cree, y con razón, que tendría un papel clave en la adquisición del lenguaje, explicando la necesidad de esperar a la edad de cinco o seis años para aprender a leer y escribir.

La ontogénesis del lenguaje humano está constituida de diferentes etapas, de las cuales conocemos hoy día la fijeza y la invariabilidad según las culturas. Durante el primer año de vida, el niño adquiere, en primer lugar, el comportamiento de lalación (balbuceo), constituido de sonidos distintos producidos de una manera no específica. Luego el sistema fonológico se implanta:

el niño puede pronunciar más o menos distintamente un número creciente de palabras, estando esta etapa marcada por un fenómeno de ecolalia, es decir de repetición en eco de los sonidos oídos. Eso no supone que el niño capte su sentido. Para poder asociar un significante a las palabras pronunciadas tendrá que esperar a que se despierten ciertas estructuras neuronales superiores de desarrollo más tardío. Pero si nos apoyamos en la dinámica dental, si él no capta el sentido de la palabra, puede captar su efecto y entender así el valor emocional de la palabra pronunciada observando sus efectos sobre la mímica. Un rostro iracundo le enseñará que lo puede provocar una palabra, y en función de sus necesidades de supervivencia él evitará pronunciarla o se reirá de ella.

A partir de los dieciocho meses se elabora y se desarrolla la comprensión del lenguaje oído: el sistema morfosintáctico se construye. El niño se mostrará capaz de construir frases de dos o tres palabras cuya organización empieza a responder a unas normas sintácticas. Desde el punto de vista neuroanatómico se conocen de manera imperfecta las etapas del desarrollo cerebral subyacente a esta evolución funcional. El trabajo anatómico ha permitido mostrar que si ciertas estructuras, como la vía acústica pretalámica y los nervios craneales motores, son definitivamente mielinizados alrededor del nacimiento, no será lo mismo para ciertos haces asociativos cuya maduración prosigue a lo largo del período de adquisición del lenguaje. Eso es lo propio del área del córtex asociativo no específico del lóbulo parietal inferior, cuya importancia hemos visto para el lenguaje y que presenta una maduración hasta la edad de diez años y algunas veces hasta los quince. Por lo tanto, un niño puede manifestar una capacidad para asociar sonidos, pero que no debe confundirse con una génesis propia de sus pensamientos y debe permanecer por cuenta de la ecolalia. Por otra parte, su sistema asociativo, para con sus necesidades de supervivencia, puede perfectamente reemplazar los llantos por unos sonidos (que el adulto llama palabras) como beber o comer cuando su sistema talámico detecta su necesidad intracorporal. De la misma

manera, su búsqueda de la satisfacción externa, con la ayuda de las memorias de las huellas emocionales provocadas sobre y por medio de los elementos de su biocenosis, puede muy bien recordar unos sonidos (palabras) que son la causa de esta satisfacción. Por lo tanto, si no puede ser inteligente antes de que su estructura se lo permita, ¡por lo menos puede ser sabio!

Si la adquisición del lenguaje necesita un orden preciso de los sonidos emitidos, si la comprensión de los sonidos así lo pide por igual, el canino es su fiel reflejo. El orden es lo que debe aprenderse para poderse integrar en una manada. El orden, la jerarquía, todo lo que necesita el cerebro para entrar en el mundo del verbo de manera eficaz. Porque los sonidos sin sintáctica, ni bases, ni gramática, solo serían cacofonía y herramienta inútil en el tejer de las relaciones con los demás. No se puede inventar un lenguaje arriesgándose a ser el único que lo hable. El lenguaje de los demás es lo que debemos adquirir para poder entrar en relación. El ejemplo bien conocido de los gemelos que se inventan un lenguaje particular revela que si dos personas pueden hablar el mismo idioma, entonces este adquirirá un sentido. Los gemelos inventan tal lenguaje para comunicarse en secreto entre ellos, lejos de los oídos y de la inteligencia de los demás, y tejen de esta manera un módulo cerrado y reducido a ellos dos. Sin embargo, el canino abre la integración al grupo por medio de los lazos verbales, y si tuviésemos que considerar el hecho bajo su forma negativa, sería ver el mundo y la vida encerrarse en sonidos, en palabras que ofrecerían un medio de aprehender virtualmente lo que los sentidos biológicos nos empujan a conocer concretamente. De esta manera, mientras el verbo se nos presenta como vínculo con los demás y, por lo tanto, a este mundo particular que son los seres humanos, podría encerrarnos en un universo cerrado y estanco, el de nuestros pensamientos, y más adelante de nuestra única visión del mundo. Sin embargo, el verbo se volverá primeramente protector, herramienta de protección. «¡No!» He aquí el primer sonido que el niño deberá aprender, comprender y respetar. Palabra absoluta

de su jerarquía, palabra protectora ante todo, pero palabra resentida como privativa. ¿Cuántos son los que han resentido con ella un impedimento de vida más que una garantía de supervivencia? ¿Y cuántos son los que, todavía más numerosos, no entienden que este sonido es un límite? Porque lo que el adulto no sabe es que comprender una palabra a esta edad no es cuestión de saber, sino de sentir. El sonido se añade a una onda emocional portadora que le da sentido. Un «no» enunciado sobre un emocional permisivo o sin implicación no tiene sentido, ningún valor y tampoco efecto. Los entrenadores de perros lo saben: se necesita un estado emocional particular, pero preciso del dueño, para que sus palabras, sus sonidos, sus órdenes puedan ser atendidos. Pensamos equivocadamente que el niño sabe lo que este «no» significa. Solo puede comprender su sentido si se apoya sobre la vibración emocional asociada al sonido, una actitud interna del padre o de la madre que no dé lugar a duda, sin ninguna vacilación en cuanto al bien creado por la palabra emitida.

Querido amigo, podrá entender que no me explaye más sobre este punto, pues ambos sabemos que aconsejar el modo educativo está muy mal visto estos días. Hemos buscado largamente entender esta negativa a manifestar el puesto de jefe y de comendador en unos padres, a entender la deserción que se opera en este puesto de responsabilidad y de mando, y nos hemos dado cuenta de este extraño deseo que manifiestan los adultos de volverse compinches de sus hijos. Sin embargo, el canino nos pide una orden, mucho más que el orden. Una orden es la implantación de una jerarquía, lo que, al fin y al cabo, brilla por su ausencia en nuestra sociedad. Pues qué extraño es ver cómo se permite atacar a un dirigente, a un jefe. No olvidemos de que si Molière ha existido y podía, él, permitírselo, es que en un determinado lugar, único, al director se le ofrecía y adjudicaba un espejo donde contemplarse a sí mismo y sus actuaciones, ya que desde este lugar y en su punto de vista podría haberse vuelto ciego. Pero cuando cada uno se permite improvisar o se toma por

Molière y se atreve a discutir y a contradecir... entonces, sí que estamos en una sociedad decapitada, pues sin jerarquía el orden tiene otro nombre: ¡caos!

El canino irrumpe en el momento en el que el niño tendrá tendencia a decir que no. Busca los límites, las fronteras del territorio de poder establecido. Busca a saber quién manda porque ser mandado es prueba de seguridad y de protección, y un protector tiene un privilegio otorgado a su rango: se le debe obediencia. El vínculo del rey con su vasallo tenía huellas parecidas a la relación padre-hijo, lo que hemos olvidado desde la Revolución.

El canino ocupa en la boca un puesto intermediario entre los vínculos biológicos al mundo revelados por los incisivos y los vínculos emocionales de los cuales son testigos los primeros molares. El aprendizaje del lenguaje necesita la adquisición y la comprensión de leyes y normas tanto como lo necesita la vida en comunidad. La producción de hormonas se ajusta al tiempo, y el tiempo es el primer maestro al que se somete nuestro sistema, bien a pesar nuestro. Por lo tanto, las hormonas de crecimiento se ultiman de noche con el ciclo de melatonina bajo la influencia del ritmo circadiano. La alternancia del día y de la noche es necesaria para el crecimiento y una carencia de noche puede ser nefasta para el sistema. Sabemos que a través de los párpados cerrados el sistema permanece sensible a la luz exterior, si la hay. Sin embargo, para apagar una luz y enfrentarse a la noche oscura debe uno sentirse seguro. La presencia de un jefe tiene esta virtud. El sistema de crecimiento nos indica, pues, este jefe, biológicamente bajo el aspecto del sol, humanamente bajo el aspecto del jefe de familia, el padre. En este punto no debemos omitir darnos cuenta de si «madre» designa el hombre de la pareja como padre para con sus hijos y comprobar que su memoria emocional no queda apegada a la información relacionada con el abuelo materno, quien, además, ya no está, pues el sol apagado que se designaría entonces al niño confundiría a su espíritu en las zonas inconscientes pero

activas. El canino se acompaña del despertar de estas zonas esenciales que son las áreas corticales del lenguaje, eso nos introduce a pie juntillas en la dimensión humana y consecuentemente en la complejidad del espíritu. Si hasta ahora podíamos comprender los dientes sobre simples niveles biológicos, a partir de ahora deberemos contar con el espíritu.

La noción de leyes también debe hacernos considerar la coherencia de los registros acarreados por las memorias de los dos grupos familiares que se han aliado por medio de la pareja parental. Sin querer prohibir o tachar de imposibles las alianzas interculturales, a sabiendas de que los hechos no son portadores de informaciones sino tan solo de los estados emocionales que los acompañan, para los caninos debemos permanecer atentos a las señales que un retraso de aparición podría revelar. La noción muy biológica de la alianza desacertada traspasa el deseo de libertad de nuestra propia voluntad. La alianza desacertada es un sistema que funciona y cuyos efectos se han revelado en los dientes definitivos. La dentición de leche puede manifestarla, pero no de esta manera tan flagrante a nivel de los incisivos superiores como lo hará por medio de la dinámica de los caninos laterales. La confrontación de memorias «extranjeras» podría plantear un problema a la hora de la aparición de los caninos de leche si la elección del idioma hablado afectase a uno de los dos elementos de la pareja parental, que siente como si tuviera que renunciar a la suya dentro de una emoción opuesta a la decisión manifestada por la razón. Esta elección parece, por otro lado, totalmente inútil y neurológicamente injustificada, siendo el sistema neuronal muy capaz de integrar simultáneamente dos idiomas en este nivel de su desarrollo. Lo que sí plantearía un problema, otra vez, sería más bien una guerra subyacente entre dos idiomas, subsistiendo dentro de la memoria inconsciente de uno de los padres, que una eventual complejidad en el aprendizaje. Recordemos el valor identificativo de un idioma y la información acarreada por un incisivo lateral sur-numerario arriba a la izquierda, el cual hace referencia a un dialecto per-

dido, a un idioma abandonado y olvidado. El espíritu humano solo existe por medio del verbo y solo se manifiesta hablando; el número de etnias (siendo una etnia un grupo de seres humanos que tienen en común un idioma y una cultura) que se alistán en movimientos violentos independentistas no representan más que unos sufrimientos profundos de identidad. Pero cuando un ser humano pretende que el otro le quite o le prive de su identidad, no es más que un atajo cómodo para no acercarse a su propio alejamiento de este maravilloso «quién soy» que se encuentra más allá de lo manifestado. Pero, para su descarga, parece obvio que un conquistador que se apropia de una nueva tierra empezará por imponer su idioma y su cultura. Este mecanismo es reconocido ancestralmente como seguro para hacerse con un territorio. De esta forma podemos entender el riesgo y las reacciones manifestadas frente a la instalación de nuevas culturas en nuestro propio territorio. Nuestros sistemas arcaicos nos hacen sentir al invasor y al ocupante, lo que pocos pueden gestionar en conciencia, y mucho menos desde el corazón.

El estudio del canino nos ofrece observar por primera vez la complejidad de esta trinidad viviente que es el ser humano: cuerpo, corazón y espíritu. Este conjunto trinitario debe ser elaborado con coherencia, construido sobre una estructura sólida. Ninguna pirámide puede ser edificada sobre una base inestable, y el cuerpo es esta base. Es el que da luz a las estructuras neuronales que el espíritu conquistará por medio del verbo. El canino representa la plomada que indica el eje vertical a lo largo del cual se edificará el conjunto. Nacido de la tierra, el ser humano está llamado a llegar a su cielo. Nacido de una madre, está a la espera de su padre. El canino nos señala esta necesidad, a partir de ahora viva, asequible por medio de sus estructuras activas en el cerebro. Si «madre» nutre el cuerpo, el canino nos revela que «padre» nutre el espíritu, y para ello se necesita un lenguaje, el verbo. El desarrollo nos muestra, pues, la necesidad de coherencia entre madre y padre, la necesidad de una alianza, de una pareja auténtica unida por este

nivel emocional que es lo límbico del cerebro, el corazón en el ser humano.

Los caninos de leche tienen pocos problemas, los más habituales son dificultades de implantación tales como el retraso o el amontonamiento. Hasta la afección por caries no parece interesarles... En lo que se refiere a los retrasos en la erupción, el móvil activo e inconsciente será una indecisión en designar a un jefe, de orden y de jerarquía. Lejos de limitarse en considerar que una mujer dude en designar a un hombre con valor de padre, deberemos, tal y como lo hemos explicado, examinar la alianza de los grupos que determina la pareja. Poniendo de lado nuestra opinión personal y sopesando la pareja bajo un punto de vista casi antropológico, deberemos admitir que ciertos grupos no «deberían» unirse. La memoria de la humanidad recela instantes y hechos que tenemos que tomar en consideración en cuanto intentamos elucidar ciertas manifestaciones biológicas. Asimismo, ciertos grupos humanos no estaban en medidas de encontrarse y por lo tanto dar lugar a una alianza entre ellos, particularmente por razones geográficas. Las fisuras labio-palatinas estudiadas en el tomo anterior (*Décodage Dentaire Tome 2, les maladies buccales et les mots pour le dire*, Le chariot d'or, 2009) nos demuestran la amplitud de las memorias activas de la humanidad. Este estudio ha puesto también en evidencia la importancia del estado emocional de la mujer que se descubre embarazada, pues ella preparará el cuerpo del futuro niño para estar perfectamente adaptado al mundo en el cual le dará a luz ya que este mundo, lejos de ser el biotopo natural que los sentidos biológicos describen, es más bien una biocenosis compuesta de un conjunto de individuos, de organismos vivos llamados seres humanos. ¡Tantos mundos de pleno derecho, hechos de pensamientos, de ideas únicas y diferentes de percepciones individuales que nuestras emociones identifican! Y nuestros dientes están en este espacio donde el espíritu toma vida, donde algo fundamental y único alumbró su propia identidad: la boca.

El retraso en la implantación nos permitirá observar la coherencia de las culturas que se encuentran reunidas en un niño. Ya que la cultura y el idioma hacen referencia a un grupo étnico, la biología puede descubrirnos alianzas indebidas en el lugar mismo donde la razón confesará la libertad de elección. La mayoría de los idiomas de nuestras regiones tiene en común un origen etimológico llamado raíz indo-europea. Pero debemos saber que existe otro grupo importante: las lenguas de raíz hebreo-fenicias. Si bien estos dos grandes grupos tienen la lengua sumeria como lengua madre, la escisión entre ellos ha sido consumada. Y pese a que estos dos seres puedan manifestar el deseo de unirse, ¿qué será de los grupos respectivos anteriores a ellos? Cuando reparamos en el mundo y sus choques, tenemos derecho a preguntarnos si podemos o si tenemos el poder de elevarnos solos contra la masa refractaria. Ciertamente, el amor puede unir a dos seres... pero, ¿a dos pueblos? Y un niño... si es fruto biológico de dos seres, no puede ser sustraído de la influencia de sus mayores.

Recuerde, amigo mío, que hay escrito en este libro del espíritu, tanto de anatomía como de fisiología, que es la Biblia, que «los padres comen las uvas verdes y a los niños les rechinan los dientes». De la misma manera que se mencionan los efectos de las acciones de nuestros ancestros sobre siete generaciones. Nos gustaría a todos, creo, hacer de las guerras unos sencillos hechos históricos, pero las heridas dejadas en la memoria de la gente, sufrimientos infligidos al corazón, dejan en el sistema límbico unas huellas que el córtex no podrá llevar a la conciencia, pero que permanecerán siempre activas. Recuerde entonces que el niño será muy a menudo el remedio para los abuelos, como respuesta a unas preguntas sobre sufrimientos hechas por parte de los padres.

Hemos podido, de esta forma, observar por medio de los dientes este mundo maravilloso que es el espíritu y donde el tiempo no existe del modo en el que lo vivencia el cuerpo. Ciertamente, el espíritu pertenece a este universo donde la velocidad más lenta es la de la luz, tal y como

la enuncia el profesor Régis Dutheil. El siglo XIX sigue siendo el soplo de antaño...

Con el fin de comprender mejor las dificultades que manifestaría un canino, contemplemos las lenguas simplemente bajo su aspecto sintáctico. El francés y el alemán son ejemplos perfectos para que aflore la dificultad. El lugar ocupado por el verbo cambia según la lengua, modificando consecuentemente el orden de la frase. Si las declinaciones en alemán son ecos de las declinaciones latinas, no es menos cierto que la estructura del lenguaje debe adaptarse a ello. Sin embargo, sí, lo puede técnicamente, de la misma manera podrá encontrarse incapaz de ello debido a la existencia de unos sistemas límbicos, unas memorias emocionales que impiden la alianza en el sistema del francés y del alemán aun sesenta años después de la guerra... Las memorias límbicas, pero mucho más el contenido del inconsciente psíquico, actúan con más poder que nuestra pobre y única voluntad.

La confusión que se observa más frecuentemente en los caninos de leche es su permanencia en la boca a pesar de la aparición del canino definitivo. Nos encontramos aquí frente al miedo no expresado del niño que crece. Los caninos, como los demás dientes, son la parte manifestada del un espíritu silencioso, que no se nombra. Y estos caninos cuentan el peso de los deberes y de la moral. Entonces crecer es también el fin de esta libertad que siente el niño, la despreocupación y este tiempo para el juego donde nos se inmiscuyen los deberes. A menudo el niño que muestra una persistencia de sus caninos de leche ha tenido la oportunidad de observar a uno/a hermano/a mayor que ha dado el paso en el mundo de los mayores donde la cantidad de deberes pone fin a este bendito mundo de la niñez. Las prohibiciones han sucedido a los permisos, los deberes ocupan el tiempo en lugar del juego y el peso de las obligaciones ahoga la imaginación creativa de estos mundos donde el niño se inventa, muere y renace constantemente.

Pero si es el mayor de los hermanos, puede manifestar por igual la memoria transgeneracional de un niño que ha tenido que ser mayor muy pronto, demasiado pronto. Tal como los niños mayores que han tenido que ocupar el lugar de la madre fallecida para cuidar de sus hermanos más pequeños, o de un padre desaparecido, y tienen que ir a trabajar para sobrevenir buenamente a las necesidades de la familia. La persistencia del canino de leche refleja este deseo de hacer que dure el tiempo, no de la falta de responsabilidad, sino de su limitación. Entrar en el mundo de los mayores se traduce también en las normas que regulan su funcionamiento. Demasiado a menudo el juego se convierte en una ocupación pueril y un sinónimo de pérdida de tiempo. Es desconocer el papel esencial del juego en la estructuración del sistema límbico y en la puesta en marcha de la eficacia de los potenciales del futuro adulto. Los etólogos han notado que privar a un animal de su período de juego con sus congéneres hará de él un predador débil y mal reproductor. Se lleva demasiado pronto a los niños al mundo de los mayores, bajo la mirada inquieta de los padres que esperan verlos manifestarse como genios o superdotados. El Q.I.² y el aura de vedette que lo rodea ha hecho perder de vista el Q.E. (cociente emocional) que es al sistema límbico lo que el Q.I. al córtex. Sin embargo, la observación del desarrollo natural de los soportes biológico nos recomienda dejar a los niños tiempo para jugar. Una vez más, hacer de ellos unos monos sabiondos no presupone su capacidad a la inteligencia, a la Vida y a la conquista del espíritu.

A los dieciocho meses estamos frente a una boca que dispone de dientes sobre un maxilar superior e inferior, reflejando la percepción de lo viviente tal como el niño pequeñito la conceptualiza. Hay dos individuos fundamentales: el padre y la madre, dos individuos estabilizadores: el papá y la mamá. Y de ahora en adelante una herramienta nueva para relacionarse: el lenguaje

2 El editor presupone que el significado que da el autor a Q. I. es «Cociente o Capacidad inteligente».

verbal. Los dos caninos superiores están vinculados a este padre designado y reconocido por parte del inconsciente como «padre». Este puesto, como hemos visto, puede tan solo estar ocupado por el individuo que «madre» habrá designado como tal. Pero, ciertamente, una vez designado, el individuo debe ocuparlo. La dimisión es cosa corriente, la ausencia, no física pero manifiesta, lo es por igual. Los dos caninos superiores pueden y van a reaccionar a la emoción desencadenada en «madre» por la mirada que dedicará a «padre», por su forma de juzgar sus actos y también por la comparación que establecerá en base a las informaciones de sus propias memorias adquiridas y cuyo acceso es más difícil todavía, sus memorias inconscientes, de nivel o de índole transgeneracional. No obstante, el canino nos permitirá observar esta dependencia efectiva entre el niño y el «padre». Recordemos que este tejido biológico se mantiene vivo gracias a las producciones hormonales. No perdemos de vista que «padre» es este tutor que permite al niño erigirse desde su Tierra hacia su cielo. «Padre» es el eje vertical que la madre da a su hijo. La transposición más correcta de la naturaleza sería el sol que orienta el crecimiento de los vegetales. En nuestra biología, la luz del sol actuará sobre nuestro crecimiento óseo, a la vez en el ciclo de la vitamina D, y en la secreción de la melatonina por la epíffisis, la cual asegurará el crecimiento vertical. Una perturbación en la dinámica de los caninos deberá ser utilizada como indicador de una problemática en el tejer de los vínculos, a la vez humanos y biológicos. Sin querer caer de ninguna manera en la culpa o en el juicio emitido sobre un error cometido, los dientes de un niño deben mirarse como si fuesen un espejo en el cual se proyecta el inconsciente manifestado. Pero queda bien claro que el «trabajo» que debe hacerse entonces incumbe a los padres, tanto a la madre como al padre, en lo que a los dientes se refiere, ya que la madre detiene las claves más importantes, pero el «padre» no puede esconderse bajo una falta de responsabilidad que vemos manifestarse demasiado a menudo.

La implantación del canino nos ha llevado a este amanecer que es el espíritu. En la estructura cortical, la maduración funcional posibilita el acceso al lenguaje verbal, el cual traspondrá el territorio terrestre necesario para la existencia del cuerpo biológico en el campo aéreo necesario a la vida del espíritu. El verbo utiliza el ámbito aéreo para propagarse, ya que el espíritu solo existe en este medio: el aire. Si la madre garantiza la seguridad en la Tierra, el padre debe asegurar protección en el aire. Por eso es el «guía», y su eficiencia como tal será directamente proporcional al valor que le conferirá la mirada de la madre. El guía proporciona direcciones a seguir, indica el camino.. como lo hacían, para nuestros lejanos antepasados, las estrellas en el cielo nocturno y el sol de día. De nuevo estos astros celestes... Esta analogía nos permite comprender la noción de protocolo. Un protocolo es un modo de empleo para relacionarse o entrar en relación con lo que tiene que ver con el «rey», entendiéndose como jefe. Pero los protocolos son variables, y la más grande variabilidad es la interfamiliar, luego social, todo ello dentro de la rutina llamada cultural donde el protocolo puede rápidamente usurpar al ritual. El canino combina sabiamente protocolo y ritual. Un retraso en la erupción de los caninos laterales superiores nos permitirá proponer una revisión de los protocolos. Existen los que son necesarios al seguimiento de los actos sobre la tierra y los que son necesarios a la relación con los ciclos del astro solar: en este momento toca comer, en este otro nos acostamos y en tal otro toca hacer otra cosa. Hay un protocolo para ir a acostarse, y detrás del mismo se esconde un ritual... raramente podemos escapar a ese último beso, a la historieta, a esas palabritas repetidas cada noche en el mismo orden... Protocolo y ritual tranquilizan, ordenan. Y al cerebro le gusta el orden por encima de todo El cerebro establece unas conexiones neuronales que permanecerán activas por medio de un proceso jerarquizado y ordenado. Podemos debatir sobre nuestros deseos de seres humanos, pero no podemos reinventar la neurobiología. Todos los cerebros funcionan de la misma manera, y si eso es un juego, pues mejor conocer sus reglas

y aceptar aplicarlas. De lo contrario no deberíamos rebelarnos por haber perdido jugando fuera de normas... Y la principal regla de juego del cerebro es matemática.

Mi querido amigo, si se desea poner en palabras sintéticas las nociones de protocolo y ritual, para los cuales el canino nos muestra su afinidad, diremos que el ritual nos recuerda cuándo hay que hacer qué, y el protocolo nos permite saber cómo hacer qué... Lejos de ser unos esquemas cerrados, estos dos sistemas tienen una función de orientación en los efectos de cada uno de nuestros actos. Así como tendremos oportunidad de volver sobre ello, la estructura dual del ser humano, cuerpo y espíritu, nos ofrece descubrir la función de reciprocidad que une estas dos partes. El ritual recuerda a nuestra dimensión biológica lo que hay que hacer para mantener el espíritu vinculado al tiempo (cuándo) mientras el protocolo nos asegura que el acto llevado a cabo según ciertas normas permitirá alimentar al espíritu y no al cuerpo. Hemos pasado largas noches despiertos por esta dualidad maravillosa, poniendo el uno al lado del otro lo que somos y quienes somos. Nuestros espíritus han tropezado mucho tiempo en la percepción real de estos términos y sus correspondencias vivas en nosotros. ¡Qué maravillosa revelación!

Por muy extraño que parezca, la apertura de las áreas corticales del lenguaje revelan la puesta en marcha del espíritu humano en el mundo de las letras, del lenguaje. Pero, ante todo, el cerebro es una calculadora matemática, está gobernado por las matemáticas, o más bien, las matemáticas nos permiten comprender la evolución tanto de lo viviente como de la estructura del espíritu. Por lo demás, una cultura asocia a cada letra un valor numérico. Se trata de la cultura hebraica, donde las correspondencias entre letras y cifras forman la gematria. Numerosos códigos utilizados por las fuerzas armadas transforman las letras en cifras o desplazan las letras en función de códigos matemáticos. En otros ámbitos, la utilización de algoritmos matemáticos permite prever las diversas manifesta-

ciones de la vida y de lo viviente... Asimismo, las letras y las cifras son las moléculas de la vida de nuestro espíritu, como lo son los aminoácidos, factores de vida del cuerpo biológico y las bases aminoácidas que componen la cadena del ADN.

Llegados a este punto no puedo, amigo mío, sino hablarle de cifras de nuevo. El canino nos ha llevado al 3, cifra base de la dinámica viviente. Pero la primera cifra de la materia es el 4, cuadrado del 2. El venerable Schwaller de Lubicz escribió sobre el tema: «Para poder procrear, se necesita Tres Principios en Uno, compuestos de dos naturalezas opuestas surgida la una de la otra. Uno por uno siempre dará uno, pero vemos que dos por dos hacen un cuadrado, una superficie engendrada, algo que resulte en procreación, de una función». Justamente la procreación se perpetúa por la combinación de 4 bases aminoácidas que forman la cadena del ADN que lleva a su vez la totalidad del conjunto de la forma y de las funciones a engendrar.

Y deje que le hable además de la entropía... Es lo que mide el azar, lo que estructura el desorden, es la energía que se transforma en calor y que desaparece para no volver nunca. Donde no basta, a veces, el lenguaje, la poesía de las matemáticas y de la física puede aportarnos luz. La entropía es la cadena del agrimensur, define los límites de una cadena de acontecimientos, el principio de una historia así como su final. La entropía es esa capacidad única que da una dirección precisa al tiempo: es la flecha del tiempo. Apunta hacia este estado de equilibrio, y donde algo está de menos hace aparecer algo por demás. Necesita del crecimiento en respuesta al declive e inversamente. Para cualquier creación llama a su contrario, el cual no es forzosamente su opuesto... y el dios de su culto es el equilibrio.

El canino, como elemento dental, es muy singular. Es el único representante de su clase. Los incisivos son dos, los molares también. El canino, él, es un solitario. Por lo menos así lo podríamos creer con la simple observación de una boca. Pero en cuanto nos acercamos a la dinámica de vida, aparece más bien como un jefe

de orquesta; así que si está solo dentro de su clase dental, de hecho está vinculado a otros dientes. En la dentición definitiva le descubriremos un lazo dinámico con la muela del juicio. Pero en la boca de un niño, en el seno de una dentición de leche, se presenta como una calculadora entrópica.

¡Podrá entender ahora que no le he hablado de entropía en vano! Veamos: el espíritu humano es un sistema que calcula constantemente. Y no le hablo de los cálculos escolares. Sin embargo, adiciones, divisiones y multiplicaciones están permanentemente efectuadas bajo su estructura. Por medio de estas tres operaciones, la vida se mantiene y se despliega. Para Schwaller de Lubicz, la división manifiesta la vida (bajo el modelo de la mitosis), la adición une lo separado desde la causa original y la multiplicación procrea. Y antes de continuar con la exploración de nuestros pequeños caninos, recuerde siempre, querido amigo, que los dientes son tan solo un espejo en el cual observamos lo invisible... La causa que se refleja ahí preexistía y les sobrevivirá...

El canino de leche es en realidad un diente muy estable, y raras veces se encuentra afectado por las caries de forma aislada. Los únicos casos en que lo está pertenecen al síndrome cariioso generalizado, conocido bajo el término de «caries del biberón». Las modificaciones en las fechas de erupción son también poco corrientes, pues todo lo que hemos dicho sobre ello puede expresarse sobre otros dientes. Pero, no obstante, es un dato a explotar, en su caso... en cambio, con una calculadora, proyectará esencialmente sus resultados discordantes sobre el segundo molar de leche que vamos a poder descubrir en el capítulo siguiente. El canino refleja el ordenamiento de la manada, del niño en el seno de la manada. Acompaña el despertar de la dimensión del espíritu, manifestado fuera debido a la emergencia del lenguaje verbal. De la misma manera que para la manada, el lenguaje verbal se organiza por medio de una sucesión de subconjuntos llamados fonemas que deben estar

ordenados para poder volverse inteligibles a los demás. Una manada funciona así. Se crea dentro de un subconjunto mínimo por medio de la unión de dos seres, un macho y una hembra, los cuales aumentan su número con la procreación. Los cachorros se siguen dentro de un orden matemático y se organizan dentro de un entramado muy simple: el mayor, el menor y el benjamín. Si un cuarto elemento aparece, se colocará al final de la cadena, pero volverá al principio de línea, como número 4, bajo el número 1, por lo tanto en la columna de los mayores. El orden real puede perfectamente verse perturbado por la existencia de niños que no nacieron, o bien que murieron al nacer, pero que ocupan un rango dado. Asimismo, un número 3 puede, si se tienen en cuenta las interrupciones de embarazo o los abortos, ser de hecho un número 4 o 5, por lo tanto aparecerá en la columna de mayor o de menor, pero en ningún caso en la de benjamín. Un canino podrá avisar de un problema inconsciente manifestado por un conocimiento biológico de un fenómeno que no se expresó en palabras. El retraso en la implantación o, clásicamente hablando, un posicionamiento desalineado, será su señal. Hablar, decir, queda entonces el mejor remedio, pero, claro, hay que abrir la caja de los secretos.

El canino de leche no se ve afectado por la noción de secreto, pero puede pagar las consecuencias en el caso de una dentición de leche. En cuanto al canino definitivo, su dinámica estará vinculada a las muelas del juicio, las cuales sí pueden manifestar el peso de un secreto. Por lo pronto, el alojamiento del espíritu vinculado al canino parece estar sometido a las informaciones del alojamiento reflejado por la muela del juicio, mucho antes de que esta misma aparezca en la boca o sea mineralizada en el hueso. Resumiendo: los dientes nos empujan en este camino que se presenta difícil, el de la autenticidad y la honestidad, caminos que serpentean sobre la plaza de la verdad.

Dentro de la dinámica del lenguaje, el canino tendrá también un papel de estimulador de crecimiento sagital del maxilar superior. Los caninos inferiores deben normalmente deslizarse a lo lar-

go de las caras palatinas de los caninos superiores. En la dentición de leche se observan a menudo unas puntas usadas, allanadas. Estas caras amplias para el deslizamiento transmiten unas fuerzas de expansión laterales al maxilar superior. Un paladar estrecho que no se ensancha debe llamar nuestra atención sobre la actividad del lenguaje hablado. Un niño silencioso puede volver difícil el crecimiento de la anchura de su paladar. ¡Puede! Pues, para que tenga efecto este silencio, intervendrán otros parámetros que estudiaremos en el capítulo de las malas oclusiones y de los trastornos de ortodoncia. El desgaste de las puntas de los caninos en una dentición de leche permite provocar un contacto de deslizamiento sobre los grupos de molares. Son estos mismos dientes los que aseguran la transmisión de las informaciones de crecimiento lateral.

Y antes de terminar esta carta sobre los caninos de leche quiero, mi fiel amigo, recordarle todavía lo siguiente: existe un lenguaje que une a la perfección el sonido y las matemáticas: la música. La música es un lenguaje matemático. Es este vínculo perfecto entre nuestro espíritu y lo invisible, pero igualmente entre nuestro espíritu y el cuerpo, el cual quiere por encima de todo responderle por medio de la danza que, en sí misma, es el lenguaje del cuerpo. Entendemos, por lo pronto, que desde siempre y en todas las civilizaciones de las que hemos conservado las huellas, la música y la danza fuesen omnipresentes durante las ceremonias en honor a los dioses. Son la unión del cuerpo y el espíritu, conectando el quién a la gran matriz fuente de vida.

Con estos recordatorios que tocan lo más precioso de nosotros mismos voy a cerrar esta misiva y dejar aquí los caninos para seguir con la exploración de los molares de leche, puesto que el diente siguiente y último en posicionarse es el segundo molar de leche, diente número 5. Nos volveremos a encontrar para tratar del tema en un correo posterior.

Suyo atentamente.

Octava carta

12 de agosto de 2010

Mi querido amigo, he nos aquí para celebrar los 24 meses de nuestro joven paciente... Tiene a partir de ahora 16 dientes en la boca y va a vivenciar la implantación de sus últimos dientes de leche para completarlos a 20 antes de que los dientes definitivos hagan su aparición para reemplazarlos. El segundo molar se parece a un libro de memoria completa de las experiencias llevadas a cabo bajo el amparo de los demás dientes, como si la calculadora que es el canino plasmara sus resultados. Pero le dejo descubrir este último diente de leche.

El segundo molar de leche presenta en primer lugar una extraña particularidad anatómica: es totalmente idéntico al primer molar definitivo que se posicionará justo después, en el fondo de la boca, a la edad de seis años. Este parecido anatómico ha sido el origen de errores cometidos en ciertas intervenciones dentales.. El molar definitivo es tan solo más grande en tamaño, pero totalmente homotético al diente de leche. Por lo tanto, esta particularidad no se debe tan solo al azar, como lo vamos a descubrir. O, si se debe a eso, ¡el azar es mucho más sabio que nuestro intelecto! Llegando el último sobre el arco dental, se beneficia de un conjunto constituido y operativo, y estamos hablando del sistema cortical. A partir de ahora estará capacitado para utilizar el verbo y descubrir el mundo, para relacionarse con los actores de este mundo y para nombrar cada elemento del mismo. Con eso y todo, si el sistema tiene un perfume de

universalidad, queda prisionero de esta dimensión biológica, material, y de su miedo más ancestral y más arcaico antropológicamente hablando: el ser abandonado. Este miedo afecta a la supervivencia del cuerpo constituido y se aloja como agujas perniciosas en las memorias profundas del sistema límbico, lejos de las palabras y de las imágenes... Porque el niño, aunque tenga lo que le es necesario para manejar el verbo, no sabe todavía cómo hacerlo. Las palabras permanecen primeramente como unos medios para manifestar sus carencias, por medio de una puesta en palabras de sus ganas y deseos. A la necesidad que solo el cuerpo está manifestando en este momento, el espíritu humano le sobrepone subrepticamente una dimensión que dirige el placer, este placer, un concepto psíquico, cierto, pero que tiene, sin embargo, un eco biológico bajo la forma de endorfinas fundamentales que son la dopamina, la serotonina y las demás sustancias químicas. Hacen resplandecer en medio de la oscuridad de nuestro mundo molecular unos fuegos artificiales bienhechores. Ninguna estructura neuronal sabría pasar de ellas para desarrollarse y crecer hacia estos cielos que la esperan. Un día llegará el delicado problema de saber llamar y renunciar a dejarse llevar por el poder fascinante de estas sustancias.

El cuerpo biológico es esta dimensión particularmente cautivadora de nuestra individualidad. Es **lo que somos**. En cuanto al espíritu, puede quedar toda una vida como portavoz de este cuerpo y nunca ofrecer verdaderamente vida a **quienes** somos. En este punto empieza una ambigüedad fundamental en cuanto a la determinación identitaria. La identidad está compuesta de un conjunto de determinantes que aprendemos muy pronto a repetir. Nombre y apellidos nos salvarán un día la vida si nos perdemos en la multitud. Esta identidad hecha de datos aprendidos de memoria es la respuesta clásica que debemos dar a quien nos pregunta: «¿Quién es usted?». Pero en el presente acercamiento por medio de los dientes se revela simple etiqueta pegada sobre un conjunto celular, y no se parece en nada sino a una usurpación. Quién soy no es lo que soy... Pero hay que admitir que «quien soy» necesita

de «lo que soy» para existir en el mundo. Para alcanzar un cielo, hay que, antes de nada, poner los pies en la tierra, y así todo parece perfectamente **justo**.

El cuerpo explora el mundo por medio de tres haces vinculativos: biológicos (los sentidos), emocionales (dando valor a las informaciones sensoriales) y verbales (permitiendo transmitir una memoria, un aprendizaje). La biología utiliza estos vínculos para asegurar la supervivencia. A todo ello el ser humano ha añadido una memoria con el fin de compartir el descubrimiento de este mundo. El conjunto de nuestras experiencias de encuentro con el mundo irá estableciendo poco a poco el catálogo descriptivo, tanto como el mundo nos enseñará los elementos determinantes de nuestra identidad (tú eres así, asá, etc.). Nuestras memorias quedan para siempre activas y orientan nuestra elección en cada momento para evitarnos la muerte, pero, sobre todo, como ser humanos, para evitarnos sufrir. La superposición de los catálogos memorizados «peligro de muerte» con «memoria de las penas» y, por otra parte, «posibilidad de sobrevivir» con «memorias placenteras», se hace a espaldas nuestras desde una edad muy temprana. La exploración de estos fenómenos ha sido campo de investigación para Freud, por ejemplo, pero de otros por igual. Decir que no hay más salida a este mundo biológico que quedarse sin desanudar los enredos entre casualidades y efectos es sencillamente privarse de la dimensión singular y maravillosa del espíritu. C. G. Jung no lo admitió y lo adjuntó a la realidad biológica, dando así lugar a la dualidad básica del ser humano: cuerpo y espíritu. Esta dualidad no puede resolverse por medio de un duelo, tan solo puede resolverse entendiendo las funciones de reciprocidad que entretienen los dos términos del conjunto. En esta conceptualización del ser humano podemos hablar de «lo que soy y «quien soy».

Mi querido amigo, veo que estamos entrando muy profundamente en los meandros de la psique humana mientras que nuestro pequeño paciente tan solo tiene dos años. Pero bien sabe usted que eso es

necesario para poder comprender el alcance del diente que nos está esperando. Nos hemos dejado llevar por esta necesidad primordial del juego manifestada por igual por el mundo animal. Lo que todavía no había sido dicho, y que se impone aquí, es que el animal humano encuentra en ello un recurso básico, una llave para la libertad, un motor de vida para el espíritu. Y si pierde esta llave quedará encerrado en el mundo animal. Este regalo que nos está ofrecido como puente de luz hacia la vía del espíritu se llama magia. El niño está impregnado de magia, profundamente, y nosotros, los adultos, espectadores con recuerdos apagados, llamamos a esto «ignorancia», «futilidad», hasta «mentiras». Pero si apagamos la magia en el conocimiento de la vida que el cerebro aprende y registra, ¿qué posibilidad les dejamos de descubrir el infinito?

El diente número 5, último molar de leche en la boca del niño, es el que le brinda apoyo para erigirse. Ciertamente, no se va a erigir tan alto como el adulto, limitándole su talla física. Pero su espíritu está mucho más elevado en su cielo, pues, más o menos indemne de desilusiones, de deberes y obligaciones, de esta observación maniquea del contenido de la existencia. Persisten sus ojos en el mundo de los sueños y cree todavía que todo es posible. Aún ve la vida con sus ojos bien abiertos sobre lo invisible. Pero los portones pueden cerrarse con el aprendizaje de la existencia y los efectos de este algo que vive en él, lleno de sufrimientos y de miedos.

El segundo diente de leche es el diente de la estructuración del niño. Esta estructuración se realizará en base al sistema límbico, el cual se ordenará y establecerá el soporte de las zonas neuronales que, más adelante, razonarán la vida. De esta manera comprendemos el peso de las memorias de sufrimiento que la niñez almacena sin la modulación que unas palabras explicativas podrían aportar. El sistema límbico, en la construcción de sus memorias, es puramente lineal, hecho de causas y de efectos. Por lo menos es así cómo funciona para establecer catálogos de referencia para sus elecciones de supervivencia. Y dentro de estos registros fundamentales, el diente

número 5 gira su mirada con temor hacia el grupo. El grupo de seres humanos al cual tiene necesidad de apegarse se llama «familia». Se ha visto biológicamente muy apegado a él, pero de ahora en adelante las palabras se volverán herramientas por excelencia, fuente de pruebas. Les dará más poder que a sus propias percepciones. Las palabras se vuelven vectores de la única verdad que debe figurar. El resto zozobrará poco a poco en lo indecible, lo no perceptible, lo indigno de fe. El conocimiento derroca lo sentido, pero también lo resentido. Y solo se le ofrece la inteligencia como herramienta de supervivencia. Lo que nos enseñan los dientes es que una dificultad en el aprendizaje escolar es tan solo secundaria en una zona límbica maltrecha que, consecuentemente, no puede sostener la zona cortical de la cual está a cargo. No saber no es el principal problema, sino la consecuencia de un problema preexistente en el inconsciente, memorizado dentro de la estructura de naturaleza emocional. Si el canino calcula, el segundo molar hace patente el resultado.

Este nuevo diente en la boca se posiciona en un lugar en resonancia con una zona clave de nuestro espíritu. Pero debemos entender muy bien que eso se da en el momento en que la vivacidad de utilización de las palabras parece estar todavía limitada, de hecho naciente. El niño vive, ante todo, lo que ve y no lo que oye. Sin embargo, lo que oye será capaz de definir lo que ve. La dentición permanente nos permitirá entender la importancia de este sistema asociado a esta zona bucal y por el diente que se encontrará allí. Lo que será entonces un segundo premolar podrá verse como una pasarela tendida por encima del vacío del espíritu hacia el infinito. Y de nuestra niñez nos quedará la posibilidad de poder atravesarla; de nuestros sufrimientos memorizados se levantará la imposibilidad, que no tendremos más remedio que llamar entonces ilusoria. Siendo mayores, y sin por ello presumir de ser adultos, desestimaremos por completo el miedo del abandono y nos negaremos con fuerza y determinación a volver a estos momentos cuando el abandono se nos mostró como un sentimiento

profundo. El diente número 5 de leche realiza por sí mismo este sencillo cálculo: ¿estamos o no atrapados en el grupo? ¿Tenemos o no un lugar en el grupo? ¿Manifiesta este un grupo algún interés para nuestra existencia? Y mientras nuestro grupo continúa con su vida, prueba irrefutable de que no estamos abandonados, solos, nuestro espíritu mostrará una extraña capacidad: iconvenecerse de que lo está!

Desprovisto a sus dos años de hormonas sexuales, desprovisto de esta capacidad de poder cazar solo (lo que solo puede ofrecer la autonomía biológica), somos dependientes del grupo. Pero si nuestro cuerpo sobrevive y ha sobrevivido, entonces ¿qué es lo que ha muerto? ¿Nuestro corazón?

Los segundos molares de leche del maxilar superior aparecen en la boca de manera bastante anodina. Mientras que los primeros dientes se han visto acompañados en su erupción de llantos y gritos de dolor, cuanto más tiempo pase, más parece el cerebro habituarse a estas sensaciones bucales. El sistema de alarma se ha suavizado y acepta como normales las percepciones que emanan de su cavidad bucal. Los dientes 55 (segundo molar superior derecho) y 65 (segundo molar superior izquierdo) nos muestran la síntesis de nuestra relación con «padre» y «papá». La búsqueda de coherencia entre los vínculos biológicos y los sentidos emocionales esperan las palabras de confirmación o de invalidación. De esta manera los dientes nos enseñan a nosotros, los adultos, aunque que nos parezca un poco tarde, que nuestras palabras tienen un poder a maravilloso del cual tenemos muy poca consciencia. No obstante, podemos así admitir mejor el papel que tienen los cuentos, las historias que podemos contar. Cada palabra pronunciada generará una imagen... cada imagen una emoción, un estado emocional, y todo ello se va memorizando. Nuestro espíritu se construye así por medio de palabras e imágenes, pero cada imagen debe tener también una leyenda como las historias de las tiras cómicas... ¡es tan natural y tan sensato! ¡Tan... biológico! Y cada momento vivenciado, cada emoción resentida, guarda la memo-

ria de estas palabras y de estas imágenes que describen la escena. Podremos, más adelante, y lo haremos con una facilidad desconcertante, olvidar. Sin embargo, este fenómeno tan solo borra las palabras y las imágenes, asegurándonos que nada ha sido vivido, y deja activas sin que lo sepamos, fuera de nuestro control, las memorias límbicas que pueden ser reactivadas sin conciencia. El olvido es un sistema de supervivencia, de salvaguardia, pero un sistema ilusorio, engañoso, falaz. La verdad de lo que somos no está en la memoria abierta de nuestro córtex, sino en la anfractuosidades de nuestro sistema límbico.

«Padre» nos hace pertenecer a un clan, a un grupo poderoso, ordenado y jerarquizado que nos lleva dentro del mundo, ofreciéndonos un saber hacer. «Papá» nos garantiza ser bienvenido en él, y su mano tendida nos ofrece certeza y bendición. Nuestro espíritu inteligente se asegura de ello por medio de palabras e imágenes, gestos y signos. Debemos entender, sin embargo, que las palabras que oímos han pasado la criba de nuestro detector de mentiras: el sentimiento. Lo que sentimos, aunque no lo transpongamos nunca en palabras, es este «no sé qué» que captamos del mundo, de esos otros que lo pueblan. Las palabras a veces no se corresponden en absoluto a estos sentimientos, como una imagen asociada a una mala leyenda, un texto en un bocadillo de cómic que no se corresponde en absoluto con la imagen que se muestra. La coherencia es lo que busca nuestro sistema, el equilibrio, motor de la entropía... las matemáticas son la herramienta de nuestro cerebro para aprehender lo invisible. Lo que nuestros ojos no pueden ver y nuestros oídos tampoco oír, nuestro espíritu lo integra y reacciona. El disco duro no es nuestra memoria despierta y consciente, ni tampoco este espacio neurológico llamado sistema límbico que, en el mejor de los casos, tan solo puede ser considerado como un sistema relacionado con este mismo espíritu. La realidad no está limitada por lo que vemos y nombramos. El psiquismo es una esfera mucho más extensa que las vibraciones visuales y auditivas. Los arquetipos actúan sin que tengamos necesidad de «saberlos».

Para descubrir el modo interactivo que une estos segundos molares a las esferas impalpables del espíritu vamos a dirigir nuestra mirada hacia sus patologías.

La mayor manifestación que expresan estos dientes, fuera de la afección por caries que detallaremos en el próximo capítulo, es la permanencia de estos dientes acompañada de la ausencia de dientes definitivos que los reemplazarán, fenómeno que se llama agenesia (ausencia del germen que asegura la génesis del diente). Pero para ello deberemos proyectarnos en el futuro del niño, a la edad de tres años, en el momento en que sus dientes de leche estarán posicionados. Porque en este momento preciso tendrá lugar una revolución del paladar: el espíritu por fin se da a luz a sí mismo.

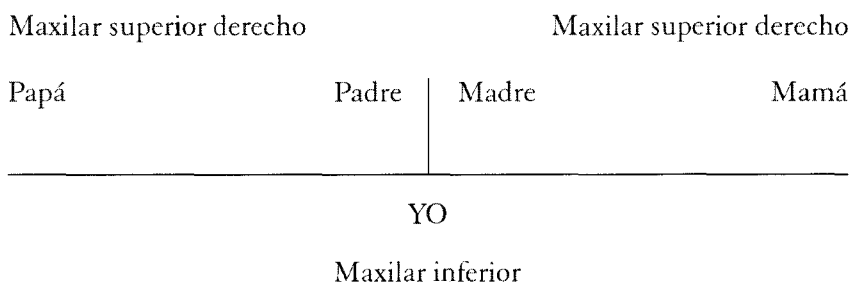
A los tres años el sistema cortical sobre el cual aflora el espíritu gracias a la herramienta verbal edificará su estructura identitaria. Mientras que el mundo solo se poblaba de dos individuos esenciales, padre y madre, un tercer personaje entra en escena: «yo». La identidad cortical ha nacido, después de una gestación de varios meses aparece en el mundo de la relación humana anunciándose orgullosamente bajo el vocablo «yo». Tres años es la edad del «yo», «a mí», «mío». Claro que este yo es una manera de vivir su dimensión biológica, la de su cuerpo. Pero el espíritu es capaz de anunciar «yo» estoy aquí, utilizando este «mío» como prueba de ello. Estamos muy lejos del yo filosófico, y si el cuerpo existe por su presencia material, el espíritu solo lo puede hacer por medio de la voz, manifestación del «yo». Esta entidad cortical solo existe por medio del verbo; hablando el espíritu manifiesta que está vivo, y la parte del cuerpo que se anima cuando «yo» hablo, asegurando que la vida es ante todo movimiento, es el maxilar inferior. Esta mandíbula inferior está incorporada al hueso temporal por medio de la articulación temporomandibular, lugar donde el lenguaje se articula. A partir de este momento nuestro sistema asocia la existencia del «yo» a través de los movimientos de esta parte del cuerpo. Entonces los dientes del maxilar inferior reflejarán los retozos del «yo», y los mis-

mos dientes que hasta ahora habían sido los espejos en los cuales se reflejaban los vínculos tejidos con madre y mamá se transformarán en espejos testigos de la entidad cortical. El esclarecimiento de los apegos entre el niño y su madre así como su complejidad se realizó a partir del siglo XIX. A menudo hemos desestimado estos estudios freudianos. Hoy día los dientes mismos nos lo certifican: el trabajo, no de separación sino de individualización, que estamos llamados a realizar, de hecho se lleva a cabo frente a este personaje: ¡la madre!

Amigo mío, recuerde lo que habíamos esclarecido a lo largo de nuestras intensas conversaciones: que pensemos madre o Tierra, o también cuerpo, nuestro sistema mental entiende la misma nota... Nuestro cuerpo se ha desarrollado dentro del útero de nuestra madre, quién durante nueve meses ha tenido el mismo rol para nosotros que el que la Tierra tiene para con todo cuerpo que lleva: nutrirlo, darle de beber, medios para respirar y un cobijo para dormir. Nuestro espíritu se sitúa en la cima de nuestra estructura corporal y nuestra conciencia atenta debería primeramente conquistar y apropiarse de este territorio que es nuestro cuerpo. Para llevarlo a cabo dispone de la dinámica de la introspección, de una capacidad para girarse hacia sí mismo, hacia este montón de células que le han dado la vida. Nuestra madre nos ha preadaptado para un mundo que su sistema nos ha descrito. Un sistema hecho de algo mucho más grande que sus sentidos biológicos y sus observaciones razonadas: un sistema hecho esencialmente de sus propias emociones sentidas durante la relación humana. Porque si nuestro cuerpo está preparado para interactuar con la naturaleza, este biotopo que nos rodea y nos acoge, nuestro espíritu debe estarlo también frente a estos mundos con los cuales nos codeamos: los otros seres humanos. Y entre nuestro cuerpo y lo exterior, nuestro sistema límbico todo poderoso apunta a mantener el conjunto en equilibrio. Un sistema límbico que le he descrito a menudo como las gafas con las cuales nos ha equipado nuestra madre y que ciertamente nos ofrecían una visión de los demás, pero SU visión. Los dientes del «yo» siendo los mismos que los que se utili-

zan para mantener el lazo entre madre y mamá, hacen que el reapropiarse de uno mismo se presente entonces como una distancia a tomar con la matriz de nuestro cuerpo. Sin embargo, el niño es aquí demasiado pequeño para supervisar esta confusión que se instala entre «lo que» es y «quien» es...

Cuando la identidad cortical se instala a los tres años, y si los dientes del maxilar inferior se han vuelto la «vitrina» del «yo», los dientes del maxilar superior deberán, de ahora en adelante, compartir las memorias de padre y madre, pero también de papá y mamá. Por lo tanto, padre y papá van a ocupar el hemi-maxilar superior derecho y madre y mamá el lado izquierdo del mismo maxilar. Lo que esquemáticamente da lo siguiente:



Esta mutación, este cambio en los significados que se manifiesta a nivel de los dientes, es un momento fundamental, a la vez dentro de la boca y dentro de la estructura identitaria del espíritu. El niño tiene por costumbre manifestar este momento, reforzando la expresión de sus pertenencias por la puesta en palabras del «mío», expresando así que existe y que tiene cierta conciencia de ello... Lo que «yo» no sé todavía es lo que dicen realmente mis sonidos, «me» puede ahora utilizar las palabras para afirmar y confrontar esta dimensión existencial frente a los demás. Hace falta decir que esta dimensión deberá enfrentarse a su propio estrés y

encontrar sosiego a la cuestión más importante de todas que es la pertenencia a un grupo. La naturaleza gregaria asociada al cuerpo «contamina» el espíritu, que deberá a su vez aportar respuestas. El sistema superpondrá entonces los mensajes verbales y sus significantes a unos vínculos explorados ya, biológicos (sensoriales), emocionales (sentimentales). Las caries que se manifiestan en estos dientes han demostrado un sistema que entiende lo que se dice a través de la palabra, observando los efectos producidos sobre el otro. Y las palabras del otro, aunque el niño esté desprovisto de una comprensión de segundo grado (de humor, por ejemplo), solo tomarán sentido por medio de los efectos emocionales observables por la vista. La visión y la audición están estrechamente enlazadas a nivel de las conexiones neuronales. El área de Geschwind es un relé entre el área occipital de la visión y el área temporal del lenguaje. Una palabra parece tener un sentido en primer lugar si está ligada a la forma que produce, si entendemos con eso la mímica del rostro del otro. Nuestras palabras, mucho antes de escribirse, dibujan... Estos lazos entre sonido y forma serán las primicias de lo que llamamos escritura.

La modificación de los vínculos entre dientes y personajes, actores en el mundo del niño, nos permite percibir claramente el sentido, el mensaje que comportan las agenesias de los dientes 5 definitivos, segundos premolares, según su localización. En efecto, la permanencia de un diente de leche puede ser la consecuencia de la ausencia del diente definitivo que supuestamente debe ser reemplazado. Será ese el primer caso que vamos a explorar. Por consiguiente, hablemos de agenesia del diente definitivo o de permanencia del diente de leche en razón de la ausencia del definitivo, el mensaje subyacente seguirá siendo idéntico.

Hubiéramos podido, querido amigo, escoger hablar de estas agenesias en nuestro estudio del diente definitivo, pero hubiéramos tenido entonces que dejar a este niño crecer sin hablar de las memorias básicas que es importante conocer desde ahora mismo... En conse-

cuencia, consciente de la extrañeza de este desarrollo, otórgueme la lucidez sobre los procesos del espíritu que la dinámica dental nos permite «ver».

Más frecuentemente, la agenesia afecta un solo diente, se llama entonces unilateral, pero puede afectar a dos dientes al mismo tiempo y será entonces, en la mayoría de los casos, bilateral, pero sobre el mismo maxilar (los dos de arriba o de abajo). Tan solo el conocimiento y la comprensión de la mutación de los significantes a nivel de los maxilares permitirán hacer la diferencia entre estas manifestaciones. En consecuencia podremos decir que una agenesia unilateral expresa una memoria de un niño de más de tres años, a veces precisamente de más de seis, y que las agencias bilaterales expresan una memoria de sufrimiento de un niño de menos de tres años. La noción de memoria declara justamente que un niño de la genealogía ha vivenciado un acontecimiento que ha desencadenado un sufrimiento y que este mismo ha sido colocado en el sistema inconsciente de nuestro pequeño paciente. De este modo, el pequeño portador de la agenesia no es el que vive el acontecimiento sino que expresa su existencia dentro de las memorias del grupo, lo que se llama genealogía. Sin embargo, esta agenesia nos permite adivinar una sensibilidad particular frente a la posibilidad de vivir, como si fuese un sistema de alarma muy fino y permanentemente al acecho de un acontecimiento preciso.

La agenesia simultánea de los 15 y 25 (segundo premolar superior derecho y segundo premolar superior izquierdo) se acompaña de una permanencia de los 55 y 65 (segundo molar de leche superior derecho y segundo molar de leche superior izquierdo), que nos habla de un niño que ha perdido a su padre antes de los tres años. La agenesia simultánea de los 35 y 45 (segundo premolar inferior izquierdo y segundo premolar inferior derecho), se acompañan de la permanencia de los 75 y 85 (segundo molar de leche inferior izquierdo y segundo molar de leche inferior derecho) muestra el

sufrimiento de un niño que perdió a su madre antes de los tres años. Existe entonces una información importante a comprender sobre este niño: su miedo inconsciente e incontrolable, la de no volver ver cada vez que se marcha a este pariente relacionado con su agnesia. Pues partir y morir tiene el mismo significado... igual que pensar y dormir. Las agnesias colocan el sistema inconsciente en un miedo anticipado y permanente de ser abandonado. Tal comprensión de su hijo permite adaptar las propias palabras y actitudes comportamentales acordes. No pasaremos revista a todos los casos típicos que han podido memorizar tales sufrimientos. Recordemos simplemente que un padre que marchó a la guerra antes de que el niño tuviese tres años, aunque volviese después de cinco años de un campo de prisioneros, no será nunca más el mismo que se fue... El padre que se fue no es el que volvió. Este caso típico nos permite no olvidar que nuestro sistema inconsciente convierte los sentimientos expresables en «como si», en unas realidades al pie de letra. El inconsciente parece que tampoco se beneficia de esta comprensión llamada de «segundo grado».

Una agnesia unilateral, única, afectando el 15 (permanencia del 55) nos habla de un niño que perdió a su padre después de los tres años. El 25 agenésico (permanencia del 65) habla de un niño que perdió a su madre después de los tres años. El 45 agenésico (permanencia del 85) habla de un niño que perdió a un hermano/a después de los tres años. Este caso típico puede también expresar que un niño ha sido alejado de sus hermanos después de los tres años, desplazado en otra familia. Pero por igual su contrario: un niño que vio a sus hermanos partir para vivir en otra familia. Asimismo, numerosos son los teatros en los cuales se han podido vivenciar estos tipos de situaciones. Pero la formulación por la palabra es sencilla y suficientemente evocadora para no dejar de lado la información cuando se la busca.

De estas numerosos comprensiones resulta la explicación de las permanencias de los dientes de leche cuando los dientes definitivos están en fase de erupción. Efectivamente, puede pasar que

el diente de leche parezca no querer caer y manifieste la capacidad de agarrarse a su sitio con la fuerza de la desesperación. Esta manifestación se traduce invariablemente por el «miedo a crecer», como cualquier diente de leche manifestaría. Debemos entonces comprender la parte del niño que detiene este miedo, puesto que cada diente habla de un sistema particular de la estructura inconsciente, siendo inconsciente lo que escapa a la formulación por la palabra capaz de afirmar lo que «yo sé que vive en mí». Habiendo entendido que el diente 5 lleva a cabo el cálculo de una suerte de algoritmo teniendo por parámetros el conjunto de las informaciones simbolizadas por los demás dientes, la permanencia de uno de estos dientes número 5 nos habla de un miedo al cambio global del sistema. El elemento más informativo dentro del mundo del niño es la comparación entre las relaciones de sus hermanos/as mayores con la pareja parental y las propias a su corta edad. Si le parece detectar una diferencia, la interpretará como una ruptura, como una pérdida de lo que estaba antes, y sentirá entonces, sin formularlo, este miedo a crecer.

No podemos entender este diente sin conocer el significado del diente definitivo que lo reemplaza y sin conocer la cronología eruptiva global de los dientes definitivos presente en nuestra mente. Sin embargo, querido amigo, y bien lo sabe, el diente definitivo, este segundo premolar que intenta estar en su sitio, anuncia el fin de los dientes de leche. Una página se gira; un tiempo desaparece. Detrás de él sobreviene en la boca el segundo molar definitivo. Y este diente número 5 está, de hecho, asociado al momento clave y pivote del niño. Antes, él era un niño. Después, él entra en el mundo de los adultos, aunque tan solo será uno de sus miembros más jóvenes... Y más que las palabras «joven» y «adulto» debemos entender «pequeño» y «mayor», pues incluso cuando hablamos de un diente de leche que permanece en la boca debemos tomar conciencia de que eso se manifiesta en la boca de un niño de 11 a 12 años... Estamos ya lejos en el tiempo, lejos de sus tres años.

El miedo a crecer se presentará, o podrá presentarse, aquí con fuerza, pues después de él, el diente de 12 años provoca una mutación fundamental y numerosas son las memorias que pueden atizar este miedo. La más frecuente se encuentra en el catálogo de los niños que se fueron internos. En un internado la ley del grupo se basa en la fuerza muscular... Un niño que no tiene en sí mismo un contacto con cierta fuerza puede tener miedo a crecer. Además, el internado significa corte del mundo familiar, el cual seduce más que el temido internado. Siendo memoria, nuestro pequeño paciente no tiene necesidad de revivirlo en su realidad y aunque no lo destinaran a entrar en un internado el solo hecho de entrar en el patio de los mayores se acompañaría del mismo tema de relación de fuerza.

El otro aspecto que podría comprometer la sustitución de los dientes de leche es el miedo proyectado de los padres sobre el futuro del niño: ¿será capaz de recorrer el camino escolar hacia el éxito? Los padres substituyen la fuerza física por la capacidad intelectual, ámbito del mental. Y el diente número 5, al cual seguirá el diente número 7, representa una base sobre la cual el intelecto puede desarrollarse: el sistema límbico portador de informaciones emocionales. La búsqueda por parte de este sistema de las certezas de agrandar que el niño lleva dentro y que manifiesta por sus comportamientos será, en adelante, sometida a sus capacidades intelectuales, pues entiende que para agrandar deberá tener éxito. Este miedo es fundamental. Y aunque la actitud del niño, al igual que sus palabras, puede hacernos dudar de ello (ciertos niños se complacen en manifestar el poco interés que dan al los resultados escolares), la permanencia de los dientes número 5 de leche nos afirma lo contrario. Por lo que los dientes nos enseñan con más veracidad lo que se cuestiona en el interior del ser humano que sus propias palabras y actitudes.

Este diente nos habla de una estructura profunda sobre la cual se erigirá el conjunto del espíritu. Un diente en relación con nuestra estructura básica sobre la cual nuestra identidad podrá desple-

garse. Una estructura básica sobre la cual el espíritu está llamado a alzarse como una pirámide, una estructura hecha de memorias, dando sentido y significado a todas nuestras experiencias vivenciadas hasta ese momento. Un diente que nos muestra que nuestro espíritu se verticaliza al mismo tiempo que nuestro cuerpo. Con él, la boca del niño obtiene sus 20 dientes. Está tan completo como se puede ser a esta edad. Pero lo que aparece completo es más una trama de soporte virgen que una estructura total y operativa. Todas las relaciones inscribirán ahí unas palabras, puras vibraciones, acompañadas de valores emocionales que darán un sentido positivo o negativo a estas memorias y elaborarán una imagen del mismo, imagen construida en el reflejo que observa sobre y a través de los demás. Porque a esta edad es el mundo el que construye lo que somos. Nuestro mental no tiene la fuerza suficiente para afirmar quién es. Nuestra identidad se elabora por medio de las palabras de los demás y por lo que estos manifiestan. La mímica de un rostro vale mucho más que una mueca: es la imagen del efecto que tenemos sobre el otro, imagen que utilizamos como un espejo para podernos ver, evaluarnos y determinar la importancia que tenemos a los ojos del otro. Ese otro que finalmente son dos: padre y madre, individuos fundamentales tanto para asegurar nuestra supervivencia del instante como para ofrecernos un «ir hacia» nuestro devenir.

No puedo, llegados aquí, no hablarle del Pentactys... Este triángulo místico de la elaboración de lo viviente en el seno del ser humano. Veamos un esbozo e ello:

I
II
III
IIII
IIIII

Después del Tétractys, triángulo construido alrededor de la unidad, desde lo divino, se elabora el Pentactys, triángulo de las cosas mani-

festadas alrededor de la triada original. Colocado sobre una base de cinco unidades, nos muestra que en cinco el sistema puede pretender a la perfección. El 5, que al cuadrado da 25, mismo resultado que $3^2 + 4^2$. Pitágoras nos alcanza aquí: $3^2 + 4^2 = 5^2$. En el Tetractys, o década, vemos las nueve legiones de ángeles rodeando el trono del Dios oculto. En el Pentactys se muestran los doce lugares rodeando el triángulo divino creador. Un doce estructural como los doce apóstoles alrededor del Cristo. Un doce como las doce costillas alrededor del esternón, del verbo hecho espada de luz.

Esta cifra 5 es el número de dientes posicionados en la boca de nuestro joven, en cada hemi-maxilar, a la edad de tres años. El niño nos enseña que es, por lo tanto, portador de su globalidad perfecta en cuanto a potencialidad. Lo que hará no dependerá de él, sino del mundo humano que lo rodea y le empuja hacia un devenir. Un devenir que no rima forzosamente con «su» devenir. Sin embargo, el cinco le ofrece la certeza de un potencial absoluto. ¿Irá en su busca dentro de su espíritu? ¿Se perderá en la densidad de la Tierra y de la materia?

Ambos esperábamos encontrar en la boca la manifestación de estas nueve legiones de ángeles alrededor de la divina triada, pero sepa que desde nuestra última entrevista he recibido por parte de un amigo las informaciones que me faltaban. Me urge hablarle de ello de palabra, pues es cierto, amigo mío, el nueve sigue presente en la boca.

Puesto que debe sentirse seguro en cuanto a su pertenencia al grupo, el niño de tres años estará inmerso en un universo nuevo y muy extraño: el mundo escolar. En los primeros capítulos hemos tenido la ocasión de ver lo que la colocación en la guardería o la presencia de una niñera podía ocasionar en la dinámica dental. Los dientes 5 y 4 nos mostrarán ahora que la adaptación al mundo escolar será también una prueba para la joven estructura mental recientemente eclosionada.

La adaptación no puede exigirse por parte del niño mismo, puesto que está desprovisto de su propio recurso, que son las hor-

monas sexuales, las cuales solo le serán acondicionadas a la edad de seis años. Por lo pronto, debemos admitir que su adaptación solo puede ser pasiva, por lo menos dentro de cierta medida. Todo lo que puede esperar es hacer con lo que tiene y más bien con lo que hay. La búsqueda de unos testigos de integración en un grupo se hace mucho más sobre los sentidos y lo manifestado exterior que sobre una lógica verbal, deductiva, razonada y controlada. Las palabras del espíritu de un niño no pueden sobrepasar ni tampoco modificar las impresiones que realiza sobre el mundo que le rodea. El niño es un niño, y tiene necesidad de sentirse tranquilo, no por medio de palabras pero sí por gestos, actitudes... todo un lenguaje comportamental. Asimismo, podremos entender que dentro de su entorno, sea el que sea, tiene necesidad de su fuente de seguridad fundamental, que es su madre y que, por lo tanto, es más correcto para su estructura estar frente a una maestra de parvulario que frente a un maestro. Pero con ello no podemos, ni queremos, decir que un hombre no pueda ser maternal...

Las caries que vamos a estudiar en el siguiente capítulo expresan maravillosamente todas estas tensiones internas que moldean el sistema nervioso, psíquico, con la ayuda de preguntas básicas referentes a la integración. Estar integrado es pertenecer a un grupo, y por lo tanto protegido por él y sobre todo con la posibilidad de ser amado. Esta información, percibida y traducida en sus sentimientos da una certeza en cuanto a no ser olvidado ni excluido. El conjunto de los escritos disponibles sobre el tema son una ayuda importante para comprender los vínculos que vamos a enumerar entre una caries y este estrés elemental que el niño no sabe o no se atreve a poner en palabras. Pues si esta expresión hablada se hace copiando las frases que oye, será necesario que existan en su biotopo sonoro palabras que le muestren que se puede hablar de su corazón, de sus angustias, pero también de la apertura de su corazón. Ahora bien, frecuentemente, lo que se manifiesta en su mundo es la importancia de saber contar, escribir y hasta leer. El niño comprende muy deprisa que ser amado rima con ser superdotado, y no puede

entonces adivinar las causas de las tensiones de su mundo exterior. Por lo tanto, fiel al mundo restringido del que ocupa el centro, él es el causante de todo lo que ocurre allí, por no decir el culpable. ¿Por qué olvidar cuando somos mayores lo que hemos visto y oído del mundo a la edad de tres años? Podemos (y sería deseable) hablar a un niño con palabras de adulto... pero también hablarle desde de su estructura de niño, sin olvidar que es un niño, sin desestimar sus miedos y sus angustias de niño. Y, por encima de todo, dejarle el tiempo de la despreocupación, el bendito tiempo del juego, que bien lejos de ser una pérdida de tiempo es obra de estructuración para su espíritu.

Así que, escuela sí, y también comedor, niñera de noche, del sábado incluso, son tantos nuevos elementos para el biotopo en los cuales el niño deberá permanentemente encontrar y obtener respuestas a sus temores de abandono, de no integración, peligros esenciales de riesgos de muerte. El niño está sometido a un estrés de adaptación al cual puede que no sepa cómo enfrentarse. Sus dientes nos invitan a considerar su mundo con cariño, puesto que las caries pueden decirnos lo que su espíritu no puede poner en palabras. Y si, normalmente, no podemos cambiar nada del mundo en el cual él debe aprender a vivir, podemos por lo menos cambiar nuestra manera de vivir este mundo. Cuanto más inseguro sea el entorno del niño, más le afectará esta incertidumbre. Pero, no disponiendo de las palabras para comprenderlo, no puede adaptarse a él. Frente a todo eso podemos entender que no somos todos iguales. Nuestra estructura física y sobre todo nuestras memorias transgeneracionales nos ofrecen una base y un abanico reducido de reacciones, incluso de adaptación.

La estructura anatómica de un diente de leche nos muestra sus raíces ciñendo el germen del diente definitivo. Podríamos decirnos que el niño cambiará al perder sus dientes... ¡Niñerías! Los dientes no son nada, nada más que un reflejo de lo que ocurre en el espíritu, actividad invisible e inexplorable por los ojos. La estructura física de un diente está hecha de cristales de apatita y se caracteriza

por lo tanto por su campo electromagnético propio de la estructura cristalina. Asimismo, el germen del diente definitivo que se desarrolla en el hueco que forman las raíces del diente de leche, se impregna de este campo generado por el diente de leche y la memoria se transmite. Al igual que a nivel del sistema límbico la memoria del niño está en el proyecto del adulto que será, los dientes siguen el mismo proceso. Y más que querer cambiar los dientes, parece más importante mirarlos como testigos de lo que está escrito en lo más profundo de nosotros. Una memoria es mucho más que un recuerdo, sea feliz o no. Una memoria es una herramienta utilizada por nuestro cerebro para llevar a cabo una elección, para escoger una reacción a un acontecimiento propuesto por nuestro entorno.

Tomemos el ejemplo de un adulto que se instala en una casa. Necesita, o así se lo cree, escoger un nuevo revestimiento para las paredes o el suelo. En este mismo momento estamos actuando —eso parece— con total libertad y una voluntad poderosa. Sin embargo, nada de todo eso es real. Nuestra elección se operará en función de memorias, elementos que, sumados, llevan al bienestar. La elección de un parqué, del color de las paredes... todo eso se hace en base a la memoria de todos nuestros encuentros pasados y de los cuales guardamos trazas sutiles en el sistema límbico. Inversamente, cuando entramos en un sitio, podemos repentinamente sentirnos mal. Más que incriminar a cualquier campo magnético o desorden telúrico, seríamos más adultos parándonos un momento a explorar nuestra memoria de sentido, de significados, esta memoria emocional que habrá sido estimulada a espaldas nuestras por un color, un olor o una textura... Nuestro sistema funciona así, puesto que está hecho, por naturaleza, para llenar esta función: asegurarnos ir hacia lo que es propicio para la supervivencia y evitar lo que representa un peligro de muerte. Resalta, del estudio de los dientes de leche bajo la mirada de la biodescodificación dental, que el segundo molar de leche representa esta memoria, resultado de todos nuestros encuentros durante la niñez. Como tal, nuestro sistema mental se apoya sobre ello para edificar y estructurarse,

del mismo modo que este diente, como molar más atrás dentro en nuestra boca, representa el apoyo físico que aprovecha nuestra estructura ósea y muscular para erigirse y conseguir la situación bípeda vertical.

A raíz de lo anterior podemos decir que la similitud de forma que presenta este diente con el futuro primer molar definitivo nos incita a no menospreciar nuestras memorias en adelante y a encontrar otro modo de gestión que el olvido, pues desde un punto de vista funcional el olvido solo borra lo que son imágenes y palabras, pero no afecta a las informaciones almacenadas a nivel límbico. Como mucho llegamos así a creer que tal acontecimiento no ha existido. El primer molar definitivo que aparece en la boca hacia la edad de seis años amenizará nuestro sistema de memoria con el poder de las hormonas sexuales. Luego, el segundo molar definitivo, que llegará sobre la edad de doce años, hará lo mismo, y será entonces portador de nuestra estructura vertical. El punto de apoyo en nuestra boca se desplazará consecuentemente hacia el fondo. Mientras tanto nuestra percepción del mundo deberá enraizarse en la realidad, como si bajara a las profundidades de la Tierra. El espíritu, bajo el impulso de las hormonas sexuales, adquiere una capacidad para arrancar el vuelo hacia su cielo, y el cuerpo, al mismo tiempo, baja en profundidad. «Cuanto más subáis, más bajo descenderéis.» Hay, pues, una extraña similitud entre las modificaciones horizontales en nuestra boca y el despliegue vertical de nuestra estructura viviente, estructura relacional del mundo, encuentro con la vida. Y dentro de esta dinámica de crecimiento los dientes nos explican que nuestra niñez transmite sus memorias a la estructura del adulto, que lo que ha ocurrido influye sobre lo que está por pasar. Las observaciones de los funcionamientos neuronales nos incitan cada vez más a no despreciar el pasado, sino a admitir, a pesar nuestro, que el pasado es la matriz dentro de la cual se gesta el futuro. Existen numerosos pasos para conocerse; sin embargo, nuestros dientes sí nos conocen, ellos que son testigos y a la vez portadores a la vida de nuestra

identidad. La biodescodificación dental ha permitido encontrar y ofrecernos a cada uno de nosotros un camino íntimo y personal para que se realice.

Estamos, pues, querido compañero de ruta, al final del presente estudio sobre los dientes de leche. Hemos, por cierto, debido escoger lo esencial entre la multitud de informaciones que estos dientes nos ofrecen. Deseo que nuestros futuros encuentros nos permitan poder volver con más detalle sobre ciertos aspectos que nos parecen todavía, a pesar de mis esfuerzos en cuanto a claridad y concisión, confusos o parciales. Solo me queda compartir mis trabajos con usted sobre las caries, esta afección temida por parte de nuestros órganos dentales. He escogido hacer de ellos una carta aparte amenizándola con esquemas donde se posicionan las diferentes caries. Puede que un día tenga el placer de poder hacer lo mismo con las caries de los dientes definitivos. Luego me explayaré un poco sobre los trastornos ortodónticos que pueden verse ya en la boca de un niño todavía desprovisto de sus dientes definitivos y que, sin embargo, sirven de referentes a la clasificación de las patologías ortodónticas. Deseándole lo mejor por venir, me pongo en este mismo momento a escribir mi próximo correo.

Suyo atentamente.

Novena carta

30 de agosto de 2010

Estamos aquí de nuevo reunidos por medio de esta novena carta. Espero que se haya desarrollado en su mente la imagen de esta boca de niño que las palabras han intentado crear, así como una visión luminosa de sus dientes.

Le confieso que bendigo la decisión tomada de transmitirle el fruto de mis investigaciones puesto que su escritura me ha permitido tomar conciencia de su alcance, y le agradezco haberme convencido de ponerme a ello.

El estudio de las caries al cual me estoy dedicando aquí me deja perplejo. No sabría encontrar una forma distinta para describírsele sin que sea muy técnica. Al precio de abandonar el estilo que precio muchísimo, debo escoger la presentación de una suerte de catálogo amenizado por esquemas. Consiento a ello si de antemano sé que de esta forma le será más cómodo reconocer las caries en una boca abierta ante sus ojos. Pero temo su cansancio; por eso solo podrá recurrir a esta carta en función de las preguntas que le plantearía un niño presentando unas u otras de las diferentes caries que serán tratadas aquí. Las he clasificado por hemimaxilar y estudiado por familias dentales desde los incisivos a los molares. Creo que, de esta forma, al placer de la lectura se añadirá la utilidad práctica del documento. No obstante, me permitiré, sin lugar a duda, anotar unos apartados, para su uso, como es mi costumbre.

La caries, afección que escenifica unas bacterias presentadas como responsables de la destrucción del diente, causa en la boca de los niños pequeños unos estragos que pueden repercutir en el equilibrio de la futura boca adulta. Cuando una caries destruye en demasía un diente de leche, a menudo no queda más solución que la extracción pura y simple del órgano dental, tanto para quitar del medio un foco de cultivo microbiano como para llevar alivio al dolor resultante. Pero, actuando de este modo, el espacio ocupado por el diente de leche se encontraría vacío... ¿se mueven los dientes! Se mueven con la peculiaridad de ocupar los espacios vacíos. Por lo tanto, quitar un diente de leche llevará al cerramiento del espacio dedicado al diente definitivo, espacio mantenido y garantizado por el diente de leche. La única buena solución que le quedaría entonces sería posicionarse donde buenamente pueda y en consecuencia e infaliblemente fuera de alineación. Las extracciones precoces de los dientes de leche son causas corrientes del desorden ortodóntico. Sin embargo, cuando la caries le echa un ojo a un diente, hay que intervenir.

Lejos de negar la presencia de microbios en el tejido carioso, la biodecodificación dental no es tampoco una herramienta para cerrar las puertas de la consulta. Para reconstruir un diente, para tapan el agujero hecho en la materia por las bacterias, el «hombre del arte» es tan bienvenido como ineludible. Sin embargo, si la biodecodificación dental salió a la luz es como resultado de la investigación sobre datos que responden realmente a las observaciones que podemos hacer de la boca de los seres humanos, siendo la simetría de las caries la primera de estas observaciones que no satisface a la explicación bacteriana. En efecto, en numerosos casos la presencia de una caries en un diente de la parte derecha de la boca se acompaña de una caries en el mismo diente en la zona izquierda. Puesto que la diseminación bacteriana no puede hacerse de esta manera, excepto si a los microbios se le ha enseñado geometría espacial, tiene que haber algo más en el origen del fenómeno. Una investigación de varias decenas de años llevó la

biodescodificación dental a esta noción fundamental: la caries es el signo biológico de un fracaso de adaptación verbal al mundo. Adaptación, virtud esencial del espíritu humano, primer rol del córtex y de su actividad inteligente. El análisis lógico y lineal de los fenómenos de la existencia y la investigación sobre los comportamientos relacionados con la supervivencia, son las actividades y la razón de ser de nuestro sistema pensante. Las palabras están al servicio de esta supervivencia. Sin embargo, cuando la supervivencia de base parece no estar afectada, debemos considerar otro nivel de nosotros mismos: el emocional. Efectivamente, parece evidente hoy día que la dimensión emocional es también un sistema informativo dependiendo del impulso básico de supervivencia. Lo que llamamos «sufrimiento del corazón» es, de hecho y ante todo, una información para nuestra biología, ofreciéndole saber si es conveniente reaccionar y cómo hacerlo para seguir viviendo. El instinto animal de supervivencia, esta capacidad de reaccionar sin el sistema analítico del pensamiento, se encuentra también en la relación humana. Un sufrimiento resentido conduce a una necesidad de adaptación, a una reacción. Frecuentemente la búsqueda de adaptación está guiada por la ley entrópica: el alcance del equilibrio. Por ello, según «el otro» y su potencial manifestado, el equilibrio se dará o bien dominándolo o bien aceptando ser dominado por él. Para un niño, la elección parece irrevocable: adaptarse es cambiar para encontrar equilibrio.

El equilibrio dentro de la relación humana se consigue cuando todo funciona bien o, digamos, sin encontronazos. El niño no puede actuar sobre el otro por medio de su potencial físico, pero lo puede hacer por chantaje emocional, dicho afectivo. Lo percibe muy deprisa y lo utiliza también muy deprisa. El signo efectivo de su influencia afectiva sobre el otro se descubre descubriendo sus mímicas, con la comprensión de las entonaciones de su voz y la observación de su actitud comportamental. Sistemas que nos dicen si todo va bien para nosotros, para poderse quedar con el «otro», para no encontrarse solo. Las caries representarán, en la

mayoría de los casos, una simetría horizontal (derecha-izquierda en el mismo maxilar). Viene después la simetría homolateral (mismo diente arriba y abajo del mismo lado de la boca), y luego la simetría cruzada, la más rara (un diente arriba a la derecha, por ejemplo, y el mismo diente abajo a la izquierda). El estudio diente por diente de las caries nos permitirá comprenderlas, poniendo en palabras los contextos dentro de los cuales el niño encuentra solución a su pesar emocional o a su estrés biológico. La dificultad que hemos encontrado en la interpretación de las caries del niño residía en el olvido del adulto de la visión del mundo a través de los ojos del niño y de la especificidad de utilización de las palabras por parte del niño.

Sin embargo, antes de poder manejar el verbo, y por lo tanto de poder ir en busca de una adaptación verbal, el niño puede presentar caries. De hecho, antes de los tres años la caries puede apoderarse de sus órganos dentales bajo la forma conocida como «del biberón». De modo muy precoz todos los dientes del niño se ven literalmente roídos por la caries, fundiéndose como un trozo de azúcar en el agua. Desde un punto de vista puramente médico, esta afección se debe a la presencia de una bacteria: el *Streptococcus mutans*. Mientras que este germen no está presente en la boca del recién nacido, sí hace su aparición entre los 6 meses y los dos años y medio y se le incrimina entonces de su contagio a las personas cercanas. La observación de dicha aparición en el medio bucal y de la presencia de esta bacteria en el tejido carioso ha llevado a una sencilla conclusión causal: el germen es responsable de la caries. Puesto que polemizar no es propósito de esta obra, nos proponemos incluir otros elementos de la naturaleza humana para determinar otra cadena de causalidad. Por lo tanto, constatamos al unísono que esta observación es totalmente real e incontestable: ¡hay presencia del *Streptococcus mutans* en el tejido carioso de la caries del biberón!

Mi querido compañero de viaje, usted, que ha seguido de muy cerca mis investigaciones, ya sabe de antemano lo que nos ha llevado

a buscar más allá en el detalle. Pero debo hablarle aquí de nuevo de lo fundamental que han apuntalado mis peregrinaciones. La naturaleza no tiene igual para hacer subsistir lo que le es útil. No se sobrecarga con lo superfluo y no se testimonia en absoluto del apego como lo hace el ser humano. Las bacterias son supervivientes prehistóricos, habitantes primitivos de nuestro planeta. ¿Están mejor adaptadas? ¿Más capacitadas? ¿O bien son indispensables a la vida? Tanto si su entrada en funcionamiento nos incomoda como si su presencia nos provoca efectos molestos, ¿debemos sentir enemistad hacia ellas? ¿Por qué aceptarlas en unos procesos donde nos son útiles y rechazarlas cuando nos incomodan? Un absceso alrededor de una espina en la piel no es más que una ayuda para deshacer-nos de ella. Pero nuestra actitud mental, entendida como psíquica, perturba el sistema. La pisco-endocrino-inmunología lo declara bien alto y fuerte hoy: los tres sistemas están en interacción permanente. Nuestro territorio está defendido por nuestro sistema inmunitario, pero nuestra claridad psíquica en cuanto a nuestra determinación identitaria es bastante triste, aleatoria, por no decir floja, y nuestro sistema endocrino se desencadenará en cuanto llegue la indicación de un invasor, que haya realmente entrado en nosotros, o tan solo en nuestro mundo mental. La percepción de un intruso es muy fácil y el miedo a lo extraño siempre vivo. ¡Y la actitud de bienvenida tan lejos de nuestras manifestaciones auténticas!

El ser humano es un sistema relacional, y hemos podido comprobar la amplitud de los vínculos que se tejen entre él y su biocenosis en cuanto llega al mundo. Hemos visto demostrado en extremo (lo que solo la experiencia puede hacer) la presencia activa de las memorias transgeneracionales inconscientes. Esta última noción es ineludible para poder entender el significado de las biodescodificaciones y para no hundir a los padres en una culpabilidad inútil y de terapia nula para el niño. No existe acusación en la biodescodificación dental, sino, de hecho, unas informaciones indispensables para el cambio. Estas informaciones, bajo la forma

de palabras, de frecuencias sonoras, tienen la capacidad de modificar unas estructuras del espíritu, aun cuando el sujeto no «comprende» este funcionamiento por medio de una lógica analítica. El diente es un vínculo viviente con el espíritu, verdadera esfera electromagnética morfogenética. Por lo tanto, si nuestra psique nos da acceso al rango de ser humano, nos impone por igual una responsabilidad. La medicina occidental ha investigado el cuerpo desprovisto de su espíritu, casi refutando su capacidad de acción sobre la estructura biológica viviente de la cual, a pesar de todo, proviene y a la cual está unido. La medicina oriental ha investigado mucho más el espíritu pareciendo negar el cuerpo y desarrollando bajo el mismo tema del yoga el conocimiento del espíritu. La realidad viviente del ser humano no está limitada ni a la una ni a la otra, sino que se extiende en la unión de las dos. A pesar de esta frase famosa «mens sana in corpore sano», estamos lejos de vivir la dualidad cuerpo-espíritu puesto que siempre hemos buscado privilegiar uno de estos dos términos.

La caries del biberón, que se manifiesta en comparación a una caries simple por una rápida expansión a todos los demás dientes, nos ofrece entrar en esta complejidad del ser relacional. El niño tiene, por lo general, un mínimo de 18 meses, edad en la cual está despierto su sistema cortical del lenguaje. La caries se manifiesta siempre de la misma manera: ataque a los incisivos superiores de forma rápida, por no decir fulgurante. Los dientes se vuelven de color negro o marrón oscuro, el esmalte desaparece como si se fundiese y el diente está roído como bajo el efecto de un ácido. El niño no manifiesta dolor. Puede que subsistan tan solo las raíces, que se muestran como unos aros negros a ras de las encías. Hoy los cuidados dentales parecen por lo general de acceso fácil, sin embargo llegan a los hospitales niños cuyos dientes han sido destruidos cuando en realidad la mecánica toma cierto tiempo. De todas formas, los incisivos superiores a esta edad son el reflejo de los lazos tejidos con el padre, pudiendo también reflejar una historia en la memoria genealógica. Buscamos en primer lugar un padre que no ha querido tener

al niño, negándole su apellido. El simple conocimiento de una madre soltera no es suficiente, pues eso no nos da información sobre el padre y su decisión. Una madre soltera puede no tener ya contacto con el padre después de la concepción. Por lo tanto es un padre que no quiere dar su apellido al niño. En razón de las caries puntuales que pueden aparecer sobre los incisivos (fuera del fenómeno de la caries del biberón), caries que veremos en seguida, esta historia es propia de los niños subalternos. El niño subalterno es el niño surgido de una relación entre dos individuos posicionados a los dos extremos de la escala social: antaño un noble y una sirvienta. En nuestros días la misma distancia existe entre un directivo y su secretaria. Claro que los niños afectados por la caries del biberón no son todos, e incluso puede que ninguno, niños subalternos, sería demasiado sencillo. Pero lo que nos indica eso es una negación por parte del padre a reconocer a este niño. ¿Negación manifestada? No. Negación realmente existente, pero profundamente asentada en el inconsciente, jamás formulado en palabras pero sin embargo aparente dentro del comportamiento. La madre lo detecta, pero aquí también en su inconsciente, y deduce de ello una falta de interés del padre hacia su hijo, una distancia sentida como despreciativa. Esta distancia crea un «no-lazo», la memoria explica este no-lazo y la biología lo traduce por lo manifestado: la caries del biberón.

No-lazo. Decir que los padres de estos niños no los quieren, ni tampoco los acogen es, lo reconozco, algo atrevido. Pero si queremos entender el significado de estas expresiones biológicas, sobre todo a nivel de los dientes, los cuales terminan su posicionamiento a los 18 o 21 años con las muelas del juicio, dientes de la verdad, hay que tener la valentía de la verdad. O por lo menos de la realidad... Y más importante todavía, estas palabras no pretenden decir lo que padre tiene de verdadero en él, sino habla de lo que la madre, desde su punto de vista, siente por ese hombre e interpreta con su comportamiento. Entonces... ¿verdad o realidad? Y.. ¿de quién? De hecho, la única respuesta conveniente es: la verdad del

inconsciente. Es inconsciente lo que existe en nosotros sin que lo sepamos. Lo «no sabido» siendo lo que no se ha transferido a la esfera de verbalización, podemos entender que el mundo del inconsciente sea inmenso. Tener conciencia de todo significaría ser capaz de nombrar todo lo que la vida nos ofrece recibir en un solo encuentro durante un solo segundo, a sabiendas de que el ser humano es multisocial, por lo tanto en todos los niveles que constituyen la entidad viviente llamada ser humano. ¡Tonterías! Pretensión es decir he vivido tal cosa en conciencia. Más cierto sería decir: «He aquí lo que he tenido conciencia y por lo que he vivido».

Para poner en imagen y conceptualizar esta noción, recordemos que la conciencia es lo que podemos decir que hemos visto de una escena cualquiera. Sin embargo, y lo sabemos, captamos conscientemente tan solo una ínfima parte de lo que se ofrece a nuestros ojos, mientras que nuestro sistema lo ha visto TODO. Entre lo que podemos decir haber visto y lo que ha sido visto por parte de nuestro sistema hay una relación de 1 por 1000. La parte biológica conforme a esta realidad de la conciencia es la fóvea, zona muy reducida de la visión consciente (leer *Las neuronas de la lectura*, de Stanislas Dehaene, Odile Jacob, 2007). La biodescodificación dental es, por lo tanto, un medio entre muchos otros para recobrar las huellas de lo que el sistema viviente ha debido gestionar dentro de nuestra conciencia. Huellas de estos momentos cuando un sentimiento ha informado a nuestra estructura viviente de una necesidad de adaptación por la captación de una información, revelando un desequilibrio en la relación. Este famoso equilibrio en el corazón de la entropía, único mecanismo real de lo que es saludable para la biología. Equilibrio entre lo que entra y lo que sale, homeotermia, homeostasis, resumiendo: equilibrio de la salud. La biología se mantiene viva gracias al equilibrio, el corazón hace lo mismo y el espíritu sigue el movimiento. Lo extraño del fenómeno al cual nos confrontan los dientes es que este desequilibrio global puede volver a equilibrarse por medio

de cualquiera de los tres niveles. Más importante aun, el diente nos revela que las palabras pueden equilibrarlo todo, las palabras expresadas, ciertamente, pero también y sobre todo las palabras que habitan nuestros pensamientos, esas palabras prisioneras de nuestro silencio, esas palabras que pueblan nuestro silencio.

Los adultos llevan a los niños muy deprisa hacia el mundo del lenguaje, pero se han olvidado, a todas luces, de cómo las palabras cobraban vida en su pensamiento infantil. Pedimos a nuestros hijos que hablen como los mayores, que piensen y comprendan lo que, a veces, no entendemos ya. Hay que hablar a los niños como a los mayores... ¡qué tontería! La realidad es que hay que utilizar una fraseología adulta, pero empleando unas palabras comprensibles por parte del niño. La sucesión de los fonemas debe ser adulta, pero las palabras deben ser las del léxico del niño. Asimismo, nos sorprendemos cuando notamos (casi recordamos) que el niño posee una palabra y su contrario expresado por «no». Como «bueno» y «no bueno». El número de adultos que se expresan de forma negativa es impresionante... y ¡qué emocionante es comprobar que este modo de expresión es infantil! ¿Dónde están los verdaderos adultos? ¿Los que hablan utilizando la forma afirmativa, el enunciado positivo de la vida?

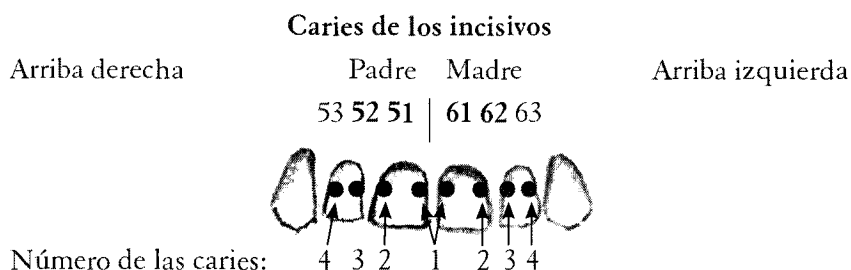
El mundo del niño gira esencialmente alrededor de las personas que lo habitan y que son importantes para él y su supervivencia, a la vez biológica y afectiva. No funciona todavía la gestión verbal y las palabras son una simple prolongación de su dimensión corporal, la que actúa sobre su mundo por medio de su comportamiento. El niño aprende mucho más a actuar sobre su mundo que a relacionarse con él de un modo adulto, lo que no podemos reprocharle. ¡Tantos adultos, por edad, siguen inconscientemente esta forma infantil de relacionarse! Los dientes se posicionan dentro de la cavidad bucal en el encuentro del mundo del cuerpo con el del espíritu, esta misma boca que es puerta de entrada para los elementos fundamentales y esenciales para la supervivencia de su cuerpo y también puerta de salida, vía de alumbramiento

de su identidad espiritual, de su dimensión humana por medio de las palabras. El niño aprende a recibir, más exactamente a hacerse con lo que le es necesario, traspasando la simple necesidad de su cuerpo y perdiéndose en las expectativas afectivas. Su espíritu hace que se pierda en la gestión de sus requisitos, en esta dimensión particularmente humana que son las ganas y los deseos. Mientras que padre y madre están presentes para la dimensión corporal, para darle lo que es vital durante un tiempo, también deberán enseñar al niño a gestionar esta dimensión del espíritu más compleja que está sencillamente destinada a responder a requisitos tales como beber, respirar y dormir. Porque estos deseos llevan a hacerse o a recibir cosas que desencadenan placer en el cuerpo, verdaderos fuegos artificiales hormonales que dopan y satisfacen al espíritu. Dentro de este registro, lo afectivo se vuelve entonces fuente de abundancia y uno debe ir a por cualquier satisfacción. Cada acto debe tener como propósito responder a esta delicia endógena de sustancias de dopaje natural que son las endorfinas. Freud lo sintió perfectamente cuando trabajó sobre los vínculos del niño y las diferentes fases de su desarrollo. Pero, a pesar de estos trabajos, somos prisioneros de esta alquimia entre cuerpo y espíritu.

Cualquier estrés, todo lo que hará nacer un desequilibrio afectivo, busca su respuesta a la vez en el plano causal y en el plano de las soluciones. Hay que adaptarse para sobrevivir, cambiar algo para llegar a sus fines, para satisfacer el hambre. El espíritu es una biblioteca infinita de memorias, conformes a la dimensión inconsciente hecha de toda la historia. Los dientes nos ofrecen un acceso a estas memorias, dándoles forma. Una caries es la señal de la apertura de un libro de memorias. Una caries habla de un estrés y de la búsqueda de su solución. Desafortunadamente, el estrés y esa búsqueda de solución siguen activos en el inconsciente. A nadie, ni al niño ni a los actores dentro de su mundo, parecen importarles, puesto que ninguna palabra se corresponde en frecuencia a lo que se resiente dentro del sistema interno. El córtex, que da acceso a las memorias inconscientes, psíquicas, y el sistema lím-

bico, soporte del funcionamiento de esta biblioteca, están derrotados, desestabilizados. La búsqueda de equilibrio desencadena entonces un engaño: la destrucción de los soportes de memorias, la modificación de la calculadora de fase que es el cristal dental. De hecho, el cristal se encuentra en estado de polarización, en un cambio de cargas electromagnéticas, lo que perturba su frecuencia y rompe su cohesión. La matriz biológica que lo rodea se fragiliza, se desorganiza, y el microbio se instala para desembarazar al sistema de lo que aparece como muerto, como espina clavada en la piel. Los microbios son basureros... quitan lo que ya no sirve, pero para entender este «sinsentido», la destrucción de los cristales de esmalte, hay que colocarse en un nivel de observación que sobrepasa los lazos de causalidades racionales del mundo puramente físico. Salirse de las leyes newtonianas para entrar en el universo cuántico. O salir de un mundo en dos dimensiones para entrar en uno de tres, dejar el mundo de la biología animal para entrar en el mundo de lo humano.

El equilibrio buscado es aquí puramente emocional. El niño intenta recibir unas señales por parte de los demás que le aporten seguridad dentro de su mundo propio. La seguridad está garantizada si el afectivo crea unos vínculos. En su mundo securizado, el sistema puede desenvolverse, e intentará entonces encontrar una solución si la conciencia humana no se la da. Hablar parece tan imposible que solo queda cambiar los elementos estructurantes, modificar un diente es una dinámica de este orden: desesperada. Miremos, pues, lo que dicen las caries.



La caries **número 1**, o caries mesial de los incisivos centrales, es la formulación del sentimiento de un conflicto entre los padres. La zona íterincisiva superior es el reflejo de la unión entre los dos padres, y esta zona, que hemos visto en el capítulo 2, lleva la expresión de las alianzas desacertadas. El niño, aquí, nos informa a través de su caries sobre su sentimiento de conflicto entre padre y madre, conflicto que despierta una memoria de unión desacertada.

La unión desacertada más corriente y que actúa en la mayoría de los casos es la ocasionada por el encuentro de dos medios sociales demasiado diferentes, demasiado alejados el uno del otro. Aquí hay que admitir, a defecto de no entenderlo, que la estructura inconsciente de nuestra esfera psíquica se ríe de nuestra intelectualización de la cosa, de nuestro deseo de hacer caso omiso a los límites estructurales establecidos en el pasado. Los dientes nos han enseñado de manera maravillosa cómo hacer la diferencia entre nuestra voluntad y el marco de las leyes ancestrales, modelos arcaicos, por cierto, pero activos. Estamos asistiendo aquí a la puesta en marcha de los arquetipos.

Esta zona dental es también el reflejo de una estructura fundamental del sistema encefálico: el cuerpo calloso. Este sistema nervioso (compuesto de setecientos millones de fibras nerviosas) reúne los dos hemisferios cerebrales y transmite las informaciones del uno al otro y en doble sentido. Los dientes, gracias a su correspondencia biológica con la vista y el oído, nos indican los lazos de correspondencias necesarios entre lo que se ve y lo que se oye, pero también con lo que se siente.

La presencia de estas caries interproximales puede, incluso, señalar que el niño está cargando con el papel de tapón entre sus dos padres. Pero la inversa es igualmente posible: intenta encontrar sitio entre sus dos padres, lo que muestra una pareja que funciona en modo espejo, que no deja lugar para el niño. Cada uno de los padres cobra vida en la mirada del otro y olvida dirigir su atención sobre el niño.

La caries número 2, o caries distal de los incisivos centrales, es la primera en hacer referencia a una palabra. Esta palabra es «bueno» (gentil = amable). Bueno, ser bueno, es lo que proporciona la mímica de satisfacción en el rostro del otro, una sonrisa benefactora. Esta manifestación es prueba de equilibrio emocional, de un lazo tranquilizador que nos garantiza obtener lo que nos es necesario. Nuestras necesidades tienen respuestas y nuestro afecto se ve alimentado. Corazón, cuerpo y espíritu están equilibrados. La aparición de una caries en este lugar hace referencia a «no bueno» (*no gentil*). La palabra que se corresponde no es «malo», sino «feo» (*vilain* = villano). Es cierto que cuando un niño resiente lo «no bueno», intenta decir «malo». Pero el contrario de «gentil» es incontestablemente «villano». La etimología nos lo confirma puesto que el gentil es un noble y el villano, su contrario, un paisano, un pordiosero. Las caries informan de que el niño resiente al padre/madre dentro de la noción de «malo», pues el incisivo central es la imagen de la zona racional vinculada al padre/madre. Aquí de nuevo la memoria que actúa para que una caries pueda aparecer en este lugar se encuentra en el catálogo de las relaciones entre nobles y sirvientes.

Gentil tiene por origen «gens», de la raíz indoeuropea *gen, gne*, que significa ‘nacer’, ‘engendrar’. De *gen* pasó a *gentilis*, significando ‘que pertenece a una familia que lleva el mismo apellido que los demás miembros de una familia noble’. Por lo tanto, utilizando la palabra «gentil» (bueno) estamos movilizand o unas memorias que pueden seguir siendo conflictivas. Al buscar ser «gentil» (bueno), el niño se sumerge allí ciegamente, sin saber. Y tenemos aquí la mismísima definición del inconsciente. El villano (no gentil/bueno) es entonces el paisano, el que no tiene derecho a entrar en la casa del señor. Una caries distal en el diente 51 está en relación con una memoria de niño ancilar cuyo padre sería un paisano y su madre una mujer de rango más elevado. Una caries idéntica sobre la 61 hablaría de lo contrario: padre de rango elevado y madre sirviendo como ama de casa.

Claro que estas puestas en palabras no deben quitar nada a la noción fundamental del resentimiento que tiene el niño: que uno de sus padres le aparezca como «malo» (*villano*). Sin querer pretender una encuesta social, lo más importante es saber lo que provoca este resentimiento, sin olvidar la especificidad de la visión de un niño: el padre/madre que dice «no» a un deseo suyo es ya «malo» (*villano*). Este tipo de reacción es, por lo tanto, un motivo para que se enseñe al niño el «no» como límite. El padre que dice no sabe normalmente por qué lo dice. Un límite es una seguridad, del lado de la cual hay posibilidad de supervivencia y más allá peligro de muerte. Porque los incisivos del niño son las imágenes del nivel biológico que elabora estos dos catálogos.

Y por encima de estas nociones existenciales y pedagógicas se sitúan las memorias del apellido. Dar el apellido a un niño es reconocer la paternidad, pero sobre todo hacerlo entrar en el clan. Dar el apellido a un niño es decir al mundo que él pertenece al clan. La caries distal en un 51 está en relación con las memorias de niños que no han tenido derecho al apellido del padre. Y como un apellido sigue al nombre, la caries distal del diente 61 habla de niños cuyo nombre ha sido cambiado... lo que, en ambos casos, habla de niños abandonados por razón de no-alianza, de alianza desafortunada.

La caries **número 3**, o caries mesial del incisivo lateral, se sitúa en el mismo muestrario de las memorias subalternos. Pero esta vez es el niño el que se siente «villano». Abordamos aquí la diferencia fundamental que existe entre dos mundos adaptativos, en la búsqueda de una explicación al sufrimiento sentido, siendo bien el otro responsable de ello, bien «yo» el responsable. A partir de aquí puedo intentar o bien cambiar al otro o bien cambiarme a mí mismo. Las caries distales del 51 y mesiales del 52 (por igual, distales del 61 y mesiales del 62), entran dentro de esta especificación de los fenómenos. El mismo sufrimiento sentido puede expresarse por medio de la caries en el 51 (por su culpa estoy sufriendo), o en el 52 (por culpa mía está sufriendo). El sistema cor-

tical analiza, juzga y condena espontáneamente y según nuestro carácter, pero también según nuestro poderío y la afirmación de nosotros mismos vamos a esperar que el otro cambie o esperar conseguir cambiarnos.

Podríamos así decir para una caries mesial del 62: no soy lo suficientemente bueno para que me encuentren «gentil». Las palabras (léxico verbal) están utilizadas aquí para marcar la diferencia. Las modalidades de lenguaje, las diferentes maneras de hablar entre los dos mundos, el modo de manejar la lengua, hacía la diferencia entre el mundo de los gentiles y el mundo de los villanos. El argot, por ejemplo, nos sitúa hoy día en el mundo de los villanos. Y numerosos sistemas de expresión diferentes hacen lo mismo. Hablar un «buen castellano» es un signo de educación, de la que recibían los que habían nacido en una escala social superior.

La caries mesial del 52 hace referencia a los modales, al comportamiento, a la imagen dada por medio de nuestra actitud, dentro de las mismas clasificaciones. El sistema utilizado para clasificar es simplemente diferente: la vista, la mirada. ¡Hay que saber comportarse! Oímos todavía a los padres decir: «¡Ponte bien!». El descontento de los padres en cuanto a los modales, colocado sobre una memoria ancilar además del sentimiento del niño que sufre por sentirse «visto» villano, podrá provocar la aparición de la caries, la cual es la única solución biológica para la atenuación de este sufrimiento. Por lo tanto podemos entender que la aparición de una caries es multifactorial y que no depende tanto de lo que se hace sino de lo que se siente. Porque existen niños que no se ven afectados en su corazón por tales observaciones. Hay una diferencia entre oír y comprender. Conjuntamente a este sentimiento del niño que está en la punta final del juicio, hay la memoria del padre/madre que emite esta sentencia. Si para él vibra la memoria ancilar, entonces sus palabras tendrán una frecuencia muy penetrante. Por lo que cuando una caries aparece en la boca de un niño, parece que toque mucho más a los padres hacerse preguntas que al niño cambiar algo en todo ello. Y para sintetizar estas dos

caries mesiales de los dientes laterales, digamos que al niño que es llamado «malo» (*pas sage*) se volverá así en lo que determinará su identidad. No ser bueno o ser «malo» son unas sentencias que se colocan sobre un niño que, aun legítimas en un mundo adulto, son a veces activas en la estructura dental. Desafortunadamente no estamos todos equipados con las mismas memorias por igual y somos, por lo tanto, diferentes confrontados a la caries. Sin embargo debemos tomar en cuenta que el niño que llega a obedecer a la conminación de portarse bien, encontrará allí un gran remedio. «Portarse bien» (*sage*=sabio) tiene por origen *sapere*, 'que tiene sabor, gusto, discernimiento', *sapere* dio *resipiciencia* (arrepentimiento) 'reconocimiento de las propias faltas'. Así pues, las caries de los incisivos nos hablan sobre la capacidad de valoración de sí mismo que el niño puede manifestar. Casi podríamos decir que nos indican ya los próximos rebeldes, los tipos duros, hasta los orgullosos, proporciones guardadas...

La caries número 4, caries distal de los incisivos laterales, hace referencia a otra raíz etimológica que es «caer». Revela una impregnación profunda en la identidad cortical de la etiqueta de «malo». Con esta caries el sistema nos informa de que tiene en cuenta esta dimensión como definición de uno mismo. Frente al canino, esta caries evoca la caída sentida por la mirada y las palabras que uno de los padres nos dirige (pero también por parte de un individuo considerado dominante en relación al niño). Podemos desde ahora sentir esta graduación, evolución lenta y progresiva de un sentimiento cada vez más profundo en la estructura identitaria. No debemos olvidar que el sistema cortical del cual emana el mental tiene como misión salvarnos la vida. Para ello utiliza una manifestación muy específica: la comparación. Para comparar se necesita un modelo. Este mismo será escogido dentro de los hermanos, los compañeros de la escuela o los amigos, o bien entre los primos. Así que si es bueno intentar hacer cambiar a un niño en su comportamiento, volverlo sociable, incluso permitirle socializarse, estas caries nos muestra también el papel que tienen

nuestras propias memorias. Esas memorias que hemos hecho que hereden nuestros hijos muy a pesar suyo. En una familia, bajo el mismo techo, los cuerpos cohabitan... pero los espíritus también. Y los inconscientes se comunican.

Para diferenciar 52 y 62, podemos, desde ahora, escindir dos manadas: la familia y el medio escolar. La 52 evocando la noción de «malo» hará referencia a una comparación «de padre» al resto de la manada. Un profesor se ve captado por el sistema como «padre», pero la sentencia del «malo» puede también provenir idel «verdadero» padre! La 62 nos hablará todavía más de una comparación entre los miembros de la familia y debería por ello estar vinculada con una sentencia proveniente de la boca de la madre, o de una madre, como una niñera, una ayudante de comedor, etc.

Le imagino, querido amigo, sorprendido por el descubrimiento del significado de tan pequeñas caries y me tranquiliza saberle confiado en mis observaciones e interpretaciones. Por lo tanto, si tiene de mí cierto conocimiento, elaborado a lo largo de estos años de amistad, ¡le dejo imaginar la sorpresa de los que no me conocen! Es esta una de las razones que me impulsan a pedirle discreción sobre la comunicación de mis trabajos. Pero más aun, le dejo percibir en las palabras que he utilizado todas las precauciones apuntando a no acusar o juzgar el duro trabajo de los padres... Un ser humano tiene sus derechos, ciertamente, ¡pero parecen numerosos los que olvidan que tienen también deberes! Me di rápidamente cuenta del daño causado por la no-existencia de una escuela que nos preparase para ser padres, pero he encontrado en mis propios hijos una escuela maravillosa. Algunas veces lamento haberles pasado esta carga, la que les fue tan difícil enseñarme, y si no hubiese sabido leer en el libro de la vida que son los dientes, antes de traerles a este mundo, puede que las cosas hubiesen sido diferentes. Un error desde el cual aprendemos algo se llama «enseñanza». Lo que produce desequilibrio interno y externo es lo que se llama «error». Lo que nutre el equilibrio interno y externo es lo que llamo «enseñanza». De una confrontación debe-

mos sacar la enseñanza que nos lleva a la paz porque la vida del corazón nos abre a la paz y nos deja en paz. Y en un corazón en paz puede nacer el amor.

Las caries de los incisivos inferiores parecen tan excepcionales que no he tenido ocasión de encontrármelas durante los más de veinte años de práctica. En consecuencia, puesto que no puedo someter a la experiencia las hipótesis que tengo de ellas, prefiero no mencionarlas por respeto a la honestidad científica.

Caries de los caninos

Caninos del maxilar superior

Arriba derecha

Padre Madre

Arriba izquierda

53 52 51 | 61 62 63



Número de las caries:

2 1

1 2

Las caries **números 1**, caries mesiales de los caninos, nos llevan a un sistema particular del cerebro: las normas, las leyes, los códigos. Más allá de la dimensión social que las palabras pueden representar, existen primeramente estos códigos que el sistema del lenguaje debe aprender para poder utilizar la herramienta verbal. El ritmo, el orden de las palabras, los fonemas, caracterizan la lengua. Lógica y naturalmente, el sistema auditivo ha sido impregnado desde el séptimo mes in-útero de los acentos tónicos, las entonaciones y la música del lenguaje. Sin embargo, ciertas memorias pueden actuar para trastornar su adquisición. Por ejemplo, en el período de ocupación, la lengua hablada fuera era la del enemigo. La música de esta lengua exterior estaba asociada al peligro. ¿Cómo puede entonces en nuestros días surgir esta misma me-

moria? La madre describe el biotopo en el que aparecerá el niño. Una percepción peligrosa de este mundo exterior puede recordar tales memorias cuando la realidad no tiene nada que ver con ello. Unos períodos de disturbios, unos extranjeros amenazantes... tantas cosas transportadas por las informaciones televisivas que pueden actuar en nosotros a nuestras espaldas... Existe el caso del niño cuya madre, embarazada, fue profundamente afectada por el genocidio de un poblado de África y cuyas imágenes se mostraron en la pequeña pantalla... Todo el sistema endocrino del niño se vio perturbado por ello, cuando la realidad del biotopo circundante no tenía nada de peligroso. Debemos comprender, gracias a este ejemplo, que la biología se adapta a lo que nuestra estructura emocional le describe del entorno. La biología no se adapta a la realidad natural sino a la que nuestra dimensión humana le hace creer que existe. Entrar en el propio corazón y cultivar el amor y la paz es el primero de los remedios activos sobre la biología tanto como para el espíritu.

Los caninos son dientes muy resistentes y muy poco sensibles a las caries. En consecuencia, cuando están afectados, es la señal de que unas memorias muy dolorosas se han movilizadas. La puesta en palabras debe hacerse con precaución y suavidad. Así, las caries mesiales del 53 (caries número 1 a la derecha en la boca) evoca un resentimiento del niño en relación a las leyes de su mundo como contrarias a su acceso al sol, a la luz necesaria para su crecimiento, a su estructuración de espíritu también. Memoria de reacción a una ley dictatorial, impidiendo acceder a la vida del espíritu. Recordemos que a algunos de nuestros antepasados se les prohibió estudiar para ir a trabajar y asegurar la supervivencia de los suyos, y que a otros se les prohibió utilizar su lengua, vector de identidad... y que algunos vieron el camino del arte cerrarse por decisión del dirigente todopoderoso. Resumiendo, muchas historias en el seno del pasado de la humanidad, de hombres que han testimoniado una capacidad extraordinaria para inventar torturas, abusos, privaciones y más.

La misma caries número 1 pero sobre el 63 nos habla de las normas contrarias a la vida. Esta vez es en el seno del cuerpo en sí que se resiente la privación de la vida. Justo atrás del mismo diente, caries distal del 63 (caries **número 2**), la reacción a los castigos injustos. Tantas caries que no cuentan la verdad sobre la realidad del teatro dentro del cual vive el niño, sino el sentir profundo que lleva en él de lo que tiene que vivir. Así que ninguna acusación hacia los padres, simplemente la revelación de una sensibilidad extrema de nuestros hijos frente a escenas, palabras y actos que no son malos y que nuestras razones de padres pueden hasta explicar, justificar... La caries no dice lo que se ha vivenciado, sino lo que se ha resentido. Eso debe quedar claro, pues si no podríamos cometer muchos errores. Ciertas memorias de las cuales somos portadores nos vuelven hipersensibles a ciertas informaciones captadas en el mundo que nos rodea, sin precisar lo que se ha vivenciado. Y cuando el sufrimiento implosiona en nosotros, lo hace bajo el despertar de estas memorias, no como una simple reacción a lo que se desarrolla fuera, delante de nuestros ojos, delante de nosotros. Sufrimos más por lo que ha sido que por lo que es.

Queda la caries **número 2** sobre el 52, canino de la derecha que nos habla del chivo expiatorio, del que siente que se ensañan con él y que le duele... Las caries de caninos nos invitan, por lo tanto, a desplegar una ola de amor alrededor del niño que las tiene, porque su corazón está en peligro. Sus sentimientos pueden ofuscar su percepción de la realidad, tan grande es el daño que tiene. Comprendamos el lenguaje de su corazón y llevémosle la seguridad y el consuelo, pues es mucho más poderoso para la caries que el flúor.

Mi querido compañero, ¡cuánta tristeza en mí al escribir estas líneas! Solo encuentro paz recordando que estas caries en caninos son extremadamente raras... pero, aunque un niño manifieste una de ellas, no creo que exista grito de angustia más grande. Incluso las caries en molares, que sin embargo nos hablan de lazos afectivos, no son

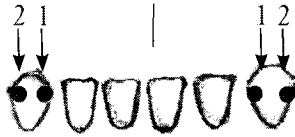
tan inquietantes. Puede que estemos acostumbrados a la pena de corazón en el niño, diciéndonos que la vida no es una novela rosa... que la vida es dura... que hay que saber luchar y, antes, endurecerse. Sí, desde luego, amigo mío, los dientes, libro de la vida.

Caries de los caninos Caninos del maxilar inferior

Arriba derecha

Arriba izquierda

Número de las caries:



Número de los dientes: 83 82 81 71 72 73

La caries **número 1** (mesial de los caninos) es una caries muy rara. Sin embargo, he aquí el sentido. La caries mesial del 83 es una memoria de motín. Es la caries del que, sintiéndose perseguido por el dominante, solo puede sobrevivir amotinándose. Las memorias de gueto son innegables, de campos, de miseria también. Caries que «Gavroche» (travieso nacional francés y héroe de Víctor Hugo) hubiera tenido si no hubiera encontrado su felicidad en las calles. Revela un estrés de tener que contenerse frente a una norma, a las normas impuestas por el biotopo. Un universo, un mundo social tiene sus normas. Pero si es necesario inventar otras para sobrevivir, o contravenir las que están en curso, entonces hay posibilidad de sufrimiento, lo que, de producirse, nos demuestra lo que quedó en el tintero. La caries mesial del 73 tiene el mismo significado dentro de la organización del medio interior, el del hogar. Aquí estamos en presencia de memorias de hogares de acogida, de internados también, mundos donde puede que haya habido necesidad de robar, hurtar alimento para sobrevivir. Es, pues, el conflicto del que sobrepasa las normas interiores, tales como guar-

dar una linterna en la cama a pesar de la extinción de las luces. En razón de la antigüedad de las memorias y de la relajación de las normas, estas caries son excepcionales.

La caries **número 2** (distal de los caninos) lo es por igual. En los mismos teatros, guetos o internados revelan la separación de los demás, la ausencia de lazos con el grupo. El resentimiento de saberse solo es muy importante en la aparición de estas caries. Comprendemos entonces la importancia de estos grupos de niños que se encuentran y montan un mini-grupo social dentro del cual la jerarquía dominantes/dominados se puede observar perfectamente. Aquí, el individuo está entregado a sí mismo. Escondido tanto dentro como fuera para sobrevivir, pone su capacidad en estrés, teniendo dificultades para apoyarse sobre cualquier potencia hormonal considerando su corta edad. Astucia, espabilo, podemos decir caries de la anguila a la derecha y de la araña a la izquierda.

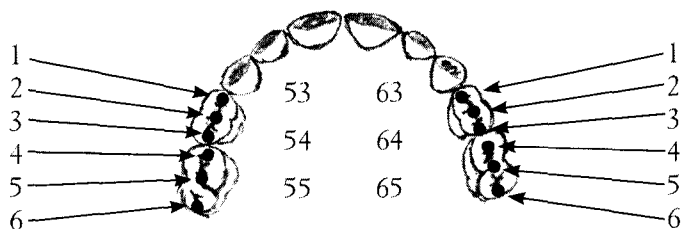
Amigo mío, estas caries son tan raras que he dudado en mencionarlas, pero sé de su capacidad en corroborar su veracidad con los casos que podría encontrarse, a sabiendas de que el sentimiento es mucho más importante que el teatro en sí.

Caries de los molares

Arco superior visto desde abajo, como el dentista...

Arriba derecha

Arriba izquierda



Arriba a la derecha se encuentran los dientes 54 (primer molar) y 55 (segundo molar), que llevan las mismas caries mesiales (1 y 4),

las caries oclusales (2 y 5) y las caries distales (3 y 6). Las mismas caries se anotan de la misma manera sobre los molares arriba a la izquierda, dientes 64 (primer molar) y 65 (segundo molar).

El **primer molar** corresponde al tejido de los lazos afectivos, alimento del corazón y estimulación del sistema límbico sobre el cual el córtex se estructurará. Estamos, pues, lejos de lo superfluo y de lo fútil. Por lo tanto, la noción de afecto es muy variable de un individuo a otro, y lo que parece para algunos ser afecto, los demás no encontrarán en ello ni la menor traza de corazón. Una vez más, debemos abstenernos de juzgar y contentarnos con observar los dientes poniendo palabras sobre las caries. Cada individuo reconocerá lo que siente mientras que los de su entorno abrirán desmesuradamente los ojos.

Las caries **número 2**, llamadas oclusales, muestran una carencia afectiva. En 54 de papá, en 64 de mamá. Esta carencia encuentra explicación en el alejamiento. Sentirse lejos de ellos, sin ellos, cortado o privado de ellos, puede llevar a la carencia afectiva. Algunos tienen poca sed y otros una sed inextinguible de afecto, insistiendo en el hecho de que no controlamos personalmente esta apetencia agarrada a una multitud de memorias girando alrededor del sujeto abandonado. La noción de simetría de la caries nos permitirá comprender aquí los funcionamientos que pueden tener lugar para subvenir a la carencia. Precisemos, pues, que hay, en el maxilar inferior, otros dos primeros molares, numerados 74 y 84, abajo a la izquierda y abajo a la derecha respectivamente. Las caries oclusales se «pasean» con facilidad de la una a la otra, contándose historias. Tenemos así **caries oclusales 54 y 84**: el niño colma el alejamiento de papá en la escuela, por medio del maestro, por ejemplo, aunque tenga una maestra, puesto que el sistema se contenta con el rol, el significativo. Y la historia es idéntica en lo relativo a mamá, con las **caries oclusales 64 y 84**. **Caries oclusales 54 y 64**: al niño le falta mamá, pero colma esta carencia con la persona que le da de comer en el comedor o en casa de la niñera, o incluso en casa de su abuela. Aquí, de nuevo, las caries demuestran que el niño colma una

carencia por medio de una persona de la que sufrirá al separarse, alegrándose cuando recobra a su mamá, y viceversa, cuando deja a su mamá para irse con la tata.

De la palabra «corazón» viene la palabra «acuerdo». Estar de acuerdo, buscar la concordancia, o estar en desacuerdo es lo que subyace en las caries 1 y 3 (mesiales y distales respectivamente) de los primeros molares. La noción de acuerdo hace eminentemente referencia a unas nociones musicales. Dos notas en acorde alegran el corazón. La civilización antigua de las altas mesetas del Altái describe la vida del ser humano como la búsqueda de su propia nota que debe tocar en el seno de la sinfonía de la humanidad. Esta noción musical que hace referencia al sonido nos recuerda que los caninos en relación con el verbo se posicionan en la boca justo después de los primeros molares. Lo que se tocaba sin ruido con los dientes 4, estos lazos afectivos sin subtítulos que proponen las palabras deben ahora encontrar en la expresión hablada, la concretización del lazo. Entonces, lo que se siente da lugar a lo que se dice. Y si eso no se dice, debe, sin embargo, ser expresado por el sistema fundamental de la mímica, lenguaje del cuerpo.

La caries **número 1** (mesial en el diente 4) revela esta búsqueda de acuerdo/acorde con lo que ocurre en los caninos: las normas. La noción de norma en el mundo del niño se compone de todo lo que refiere a la educación. El que ha aprendido y respeta las normas se llamará «bien educado». Siéndolo llevará la satisfacción a los rostros de sus padres, lo que testimoniará del acuerdo/acorde. Una vez más debemos insistir en el hecho de que el niño que no obedece o no se doblega a las reglas solo presentará caries si sufre dentro de sí mismo y no será por no saber respetar las reglas, sino por el desacuerdo (falta de acorde) que provoca en el padre (o la madre), desacuerdo que le pone en estado del estrés de abandono. Debemos entonces recordar también que padre y madre transmiten las reglas dentro de unos registros distintos.

Padre es el que lleva al mundo, hacia el exterior. Enseña las normas que nos permiten estar integrados en este mundo. El pri-

mer mundo exterior con que se encuentra el niño en cuanto se posicionan sus dientes es el mundo de la escuela. Aquí un jefe impone leyes, las reglas, con el fin de que la tropa sea coherente y marche dentro de un orden. La caries que se desarrolla en este lugar explica que el niño intenta hacer del respeto de las reglas un medio de ser amado. Sin embargo, las reglas están para permitirnos sobrevivir, y no para ser amados. Es aquí donde empieza la confusión que puede llevar a la misma confusión en la futura relación con lo divino.

La señal que se utiliza para obtener información de acuerdo o desacuerdo proviene del lenguaje corporal. Una mirada, una sonrisa, una nota, una recompensa, un regalo... tantos buenos elementos para transmitir la significación de un acuerdo. Así, poco a poco, el compromiso de un acto, en un mundo donde estar se mezcla con el resultado del acto, de la manera de ser. El Tao que conmina a renunciar a los frutos de la acción costará un poco poder ser comprendido. La dinámica de la vida se agarra a los resultados, entrando en un condicionamiento, y el ser se pierde en ello. Sin embargo, esta etapa no es un vicio. Puede considerarse como necesaria y de provecho mientras siga siendo una etapa y no un propósito.

La madre está encargada de las normas que rigen el mantenimiento de la vida del cuerpo, en el interior. Estas normas están en relación con la higiene y la alimentación, la forma de vestir y el camino hacia coger el sueño. Muy próximas a las tradiciones, estas normas ponen el cuerpo en fase con la vida, volviéndolo disponible a la misma. Una vez asegurado lo interior, colmado, preparado, puede conectarse a la dinámica exterior. Dicho de otra manera, una vez que la madre ha equilibrado al niño, puede pasarlo al padre, que lo llevará al exterior... Observado bajo el plano de la biología, un cuerpo equilibrado produce las endorfinas necesarias para dar lugar a proyectos a nivel conceptual del córtex que le permitirá tener la energía necesaria para llevarlos a cabo. Resumiendo, sea cual sea la calidad de la mirada y el nivel desde donde se observa, todo queda homogéneo. Todo está en el Todo...

Llegados hasta aquí no puedo, amigo mío, sino ir todavía más lejos en la correlación dinámica. Cuando el triángulo inferior, compuesto por el cuerpo encarnado y por su espíritu llamado inferior, está equilibrado, puede entonces dejarse tocar por el alma que dispondrá de este cuerpo para poder ir hacia su meta, llevando a cabo su misión por el propio camino. Ningún alma puede actuar en la Tierra sin un espíritu vinculado a su cielo. Ninguna estructura biológica, encarnada en la Tierra, sabría ir hacia su cielo sin un equilibrio completado interiormente. Ya lo ve, querido, estas dinámicas son el reflejo permanente de la misma y única imagen que existe.

La caries **número 3** (distal y del primer molar) nos ofrece visualizar, siempre bajo el mismo vocablo de «búsqueda de acuerdo», el vínculo con papá en 54 y con mamá en 64. Siendo más precisos, podemos afirmar que el sistema empieza a sintetizar en un individuo nuevo padre y papá por un lado y madre y mamá por otro, verdaderas primicias de lo que se vivirá en cuanto tomen lugar los primeros molares definitivos a la edad de 6 años. Buscar el acuerdo se hace por medio de la observación del contento en la cara del otro. Si el otro está contento, entonces el niño tiene el permiso a la vida en cuanto lo manifieste así. Lo que le permitirá ser lo que es, siendo quien es, manifestándose a través de lo que hace, recibe su acuerdo por parte del dominante, del otro, de ese otro por parte de quien espera no ser abandonado.

Según el lugar afectado podemos averiguar de que lado está el niño esperando satisfacción: papá 54 y mamá 64. Nos quedará, siendo terapeutas, descubrir cómo el niño espera provocar el acuerdo en el otro, a sabiendas de que lo puede provocar en mamá con sus actividades escolares. Y si tal fuese el caso, no tardaríamos en ver aparecer una caries simétrica a la caries distal de 64 en 54, la cual reportaría en papá o sobre el profesor la búsqueda del contento. Vemos así la complejidad, sin embargo sencilla, del sistema de señales que gestionan el mundo de nuestros pensamientos y, por medio suyo, el mundo interior. La posición distal de esta caries

frente al segundo molar expresa el sufrimiento, la inquietud frente al descontento del padre/madre y que parece implicar una falta de amor. De no ser amado, simplemente. Pues el siguiente diente gestiona los miedos a ser abandonado.

El segundo molar (55 y 65), como hemos explicado en el capítulo 8, representa el resultado global de la actividad relacional. De la misma manera que una pantalla plasma un resultado, no es responsable de los cálculos sino que anuncia su final. Un final de cálculo que tiene como propósito tranquilizar el inconsciente gregario, esta naturaleza profundamente humana que hace del apego el arma perfecta frente al abandono. Después de la caries distal de la 54 (por igual de la 64), frente a frente puede desarrollarse una caries mesial en la 55 (ídem en la 64). Luego del desacuerdo resentido en diente 4, desacuerdo que es significativo de «no tengo el corazón de..», el niño intentará agradar, puesto que el que gusta tendrá derecho a quedarse. El sistema busca entonces las señales de lo que gusta al otro, elaborando los determinantes de «quién» debería ser para gustar. Las caries mesiales de los dientes 5 dan inicio al sistema de la pérdida de identidad, y si observamos una «contaminación» de la caries, puesto que la cara distal del 4 ataca la cara mesial del 5, parece enriquecedor darse cuenta de que el sistema inconsciente, que intenta aportar solución a un sufrimiento después de haber intentado el modo adaptativo, pasa a lo siguiente. La puesta en palabras es entonces muy simple: si después de haber buscado el acuerdo (el corazón) del otro para quien «yo soy», el sufrimiento subsistiese, entonces nos volveríamos quien él quiere, determinando lo que le gusta. La «contaminación» bacteriana a nivel de la caries es solo el resultado de la búsqueda desesperada de una solución frente al miedo al abandono. Es el desplazamiento de la búsqueda de una solución de una zona de espíritu a otra, este espíritu en jaque que se alivia por medio de nuestros dientes.

¿Cuántos están preparados para entender que nos toca a nosotros crear un universo seguro para nuestros hijos y que este mismo se

construye sobre el afecto? ¿Cuántos de nosotros preferirán seguir acusando al azúcar o bien a los microbios más que aceptar la señal que nos da la boca de nuestros hijos y que nos ordena volvernos humanos? O simplemente dejar que nuestra humanidad venza nuestro estrés de supervivencia... Pues ambos sabemos que los padres lo hacen lo mejor que pueden... que es normal desplegar una actividad frenética para sobrevenir a las necesidades de los suyos... necesidad de alimentos, necesidades corporales, necesidades de techo, de paredes, de ropa y bienes de toda clase. Sin embargo una parte de nosotros olvida lo esencial: la luz del corazón. Porque si un corazón puede contemplar un cielo estrellado o lleno de sol, entonces la existencia seguirá un camino distinto. Me ha visto usted tantas veces desamparado frente a esta pregunta... Hoy me queda la esperanza, la que lleva a seguir creyendo que algo en el ser humano entiende, aunque sus actos demuestren lo contrario, aunque diga el I Ching que «tienen oídos, pero no escuchan».

La caries número 5 (oclusal en 55 y 65) evoca el resultado del cálculo para certificar el «dar placer a» (gustar a). Considerando la etimología de la palabra «placer», que viene del latín *placere*, y observando sus distintos derivados, podemos también entender que el niño busca en esta zona de su espíritu en relación con este diente algo de apaciguamiento. La paz deja el sistema dentro de una quietud, lleva una respuesta tranquilizadora al miedo al abandono y ofrece un biotopo propicio al desarrollo y al crecimiento. Dar placer (*fr. Plaire* = gustar) es la información que da la certeza de que no existe abandono de ninguna forma: ni excluido, olvidado, desechado, ni tampoco desterrado, y consecuentemente «disgustar» (*fr. déplaire*) nos coloca en el riesgo, innegable en función de las diferentes memorias del árbol, de vivir el abandono. De la misma manera, descubrir el contento del otro, recibir la información de que está contento, nos hace saber que le importamos porque contento viene de «tener» y se mantienen juntos los que están contentos de estar juntos.

Sin embargo, lo más importante anunciado por las caries de los dientes 5 es esta dinámica extraña que nos impulsa a volvernos otro. No debemos olvidar que «quien soy» se confunde en este momento con «lo que soy». Y «lo que soy» está determinado por todas las informaciones que me da el otro sobre mí, por medio de sus palabras, de sus reacciones frente a mí. Como estas «etiquetas» que me ponen, que hablan de tener «apego». ¿Cuántos adultos no soportan las etiquetas que rascan en el cuello? ¿Tiene esta zona corporal relación con la injusticia? Tantos sufrimientos se ven gestionados por nuestras reacciones corporales, biológicas...

Amigo mío, ¡existen tantas palabras para dar vida a estas zonas de sombra dentro de nosotros y ofrecerles la luz del espíritu! Pero estamos tan seguros de que no cambiarán nada que las mantenemos en silencio, despreciándonos por ello y abandonándonos una vez más.

Caries número 5 en 55: «No consigo gustar a papá». La misma en 65: «No consigo gustar a mamá». Tengamos en mente que detrás de todo ello se esconde el miedo al abandono. Nada más y nada menos. La transferencia puede hacerse entre 55 y 65, gustar por lo menos a uno de los dos. La caries primaria nos informa sobre el padre/madre resentido como el más alejado. Pero podemos también asistir a una transferencia de caries de 55 a 85, informando entonces de que el niño encuentra el mismo estrés en el medio escolar. O bien de 65 a 75, transfiriendo el estrés con mamá sobre la persona que cuida al niño de vez en cuando. Pero también en la guardería, donde las personas se asimilan fácilmente con la «mamá» de sustitución. Lo más importante no es que el niño cese sus comportamientos sino que los adultos entiendan el estrés fundamental de abandono que vive su hijo. Que entiendan igualmente que su hijo es el lugar donde explota una memoria de niño en la genealogía y que este niño es incapaz de gestionar lo que no conoce. Hablar de historias que permanecen como fantasmas en

el árbol es operativo, pero hay que decirlo con palabras sencillas... o leer historias escogidas entre esos cuentos y leyendas que tienen maravillosas virtudes.

Caries 4 en 55 (mesial): reacción a lo que manifiesta papá frente a «lo que soy», por lo tanto a «quién soy», manifestado y resentido como no vinculativo. La caries oclusal es la búsqueda del vínculo supuesto, la caries mesial el miedo frente a la ausencia de estos vínculos. En la 65 es la relación con mamá. Esta ausencia resentida de vínculos se ve agarrada a una memoria de imposibilidad de ser tal como él/ella espera que sea. Tenemos entonces que ir en busca de niños que no son del padre o de la madre, niños adoptados, colocados en casa de unos tíos, cualquier situación en base a el «non origen» biológico. Porque este lazo biológico no puede ser creado por parte del niño. El sistema cree estar enfrentado a una ecuación sin solución, y aquí empieza la expresión cultural de un identificador de capacidad que terminará de la siguiente manera: « No sirve para nada, no dispongo de medios» o «No sirve de nada, no lo conseguiré». Esta «no solución» al intento de obtención de vínculos se transferirá más adelante en actos existenciales, afectando al valor de uno mismo elaborado por el sistema. Por lo tanto estamos cavando el surco de un sufrimiento futuro de desvalorización. Las correspondencias entre los dientes de leche y los dientes definitivos lo atestiguan, o por lo menos lo sugieren.

La **caries número 6** (distal en el diente 5) es afortunadamente bastante rara. Presenta a menudo un único punto negro visible a la caída del diente y habrá dejado el mismo punto negro en el diente definitivo número 6 que le sigue en la boca. Señala el intento de ser alguien diferente para poder agradar, para formar parte del grupo, con el fin de recibir señales de integración. El diente 6, primer molar definitivo que se posiciona pegado por su parte trasera, es el diente que acompaña el despertar de las hormonas sexuales, ofreciendo al sistema un nuevo dato de identidad: la identidad sexual, que puede inconscientemente aportar solución a esta búsqueda de ser otro, alguien distinto. Lo que soy a partir

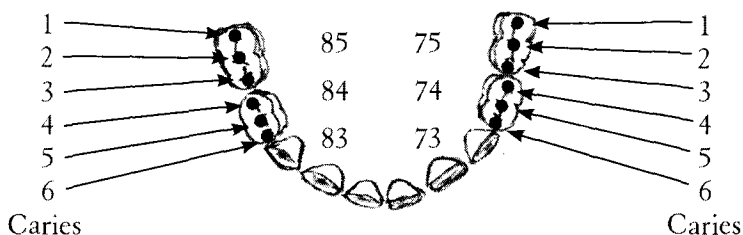
de este momento me vuelve macho o hembra, y simplemente eso, por lo menos durante un tiempo, es la solución. Una vez más utilizaremos el sector donde se encuentra el diente para averiguar si el conflicto se vivencia en relación a papá o a mamá, pero sobre todo con este individuo sintetizado compuesto de padre/papá o de madre/mamá.

Caries de los molares inferiores

Arco inferior visto desde arriba...

Abajo derecha

Abajo izquierda



Nota: ciertas caries han sido estudiadas conjuntamente a la caries del maxilar superior, son las caries número 5 y 2, caries oclusales de los dientes 5 y 4 respectivamente.

La **caries número 1** (mesial de los 74 y 84) es la señal de una reacción referente a las obligaciones impuestas a los niños. Estas obligaciones están —lado izquierdo, en 74—, vinculadas a la alimentación, la ropa y los ritmos diarios, con el acostarse incluido. A la derecha, en 84, son las obligaciones sociales tales como la escuela y otras. Las dos caries hacen intervenir el sistema de «comparación». El niño compara permanentemente lo que le dan, lo acordado, lo pedido incluso, con lo que hacen los demás. Estos «demás» son los hermanos o compañeros de clase y de esta comparación él deduce la cantidad de afecto que le toca. El afecto que no siente se mide, y el niño no sabe que lo que se pide va en función de la edad y de las capacidades. Pero tiene el sentimiento de que

se le pide demasiado a él, y ya que no puede, entonces sufrirá por ello. A veces es bueno explicar, otras veces es superfluo. Recordemos que los caninos de leche pueden permanecer en el arco para evitar al niño entrar en el mundo de los mayores, a quienes se les pide mucho, como ir a trabajar al campo o a la mina.

La **caries número 3** (distal de 4) es una caries de inserción en la familia o compañeros de escuela, predominando aquí la noción de acuerdo. Los nuevos compañeros son como una hermandad a la cual se debe pertenecer. El comedor es la nueva mesa en la que hay que tener un lugar; así, en 74 podemos rastrear un conflicto incipiente con el lugar en el que se come. El sitio ocupado en la mesa es un elemento fundamental para el inconsciente: otorga un lugar en la familia. Un sitio confirmado y certificado. El niño que en el comedor debe cambiar de sitio o de mesa en cada comida puede sentir con ello un sufrimiento, siempre en relación con las memorias de las cuales él es portador en su inconsciente. Así pues, el problema no es quedarse en el comedor, sino **quién** come y **cómo** come. La noción muy extendida según la cual la caries sobreviene por la calidad de la comida dispensada o por la falta de cepillado adecuado después del comedor escolar debería más bien ser reemplazada por cómo son los comedores donde dejamos a nuestros hijos. La calidad de la comida está menos en el plato que alrededor del plato. Comidas distribuidas de cualquier manera, cayendo de un cucharón, servida por unos empleados tristes, rabiosos o frustrados, dicen a los corazones «nos sois bienvenidos». En consecuencia, y sintetizando, la caries en 74 nos habla de un cambio en el protocolo de las comidas. En 84 habla de un cambio en el protocolo dentro del grupo de hermanos, traspuesto al grupo de compañeros bajo la supervisión del profesor que no deberá ser confundido con la noción de «padre», una confusión que el sistema del resentimiento comete alegremente. Otra posibilidad de aparición de esta caries es la reacción a la llegada de un nuevo hermanito/a que parece dejarnos en la retaguardia en la jerarquía, como si el recién llegado acaparase el sitio de heredero y con él

todas las miradas del padre. O bien un bebé que monopoliza todo el tiempo de la madre hará que aparezca una caries en 74.

La **caries número 4** (mesial de 5) funciona dentro de la noción de agrandar donde subyace toda integración en un grupo. Los mismos grupos están aquí implicados: los compañeros, bien a la escuela o dentro de la clase, en la familia traspuesta al comedor escolar, pero también en las siestas obligadas de los parvularios... ¡Tantos teatros que nos hacen revivir nuestros sufrimientos primordiales! Y como pasa con los dientes del maxilar superior, el paso de la caries distal de 4 a la mesial de 5 se hace durante esta búsqueda de ser alguien distinto, de ser otro para poder integrarse.

La **caries número 6** (distal de 5) es una caries también rara por el hecho de la llegada de los dientes definitivos números 6 que desplazan la gestión de los conflictos. Hay caries en el diente 5, preferentemente en la parte de arriba (en oclusal), o hacia la 4 (en mesial). Cuando el conflicto es denso, largo y doloroso, la caries oclusal podrá destruir todo el diente. Es entonces mucho mejor considerar esta necesidad de agrandar más que intentar especificar si esta caries es mesial, oclusal o distal. Recordemos, por lo pronto, que el conflicto de abandono está en la base de este sistema y que el niño no tiene más, como única solución para evitarlo, que ser distinto o volverse otro. El abandono que se teme desde el exterior no se soluciona con un el abandono de sí mismo... Los primeros molares definitivos detentarán asimismo el riesgo de tener caries en cuanto aparezcan en la boca, y aquí, nuevamente, en lugar de culpar al cepillado o a la alimentación, sería hora de de considerar los miedos inconscientes del niño que sus dientes proclaman abiertamente a unos adultos ciegos y sordos.

Aquí tiene usted, esperándole, querido amigo, un trabajo muy extenso: transcribir en palabras las caries de los niños que vendrán a verle -bajo el pretexto de agujeros en los dientes ocasionados por unos microbios malintencionados, ayudados por alimentos defectuosos- esclareciendo el estado alarmante de sus corazones. Me ale-

gro de haber cumplido con este trabajo de lectura, pues por fin el niño se dará cuenta de que, ciertamente, está por algo en el estado de su dentición, pero que el enemigo no existe en ningún otro sitio que en el interior de su propio corazón. Y que, gracias a los agujeros en el esmalte de sus dientes, puede participar de ahora en adelante en rasgar el velo de la mirada de sus padres, un velo que los privaba de una visión humana de la vida y de la existencia. Tener éxito no es el devenir del ser humano. Encontrar comida, construir un nido, procrear y asegurar la subsistencia de los suyos, también lo hacen los animales. El ser humano dispone de otro camino: el del espíritu que toma raíces en su corazón. Amar, pase lo que pase, es mucho más humano que permanecer en pie aguantando los golpes que sean. Y cuando hayamos comprendido que alimentar el corazón extiende las alas del espíritu, entonces estaremos realmente en marcha hacia este devenir.

Le dejo meditar sobre la presente y las caries que le han sido expuestas. Voy a poner palabras, en cuanto la mande, sobre los desórdenes ortodónticos que afectan cada vez más a nuestros jóvenes pacientes, apurando mi tiempo para que la reciba lo más pronto posible.

Suyo atentamente.

Décima carta

10 de septiembre de 2010

Vuelvo a abordar, querido amigo, puede que por última vez, el tema de los dientes de leche. Espero que mi carta anterior le haya infundido esperanza en cuanto a los cuidados de las caries de estos pequeños dientes, así como lo referente a la ayuda que podemos dar a los niños que las padecen y que sufren... No le quiero ocultar mi satisfacción por haber llevado a cabo este trabajo, pero también quiero confesarle mi alivio por concluirlo. Este viaje ha sido fatigoso, así que le dejo descubrir esta última misiva que le expondrá mis constataciones, vivenciadas por la experiencia en cuanto a los desórdenes de las bases óseas que se revelan por medio del amontonamiento dental. Le pido por adelantado que emplee su indulgencia hacia las palabras técnicas que me sean necesarias y que haré el esfuerzo de emplear con moderación. Vuelvo a tomar la pluma con abnegación y la dejaré con el orgullo de haberle tenido como lector asiduo.

Parece, si queremos creer a los observadores, que cada vez recurrimos más con nuestros hijos a los cuidados ortodónticos, como si las madres no supieran ya cómo se fabrican los niños. Como si hubieran perdido un trozo del esquema de montaje y de construcción de nuestros queridos pequeños. La biodescodificación dental, nacida también de la observación, pero bajo otro enfoque, intenta una vez más no alimentar la fatalidad o la mala suerte, ni tampoco señalar a unos responsables externos de lo que tan solo

puede desenredarse dentro de cada uno de nosotros. Seguimos creyendo profundamente que la forma de nuestros queridos niños está perfectamente adaptada a lo que solemos designar como mundo externo a través de nuestro sentir y, consecuente y desafortunadamente, a través de nuestros sufrimientos sin resolver. Ahora más que nunca, esta frase encuentra aquí un sentido sorprendentemente adulto: «Los padres comen las uvas verdes y a los hijos les rechinan los dientes». Esta frase viene de la *Biblia*, libro que ya les ha sido presentado como un libro de medicina del espíritu y no del cuerpo. Sin lugar a dudas podemos devolverle su sentido de libro espiritual.

No vamos a revelarnos contra los facultativos de la ortodoncia, siendo conscientes de que su presencia en la Tierra es el resultado de la actuación en el mundo de nuestro propio inconsciente sin resolver, opaco. La medicina en sí, la que está recriminada, no es más que la prolongación exterior de nuestro inconsciente. Hemos, desde mucho tiempo atrás, preferido la transformación interior a la lucha contra el otro. No es por ello ni más fácil ni más noble y no tiene más secreto que el mundo en el cual nos pide entrar: el nuestro. Este mundo donde se corresponden nuestros dientes del juicio. Este mundo donde existimos en toda autenticidad, pero que solo podemos conquistar a base de determinación y valor. Así que, sacar las muelas del juicio a nuestros hijos no es un acto de crueldad, sino testimonio de que preferimos para ellos su bienestar exterior más que su vida esencial. ¿Qué padre podría pretender renunciar al éxito de sus hijos, sino el que no los tiene? ¡Es tan fácil decir y aconsejar a los que andan por un camino que jamás han pisado!

Tener éxito, integrarse en la sociedad, encontrar ahí un empleo con el fin de ganar lo necesario para la supervivencia, la subsistencia, la perennidad, es la preocupación normal y bien fundada de un padre y de una madre. Así que, si queremos considerar otra ortodoncia, deberemos aceptar eso de antemano. Aceptar que eso sea nuestro miedo al futuro de nuestros hijos, y entrever otro distinto. Dejar que el mundo viva profundamente dentro de nosotros

y devolverlo a nuestros hijos diciéndoles que es un lugar ante todo donde la vida ha tomado sus raíces y donde se ha manifestado. Una vida que nos quiere bien, una vida que no es un peligro ni una lucha encarnizada por sobrevivir. Devolver a nuestros hijos la verdad de una vida que nos lleva y no que debemos ganarnos. Una vida que se da y no que se debe conquistar. Por lo tanto, si queremos ver los dientes de nuestros hijos posicionarse serenamente en sus bocas, debemos, nosotros los padres, cambiar el punto de vista que tenemos sobre el mundo y sobre la vida.

Amigo mío, ya lo sabe, luchar en contra es mucho menos humano que ir hacia. Me ha conocido el tiempo suficiente como para saber eso de mí: el devenir humano reside en el ir hacia la vida. Nuestro espíritu es el lugar donde se encuentra el más grande tesoro de la humanidad, puesto que el espíritu se nutre del corazón. Así pues, nuestro espíritu puede, a través de los ojos de su corazón, ver lo que el intelecto no sabría nunca llevar a cabo. Me gusta recordar esta frase del poeta: «El corazón es un oasis donde las caravanas del pensamiento no llegarán jamás». La vida del corazón, si deja que emane su esencia en palabras e imágenes, no está encerrada ahí, ni tampoco contenida ahí... Es música inaudible a nuestros sentidos, luz invisible a los ojos. La vida del corazón está en el acto de amar incondicionalmente, sin nada que esperar a cambio, sin intercambio, y puedo hoy decir que el entendimiento es al corazón lo que la inteligencia al espíritu.

Los tratamientos ortodónticos se dedican, en su mayoría, a modificar el crecimiento óseo. Los desórdenes ortodónticos tienen, asimismo, más causa ósea que dental. Un hueso maxilar demasiado estrecho para poder acoger unos dientes demasiado grandes. La determinación de un diagnóstico ortodóntico pide normalmente poder observar las relaciones entre los dientes número 6 superiores y 6 inferiores. Dicho de otra manera, la relación entre los primeros molares definitivos. Estamos entonces frente a un niño de seis a

ocho años. Y si la boca de un niño de menos de seis años puede hacernos sospechar de unos desórdenes futuros, su confirmación se hará por medio de la observación de estos preciosos molares.

Fundamentalmente, existen dos posibilidades: o bien el maxilar inferior no crece lo suficiente hacia delante, o bien crece en demasía. Tendremos entonces unos desórdenes de clase II, o de clase III, llamados respectivamente retrognatia o prognatia. A los cuales se añaden dos desórdenes frecuentes: el maxilar superior de forma ojival, demasiado estrecho y el resalte anterior aumentado que se manifiesta por un espacio libre entre los incisivos superiores y inferiores con la boca cerrada.

La retrognatia manifiesta una insuficiencia de crecimiento de la rama horizontal del maxilar inferior hacia delante. Las células responsables del crecimiento óseo se sitúan en el ángulo de la mandíbula, en la unión de las ramas horizontal y vertical. Este ángulo se llama ángulo goníacogoniaco. Esta zona anatómica se corresponde con una zona del espíritu que trata las informaciones en relación con la vergüenza. Aquí la memoria activa es la de un niño de la vergüenza, a menudo de una madre soltera. La sentencia aplicada entonces era que estos niños incordiaban. Es un incordio tener un niño cuando se tiene dieciséis o dieciocho años sin estar casada. ¡Y más si se viene de una familia respetable y respetada! El niño del incordio es un niño llamado a desaparecer, bien en un orfanato, bien en la tierra.

Cuando a los tres años y medio aparece la identidad cortical, el maxilar inferior se vuelve portador de la vida de esta estructura que solo existe por medio de la palabra hablada. El verbo que se hace oír se acompaña de movimientos de este maxilar inferior y representa nuestra dimensión verbal. El «yo» está representado por esta estructura del maxilar inferior que se acomoda a los dientes del maxilar superior portador de quienes somos hijos, peor aún, de los que desempeñan el papel de padre y madre. Durante muchos años esta repartición de los representados se establecerá así, permitiendo una edificación de la estructura mental sobre los

datos recibidos como ejemplos por parte de estos dos individuos, pero también de la familia y del clan. Otros grupos más grandes engloban a su vez a la familia y al clan, formando una imbricación de significantes cada vez más amplia. De manera muy sencilla podemos presentar este ensamblaje como sutil: a la derecha, el padre que nos permite pertenecer a un clan, el cual se incluye en una tribu o en un liderazgo según la talla (hoy en día hablaríamos de habitantes de la misma comunidad, por lo tanto bajo las órdenes de un mismo líder), estando dicha comunidad bajo el mando de una nación y obedeciendo a un culto, lo que nos hace pertenecer a la humanidad, grupo de identidades llamadas almas en relación al cielo bajo las órdenes de un Dios (aunque eso se niegue cada vez más, llegando incluso a desaconsejarse para poder sobrevivir). A la izquierda, la madre que nos hace pertenecer a una familia, que nos emplaza en una ciudad, que depende de un país y que, todos juntos, ocupan el globo terráqueo. Así pues, nuestra estructura fractal es real, posicionada y activa aunque no lo sepamos o, peor aún, intentemos negarlo.

Si sobre el niño cae una noción de molestia, actuarán sobre él sus memorias disponibles de niño de la vergüenza. El efecto producido será la limitación del crecimiento del maxilar inferior para que el niño no ocupe demasiado lugar. Así, limitado en su crecimiento, el inconsciente intentará responder a la molestia por medio de una situación adaptada en términos de supervivencia. La pregunta que se hace entonces es saber, hoy día, cómo puede manifestarse esta molestia, a sabiendas de que la moral parece haber admitido que se conciba un niño entre una pareja no casada. La primera información que la biodescodificación dental nos ha forzado a admitir es la realidad activa de un inconsciente cuyas leyes traspasan nuestra voluntad y nuestras decisiones. De hecho, considerando el tiempo pasado desde el principio de esta aventura, parece mucho más cierto que subsista en nosotros una información activa detrás de las manifestaciones verbales de nuestras decisiones y a pesar de nuestra certeza de plena libertad.

Esta información es de naturaleza emocional, ámbito de la vida donde tan solo entramos con el sufrimiento. Un poco como los que han aprendido a nadar por obligación del instructor que los tira al agua, la vida nos empuja dentro de nuestro corazón por medio de choques emocionales para que salgamos de la «piscina» lo más rápidamente posible. De la misma manera, existen en nuestro corazón unos estados emocionales que abandonamos, que no gestionamos, pero que nos gestionan durante toda nuestra vida. Hace poco había que estar casados para tener un niño. La moral lo exigía, la moral civil y religiosa y también el decoro social. A pesar de nuestras manifestaciones vehementes de libertad de culto, la biología expresa un retraso en la evolución de los modales decididos por nuestro mental, y por ello, cuando «yo» decido lo que «yo» quiero, bajo esta estructura mental conectada al sistema límbico, el cuerpo se espabila y reacciona según sus leyes. En consecuencia es lícito expresar que en vez de restablecer una moral rígida, unos dogmas pasmados, el hombre tiene otro recurso: entrar en su corazón y vivir desde este lugar en su interior. Todo acto que tiene como base una reacción es un acto animal. El hombre, el ser humano, solo es capaz de actuar según la voluntad de su corazón y solamente el estado de paz calmará la biología y dejará las memorias tan tranquilas en sus registros respectivos que no tendrán necesidad de ser leídas.

Todavía más sorprendente es la persistencia en todos nosotros de este deseo infantil de querer agradar. Recordemos los dientes, los segundos molares deciduos que reaccionan a este impulso, el cual sirve como garantía frente al riesgo de ser abandonado. Dentro de cada uno de nosotros sigue habiendo un niño que, durante muchos años, frente a los actos que realizamos como adultos, sabe que eso no gustará ni a papá ni a mamá y que por tanto vamos a ser rechazados, excluidos, marginados y olvidados. Resumiendo, nuestros actos nos llevan directamente a la soledad. La biología reacciona entonces. ¿Por qué es tan difícil vivir un amor bajo la bendición de los padres? ¿Por qué el ser humano se sitúa con tan-

ta fuerza en situaciones desagradables, incluso peligrosas para la biología? La comunicación verbal no existe ya. Cierto que la comunicación está a la orden del día en nuestro entorno. Los periódicos, la televisión, internet... todo es comunicación. Solo una, sin embargo, queda muda: la del corazón, este corazón que habla de la verdad, la nuestra, a cada uno de nosotros. Las palabras de lo que se vive interiormente... esta verdad que empieza por las palabras de nuestra realidad. Asimismo al cortarse desde nuestra niñez y en estado de reacción frente a ella, nos metemos en unos peligros que fuerzan a que nuestra estructura biológica se adapte. La biología entonces cambia su forma, pues es lo que significa para ella adaptarse. Más pequeño, menos sitio, más pequeño, menos necesidades, menos incordio. Más pequeño: puede que así tenga derecho a existir. Un sesenta por ciento de los niños manifiestan hoy día esta anomalía de crecimiento.

Sin embargo, la molestia más activa no es la que está en relación con la moral. Aquí una vez más debemos sumergirnos en los datos antropológicos de la humanidad que nos ofrecen conocer el contenido arcaico y fundamental de la estructura inconsciente que nos anima. Podemos también referirnos al Popol Vuh, datos de la tradición Maya Quechua que nos presenta la humanidad actual de la misma manera: el hombre, fuera, cumpliendo con su deber de cazador-recolector o ganadero-agricultor; la mujer, dentro, manteniendo el equilibrio y cuidando del hogar. Dentro de una correspondencia fractal de esta descripción, nuestro masculino actúa fuera y nuestro femenino nos ofrece un lugar de regeneración dentro de nosotros mismos. Pero sea cual sea la consideración que damos a estos datos, nos dicen y afirman la misma descripción de la dinámica de vida. Mismamente, desde que la mujer ha conquistado el mundo del trabajo, los lugares de caza, se somete a unas leyes de las cuales no tenía que preocuparse antes. Pues la caza, la recolecta están sujetos a unas temporadas. Lo que es cierto para las prácticas ancestrales se ve traspuesto hoy en el principio de promoción profesional que garantiza una entrada mayor de

dinero, o de caza... Este mismo acceso a un puesto profesional se acomoda muy mal (¡por no decir que no se acomoda en absoluto!) con un estado de embarazo. La prueba es que se han tenido que implantar unas leyes para obligar a los patronos a modificar su actitud... y garantizar a la mujer que pueda recuperar su puesto de trabajo después de haber dado a luz. Por lo tanto, un niño sí puede ser sentido como un incordio, desde un simple punto de vista temporal, puesto que llega en plena temporada de caza... y cazar embarazada se resiente como una molestia.

Ya lo sabe bien, querido confidente y amigo, que oímos ya cómo se levantan gritos de revuelta y que nos imaginamos, con razón, cómo las mujeres se alzan contra el machismo. Sin embargo, no hemos dicho en ningún momento que debiéramos volver a ese estado de repartición de la vida: hombre fuera, mujer en casa... Hemos tenido cierta dificultad en dar a entender que la paz del corazón nos ofrece la verdadera libertad... que lejos de los actos y de las formas es ciertamente el estado del corazón el que moldea el mundo. Pero, ¿cómo dar a entender la verdad a unos espíritus magullados?

El incordio que es el niño se sentirá de nuevo en el momento en que la mujer deba volver al trabajo: habrá que encontrar alguien que lo cuide, lo que, para colmo, acarreará gastos. El inconsciente no censura ningún pensamiento, no corrige nada por complacencia. Se mueve por la realidad de los sentimientos y adapta sus formas a la vida. Aquí podemos adelantar que la función de las células de crecimiento óseo se verá modificada por las informaciones transmitidas y que esta función adaptará la forma del niño al mundo que el inconsciente describa dentro de la búsqueda de un equilibrio. Poco sitio, poca molestia. Lo hemos visto al principio del presente estudio, los padres tienen una misión básica en cuanto a la biología del niño: describirle un mundo de paz, en paz, y anunciarle un futuro distinto del que describen las reacciones emocionales del estrés existencial.

Eso no parece posible en tanto que la realidad diaria nos aleja de ello. Pero esta realidad puede tomar vida dentro de un corazón y un espíritu auténticamente humano. En cuanto al animal, continuará en afirmar, con razón, que todo ello es utopía frente a la realidad manifestada.

La modificación inversa a la retrognatia es la prognatia, crecimiento exagerado del maxilar inferior hacia delante, llevando los incisivos de abajo a situarse hacia delante en relación a los incisivos de arriba. Participan aquí las mismas células de crecimiento óseo, pero esta vez bajo la influencia de una información distinta: el niño está bajo una conminación mayor, no debe avergonzarse a su padre. Esta conminación está dominada por una memoria transgeneracional de un hijo que infligió vergüenza a su padre dentro de una noción de herencia profesional. Es la historia clásica del hijo del viticultor que se niega en seguir con el negocio y que conduce a la desaparición del bien profesional. Antaño se podía ver inscrito en los rótulos de empresa «Padre e Hijo». Cuando un hijo continúa en la aventura de la empresa familiar, permite a un nombre seguir existiendo, ofreciendo a su padre la inmortalidad por medio del nombre. Este conflicto de la inmortalidad es una faceta oscura de la psique humana. El ser humano, desde que conceptualizó la existencia de un Dios, ha puesto en marcha una guerra de poder frente a él. Así es el animal humano, que no soporta ser dominado, además por un jefe capaz de hacerle sufrir, lanzando granizo poco antes de la recolecta o pudriendo una viña con demasiada agua justo antes de la vendimia. Como el hombre se dio cuenta un buen día de que los sacrificios humanos no daban ningún resultado en cuanto a obtener la magnanimidad divina, decidió pasar de la protección de Dios. Por tanto, debía volverse más poderoso que Él y la lucha se desencadenó, y así es como el hombre opuso el secreto al misterio divino y que a la inmortalidad divina confrontó su perennidad por medio de un hijo. Podemos igualmente ubicar esta lucha en el momento en que Prometeo entregó el fuego a los hombres. Desde entonces, el hombre tiene en sus manos el poder divino...

Por lo menos le gusta demostrarlo con su crueldad. ¿Cuándo pondrá el hombre este poder al servicio de lo mejor y no al provecho del obtener todavía más?

La memoria genealógica que ocasiona la prognatia es la de un niño que no se ha atrevido a oponerse a su padre por medio de la elección de un camino profesional distinto del negocio familiar. «La prognatia» usurpa al niño de la orientación paterna hacia el futuro y una barbilla prominente dará una voluntad más fuerte para ir caminando según la voluntad propia. Invertir un crecimiento maxilar puede hacerse, pero hay que intervenirlo lo más pronto posible y poner en palabras esta memoria, este sufrimiento, y entender que el niño, sin saberlo, a pesar suyo, intenta no avergonzar a su padre. El rol parental intenta aliviar este temor.

Ciertamente, amigo mío, no se habrá olvidado de nuestra conversación sobre la eternidad y la inmortalidad. Cuando entendimos la lucha mantenida hacia la vida por la dimensión inferior de nuestro espíritu, hacia esta omnipotencia que el hombre llamó Dios, pudimos observar en toda su plenitud esta carrera desenfrenada que anima al ser humano. El hombre, el macho, debe transmitir su nombre para ser inmortal, lo cual se asegura por medio de un hijo varón, mientras que la mujer, la hembra, dispone de la transmisión de su ADN mitocondrial para ser eterna, llevando al mundo a una niña, y dos para respetar las leyes de probabilidades matemáticas. Numerosas familias tienen, durante varias generaciones, hombres con el mismo nombre y el mismo apellido con el fin de asegurar esta perpetuidad. Esta costumbre, si no se adecuaba a un clan, se irá transmitiendo en la profesión, en esa empresa emblemática que tenía el antepasado. Rechazarla es rechazar una herencia; es como rechazar a un padre, podríamos decir. Cada ser humano debería poder entrar en contacto con esta lucha interior para, en plena conciencia, poder ponerle fin, lo que sería mucho más efectivo sobre su futuro que cualquier tradición respetable y respetada.

Otra de las problemáticas corrientes que afectan a la boca de un niño es el paladar ojival. Este paladar, formado por dos mitades que se unen en la línea mediana, debe crecer a lo ancho. La sutura mediana que asegura la unión de las dos mitades es una estructura evolutiva. Los dientes que lleva el hueso alveolar transmiten al hueso basal unas tensiones mecánicas que van a influir en su crecimiento transversal. Pero algunas veces ocurre que el paladar no crece a lo ancho, quedando hondo y con forma ojival. Si el maxilar inferior sigue creciendo vamos a observar muy rápidamente una mordida cruzada representada por los dientes inferiores fuera de los dientes superiores al producirse la oclusión. Esta manifestación ósea descansa sobre multitud de parámetros de influencia, un tema que la Facultad enseña de maravilla. Pero los datos genealógicos son bastante estables, que es lo que enseña la biodescodificación dental.

Para comprender que las manifestaciones biológicas pueden encontrar ecos en las historias de nuestros antepasados no hay que considerar al ser humano bajo un concepto global —¿quién podría?— sino completo de lo que es. El ser humano es una estructura bipolar, llamada dual, puesto que está formado por un cuerpo y un espíritu. Esta dualidad del ser humano no es una separación entre dos sistemas independientes, sino un conjunto compuesto de dos partes que funcionan en reciprocidad. La biología médica lo demuestra perfectamente, aunque la influencia del espíritu sobre el cuerpo no sea entendida por parte de la mayoría. Sin embargo, muchos pensamientos provocan estados emocionales que se manifiestan por medio de producciones químicas, las cuales modificarán a su vez las funciones biológicas. Si se enamoran, verán cómo se acelera el ritmo propio. ¡Esa es la prueba! Pero también debemos notar que lo que nuestro espíritu alumbra en el seno de sus pensamientos, deducciones y análisis no es más, y ante todo, que una fiel reproducción de lo que ocurre debajo, en la biología. Así, podemos encontrar en las manifestaciones biológicas unas huellas del espíritu animándose en este gran teatro de la relación humana.

El paladar es una estructura que separa la cavidad bucal de la cavidad nasal, aunque al final las dos se unan y que algunas veces tiene lugar lo que se llama una vía equivocada: la entrada de alimentos en la tráquea. Por ello, la separación entre aire y nutrientes sólidos o líquidos representa lo que son la Tierra y el cielo para el ser humano. Digo «ser humano» y no animal puesto que consideramos aquí su virtud relacional y verbal. La Tierra lleva lo que es necesario al cuerpo para sobrevivir: comer y beber, tal como lo hace el cordón umbilical cuando el feto pasa nueve meses en su primera caverna en la Tierra: el útero. Durante estos nueve primeros meses, el cordón umbilical lleva también el aire, asumiendo la fuente del «respirar». Al nacer esta fuente se vuelve aire del cielo... el niño, al salir del útero, debe reconquistar este elemento aéreo, tal como lo hizo el pez que puso el pie en la Tierra hace... algunos millones de años. En el teatro de la relación humana, al salir del útero, la madre acoge al niño en el seno del mundo exterior y lo entrega al padre, a su padre. Si «madre» es una transposición de Tierra, «padre» también lo es del cielo. El verbo se propaga por medio del aire, gracias al aire. En el vacío, no hay sonidos. Un paladar ojival disminuye las vías respiratorias que son las cavidades nasales y muy a menudo se observa una respiración bucal en el niño cuyo paladar es profundo, ojival. Podemos entonces buscar al niño al que le faltó su padre al salir del útero. No porque el padre se ausentara, sino por una ausencia de padre, como en el caso de una madre soltera. Pero no es suficiente, ni mucho menos. La adaptación biológica del cuerpo del recién nacido se hace en el útero según la descripción hecha por el emocional de la «madre». Si esta mujer embarazada, incluso casada, con el hombre presente en su cotidianidad, guarda en su corazón la memoria de un padre muerto, el suyo, o de su abuelo, si fue importante para ella, entonces el niño se verá informado sobre una ausencia de padre.

¿Cuál sería el mejor ejemplo para poder describir que existe en cada uno de nosotros un libro de memorias que se lee según nuestros esta-

dos de corazón y que este libro describe a un niño al que se le anuncia el mundo en el cual va a nacer? ¿Qué ejemplo podría mostrar mejor que la realidad observable del mundo existencial no es nada comparada con el mundo descrito por nuestro corazón... y qué ejemplo podría todavía mejor hacernos entender que ninguna forma ni manera de vivir reemplazará al corazón que ponemos al hacer cualquier cosa? Nuestras penas son las páginas de este libro que leemos a nuestros hijos en voz baja, con palabras encubiertas, en silencio, pero que su estructura entiende y el mundo al cual la misma estructura se conforma.

Imaginemos que existen varios niveles dentro de una genealogía y, a cada lado del árbol una ausencia de padre, por muerte o por inexistencia (madre soltera), que no se haya resuelto aún en términos de memoria de sufrimiento. Esta memoria puede reactivarse por medio de elementos avivados sin que lo sepamos. La campana de una iglesia puede activar un entierro. Un fallecimiento en casa conocida, la pena del duelo sin resolver. Una película vista al azar en la programación de la televisión o en el cine puede reanimar un sufrimiento que creíamos olvidado. En resumen, todo lo que nuestra conciencia vigilante se niega a mirar de frente o bien mete en el cajón del olvido. Todo ello puede ser actualizado de nuevo por el azar de la vida de los demás. Un padre muerto, cualquier individuo que muera se supone que irá al cielo... El paladar ojival dirige las energías de los dientes del maxilar superior hacia este cielo del espíritu, tal como lo hacen las ojivas de las catedrales que elevan las energías hacia el cielo. Pero, ¿es así de simple?

La bóveda palatina podría ser atraída hacia abajo durante el acto de mamar. La succión realizada por el bebé sobre lo que le dispensa la leche es un sistema de depresión aéreo que atrae el paladar hacia abajo. La succión de la mama es la mejor adaptada al sistema porque es natural. ¿Una tetina de biberón? Nunca sale leche suficiente. Vamos de prisa hoy, entonces hacemos los agujeros más grandes y la succión se hace sin esfuerzo, la depresión

intrabucal no tiene lugar, la leche corre sola y el bebé traga sin ningún estrés benefactor que es el de conseguir que salga la leche. Porque sí, el estrés no es solo mortal o desestabilizador, hay un estrés que mantiene alerta, en forma, que despierta el sistema. Pero, de ello ¿qué queda hoy día? Hoy, a cualquier hora del día o de la noche, podemos acceder al alimento, en cualquier lugar y deprisa. El estrés benefactor del cazador, del predador, no existe ya. Ninguna necesidad de correr, de ir deprisa, de estar alerta, de agudizar los sentidos: todo nos es dado, todo nos es debido, todo llega sin esfuerzo. Mucho más que el contenido de esta alimentación permanente, es la ausencia del estrés alimenticio lo que abotarga los cuerpos y hace que se degrade la biología.

La ausencia de «padre» da una información que la ausencia de madre corrobora. Porque una madre que da el biberón a su hijo inacomodándole entre cojines para acudir muy deprisa a las mil cosas que hace la mujer moderna no se reconoce como «madre» por parte del sistema. Además, en el inconsciente de una mujer que actúa de esta manera, habría que apostar que también ella considera su dimensión de «madre» de una manera muy pobre. ¡Y eso es lo que interviene! Mucho más que el teatro que acabamos de describir, el cual, si se vivenciara con el corazón sereno y abierto a la luz del amor, cantaríamos mucho mejor la melodía de «madre» que cualquier acto cumplido dentro del deber. Un teatro, un estado de corazón y una memoria... ¡eso es lo que rige!

Un paladar ojival influirá en una oclusión estable. Puesto que no ha ganado en anchura mientras que el maxilar inferior sí lo ha hecho, los dientes del maxilar superior no podrán recubrir los de abajo. La oclusión está invertida. Como una Tierra sin un cielo que la dirija. Como un niño sin padre. La oclusión invertida se produce, por lo general, por una desviación del maxilar inferior que realiza la musculatura de la masticación con el fin de llevar los dientes inferiores a un contacto estable con los dientes superiores. La mandíbula se desvía hacia la derecha o hacia la izquierda para encontrar un engranaje estable. Según el lado elegido por la

estructura, sabremos de qué lado de la genealogía existe la ausencia de «padre». Una mandíbula desviada a la izquierda indica que es en el árbol materno donde la ausencia de «padre» es más aguda.

Paladar ojival, respirador bucal, inversión de oclusión lateral, todo ello cuenta el mismo sufrimiento inconsciente expresado por la biología del niño, pero vivenciada por uno de sus antepasados, memoria despertada por uno de sus padres: un padre falta cruel y desesperadamente. ¿Un hombre que se niega a asumir su papel de padre? ¿Una mujer que no designa al padre de su hijo? Es importante identificar esta especificidad, pero únicamente si el individuo afectado acepta cambiar. Si no, lo que mejor puede hacerse para el futuro del niño será una actividad mecánica forzada. Devolverle una estructura equilibrada, como una casa bien construida, aunque nadie la habite. ¿Sabemos lo que nos depara el futuro? Porque negar un tratamiento a un niño bajo unos preceptos intelectuales o referencias personales significa no darle acceso a una estructura vertical y equilibrada. La oclusión determina la verticalidad del eje vertebral. De la misma manera que en un barco en el que los obenques deben estar tensos tanto a la derecha como a la izquierda para mantener el mástil vertical, en el ser humano los músculos deben estar en contracción isotónica derecha-izquierda para que la espalda se mantenga vertical. Esto es puramente mecánico, absolutamente esotérico.

La última manifestación que estudiamos aquí es el resalte anterior aumentado. Esta mala posición expresa esta vez un déficit de crecimiento vertical del proceso anterior del maxilar superior. Al cerrar la boca, llevando los molares a la oclusión, queda un espacio resultante entre los incisivos superiores e inferiores, no estando los incisivos inferiores recubiertos por los superiores. Cuando muerde, el niño puede deslizar uno o dos dedos entre sus dientes delanteros. Es importante precisar por medio de un diagnóstico acertado los desórdenes óseos que llevan a tal configuración oclusiva. Vamos a interesarnos por el caso buscando explicación en el déficit de crecimiento anterior del maxilar superior.

Los incisivos superiores representan los sentidos del niño frente a la pareja de padres. Pero eso solo a partir de los tres años y medio, puesto que es únicamente a esta edad cuando se edifica la identidad cortical. Recordemos que es a los tres años y medio cuando los dientes del maxilar inferior representan a este «yo» que aparece en el mundo del espíritu. Pero es, por lo general, a partir de esta edad cuando se observan los primeros desórdenes a nivel de los maxilares. Antes la estructura era demasiado pequeña para poder manifestar desórdenes, por lo menos de manera visible. Por lo tanto, después de los tres años y medio, tal manifestación nos habla de las relaciones sentidas entre el niño y sus padres. El resalte anterior aumentado expresa la falta de protección por parte de los padres, no manifestada pero sentida como tal por la estructura inconsciente del niño. La protección analizada en este sistema es el aspecto de guía. Para proteger, el padre dispone de dos herramientas: guiar y poner límites. La madre, en su actividad protectora, asume este papel con su presencia tranquilizadora, pero sobre todo aseguradora interiormente, por lo tanto en casa. Un niño cuyos padres trabajan (¿como podría ser de otra manera hoy día?) puede, según ciertas memorias, sentir esta actividad como asociada al desinterés hacia él. La memoria de un padre muerto y de una madre que ha debido asegurar la supervivencia de la manada. La memoria de un padre desaparecido y de una madre que asume el papel de padre, pero sin la frecuencia vibratoria adecuada para que la biología lo sienta así. La memoria de familias numerosas dejando a los niños sin custodia por una actividad profesional excesiva con el fin de poder cubrir las necesidades. Siempre la misma atmósfera del niño que se siente más descuidado que solo.

El resalte anterior aumentado se presenta siempre como el resultado de un pulgar que se interpone entre los dos maxilares. Se acusa al mismo autor en el caso de un paladar ojival. Resumiendo, el pulgar, esa herramienta tan útil para la mano, se convierte en el gran culpable de los desórdenes de la boca. Pero si este fuese

el caso, entonces debería comprobarse el corolario según el cual si no hay pulgar en la boca, no hay mordida anterior ni tampoco paladar ojival. Sin embargo no se ha verificado así. Por lo tanto, no podemos aceptar esta relación de causalidad afirmada por el hábito. En cambio, la práctica de la biodescodificación dental desde hace más de diez años nunca llevó a un solo caso contrario a los datos anunciados. Por lo tanto, más que un acto, más que un pulgar, el sistema activo es un programa biológico mantenido y activado por un sentimiento inconsciente. Eso es lo que la biodescodificación dental ha aportado como nueva piedra de construcción ciertamente revolucionaria. E incluso si la Facultad de Odontología puede verse como una casa, desestimamos haber afectado al sistema amueblando su desván... Es un añadir y no un ir en contra.

El pulgar en la boca tiene para un niño ciertas virtudes que los dentistas deberían conocer antes de prohibirlo o incluso ocastigarlo. El acto tranquilizador y consolador es innegable. Para convenirse basta con mirar a los ojos de un niño que se pone el dedo en la boca. Basta con observar los momentos en que el pulgar se coloca en la boca con un movimiento automático para percibir la búsqueda de consuelo y de seguridad. Por lo general el niño experimenta este estado en los brazos de su madre cuando mama o toma el biberón. La sensación de los brazos de su madre rodeándole se asocia a la actividad de la succión. El niño reproduce pues este estado chupando su pulgar. Debería, sin embargo, sentirse seguro en esta actividad a partir de cierta edad, los tres años y medio parecen ser la edad en la cual la presencia en su espíritu de la entidad «yo» debería ocupar este lugar y este rol. Pero, y una vez más según sus memorias, puede que no se produzca así. «Yo» puede no ser suficiente. Según los efectos incriminados al pulgar, o realmente realizados por el pulgar, podemos reencontrar las memorias que actúan a través del acto. Más exactamente, podemos hablar de la brecha que el pulgar viene a cubrir en la estructura del «yo». Una casa en la cual la «madre» no emite protección ase-

guradora tiene varias razones, de las cuales hemos estudiado un buen muestrario. Pero existen casos particulares que se identifican en presencia de una madre y de una memoria de la genealogía disponible. Lo más importante no es sentirse culpable de algo, sino ponerse a buscar la memoria activa, comprendiendo que esta memoria actúa por intermedio de un sentimiento del niño, sentimiento situado en el inconsciente y sobre el cual ciertas palabras están a la espera de ser emplazadas. Justamente algunas palabras, para el niño y para sus padres.

He llegado, amigo mío, al final del este estudio sobre los desórdenes ortodónticos del niño. Existen ciertamente otros problemas, y me agrada hablar de ellos durante un encuentro próximo. Pero aquí, por correo, prefiero limitarme a los casos más frecuentes. No se moleste por ello, tendremos oportunidad de nuevos intercambios. Voy a escribirle una última carta a modo de conclusión, dejándolo digerir estas informaciones que, no lo dudo, le habrán sorprendido, pero también cautivado. Hasta pronto, pues...

Suyo atentamente.

Decimoprimera carta

20 de septiembre de 2010

Ya está usted, querido compañero de ruta, en posesión de mi última misiva. Ambos hemos explorado el mundo del niño siguiendo el camino que sus dientes nos han trazado. Lo hemos acogido aquí abajo sin ningún diente y lo hemos visto crecer en cuerpo y espíritu. Sus dientes nos han enseñado una parte de ese ser que se abre en su interior de una forma inexplicable con las teorías modernas: su espíritu. Este espíritu que desde siempre el ser humano intenta observar, palpar, conocer. Por medio de la lectura del órgano dental que le he ofrecido, ¡qué maravilloso es poder decirse que nuestros dientes son un espejo donde se contempla lo invisible! A menudo, no me atrevo a mirar de frente a este montón de cristales, convencíndome de que estoy mirando de frente una huella de lo divino. ¿Puede imaginar una parte más íntima de nuestro cuerpo? ¿Cómo puede ser que la Luz se revele aquí, frente a nuestros ojos, en lo que aparece como menos digno de la atención de los seres humanos? Tanto desprecio, negligencia, falta de interés por estos dientes que, sin embargo, nos muestran lo más bello del hombre, me llena el corazón de tristeza. Pero así estamos hechos, siempre preparados para dar la espalda a lo que debería ser lo más importante para nosotros hasta el día en que nos encontramos separados de ello. Y debo de añadir, para su descargo, que hasta ahora podíamos pretender no saber. La ignorancia es la herida más grande que se puede infligir al espíritu.

Mi querido y fiel amigo, he pasado la parte más importante de mi vida contemplando los dientes de nuestros conciudadanos por todo el mundo, esperando oírles hablarme, decirme su secreto. Hoy, mirando al diente como un órgano biológico noble, me muestra lo no manifestado del hombre, este inmanifestado sin el cual no seríamos nada: el espíritu. El diente me lo enseña a plena luz y me muestra sus meandros, sus trampas y sus recursos. Así, hecho de carne y de espíritu, el ser humano dispone, si lo desea, de un mundo infinito para descubrir: él mismo. Occidente se ha sumergido en lo infinitamente pequeño de la célula biológica, en la materia nanométrica, sin conceder poder al espíritu humano, sospechando del cuerpo, como de una interferencia en la existencia terrestre. En cuanto a Oriente, ha explorado el espíritu humano por medio del yoga, poniendo el cuerpo a dura prueba con unas técnicas de ascesis sin límites, considerándolo como un peso para el vuelo del espíritu. El diente nos ofrece seguir el camino del medio, enseñándonos la dualidad humana por la vía de la unión entre estos dos mundos. La dualidad humana que creíamos una y que se revela triple por medio de los dientes. Una dualidad en el plano horizontal formada por un cuerpo y por un mental. Una dualidad en el plano vertical, formada por el masculino y el femenino, macho y hembra, por emplear términos biológicos. Una dualidad en el plano frontal formada por un pasado y un futuro, un antes y un después. Tres planos confluyendo en un solo punto, que los dientes nos presentan como el primer premolar, diente número 4, el del corazón. ¿Hay algo más espiritual que un diente? ¿Existe libro de vida más bello que el que escribe un diente? Y sin embargo el diente solo es un reflejo, un espejo, una huella de lo que existe sin él y a pesar suyo. Pues el espíritu preexiste a la materia que le sirve de vehículo, de medio de experiencia de lo concreto. El espíritu no necesita la materia para ser. ¿Cuándo se acabarán estos mensajes que infunden temor y provocación, que incitan a creer que sin dientes estamos perdidos?

El diente, observado bajo el punto de vista de la biodescodificación dental, del cual la vida me hizo el honor de ser poseedor, ha

sido y sigue siendo mi mejor enseñante, verdadero maestro de vida. Es cierto que por medio de unas simples palabras podemos actuar sobre la salud de los dientes, su dinámica y su estado. Pero, por encima de todo, ellos son capaces de darnos estas palabras por las cuales nos erigimos, para llevarnos desde este mundo animal hacia este mundo deseado como humano, el del compartir. El mundo del verbo hecho carne y no de esta carne que utiliza el verbo para sobrevivir, dominar y amasar. Querido compañero, usted me ha oído decir a menudo que el ser humano camina sobre una senda en cuatro etapas: el animal humano, el humano animal, el divino humano y el humano divinizado. Cuatro estadios evolutivos, no del saber sino del ser, no del hacer sino del espíritu. Cuatro estadios que atravesamos en parte de manera automática: los dos primeros bajo el impulso del desarrollo de nuestra estructura biológica y los dos últimos que nos corresponde decidir si los vivimos o no, de la misma manera que el crecimiento biológico nos lleva a vivir la dualidad, sentida como separativa por la estructura viviente y que solo el espíritu puede considerar sin separación alguna, hasta incluso unir. Pues la dualidad no es un duelo y no se resuelve, por lo tanto, por medio de la desaparición de una de las dos partes. El único camino para resolver la dualidad es la conciencia de la no dualidad. Lo que el mental separa, lo hace para comparar y para escoger lo que asegura la supervivencia, el placer o el bienestar. Pero la vida es una, entera y única. Sus formas, sus manifestaciones son cambiantes, pero la fuente es única y cada forma es tan solo una de sus expresiones.

El estudio de los dientes nos ha ofrecido las fechas básicas de la evolución del ser humano. Los dientes de leche y los dientes definitivos, que ambos hemos explorado ya, marcan, como piedras, el camino de vida. Estas fechas que se siguen según una cronología muy aritmética se disponen de la siguiente manera: 3 años, 6 años, 12 años y 18 años. A los 3 años se edifica la identidad cortical. A los 6 años es el estímulo de las hormonas sexuales que realiza el comienzo de la dualidad en el plano vertical, separando la vida en dos mundos: el de los machos y el de las hembras. A los 12 años el

despertar de las hormonas sexuales crea la dualidad según el plano frontal entre el pasado y el futuro, permitiendo al cerebro viajar en el tiempo. Pues hay que esperar el soporte de las hormonas sexuales para que el mental pueda dominar, considerar y gestionar el tiempo. Cronos es entonces vencido y Zeus puede dirigir el mundo desde su Olimpo, asegurando o intentando asegurar, sin descanso, el cumplimiento «del más alto, del más fuerte y del más veloz».

Amigo mío, ¡cómo nos alegramos al releer la mitología griega bajo la conducta de los dientes, dándonos cuenta de que estos textos hablaban también de nuestra evolución humana, de nuestro devenir que tanto nos costaba dejar ser, desarrollarse según unos planes que parecían... divinos! 12 años es la edad de la adquisición del potencial mental, un potencial que subirá poco a poco para alcanzar unas cimas envidiables, o tan solo deseadas. Sin embargo, entre la civilización griega y la cultura egipcia, ¡cuánta pérdida! ¡Cuánto vacío! ¡Cuánta desecación! Y cuál fue nuestra sorpresa al reencontrar en el templo de Luxor las huellas de estas fechas y de estas divisiones que habíamos descubierto en la cronología eruptiva de los dientes y en la maduración de la estructura cortical. Los trabajos de Schwaller de Lubicz nos han confirmado nuestras propias investigaciones, tal como lo han hecho a lo largo de nuestro camino los escritos de todas las tradiciones. Y ya sabe cuán importante fue vivenciar estas correlaciones, no tanto porque me confirmaban sino porque me aseguraban que estaba en el camino de la vida. Ya sabe que el placer intelectual no hace mella en mi necesidad de precisión y también sabe que no estaba preparado para soportar digresión alguna, ni tampoco compromiso.

Y llegamos a los 18 años, esa edad en la cual una puerta se abre en el ser humano hacia su autenticidad, hacia la propia verdad, mucho antes que su paso hacia la Verdad. Pero una puerta abierta por la vida que pocos toman. Sin embargo alrededor de este eje, representado y simbolizado por las muelas del juicio, se juega el devenir. Donde el humano animal condiciona su supervivencia a los elementos exteriores, el divino humanizado puede entrar en el mundo

de la vida incondicional. En el umbral de esta puerta, en los límites del mundo, se nos pide depositar nuestros miedos a cambio de un poco de fe, de depositar nuestra necesidad de dominio a cambio de un poco de sumisión. Al que ansía nuestro futuro. Esta sumisión tan poco comprendida y que, muy lejos de significar servidumbre y sufrimiento, rima con libertad y presencia.

Y cuando el espíritu haya aprendido a acomodarse en su fuente, el corazón, le corresponderá resolver la última dualidad, esta vez tridimensional, entre lo interno y lo externo, con el fin de aprender por medio de la experiencia de la conciencia que tampoco existe ninguna separación, ni tampoco diferencia alguna. Bajo esta consideración de la vida, dentro de un espacio hecho de tres dimensiones, la expansión de la conciencia sustituirá a la ganancia en altura, en fuerza y en rapidez. *Cistius, Altius, Fortius* tan solo serán un recuerdo lejano, imagen divertida del niño que fuimos un tiempo en los recuerdos del adulto en el que nos hemos convertido.

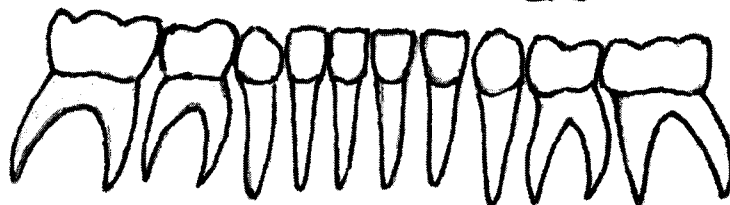
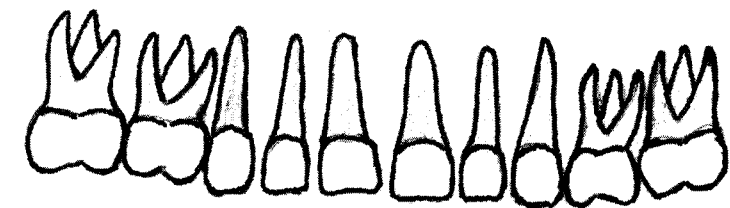
Mi querido compañero, en este extraño camino de vida solo me queda asegurarle haber vivenciado detrás de mi escritorio dieciocho meses palpitantes, los dieciocho meses de un viaje que no olvidaré jamás, escribiéndole estas once cartas que deseo no se pierdan nunca en su memoria. Fiel amigo, permítame reiterarle mi gratitud por haberse cruzado un buen día en mi camino de aquí abajo y por haberle descubierto capaz de sentir en lo vivo la curiosidad que me permitió hacer este maravilloso viaje al centro del espíritu. A modo de agradecimiento le ofrezco esta cita de Archytas (Cicerón): «Y aunque así fuese, subido a los cielos y reconocido en su intimidad el ser del Universo y la belleza de las estrellas, mi gozo sorprendido no se hubiera satisfecho si no tuviera en ti, querido lector, un oyente paciente, atento y lleno de curiosidad».

Su fiel y atento servidor.

Arriba derecha

Arriba izquierda

55 54 53 52 51 61 62 63 64 65



85 84 83 82 81 71 72 73 74 75

Abajo derecha

Abajo izquierda

Esquema dental anotado sobre una radiografía panorámica

55 54 53 52 51 61 62 63 64 65



85 84 83 82 81 71 72 73 74 75

Bibliografía

Obras de R. A. Schwaller de Lubicz:

El Templo en el hombre, Edaf, 2011.

Le Miracle Egyptien, Flammarion, 1963.

Le Temple de l'Homme, Dervy, 1993.

Obras de Swami Muktananda:

Le Mystère de l'Esprit, éditions Saraswati, 1983.

Le jeu de la Conscience, éditions Saraswati, 1996.

Obras de Boris Cyrulnik:

Bajo el signo del vínculo, GEDISA, 2008.

La naissance du sens, Hachette, collection Pluriel, 1998.

La fabuleuse aventure des hommes et des animaux, Hachette, collection Pluriel, 2003.

Mémoire de singe et parole d'homme, Hachette, collection Pluriel, 2004.

Obras de Bernard Werber:

L'ultime secret, Albin Michel, 2001.

Le miroir de Cassandre, Albin Michel, 2009.

...y esas obras leídas y releídas de las que guardamos memorias que actúan sobre nuestro espíritu cuando este se lanza a interpre-

tar nuestras observaciones: Richard Wilhelm, K. G. Durkheim, C. G. Jung, Khalil Gibran, A. de Souzenelle, J. Y. Leloup, Gurumayi Shidvilasananda, Jean Markale, Henri Gougaud, Luis Ansa, y tantos otros.

...y a la música que da al espíritu la flexibilidad y la energía para alcanzar el mundo de los símbolos: Loreena McKennitt, Mark Knopfler, Mozart, Bach, Stacy Kent, Jim Tomlinson, Till Bronner.

Toda mi gratitud, por su mirada crítica y sus acertados consejos, a Claude Picard, Jean-François Papion, Sophie Laurent, por su ayuda y su respaldo a los miembros del equipo Piktos, Philippe, Céline, Caroline, Marielle, y a los demás trabajadores en la sombra... por tu presencia, a ti, *Ritina mia*...

Índice

Prólogo	7
Primera carta	15
Segunda carta	39
Tercera carta.....	59
Cuarta carta	81
Quinta carta	97
Sexta carta	117
Séptima carta	143
Octava carta	163
Novena carta.....	185
Décima carta.....	219
Decimoprimera carta	237
Bibliografía.....	243